



IDAD A
CIÓN G



2

BJJ1054

H7

V.2

C.1

070710

H163m

LIBRERIA Franc.
Española, Inglesa é
DE MASSONÉ II
Calle de Esparth,
EN PARIS.



1080045431

José Angel Benavides.

Co # 78 # 153



LA

MORAL UNIVERSAL.

TOMO SEGUNDO.

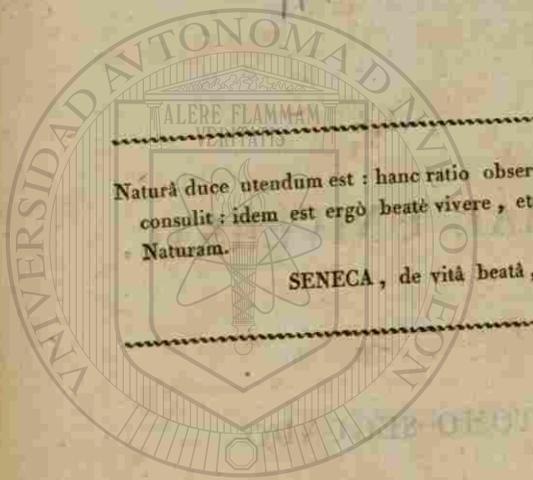
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

170
Num. Clas. 4723 m
Núm. Autor 37202
Núm. Adg. 37202
Procedencia -5-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó cy

170

H.



Naturâ duce utendum est : hanc ratio observat, hanc
consulit : idem est ergo beatè vivere, et secundum
Naturam.

SENECA, de vitâ beatâ, Cap. 8.

LA
MORAL UNIVERSAL,

ó LOS

DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA ;

POR EL BARON DE HOLBACH.

TRADUCCION : POR D. M. D. M.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VALLADOLID:

IMPRENTA DE PEDRO CIFUENTES,
AÑO DE 1821.

37202

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA SECRETARÍA
"AN FONDS" N. 157
1940-1945 MONTERREY, MEXICO



B.1054
H7
V.2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

126918

126918

MORAL UNIVERSAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS,
DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, etc., ó
DEBERES DE LA VIDA PÚBLICA, Y DE LOS
DIFERENTES ESTADOS.

CAPITULO PRIMERO.

*Del Derecho de Gentes ó de la Moral de las Na-
ciones, y de sus Deberes reciprocos.*

EN la primera parte de esta obra hemos pro-
curado establecer los principios de la moral
sobre la naturaleza del hombre; analizando y
definiendo las virtudes y los vicios, hemos dado
á conocer las ventajas inapreciables de las unas,
y las consecuencias deplorables de los otros;
por medio de este examen hemos manifestado
los motivos naturales más poderosos para esci-
tar á los hombres al bien, y retraerlos del mal,
motivos que se fundan sobre sus propios inte-
reses. En fin, hemos indagado la naturaleza y

Tomo II,

A

B.1054
H7
V.2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

126918

126918

MORAL UNIVERSAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS,
DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, etc., ó
DEBERES DE LA VIDA PÚBLICA, Y DE LOS
DIFERENTES ESTADOS.

CAPITULO PRIMERO.

*Del Derecho de Gentes ó de la Moral de las Na-
ciones, y de sus Deberes reciprocos.*

EN la primera parte de esta obra hemos pro-
curado establecer los principios de la moral
sobre la naturaleza del hombre; analizando y
definiendo las virtudes y los vicios, hemos dado
á conocer las ventajas inapreciables de las unas,
y las consecuencias deplorables de los otros;
por medio de este examen hemos manifestado
los motivos naturales mas poderosos para esci-
tar á los hombres al bien, y retraerlos del mal,
motivos que se fundan sobre sus propios inte-
reses. En fin, hemos indagado la naturaleza y

Tomo II,

A

el fin de la vida social y de los deberes que esta impone. Apliquemos ahora los hechos, ó las esperiencias morales que hemos recogido á las diferentes sociedades de la tierra. Consideremos los deberes del hombre en sus varios estados, ó bajo las varias relaciones que puede tener con las criaturas de su especie, comenzando por el examen de los deberes recíprocos de las naciones que han repartido entre sí las diferentes partes de nuestro globo.

El género humano entero forma una vasta sociedad, de la cual son miembros las diversas naciones que ocupan la superficie de la tierra, alumbrados y fomentados sus individuos por un mismo sol, rodeados de las aguas del mismo Océano, formados de una misma manera, y animados de un mismo deseo de conservarse, de conseguir su bienestar y de alejar de sí el dolor. La naturaleza ha hecho semejantes en esto á todos los ciudadanos del mundo; de donde se infiere que la conformidad de su esencia los atrae y los reúne, establece relaciones entre ellos, hace que todos obren del mismo modo, y que sus acciones tengan una influencia necesaria sobre su existencia, y sobre su felicidad ó infelicidad recíprocas.

De estos principios incontestables se concluye evidentemente que los pueblos están ligados entre sí por los mismos vínculos y con los mismos intereses que cada hombre en una nación ó sociedad particular está ligado á cada uno de

sus conciudadanos: por consecuencia, cada nación debe observar para con las otras naciones los mismos deberes y reglas que la vida social prescribe á cada individuo para con los miembros de una sociedad particular. Una nación está obligada, por su propio interes, á practicar las mismas virtudes que todo hombre debe mostrar á su semejante, aunque sea extranjero ó desconocido. Un pueblo debe ser justo con los otros, es decir, está obligado á respetar sus derechos, sus posesiones, su libertad y su bienestar, por la misma razon que todo pueblo quiere que estas cosas que disfruta sean respetadas. Si, como suficientemente se ha probado, la justicia es el origen y manantial comun de todas las virtudes sociales, se sigue necesariamente que esta prescribe á cada pueblo que preste á los otros pueblos los socorros de la humanidad, y que les muestre benevolencia y compasion en sus calamidades, proteccion en su flaqueza y debilidad, y sinceridad, buena fe y fidelidad en las convenciones recíprocas ó tratados. Se sigue además de los mismos principios que para mantener la union y la paz, tan útiles á la mutua felicidad de las naciones, un pueblo, en fuerza de estas ventajas, debe mostrarse generoso con los otros pueblos, debe sacrificar alguna parte de sus derechos en obsequio de la concordia y de la gloria, y debe, en fin, no faltar á los respetos y consideraciones que los ciudadanos

del mundo tienen derecho á exigir los unos de los otros.

Los pueblos limítrofes se deben ciertamente la asistencia y los buenos oficios que se deben recíprocamente los vecinos de una misma ciudad. Los pueblos aliados, esto es, unidos mas íntimamente por sus comunes intereses, son amigos, y deben, por lo tanto, observar los deberes siempre sagrados de la amistad. Las naciones distantes entre sí se deben, por lo menos, recíprocamente justicia y humanidad, las cuales no deben ser desconocidas de ningún habitante de la tierra. Las naciones que están en guerra deben, por su interes mismo, limitar su odio, su cólera y sus venganzas, por la equidad, por la justa defensa propia, por la humanidad y por la piedad, tan poderosas para recobrar sus derechos de los hombres racionales, y para enternecerlos sobre la suerte de los desgraciados.

Estos son evidentemente los deberes que la naturaleza impone así á las naciones como á todos los hombres. Estos son los principios del *Derecho de gentes*, el cual, en el fondo, no es mas que *la moral de los pueblos*. Por no prestar la debida atención á unas verdades tan claras, se ha creído que la moral, destinada á ser la regla de las acciones de los particulares, no hablaba con los pueblos, ó con los gefes que los representan. Se ha pretendido que los soberanos y los estados se hallaban siempre en

el estado de naturaleza, opuesto constantemente al estado de sociedad. Mas semejante estado de naturaleza es visiblemente una quimera, una pura abstraccion. Siempre hubo una familia, la cual, multiplicándose produjo muchas familias ó sociedades, de las que nacieron las naciones que eligieron sus soberanos. Jamas, como se ha probado, el hombre estuvo solo ó aislado en la tierra. Luego que hubo muchas familias, sociedades ó naciones, establecieron entre sí relaciones mas ó menos íntimas, en razon de su situacion y de sus necesidades recíprocas; y estas relaciones ó necesidades producen los deberes, cuya reunion ó suma es el objeto de la moral.

Ademas de esto, si la moral debe fundarse en la naturaleza del hombre, debe convenir al hombre en su estado de naturaleza, y por consiguiente es la regla de la conducta de las naciones, aun en el estado mismo de naturaleza, en el que se supone que han quedado. Así que, por cualquier aspecto que se considere á los hombres, bien sea dispersos ó reunidos en grandes ó pequeñas masas, están siempre bajo el imperio de la moral; las mismas reglas comprenden á todos; á los mismos deberes se hallan sujetos; y todos están obligados á conformarse á estas reglas y deberes, so pena de incurrir tarde ó temprano en los castigos impuestos por la naturaleza misma de las cosas á la violacion de sus leyes.

Los hombres separados ó en cuerpo, en todos tiempos y en todo lugar son unos mismos. Las naciones son capaces de las mismas pasiones, y atormentadas de los mismos vicios que los individuos, pues que ellas no son mas en efecto que las agregaciones de estos mismos. Las costumbres nacionales, los usos buenos ó malos, las opiniones verdaderas ó falsas, no son mas que los resultados de la ignorancia, ó de la razon más ó menos cultivada del mayor número de los individuos que componen el cuerpo político. Un pueblo no es guerrero, sino porque las pasiones del mayor número se han convertido hácia la guerra: un pueblo es altivo y orgulloso, porque todos los ciudadanos se ensorbecen con la prosperidad, la buena suerte, las riquezas, etc. Un pueblo es comerciante, porque los deseos de todos, ó de un gran número de sus ciudadanos, se dirigen á los metales y bienes que proporciona el comercio. Un pueblo, en fin, es injusto, inhumano y sanguinario, porque los hombres que le componen, están criados y nutridos con principios insociables.

Los legisladores, y los gefes de los pueblos son los que regularmente fomentan en ellos las pasiones, los gustos, los vicios, las preocupaciones y las locuras que los atormentan. El bandido Rómulo reunió bandidos y asesinos de todas partes: estos formaron, para desgracia de la tierra, una raza de bandidos ó guerreros que no conocieron otra virtud, otro honor, ni otra

gloria que el oprimir ó vencer á todos los pueblos del mundo. El ambicioso Mahoma formó de una tropa de Arabes unos furiosos y frenéticos que se tomaron por principio de religion el conquistar, y el difundir los delirios del Alcoran.

La gloria atribuida en casi todos los países á las conquistas, á la guerra, al brio y al valor, es un resto visible de las costumbres salvages, que subsistian entre todas las naciones antes de su cultura: aun en el dia de hoy no hay pueblos que se hallen del todo desengañados de esta preocupacion tan fatal al reposo del universo. Las mismas sociedades que deberian conocer mejor las ventajas de la paz, admiran las grandes hazañas, conciben la mas noble idea de la guerra, y no sienten todo el horror que se merecen las injusticias y los crímenes que lleva tras de sí.

¿Que es, en verdad, la guerra (fuera del caso de una justa y necesaria defensa), sino la violacion mas cruel de los derechos sacrosantos de la justicia y de la humanidad? Si un asesino, un ladron, un salteador de caminos son unos hombres detestables, ¿que indignacion no deberia escitar en todos los corazones un pueblo conquistador que por satisfacer su ambicion, por aumentar sus dominios, por saciar su venganza y su rabia, y algunas veces por contentar los caprichos de su vanidad, condena á perecer á millares de hombres, inunda los campos de

sangre, reduce los pueblos á cenizas, arruina en un momento las esperanzas del labrador, y, elevado insolentemente sobre las ruinas de las naciones y de los tronos, hace alarde de sus crímenes, y se vanagloria de los males sin número que ha hecho sufrir al género humano? En tiempo de guerra, dice Thucydides, despierta la avaricia, la justicia es hollada, reinan la fuerza y la violencia, la disolución toma un libre vuelo, el poder pasa á manos de los mas perversos de los hombres, los buenos se ven oprimidos, la inocencia arruinada, ultrajadas las matronas y las vírgenes, las comarcas destruidas, los templos asolados, violados los sepuleros..... En fin, el hambre y la peste acompañan siempre á la guerra.

Estos son los objetos que sirven de recreo y entretenimiento á los pueblos furiosos, guiados por unos gefes injustos y crueles. Si alguna cosa hace al hombre inferior á las fieras, es sin duda la guerra. Los leones y los tigres combaten solo para satisfacer el hambre que los agita: el hombre es el único animal que con intencion determinada corre á la destruccion de sus semejantes, y hace alarde de su esterminio. Durante la dilatada permanencia de la República Romana, será quizá muy difícil el hallar una sola guerra justa y legítima; si el Romano bárbaro y feroz se vió atacado por otros pueblos, fue por lo comun para castigarle por alguna empresa injusta, ó por algun atentado á que él primero dió causa.

Mas la naturaleza cuida de castigar tarde ó temprano á los pueblos odiosos y aborrecibles, que se declaran enemigos del género humano: forzados á comprar sus conquistas y sus victorias á precio de su misma sangre, ellos mismos se debilitan; las riquezas acumuladas por la guerra los corrompen ó los dividen (1). Las guerras civiles vengan á las naciones oprimidas; el pueblo enemigo de todos los pueblos es acometido por todas partes; su imperio viene á ser la presa de cien naciones bárbaras, cuya cólera habian provocado sus victorias. Tal fue la suerte de Roma, la cual, despues de haber despojado, destruido y desolado al mundo conocido, vino á ser por último la presa de los Godos, Visigodos, Hérulos, Lombardos, etc.

A mas de esto, un pueblo continuamente sobre las armas no puede gozar por largo tiempo ni de un buen gobierno, ni de una felicidad verdadera y permanente. La guerra trae siempre consigo la licencia: las leyes callan durante el ruido de las armas: los soldados bárbaros é insolentes creen que estas no han sido hechas para ellos (2); los gefes se dividen,

(1)..... *Seviur armis
Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.*
JUVENAL, Sat. 6. vers 292

(2) * Vuestra capital, decia Numa á los Romanos, está tan acostumbrada á las armas, y de tal modo engreida con sus triunfos, que se deja bien conocer que no desea mas que engrandecerse y dominar á los demas pueblos: así que sería muy ridiculo querer enseñar á obedecer á los dioses, amar

se combaten y se hacen dueños del estado enflaquecido con sus terribles convulsiones: el vencedor, creyendo asegurar su conquista, se convierte en un tirano: así el despotismo acaba arruinando hasta sus fundamentos la felicidad pública; así aniquila de un golpe la justicia, la libertad y las leyes. Este es regularmente el escollo en que dan las naciones embriagadas con la vanidad de las conquistas! de este modo, con sus injustas guerras, los grandes pueblos de la tierra no han tenido otra gloria que la fatal de arruinarse sucesivamente los unos á los otros.

Un pueblo siempre en guerra no puede ser libre, ni bien gobernado. *Marte*, dice el poeta *Timotheo*, es el tirano, y la justicia la señora del mundo. Un pueblo siempre armado es un furioso, que tarde ó temprano convierte su rabia contra sí mismo. No hay nacion que no tenga el mayor interes en el mantenimiento del orden, de la justicia y de la paz (1). Las guerras frecuentes son incompatibles con la poblacion, la agricultura, el tráfico, la industria y las artes útiles, las cuales pueden solamente hacer los estados afortunados y dichosos. La guerra, por los dispendios que exige, oprime y desalienta

» la justicia, y odia la violencia y la guerra, á un pueblo que
 » apetece mas el seguir en los combates á un General, que
 » el obedecer á un Rey en la paz ».

PLUTARCO, vida de Numa Pompilio.

(1) Plutarco llama *Divino* el amor que Nicias profesaba á la paz. Plutarco en la vida de Nicias y en la de Demetrio.

al ciudadano laborioso, entorpece su actividad, pone trabas al comercio, despuebla los campos, y arruina regularmente un reino por conquistar una fortaleza ó una provincia, antes desoladas que poseidas. *Mas deseo*, dice Marco Aurelio, *conservar un solo ciudadano que destruya mil enemigos*. La economía de la sangre humana es la primera de las virtudes que debiera enseñarse á los soberanos, ó hacerse que la practicaran.

Si consultamos los anales del mundo, veremos que la guerra fue siempre el principio de la ruina de los imperios mas formidables, y que al parecer podian gloriarse de la mas larga duracion. Los mas vastos estados no producen á los que injustamente se han engrandecido, sino la funesta ventaja de tener continuamente que combatir nuevos enemigos, siendo los primeros los vecinos alarmados por los proyectos de los conquistadores ambiciosos. Ningun pais mejorará su suerte por las vastas conquistas; el mas grande estado es comunmente el peor gobernado. Con la estension de límites jamas los reyes han aumentado su poder verdadero, ni la felicidad de sus pueblos. *Las guerras largas*, dice Xenofonte, *se terminan siempre con la destruccion é infelicidad de ambos partidos*. Agesilao en vista de la guerra del Peloponeso, tan fatal á los Griegos, exclamó: *ó infeliz Grecia! que has hecho perecer tantos ciudadanos como necesitabas para vencer á todos los bárbaros* (1)!

(1) Plutarco, dichos notables de los Príncipes.

Las naciones belicosas tienen el delirio de sacrificar lo que poseen á la esperanza incierta de dominar, de hacer un gran papel, y de engrandecerse. Las mas vastas Monarquías que se han formado con las guerras y las victorias, se han abrumado con el peso mismo de su propia grandeza. En una palabra, bajo cualquier aspecto que la guerra sea considerada, es una calamidad aun para aquellos mismos que la hacen con los mas felices sucesos. El vencedor y el vencido entrambos quedan desolados. (1). Podrá un imperio gozar de verdadera prosperidad, cuando su ambicion es causa de que los ciudadanos giman en la miseria, ó arriesguen y pierdan sus vidas solo por estender sus límites?

Aunque los príncipes y los pueblos no han llegado todavía á detestar y proscribir enteramente la guerra, la humanidad sin embargo influye poderosamente hace algunos siglos en cuanto al modo de hacerla. Antiguamente los pueblos feroces mataban sin piedad á los vencidos que caian en sus manos, ó al menos les hacian sufrir el yugo de una esclavitud, á veces mas cruel que la misma muerte; mas hoy la voz santa de la humanidad se deja oír aun en medio de los combates, y unas costumbres mas dulces y sua-

(1) *Flet victus, et victor interit.* Erasm. Apophth. — Plutarco atribuye la decadencia de Esparta á su pasión de engrandecerse y dominar sobre la Grecia; y añade, que Licurgo estaba muy persuadido de que un pueblo que quiere ser feliz, no ha menester las conquistas. Plutarco vida de Agesilao.

ves han abolido la esclavitud, porque se ha conocido que un enemigo era un hombre, y que para adquirir el derecho de ser tratado con humanidad en los reveses de la fortuna, era necesario conservar y tratar humanamente á los vencidos. *Es una bestia feroz, y no un hombre,* dice Tito-Livio, *el que se figura que la guerra no tiene sus reglas y medidas como la paz* (1).

Las injusticias de la guerra, y las desgracias que la acompañan; no son harto terribles para que los hombres reconozcan la necesidad de refrenar sus furors? Ellos en cierto modo oyen los gritos de la naturaleza que les dice que es una infamia ejercer su crueldad contra un enemigo, cuando ya no puede ofender y rinde las armas.

Mas humanos, en fin, justos y prudentes, los pueblos ponen término á sus guerras por medio de tratados, que son unos verdaderos contratos ó unos convenios recíprocos. La equidad, la buena fe y la razon debieran concurrir para que fuesen respetables estas convenciones solemnes, en las cuales regularmente las partes contratantes ponen al cielo por testigo de sus promesas; mas los hombres sin equidad no respetan al cielo: estos tratados, por lo comun arrancados por la fuerza á la debilidad abatida, ó ganados con la astucia, son casi siempre rotos

(1) *Truculentu est fera, non homo, qui in bellis nulla esse belli, ut pacis, jura censet: sed quidvis tum licere judicat, neque ea jura sanctè servat.* Tit. Liv. Histor.

ó eludidos. Mas esto no debe sorprendernos : la violencia , el fraude y la mala fe presiden ordinariamente á los empeños y tratados entre los que desconocen la rectitud ; y así la justicia se ve en la forzosa necesidad muchas veces de romper unos vínculos formados por la iniquidad. Los hombres justos y que tratan de buena fe , son los únicos que pueden adquirir unos derechos que la justicia haga sagrados é inviolables (1).

Esta ambicion tan vana y orgullosa , ¡ no se avergüenza y se confunde de ocurrir cobarde y torpemente á la mentira y al fraude para llegar á sus fines ! ¡ El perjurio , la perfidia y la traicion les parecen unos medios lícitos y honorosos á las grandes almas de esos héroes que corren á la gloria ! Lejos de nosotros semejantes ideas ; los pueblos y los reyes se desacreditan y deshonran siempre que faltan á la buena fe. Los embusteros descubiertos ya no pueden engañar , y dejan sus nombres manchados á la posteridad. La mejor política para los príncipes y los pueblos , lo mismo que para los particulares , será siempre la de ser sinceros y veri-

(1) Plutarco en la vida de *Pirro* , hablando de los políticos injustos , dice : « La guerra y la paz , nombres tan respetables , son para ellos dos especies de moneda de que usan segun sus intereses , y nunca conforme á la justicia. Mas laudables son todavía cuando hacen una guerra abierta , que no cuando disfrazan y encubren con los nombres santos de justicia , de amistad y de paz , lo que en realidad no es mas que una tregua de injusticias y de crímenes ».

dicos. Mas para serlo , es necesario ser justo , la iniquidad se vió y se verá siempre obligada á seguir sendas oblicuas y tenebrosas , incompatibles con la rectitud y la sinceridad. El que forma proyectos injustos y torpes , se ve precisado á emplear el artificio , la simulacion y los recursos viles y bajos del fraude , de la mentira y de la superchería.

Entre las pasiones que agitan á los pueblos y á los particulares se deben contar la avaricia y la concupiscencia , causas muy frecuentes de sus pependencias y usurpaciones. Así vemos naciones arrastradas de esta vil pasion , concebir el proyecto ridiculo , impracticable é injusto de estancar en sus manos el comercio esclusivo del mundo. Polibio observa con mucha razon que *en los estados marítimos y entregados al comercio , nada parece vergonzoso si es provechoso y útil* : principio destructor de las costumbres y de la probidad , principio , que hace á todo ciudadano injusto ó avaro , principio , en fin , que hace venales á todas las almas. Además , la codicia de los pueblos siempre se castiga á sí misma , y frustra todos sus designios. Las guerras emprendidas de continuo para aumentar la masa de las riquezas nacionales , consumen las que se tienen adquiridas por obtener las que realmente son imaginarias ; un pueblo avaro , sacrifica incesantemente su bienestar , su reposo y su comodidad á la esperanza de enriquecerse , y se encuentra pobre y mise-

rable, cuando aspira á ser rico y opulento (1).

Por otra parte, esta misma opulencia no tarda en conducir una nacion á su ruina, porque es causa del lujo, que viene siempre acompañado de la molicie, de la disolucion y de toda clase de vicios. La codicia fue y será siempre el principio de la destruccion de los imperios. *Un estado es infeliz, cuando contiene ciudadanos ó muy ricos ó muy codiciosos* (2). Platon se negó á dar leyes á los Cireneos, porque eran demasiadamente ricos. Los Arcadios y los Tebanos pidieron tambien un cuerpo de leyes á este mismo filósofo, el cual quiso establecer entre ellos una mas perfecta igualdad; mas como los ricos se negasen á esto, Platon los abandonó á su mala suerte, á sus discusiones intestinas y á sus vicios. Un gobierno da las pruebas mas claras y seguras de imprudencia y de locura, cuando

(1) He aqui la pintura alegórica que un escritor moderno hace de la política del día: « Un coloso sin proporciones » algunas en su enorme estatura; su disforme cabeza se eleva » orgullosa y soberbia sobre un cuerpo estenuado y enjuto... » sus pies se apoyan sobre los dos mundos: en su mano derecha tiene una espada, y en la izquierda la pluma calculadora » de los tributos y la balanza del comercio: impetuosa y sensible, un soplo la agita y la pone en convulsion: todas las » partes de la tierra se estremecen á sus menores movimientos: » sin embargo fria en su furor, y metódica en sus violencias, » calcula sobre la guerra, valua los hombres con el dinero, » y pesa la sangre con las mercaderias ». *Discours sur les mœurs*, par M. Servan.

(2) Este pensamiento es de Avidio Cassio, segun lo refiere Vulcacio Galieano in vita Avid. Cassii cap. 13. Vid. *Histor. Aug. script.* tom. 1. edit. Lugd. Batav. 1671.

inspira á sus súbditos una fuerte pasion á las riquezas, la cual por su naturaleza embebe prontamente en sí todas las demas pasiones, y hace que desaparezcan todas las virtudes necesarias á la sociedad.

Así que, las naciones, lo mismo que los particulares, sufren la pena de las pasiones de que se dejan arrastrar. Concluyamos, pues, que la moderacion y la templanza son tan necesarias á la conservacion y á la felicidad de los imperios como á la de los individuos; que la moral es la guia de los soberanos y de la nacion; en fin, que nunca la política puede impunemente separar sus intereses de los de la virtud, siempre útil á los hombres, bajo cualquier aspecto que sean considerados.

Es preciso repetirlo: la moral es una misma para todos los habitantes del mundo; los pueblos todos están obligados á observar sus deberes reciprocos; y no pueden violarlos sin perjudicarse á sí mismos. La política exterior, para ser recta y sana, debe ser la moral aplicada á la conducta de las naciones; « la política, dice » muy bien el sabio traductor de Plutarco, solo » es digna de alabanza cuando es empleada » por la justicia para obtener un fin honesto y » laudable » (1).

(1) Dacier, *Comparaison d'Alexandre et de César*, pág. 316. Este mismo autor dice en otra parte: « La sana política » enseña que vale mas ganar á los hombres con la buena fe » que dominarlos con las armas ». *Idem, Comparaison de Phocion et de Caton*, pág. 551. tom. 6.

Si los pueblos y sus gefes diesen oídos atentos á la razon, esta les ordena que sean justos; que gocen, y dejen gozar á los otros del suelo y ventajas que el destino les ha concedido; que renuncien para siempre á esas conquistas criminales, que atraen á los conquistadores el odio del género humano; que maldigan y detesten esas guerras, que reúnen en sí á la vez todos los azotes y castigos con que los hombres se oprimen y se hacen infelices; que no recurran á lo menos á estos medios terribles, sino cuando son indispensable y forzosamente necesarios á su conservacion, á su seguridad y á su felicidad verdadera; que giman y lloren esas victorias sangrientas, compradas con las vidas, las riquezas y el bienestar de la patria; que reúnan sus fuerzas para reprimir los proyectos insidiosos de los pueblos turbulentos, ó de los soberanos ambiciosos que fijan su gloria en turbar la tranquilidad de los otros; que amen la paz, sin la cual ningún estado puede llegar á verse floreciente y dichoso; que sacrifiquen de todo corazón en obsequio de este bien tan apetecible todos los frívolos intereses, indignos siempre de ser comparados con él; que obren con franqueza, y respetén la buena fe, la cual sola puede producir y mantener la confianza; que renuncien á los efugios y rodeos de una política tortuosa, igualmente perjudicial y deshonorosa á los soberanos que á los pueblos, y que solo sirve comunmente para eternizar sus san-

grientas contiendas; que sofoquen y estingan para siempre esos odios nacionales, tan contrarios á los derechos santos de la humanidad, y á la benevolencia universal que deben mostrarse los de una misma especie; que contengan dentro de justos límites el amor de la patria, el cual se convierte en un atentado contra el género humano, cuando es injusto y cruel; que cultive y fomente cada pueblo las costumbres, la agricultura y las artes útiles y agradables; que entre sí hagan florecer un comercio justo, equitativo y mutuamente ventajoso; que se abstengan de una codicia inquieta y sin límites; y sobre todo que se preserven de los efectos destructores del lujo, el cual aniquila constantemente el amor del bien público y de la virtud para ensalzar sobre sus ruinas, los vicios, la venalidad, la injusticia, el robo, la disolucion, la indiferencia por la felicidad general, en una palabra, las disposiciones mas contrarias al bien de la sociedad.

Estas son, en pocas palabras, las verdades y preceptos que la moral enseña á todas las naciones de la tierra. Estos son los principios de la verdadera política, la cual no es otra cosa que el arte de hacer felices á los hombres. Estos principios son conocidos y adoptados por todos los príncipes instruidos, cuyos verdaderos intereses, gloria y seguridad están inseparablemente unidas al bienestar y á las virtudes de los pueblos.

Se nos habla sin cesar de la gloria de las naciones, del honor de las coronas: esta gloria solo puede consistir en un gobierno que haga dichosos á los pueblos, consiste únicamente en la felicidad pública; este honor consiste tambien solamente en merecer la estimacion de las otras naciones.

Los pueblos se deshonran y se hacen culpables á los ojos de los otros pueblos con los mismos crímenes y las mismas acciones que hacen odiosos y despreciables á los individuos. Los atentados, las perfidias y las iniquidades de los soberanos recaen siempre sobre las naciones, que son miradas como cómplices de los excesos que ni contradicen ni reclaman. He aquí como los pueblos enteros adquieren muchas veces la reputacion de turbulentos, inhumanos, engañadores y sin fe, y como pierden la confianza, y se atraen la indignacion, el odio y el furor de las otras sociedades. Un gobierno que falta á sus empeños, y que viola sus promesas hacia sus súbditos, ó con los estrangeros, en nada se diferencia de un fallido fraudulento que arruina sus acreedores; él destruye su crédito, se priva de todo recurso, autoriza el fraude y la mala fe de sus súbditos, suscita sospechas entre ellos, y los hace despreciables á los ojos de todos los pueblos del mundo. De los soberanos depende la buena ó mala reputacion de las naciones, las cuales debieran ser infinitamente zelosas de su hora y de su verdadera gloria, como inter-

resados

resados fuertemente en ellas todos los ciudadanos. Los pueblos, como los particulares, hacen consistir su grandeza y su gloria en poder hacer daño, en dar la ley á los otros, en acumular una gran masa de riquezas, en ser injustos impunemente; en una palabra, el orgullo nacional consiste en una necia vanidad, cuando debiera consistir en la equidad, en la probidad y en un gobierno sabio, que produjese la felicidad y la justa libertad, sin las cuales un pueblo no tiene razon alguna para ensorberberse, ó para creerse superior á los otros (1).

Los hombres aprueban sin examen y por hábito, ó procuran imitar lo que desde su infancia han oido celebrar ó encarecer; este es el origen ordinario de las preocupaciones nacionales, de que el vulgo está imbuido, y de que aun las personas mas ilustradas con dificultad se desprenden enteramente. Nada mas á propósito para corromper el entendimiento y el alma de los príncipes y de los pueblos que la veneracion mal reflexionada que se inspira comunmente á la juventud para con los grandes hombres, los guerreros, los conquistadores de la antigüedad, que las mas veces desconocieron todos los principios de la moral. Los ayos y preceptores

(1) Habiendo oido Agesilao dar al Rey de Persia el nombre de gran Rey, exclamó diciendo: ah! ¿ como será él mas grande que yo, no siendo mas justo y mas virtuoso?

Plutarco, Dichos notables de los Lacedemonios.

imprudentes siempre hablan con énfasis de Griegos y de Romanos, presentándolos como modelos de sabiduría, de virtud y de política. Desde la mas tierna edad se aprende á reverenciar como virtudes el valor ardiente, la bárbara ferocidad, los atentados felices, así de los héroes fabulosos celebrados por los poetas, como de los grandes capitanes que sojuzgaron las naciones, é hicieron á las suyas famosas. Se representa como hombres divinos y raros á los Lacedemonios feroces, injustos y sanguinarios, á los Atenieses frecuentemente cubiertos de horribos crímenes, y sobre todo á los Romanos siempre prontos á violar los mas santos derechos de la humanidad, y á sacrificar todos los habitantes de la tierra á la insaciable patria, que les prescribia y ensalzaba los mas horrendos delitos.

Por estas instrucciones y documentos tan fatales, los hombres se acostumbran á respetar la violencia, la injusticia y el fraude, con tal que sean útiles á su pais, los soberanos se creen grandes cuando ellos son bastante fuertes para cometer grandes crímenes á la faz del universo; los pueblos se figuran cubiertos de gloria, cuando han sido los instrumentos viles de las iniquidades de sus gefes, los cuales bien pronto se hacen sus tiranos. Segun estas ideas, apenas se halla quien no admire y justifique al furioso Macedonio, cuya cruel temeridad trastornó el trono de los Persas; son reverenciados los

Emilios; se llena uno de admiracion al solo nombre del destructor de Cartago; son aplaudidos en un César el talento y los trabajos con que, despues de haber inundado de sangre las Gaulas, se puso en estado de encadenar á sus conciudadanos.

De este modo, en los soberanos y en los sibi-ditos se perpetúan la ambicion, la manía de hacer un gran papel, el furor de hacer temblar á sus vecinos, y la locura de las conquistas. Los ejemplos de tantos pretendidos héroes producen, de siglo en siglo, insensatos y perversos, que comunican su delirio y frenesí á sus imprudentes pueblos, y que, seguros de los aplausos, se hacen famosos con los delitos que se llaman *hazañas*; alentados con los elogios de los poetas y de un vulgo imbecil, los principes se creen poderosos por haber hecho mucho mal al género humano, y los pueblos se imaginan apreciables, cuando han tenido el honor de secundar con valor sus infames proyectos. La grandeza, en la opinion de los mas de los hombres, consiste en la funesta ventaja de hacer un sin número de infelices y desgraciados.

Lejos de ofrecernos por modelos á los pueblos que han destruido y aislado la tierra, la historia deberia hacernos ver que las naciones injustas han trabajado en forjarse ellas mismas sus prisiones; que las conquistas hacen tiranos, y que jamas han hecho afortunado pueblo alguno. Las leyes sábias, apoyadas en la voluntad cons-

tante de las naciones, debieran atar las manos para siempre á los potentados fogosos y violentos que, incapaces de ocuparse en el bienestar de sus propios súbditos, solo tratan de hacer sentir sus golpes á los pueblos vecinos. Un pueblo, para ser grande y respetable, debe ser feliz: ni sus ejércitos, ni sus riquezas, ni la estension de sus provincias le producirán una verdadera felicidad, efecto solamente de sus virtudes. Una nacion será poderosa y respetada, si se compone de ciudadanos sometidos á gefes virtuosos. Una nacion guerrera, turbulenta, atrevidamente codiciosa del bien de las otras, se hace objeto del odio universal, y tarde ó temprano viene á ser abatida y sojuzgada por los enemigos cuya venganza ha provocado.

CAPITULO II.

Deberes de los Soberanos.

GOBERNAR á los hombres es tener derecho de usar y emplear las fuerzas que la sociedad ha puesto en las manos de una ó de muchas personas, para obligar á todos sus miembros á que se conformen con los deberes de la moral. Estos deberes, como hemos probado antes, están contenidos en el pacto social, por el cual cada uno de los asociados se obliga á ser justo, á respetar los derechos de los otros, á prestarles los socorros que pueda, y á concurrir con todas

sus fuerzas á la conservacion del cuerpo social, bajo la condicion de que, en cambio de su obediencia y fidelidad, la sociedad protegerá su persona y los bienes legítimamente adquiridos con su trabajo é industria.

Segun los principios establecidos en esta obra, es evidente que este pacto encierra todos los deberes de la moral, pues que obliga á todo ciudadano á conformarse con las reglas de la equidad, que es la base de todas las virtudes sociales, y á que se abstenga de todos los delitos ó vicios, que son, como hemos visto, violaciones mas ó menos patentes de este contrato que comprende y liga á todos los miembros de la sociedad.

Mas! como las pasiones de los hombres les hacen perder de vista sus obligaciones y promesas, ó como su ligereza les hace frecuentemente olvidar el que su propia felicidad está unida con la de sus demas asociados, fue menester en cada sociedad una fuerza siempre subsistente, que velase sobre los miembros del cuerpo político, y fuese capaz de hacerles cumplir de continuo los deberes que pudiesen descuidar. Esta fuerza se llama *gobierno*, que podemos definir la fuerza ó poder de la sociedad, destinado á obligar á sus miembros á cumplir las promesas y obligaciones del pacto social. Por medio de las leyes el gobierno expresa la voluntad general, y prescribe á los

tante de las naciones, debieran atar las manos para siempre á los potentados fogosos y violentos que, incapaces de ocuparse en el bienestar de sus propios súbditos, solo tratan de hacer sentir sus golpes á los pueblos vecinos. Un pueblo, para ser grande y respetable, debe ser feliz: ni sus ejércitos, ni sus riquezas, ni la estension de sus provincias le producirán una verdadera felicidad, efecto solamente de sus virtudes. Una nacion será poderosa y respetada, si se compone de ciudadanos sometidos á gefes virtuosos. Una nacion guerrera, turbulenta, atrevidamente codiciosa del bien de las otras, se hace objeto del odio universal, y tarde ó temprano viene á ser abatida y sojuzgada por los enemigos cuya venganza ha provocado.

CAPITULO II.

Deberes de los Soberanos.

GOBERNAR á los hombres es tener derecho de usar y emplear las fuerzas que la sociedad ha puesto en las manos de una ó de muchas personas, para obligar á todos sus miembros á que se conformen con los deberes de la moral. Estos deberes, como hemos probado antes, están contenidos en el pacto social, por el cual cada uno de los asociados se obliga á ser justo, á respetar los derechos de los otros, á prestarles los socorros que pueda, y á concurrir con todas

sus fuerzas á la conservacion del cuerpo social, bajo la condicion de que, en cambio de su obediencia y fidelidad, la sociedad protegerá su persona y los bienes legítimamente adquiridos con su trabajo é industria.

Segun los principios establecidos en esta obra, es evidente que este pacto encierra todos los deberes de la moral, pues que obliga á todo ciudadano á conformarse con las reglas de la equidad, que es la base de todas las virtudes sociales, y á que se abstenga de todos los delitos ó vicios, que son, como hemos visto, violaciones mas ó menos patentes de este contrato que comprende y liga á todos los miembros de la sociedad.

Mas, como las pasiones de los hombres les hacen perder de vista sus obligaciones y promesas, ó como su ligereza les hace frecuentemente olvidar el que su propia felicidad está unida con la de sus demas asociados, fue menester en cada sociedad una fuerza siempre subsistente, que velase sobre los miembros del cuerpo político, y fuese capaz de hacerles cumplir de continuo los deberes que pudiesen descuidar. Esta fuerza se llama *gobierno*, que podemos definir la fuerza ó poder de la sociedad, destinado á obligar á sus miembros á cumplir las promesas y obligaciones del pacto social. Por medio de las leyes el gobierno expresa la voluntad general, y prescribe á los

ciudadanos las reglas que deben seguir para la conservacion, tranquilidad y armonia social.

La autoridad del gobierno es justa, puesto que tiene por objeto el procurar á todos los miembros de la sociedad las ventajas que sus deseos inconsiderados, sus intereses discordantes y mal entendidos, su inesperienza y su debilidad les impedirian obtener por sí mismos. Si todos los hombres fuesen ilustrados ó racionales, no tendrian necesidad de ser gobernados; mas como ignoran ó desconocen al parecer, tanto el fin que deben proponerse como los medios de llegar á él, es menester que el gobierno, presentándoles la razon pública espresada en la ley, los ponga y conduzca en el camino, del que ellos podrian descarriarse por sí solos. *El magistrado*, dice Ciceron, es una ley que habla (1).

Con arreglo á sus diversas circunstancias y necesidades, las naciones han dado diferentes formas á sus gobiernos; las unas han puesto la autoridad pública en manos de un solo hombre, y este gobierno se llama *monárquico*: otras han depositado el poder de la sociedad en manos de un número mayor ó menor de ciudadanos distinguidos por sus virtudes, sus talentos, sus riquezas y su nacimiento; y este gobierno es *aristocrático*: otras han conservado la autoridad

(1) *Verè dici potest magistratum legem esse loquentem, legem autem, mutum magistratum,*
Cicero, de Legib. lib. 3. cap. 1.

toda entera; entonces el pueblo se gobierna á sí mismo, ó por magistrados de su eleccion; este gobierno ha sido llamado *democrático*. Otras naciones han hecho una mezcla de estos diferentes modos de gobernar, creyendo ser mas ventajoso el combinar juntas las tres formas de gobierno, de que acabamos de hablar; esta mezcla produce el que se llama gobierno *misto*. Gobierno *absoluto* es aquel en que la nacion no ha limitado los derechos por convenciones espresas; y *limitado*, aquel cuya autoridad está restringida por reglas espresas, impuestas por la nacion á los que gobiernan. Los depositarios de la autoridad social se llaman *soberanos*, cualquiera que sea la forma de gobierno adoptada por una sociedad.

Los políticos han disputado larga é inutilmente sobre cual era la mejor forma de gobierno, es decir, la mas conforme al bien de las sociedades y á la felicidad de las naciones. Mas el fin ú objeto de todo gobierno es siempre uno mismo, la conservacion y el mayor bien de la sociedad gobernada: sus derechos son siempre los mismos, cualquiera que sea la forma que se le diere, puesto que la equidad sola puede conferir unos derechos reales y valederos. Su autoridad, háyanle sido ó no puestos límites, está siempre atemperada ó limitada igualmente por las ventajas que debe procurar á la sociedad sobre quien se ejerce: una autoridad ejercida sin provecho de la sociedad, ó contraria á sus

intereses ó á su voluntad, cambiaria de naturaleza, y solo seria una usurpacion manifiesta, una verdadera tiranía, á la cual una sociedad solamente podria estar sometida por la violencia, que nunca da ni constituye derecho alguno.

Todas las formas de gobierno son buenas cuando son conformes á la equidad. Todo soberano ejerce una autoridad legítima siempre que, conformándose con el objeto invariable de la sociedad, observa religiosamente, y hace observar á todos los ciudadanos sin distincion, las promesas del pacto social, del cual es el guardian y depositario. El soberano absoluto puede hacer todo lo que quiere; mas no debe querer sino aquello que sea conforme al bien de la sociedad, cuya salud es la ley primitiva y fundamental que la naturaleza impone á los que gobiernan á los hombres. *Un buen gobierno, dice Plutarco, es aquel donde los buenos mandan y los malos no tienen autoridad alguna.*

Júpiter mismo, dice en otra parte este filósofo, no puede gobernar bien sin justicia. Sin embargo se ha disputado mucho, y se disputa aun sobre si el soberano absoluto debe estar sujeto á las leyes; si está ligado por los empeños y promesas del pacto social, que ligan y comprenden á todos los miembros del cuerpo político. ¿Mas como unos entes racionales han podido disputar con seriedad sobre si el soberano, cuyo único destino es mantener la justicia, conservar los derechos de todos y de cada uno, y velar in-

cesantemente por el bien público, está obligado á ser justo, y á cumplir unas condiciones que, aun cuando no hayan sido espresadas, se encierran y contienen en el poder y la autoridad que él ejerce en la sociedad? ¿Ha podido dudarse de buena fe que un soberano, el gefe de una nacion, ligado al cuerpo político, del cual es la cabeza, pudiera separarse del tronco y de sus miembros, y que no se resienta de los males que sufren estos? ¿Se puede reducir á problema si los hombres reunidos por sus mútuas necesidades para gozar con seguridad de las ventajas de la vida social, para ser defendidos contra las pasiones de sus semejantes, han podido jamas conceder á sus gefes el derecho de que destruyan y aniquilen por sí solos aquellos mismos bienes por cuya conservacion viven en sociedad? En fin, las naciones ¿han podido, á no estar locas, conferir á los que han hecho depositarios de sus derechos, el de hacerlas constantemente desgraciadas? *La jurisdiccion, dice Montaigne, no se da en favor del juez, sino en favor del juzgado (1).*

(1) *Essais de Montaigne, Lib. 3. Cap. 6.* « Los que elevan la autoridad de los Soberanos hasta decir que estos no tienen otro juez que á Dios, por mas que se empeñen, méstrénme si ha habido nunca nacion alguna que, á sabiendas y no por el temor ó la fuerza, se haya olvidado de si misma al estremo de someterse á la voluntad de algun soberano, sin la condicion espresa ó tácitamente entendida de ser gobernada con justicia y equidad. . . . Aun cuando un pueblo, á sabiendas y de su entera voluntad, consintiese en una cosa

Bajo cualquier aspecto, pues, que la autoridad soberana sea considerada, está siempre sometida á las leyes inmutables de la equidad; y destinada á mantenerlas, no puede violarlas sin degenerar en tiranía: las leyes que prescriba deben ser justas, y conformes á la naturaleza del hombre en sociedad; las leyes positivas nunca pueden ser contrarias á las leyes de la naturaleza, sino estas mismas leyes naturales aplicadas á los intereses particulares de los pueblos que han de regir; ellas, en suma, no pueden en ningun caso atentar contra la felicidad pública que se proponen asegurar y defender. De aquí proceden con evidencia todos los deberes de los soberanos.

En el capítulo precedente hemos visto los

» que de suyo es manifestamente irreligiosa, y contra el derecho natural, semejante obligacion nunca puede ser válida. . . Seria ciertamente una cosa la mas inicua el no conceder á una nacion entera lo que la equidad otorga á las personas particulares, como á los menores de edad, á las mugeres, á los dementes, á los que han sido engañados en mas de la mitad del justo precio, sobre todo si aparece la mala fe de la persona con quien estos han contratado. . . . ¿ Los pueblos son acaso esclavos? y aun, conforme al derecho Romano, el esclavo á quien, hallándose enfermo, no se le proveía de lo necesario por su señor, se le tenia por manumitido. . . . Lo que alegan de que un Bey no está sujeto á las leyes, no puede ni debe entenderse con la generalidad que vociferan los aduladores de los Reyes y los enemigos de las naciones. . . . Debe, pues, concluirse, que los Reyes ó no son hombres, ó están sujetos y obligados á las leyes divinas y humanas ó naturales ». Véase un libro intitulado: *Du Droit des magistrats sur les Sujets*, publicado en 1550.

deberes de los pueblos y de sus gefes para con los otros pueblos; ahora vamos á dar una rápida ojeada sobre los deberes de estos gefes para con las naciones que gobiernan; en cuyo examen todo nos probará que la moral prescribe á los príncipes las mismas reglas y los mismos deberes que á los miembros mas oscuros de la sociedad, sin que la autoridad suprema haga mas que estender estos indispensables deberes á un mayor número de objetos. Si cada ciudadano dentro de su corta esfera está obligado, por su propio interes, á ser virtuoso, el soberano está obligado, en la dilatada esfera que le rodea, á desplegar con mayor energía las virtudes de su estado; sus acciones influyen no solamente sobre su nacion, sino también sobre los otros pueblos de la tierra; los delitos y vicios del particular tienen unas consecuencias limitadas, en vez de que los vicios y defectos de los príncipes producen la infelicidad de las generaciones presentes y futuras. Las malas leyes, las resoluciones imprudentes, los procedimientos precipitados, son comunmente causa de males y desgracias que se transmiten á la posteridad mas remota.

La virtud, dice Confucio, debe ser comun al labrador y al monarca. La virtud primera y fundamental del soberano, como de todo ciudadano, debe ser la justicia; esta basta para mostrarle todos sus deberes, y para descubrirle el camino que debe seguir. La justicia de los

reyes no se diferencia de la del ciudadano sino en su mayor estension. El soberano tiene relaciones no solo con su propio pueblo, sino tambien con los otros pueblos de la tierra. Su ambicion, regulada por la justicia, se ve satisfecha ejerciendo su poder sobre unos súbditos felices; no trabaja ni se afana por apoderarse de las provincias ó territorios de los otros, porque halla que es bastante grande cuando reina sobre una nacion que le ama y le respeta. El monarca humano y justo se estremece al solo nombre de la guerra, porque, aun acompañada de la victoria, ella siempre arruina y despuebla un estado. Es fiel á sus tratados, porque la equidad y la buena fe le harán superior á los politicos engañadores, enemigos constantes del universo entero. El buen príncipe es pacífico, porque en el seno de la paz puede trabajar libremente en la felicidad de sus ciudadanos.

En el seno de la tranquilidad, un soberano verdaderamente grande puede mostrar su sabiduría, sus talentos y su ingenio: semejante al astro del día, cuyos rayos iluminan y fecundan todo el globo, el príncipe justo vivifica todos los cuerpos, las familias y los individuos de la sociedad, y mantiene con firmeza la justicia y la igualdad entre todos sus súbditos. La acepcion, el favor, la amistad, la piedad misma no le impiden en manera alguna sostener invariablemente las reglas de la equidad, que

hace iguales al fuerte y al débil, al grande y al pequeño, al rico y al pobre. La beneficencia y la sensibilidad del príncipe no se atienen á solos los individuos, sino que abrazan el estado y el pueblo todo entero, su piedad se enternece no de las quejas y llantos de la codicia que le rodea, sino de la miseria mas cierta y segura de la multitud que no ve, y de las lágrimas de los infelices que comunmente se procura no lleguen á su noticia. Una justicia permanente é inmóvil constituye la beneficencia y la piedad de un monarca, á cuyos ojos su pueblo está siempre presente. Él se halla muy seguro de que los ricos y los grandes se abrirán camino para llegar á los pies del trono; mas teme no lleguen á sus oídos los gritos del inocente y del pobre. Los derechos, la libertad, los bienes y los intereses de todos le son mas respetables que las pretensiones y súplicas de los cortesanos que le rodean. A ninguno concede el funesto derecho de oprimir, porque sabe que no podría sin injusticia atribuirsele á sí propio.... Sabe que es el defensor, y no el dueño de los bienes de sus súbditos.... Sabe que un impuesto ó tributo es un robo, cuando no tiene por objeto la conservacion del estado.... Sabe que una ley ó un edicto no harian nunca legitima una violacion manifiesta de los derechos del ciudadano.... Reconoce que los tesoros del estado son y pertenecen al estado, y que no pueden, sin prevaricacion, ser consagrados á sus propios

placeres.... Sabe que aun su tiempo mismo no es suyo, sino que pertenece á su pueblo, á quien debe todos sus afanes y desvelos; él condenaria en sí mismo como delitos, una vida muella, indolente y disipada, y los recreos y diversiones ruinosas para su pais.... Sabe que la vida de un soberano es molesta y laboriosa, y que no debe ser únicamente destinada á los placeres.... Se abstiene sobre todo de aquellos que corromperian evidentemente las costumbres de su pueblo, porque sabe que un pueblo sin costumbres no puede ser bien gobernado.... Sabe, en fin, que él es responsable de la conducta de aquellos sobre quienes descarga los pormenores ó partes de la administracion; que sus crímenes se harian suyos; y que él mismo padeceria por su negligencia. Destruye y aniquila esos privilegios injustos que hacen á los privados superiores á las leyes, y les permiten emplear su crédito y su fuerza en arruinar la inocencia. Él no cree que todo su pueblo es injusto y falto de razon, cuando se queja de las opresiones de un Visir. Su favor desaparece luego que se trata de la justicia, ó antes bien su favor y sus beneficios son guiados por esta misma justicia, la cual le muestra á los ciudadanos mas útiles, mas virtuosos y mas aventajados en méritos, como los únicos dignos de las recompensas, de los empleos y de las gracias. Cualquiera que osa turbar con sus crímenes la felicidad pública, sea de la

clase que fuere, es abandonado á la severidad de las leyes; todo el que se deshonorá con sus acciones, deja de merecer su gracia; todo el que es negligente en el cumplimiento de los deberes de su estado, es privado de su destino, el cual la equidad solo asigna á los que son capaces de desempeñar sus cargos dignamente. En fin, un soberano inviolablemente atendido á la justicia, corrige sin dilacion el vicio, mostrándole un rostro severo y temible, y fortifica la virtud, convidándola con los honores.

La moral será siempre inútil en tanto que sus lecciones no estén apoyadas por el ejemplo y la voluntad de los soberanos (1). Los pueblos serán corrompidos mientras los gefes que arreglan sus destinos no conozcan el interes que tienen en ser virtuosos; con poco fruto la religion amenazará á los mortales con la cólera del cielo para retraerlos de sus vicios y de su perversidad; con poco fruto les prometerá las recompensas infalibles de la vida futura para estimularlos á la virtud; la voz poderosa de los reyes, las recompensas y los castigos de la vida presente serán siempre los medios mas eficaces para mover á los que ocupados de sus intereses actuales, solo ligera y débilmente piensan en su futura suerte. La demostrada moral puede mas bien si convencer los espíritus de un pequeño número de gentes que piensan; mas

(1) *Rex velit honesta, nemo non eadem solet.*

Seneca in Thyest

no influirá sobre las acciones de todo un pueblo, sino cuando haya recibido la sancion de la autoridad superior.

Todo príncipe amigo de la justicia puede fácilmente atraer á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, hacer que los practiquen con gusto, alentar el mérito y los talentos, y reformar las costumbres. Los hombres aprecian en tan alto grado el favor de sus señores, conciben tal temor de disgustarlos, y se afanan tanto por merecer su benevolencia, que la virtud del príncipe basta para hacer que reine en poco tiempo la virtud en su imperio, y para establecer con ella la felicidad pública, como su inseparable compañera.

Si la conducta de un monarca sabio y justo desagrada á ciertos malvados cortesanos, á ciertos grandes orgullosos, á los hombres corrompidos que desean aprovecharse de los vicios y de las debilidades de sus amos, esta misma conducta escitará el entusiasmo de un pueblo entero, que no cesará de bendecir á un soberano cuyos beneficios experimentarà toda la sociedad. Semejante príncipe se hará el ídolo de los ciudadanos; su nombre será pronunciado con los mayores y mas dulces afectos de la ternura; cada uno de sus súbditos le mirará como á su protector y su padre; y él vivirá entre ellos como en el seno de su familia. Sus días preciosos serán defendidos por su nacion, interesada en conservar en él la prenda de su felicidad.

Agasicles, Rey de Esparta, decia que un Rey no necesitaba de guardias cuando gobernaba á sus súbditos como un padre gobierna á sus hijos. Plinio dice á Trajano que nunca un príncipe está mas fielmente guardado que con su virtud y su inocencia.

Un soberano bueno y bienhechor no es aquel que prodiga sin eleccion los tesoros del estado entre la tropa hambrienta de aduladores que le rodean; un príncipe clemente no es tampoco el que perdona los atentados cometidos contra su pueblo; ni un monarca benigno, el que derrama sus gracias entre cortesanos y privados sin mérito; sino aquel que recompensa el mérito con justicia. Un príncipe, cuando es justo, no concede gracias ó favores gratuitos; todos sus beneficios son actos de equidad con los cuales paga los bienes y servicios hechos á su nacion, en cuyo nombre y á cuya costa distribuye las dignidades, las pensiones y los honores. Un soberano digno de amor, no es un hombre fácil, ni un bobo que se deja guiar ciegamente por sus privados ó ministros: un monarca respetable no es el que se distingue con una etiqueta orgullosa, con enormes dispendios, con un lujo desordenado, ó con edificios y obras suntuosas.

El soberano verdaderamente bueno, es aquel que es bueno para todo su pueblo, que respeta sus derechos, y que se vale y sirve de sus tesoros con economía para escitar el mérito y los talentos necesarios á la felicidad del estado. Un

príncipe clemente para con los culpados, es cruel para la sociedad. Un antiguo decía que *es perder á los buenos el perdonar á los malos*. Un soberano que se deja gobernar por cortesanos aduladores, no sabe jamas la verdad, y tolera el que se haga á sus súbditos desgraciados. Un monarca orgulloso, que pone la gloria solo en un vano aparato, en ruinosas prodigalidades, en una magnificencia sin límites, en costosos placeres, ó en crueles é inhumanas conquistas, es un soberano cuya pequeña alma no conoce la verdadera gloria que la virtud sola puede conceder. *Es mucho mas honroso para un príncipe, dice Plinio á Trajano, ser tenido en la posteridad por bueno que por dichoso.* ¿Puede tenerse por feliz y dichoso un príncipe, cuando sus súbditos están sumergidos en la miseria? Un soberano no puede ser poderoso y afortunado, sino cuando funde su grandeza y su poder en la libertad y en el bien de su pueblo.

Al ver la conducta de la mayor parte de los príncipes, pudiera decirse que su estado á nada los obliga: ellos no parece que existen en el mundo sino para destruirle, esclavizarle, devorar á los pueblos, ó para vivir en continuos placeres y recreos, sin hacer nada útil para las naciones. ¿Es por ventura reinar, el abandonar las riendas del gobierno á sus favorecidos, mientras que el que debiera gobernar vive en una ociosidad ignominiosa, ó solo piensa en distraer su molesto fastidio con placeres muchas veces

vergonzosos, con fiestas y funciones ruinosas, con edificios inútiles, todo á costa del sudor y las lágrimas de un pueblo afanado para saciar los vicios y la vanidad de un gefe que nada hace en su favor.

¿La necia vanidad podrá tener entrada en el corazón de un Monarca? Una pasión tan vil y pequeña ¿no debiera ser desterrada de una alma verdaderamente noble? La verdadera grandeza de los reyes consiste en la felicidad de los pueblos, su verdadero poder en el cariño y afición de estos, su verdadera riqueza en la riqueza y actividad de sus súbditos, su verdadera magnificencia en la abundancia que ellos hagan reinar. En los corazones de las naciones es donde los príncipes deben erigir sus monumentos, mucho mas lisonjeros y dignos de admiración que no esos soberbios edificios hechos á costa de la felicidad nacional: las pirámides de Egipto, que todavía subsisten, los monumentos de Babilonia, que han perecido, los palacios arruinados de los tiranos de Roma, solo traen á la memoria la locura de los que los erigieron. Montaigne dice con mucha razon que « es una especie de pusilanimidad en los monarcas, y una prueba de falta de atención á los deberes de su estado, « el trabajar únicamente en distinguirse por « medio de dispendios enormes » (1). *El mejor Rey, y mas grande, dice Zoroastro, es aquel que hace la tierra mas fértil.* (2)

(1) *Essais*, lib. 3. cap. 6.

(2) Véase el *Zend-avesta*, ó el libro sagrado de los Parsis.

Los ayos y preceptores de los príncipes, en vez de mostrarles la gloria en la guerra, en las injustas conquistas, en un fausto brillante, en frívolos y escesivos dispendios, debieran habitarlos desde la infancia á combatir sus caprichos, proponiéndoles la conquista de los corazones de sus súbditos como el objeto á que deben dirigirse todos sus deseos. En lugar de hacer insensibles á los príncipes, en vez de enseñarles á menospreciar á los hombres, sus maestros debieran mover su imaginacion con la pintura poderosa de las miserias, á que tantos millones de sus semejantes están condenados para que ellos vivan en el lujo y la ostentacion. Los pueblos y sus soberanos serian mucho mas felices, si, en lugar de persuadir á estos á que son dioses ó criaturas de un orden superior, se les repitiese de continuo que son hombres, y que, sin este mismo pueblo despreciado, serian infelices y miserables.

Carnéades decia que *los hijos de los príncipes nada aprendian con tanto cuidado como el arte de montar á caballo, porque en todo otro estudio cada cual les da la preferencia, en lugar de que el caballo no es tan atento y cortésano, pues lo mismo tira al suelo á un hijo de un Rey como al de un villano.* El Emperador Segismundo decia que *todo el mundo se abstenia de ejercer un oficio que no habia aprendido, y que solo el oficio de Rey, el mas difícil de todos, se ejercia sin saberse.* Sin embargo el gran Ciro confesaba que á ningun hom-

bre toca el mandar, si no es mejor que aquellos á quien manda (1). *No hagas ó presumas de príncipe, dice Solon, sino has aprendido á serlo. Aprende á gobernarte á ti mismo, antes de gobernar á los otros.*

La educacion de los hijos de los Reyes, muy lejos de ilustrarlos y de darles un corazon sensible, solo parece que se propone sofocar en ellos las semillas de la justicia y de la humanidad: no se les habla sino de combates y conquistas: sus conversaciones no se refieren mas que á su grandeza y á la pequenez y miseria de los demas: se les muestra á los pueblos como unos viles rebaños, de que pueden disponer á su antojo, quitarles el pellejo y devorarlos impunemente. Se les dice que ellos no deben dar oídos á sus quejas y lamentos, como importunas, molestas, y destituidas siempre de razon. He aquí porque los príncipes son raras veces equitativos y sensibles. De este modo se los forma unos ídolos inaccesibles á sus súbditos, sobre quienes, sin saberlo ellos, se ejercen las mas estrañas crueldades: así tambien se los hace ingratos que niegan constantemente al mérito sus justas recompensas, prodigándolas á la bajeza y la adulacion. En fin, de esta manera en el seno de los placeres, de la pompa y de las diversiones, los soberanos viven en una

(1) Plutarco, *Dichos notables de los Príncipes.* En otra parte dice que gobernar un Estado y ser filósofo es una misma cosa. Pitaco decia que es difícil mandar y ser hombre de bien.

37202

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4000. 1625 MONTERREY, MEXICO

embriaguez continua, adormecidos en una fatal seguridad, que tarde ó temprano los pierde infaliblemente (1).

La naturaleza siempre justa en sus castigos, no perdona á ninguno de cuantos desconocen sus leyes. Los malos principes hacen á sus súbditos infelices, y las infelicidades de los súbditos recaen necesariamente sobre sus injustos señores. Las provincias agotadas con guerras inútiles, solo presentan labradores desalentados con el rigor de los impuestos. El comercio desaparece á causa de las trabas que se le ponen á cada paso. Un gobierno negligente acude siempre á las violencias, y degenera en tiranía. Los caprichos del soberano se multiplican á lo infinito, porque, á falta de ocuparse en el cumplimiento de sus deberes, necesita forzosamente de placeres y diversiones continuas: las necesidades y las demandas del príncipe crecen en la misma proporcion que su reino se agota, y que sus medios se disminuyen: los impuestos se duplican á medida que los pueblos se empobrecen; en fin, es indispensable entonces recurrir á todo género de estorsiones, á la perfidia y al fraude, acabando de arruinar

(1) Cuando la guerra de Luculo contra Mithridates, los Generales de este monarca le ocultaron que el ejército, en que él mismo se hallaba en persona, padecia la más cruel hambre. — El primero que anunció al Rey Tigranes la aproximacion de este mismo Luculo, fue degollado por mandato de este Príncipe.

enteramente un estado oprimido por un gobierno delirante. Así el déspota, de cada dia mas codicioso y miserable, no conoce ya freno ni medida, y reina solamente sobre esclavos sin vigor y sin industria. La conciencia entonces atormenta al tirano sobre el trono mismo; él sabe que se ha grangeado un odio universal; de todo teme y se recela; no ve sino enemigos en cuantos le rodean; concibe el mayor temor de su pueblo, cuyo amor y ternura ha despreciado. Inquieto y receloso, es cruel y feroz; en fin, la tiranía estrema produce levantamientos populares, rebeliones y motines, de quienes el tirano es la primera víctima. De la esclavitud á la desesperacion apenas hay un paso.

Un déspota es un soberano que prefiere su capricho á la justicia, y su interes personal al interes de la sociedad. Semejante soberano tiene la locura de creer que él solo compone el estado, que su nacion es nada, y que la sociedad toda entera está destinada únicamente por el cielo para servir á sus caprichos. El tirano es aquel príncipe que pone en rigorosa práctica los principios del déspota, y que, creyendo hacerse feliz á sí mismo, hace á todo su pueblo infeliz y desgraciado. ¿Mas se hace él por ventura feliz? No; que vive lleno de turbacion y de inquietudes. *Es inevitable*, dice un antiguo, *que aquel que se hace temible á muchas gentes, viva*

en un continuo miedo (1). Los tiranos, dice Plutarco, temen á sus súbditos; mas los buenos principes temen por sus súbditos. Ningun poder sobre la tierra puede por largo tiempo ser tiránico con impunidad y sosiego.

Apetecer el despotismo, es apetecer los medios de hacer mal á los otros é infeliz á sí mismo. El tirano es desgraciado, puesto que gobierna á infelices con un cuchillo penetrante y agudo, con que se hiere á sí. No hay poder alguno firme y seguro, si no se somete á las leyes de la equidad (2). Mas una inclinacion natural en todos los hombres, y que todo contribuye á fortificar en los principes, los hace apetecer un poder ilimitado; estos detestan y aborrecen todos los obstáculos que su autoridad puede encontrar; los principes mas débiles y los mas incapaces son los mas zelosos en esto; no hay cosa que mas los incite y los despierte, que el hablarles de la estension de su poder. Todos se

(1) *Necesse est multos timeat, quem multi timent.* Publ. Syr. Sent. -- Arato hizo que Lisiades, tirano de Megalópolis, renunciase el poder que habia usurpado, manifestándole los peligros y las inquietudes que de continuo le acompañaban.

PLUTARCO, vida de Arato.

Lo primero que hizo Numa al subir al trono, fue despedir la compañía de sus Guardias; porque, dice Plutarco, no queria ni desconfiar de los que se fiaban de él, ni ser Rey de los que ninguna confianza le dispensaban.

PLUTARCO, vida de Numa Pompilio.

(2) *Ea demum tuta est potentia, que viribus suis modum imponit.* Plinü Panegyrr.

creen

creen desgraciados, cuando no pueden satisfacer sus caprichos: todos anhelan al despotismo, como el único medio de lograr la suprema felicidad, siendo asi que este despotismo solo pone ensus manos los medios de arruinar á sus súbditos y de sepultarse con ellos bajo las ruinas del estado. El poder absoluto fue y será siempre la causa de la decadencia y de las desgracias de los pueblos, de que tarde ó temprano llegan á participar los mismos Reyes.

Esta verdad confirmada por la esperiencia de tantos siglos, es ignorada de la mayor parte de los que gobiernan el mundo; y los ministros complacientes y aduladores, cuyo objeto es aprovecharse de la negligencia y depravacion de sus monarcas, la ocultan de ellos con cuidado: sus almas viles é interesadas son efectivamente las verdaderas causas de la ignorancia de los principes, y de las desgracias de las naciones. Estos aduladores son los que forman los tiranos; y estos tiranos son los que, corrompiendo las costumbres de los pueblos, hacen la virtud tan difícil y rara. Con razon dice Polibio « la tiranía es culpable de todas las injusticias » y de todos los delitos de los hombres ».

Seguramente, la tiranía, siempre injusta, solo es servida á su gusto de hombres sin costumbres y sin probidad; de esclavos vilmente dominados del mas sórdido interes, quienes, hacen principes codiciosos y corrompidos, se hacen los únicos repartidores de las gra-

Tomo II.

C

cias, de las dignidades, de los honores y de las recompensas. Estos no muestran su benevolencia sino á hombres como ellos; temen al mérito y á la virtud, porque les causan confusión y vergüenza. Por el descuido ó la injusticia de un mal gobierno una nacion entera forzosamente ha de llegar á pervertirse; escluida la virtud del favor y de los empleos, es menester renunciar á ella para lograr fortuna; es necesario irse con el torrente, que siempre encamina al mal. La moral se inutiliza y pervierte bajo un gobierno despótico, en el cual todo ciudadano virtuoso debe necesariamente disgustar al príncipe y á los que gobiernan en su nombre. El tirano, para reinar, no necesita talentos ni virtudes, sino soldados, cadenas y calabozos. Un tirano es por lo comun un autómató, un ídolo de piedra, que se mueve al impulso que le comunican los esclavos hábiles y mañosos que se han apoderado del mando. Un déspota que ha reducido su país á la esclavitud viene á ser un necio y miserable esclavo, que ni aun coge los frutos de su funesta tiranía.

La ciencia mas esencial al que desea gobernar con sabiduría es, segun Plutarco, *hacer á los hombres capaces de ser bien gobernados*. Las costumbres de los soberanos deciden necesariamente de las costumbres de los súbditos. Dispensadores de los bienes, de los honores y dignidades que los hombres desean, pueden á su voluntad inclinar los corazones al

vicio ó la virtud. Las cortes sirven de norma á las ciudades: las ciudades corrompen los campos; y he aqui como de unos en otros, los pueblos se imbuyen de las preocupaciones, de las vanidades, del lujo, de las fruslerías, de las locuras y de los vicios que infestan las cortes. Los soberanos dan en todo y por todo el primer impulso á las voluntades de los grandes, comunicando estos á las otras clases el impulso primero que han recibido: si este encamina al bien, las costumbres pronto se verán reformadas y buenas.

Todo el mundo conviene en que el lujo, esta emulacion fatal de la vanidad, es debido principalmente al fausto de los soberanos y de los grandes, á quien cada uno procura mas ó menos imitar: este mal tan peligroso parece ser inherente al gobierno monárquico, y sobre todo al despotismo, en que el príncipe transformado en una divinidad, quiere imponer respeto á sus esclavos con el fausto que los deslumbra: para contener los efectos de esta epidemia fatal, se han ideado repetidas leyes como capaces de reprimirla; mas estas leyes por lo comun han sido infructuosas. La mejor de todas las leyes suntuarias para un estado, será siempre un príncipe frugal, económico, y enemigo del fausto y de la vanidad. Permitiendo el lujo á los grandes, y prohibiéndole á los pequeños, no se hace mas que irritar la vanidad de estos, que poco á poco triunfa de las leyes mas severas.

Nada seria mas importante para la felicidad de los pueblos, que el inspirar desde muy temprano á los que deben reinar en ellos, el amor á la virtud, sin la cual no hay prosperidad alguna en la tierra. Mas las máximas de una política injusta, cuyo objeto es ejercer impunemente una libertad desenfrenada, ocupan en los soberanos el lugar de la sabiduría y de la moral; así los intereses de los gefes jamas están de acuerdo con los del cuerpo social. ¡Estraña política, seguramente, por la cual los que están destinados á hacer observar los deberes de la moral, se ocupan de continuo en violarla, y romper los vínculos que deberían unirlos mas íntimamente á sus conciudadanos!

Privar á la virtud de las recompensas y de los honores que le son debidos, es, dice Caton, estirpar de la juventud las virtudes. Mas alejar la virtud de los primeros destinos, corromper á los hombres para sojuzgarlos, y dividirlos entre sí afin de avasallarlos á todos, es á lo que se reducen los principios de una política odiosa, inventada claramente, no para la conservacion, sino para la disolucion de un estado. Segun tales máximas, los soberanos se hacen necesariamente los enemigos de sus súbditos, debiendo declarar una guerra cruel á la razon que podria ilustrarlos, y á la virtud que pudiera unirlos con los otros: vale mas, pues, cegarlos y corromperlos, tenerlos en una infancia perpetua, é inspirarles vicios capaces de fomentar las mayores discor-

dias entre ellos, para impedir el que se reúnan contra los que tan cruelmente los oprimen. La virtud necesariamente debe ser detestable á cuantos gobiernan sin justicia. La moral tampoco puede ser conveniente á los esclavos: el esclavo no debe conocer mas virtud que la de la obediencia (1).

Los cortesanos siempre estremados en sus adulaciones, han intentado deificar á sus monarcas; pero es fácil de conocer que sus esfuerzos han sido defectuosos, si con ellos pretendieron justificar su servidumbre, y ennoblecer su fama. Ademas de que ellos son los sacerdotes de los dioses que crea su ceguera ó su codicia.

Una política mas sana y mas útil prescribe que los soberanos se consideren hombres y ciudadanos, y que nunca separen sus intereses de los de sus súbditos: de la reunion de estos intereses resulta la concordia social, y la felicidad de la cabeza y de los miembros. El príncipe solamente es verdaderamente grande y poderoso, cuando está sostenido por el afecto y cariño de su pueblo: el pueblo es siempre desgraciado,

(1) « Consultando los Soberanos solo á su propia seguridad, » y no á la razon y á la justicia, debieran proponerse mandar » y regir manadas de carneros, de bueyes y de caballos, ma » no á hombres en sociedad. . . . Un tirano que mas quiere » mandar á esclavos que á verdaderos hombres, se asemeja á » mi parecer al labrador que mejor quisiese coger langostas ó » ares de rapiña que no buen trigo y cebada ».

PLUTARCO, Banquete de los siete Sabios,

si el soberano rehusa ocuparse en su felicidad. Eléas, rey de Escitia, decía que, cuando estaba ocioso, no se diferenciaba de su mozo de caballos. Una vida holgazana y disipada es siempre vergonzosa y criminal en un Rey, cuyo tiempo pertenece á sus súbditos.

Para gobernar de un modo que haga felices á las naciones, no es menester ni un trabajo excesivo, ni unas luces extraordinarias, ni un talento maravilloso; bastan la rectitud, la vigilancia, la firmeza, y los buenos y eficaces deseos. Un alma demasiado viva y exaltada puede algunas veces carecer de prudencia; un buen corazón es regularmente mejor y mas á propósito para gobernar á los hombres, que un talento ó un entendimiento muy elevado y penetrante. No exijan, pues, las naciones de sus gefes talentos sublimes y raros, ni cualidades difíciles de encontrar. Cualquier hombre de bien tiene lo que se necesita para gobernar un estado; todo príncipe que desee sinceramente el bien de sus súbditos, hallará con facilidad cooperadores que le ayuden; él fomentará en su corte una noble emulacion entre los talentos y el mérito, no menos útil á sus intereses que á los de sus súbditos. Todo monarca que quiera conocer la verdad, hallará muy pronto las luces necesarias para gobernar con sabiduría; en fin, todo soberano que aprecie y se atenga fuertemente á la justicia, la hará reinar en sus dominios, y respetable á sus vasallos. La justicia y la fuerza son las virtudes de los Reyes,

La vana pompa que rodea á los soberanos, la facilidad y prontitud con que son ejecutadas sus órdenes, las diversiones continuas que se les presentan, y los placeres en que se encuentran engolfados, hacen que el vulgo los tenga por los mas felices de los mortales; en una palabra, un error muy comun da por supuesto que el poder supremo trae siempre consigo la suprema felicidad. Mas la vida de un soberano que cumple con sus deberes es activa, laboriosa, vigilante, incesantemente ocupada: la de un príncipe ocioso, disipado y enemigo del trabajo, es un fastidio perpetuo. Todo monarca justo y sensible vive sujeto á una ocupacion y cuidado continuo. El soberano que no se digna atender á sus propios negocios, se espone á todos los males que resultan de la falta de conducta ó de la perversidad de sus ministros, que por su ignorancia no puede elegir bien. Los Reyes tienen tanto y mas que temer de sus amigos que de sus enemigos; ó mas bien, no tienen nunca amigos, sino aduladores, y hombres viciosos solo afectos á su persona por un sórdido interes, ó por la vanidad; ademas, no teniendo iguales, ni teniendo necesidades algunas, los príncipes no gozan ni de las dulzuras de la amistad, ni de los encantos de la confianza, ni de los mas grandes placeres de la vida social; se ven privados de estos bienes por la enorme distancia que el trono pone entre ellos y sus súbditos,

aun los mas distinguidos ; estos se hallan siempre oprimidos y violentados en presencia de un señor , en la que á nada se pueden atrever. De donde se infiere claramente que la alegría , que siempre supone libertad , seguridad , confianza é igualdad , no puede habitar ni manifestarse en la corte de los Reyes. En medio de un festin fue donde el grande Alejandro asesinó á Clito , á quien tenia por su mayor amigo (1).

Enfin , la mayor infelicidad inseparable de la condicion de los Reyes , es no poder saber casi nunca la verdad. Esta se les oculta sobre todo cuando es amarga , es decir , cuando es mas importante saberla. *Algunos príncipes* , dice Gordon , *se han visto destronados antes de saber que no eran amados de sus pueblos* (2). Esto es lo que sucede principalmente á los soberanos absolutos , á los déspotas , á los tiranos , á quienes sus pasiones indómitas no permiten jamas que se les hable con sinceridad ; no acostumbrados á que se les contradiga , todo lo que se opondrá á sus caprichos basta para provocar la cólera de estos niños imprudentes que desean poderlo todo impunemente. Los príncipes cuyo poder es limitado son los que debieran tener el mayor interes en conocer las verdaderas disposiciones de sus súbditos ; porque , no pudiendo estos

(1) Este Príncipe decia que *Ephestion amaba al Rey* , pero que *Clito amaba á Alejandro*.

(2) Véase el Discurso preliminar de su traduccion de Tácito.

hacer que lleguen al trono sus quejas , se explican con motines , revoluciones y asesinatos , en que el tirano suele ser la primera víctima.

¡ Hé aquí , pues , la felicidad suprema , á la que conduce el poder sin limites que los príncipes desean con tanto ardor , y sin el cual se tienen por desgraciados ! Este poder los priva de la confianza , de los consejos , de los auxilios y de los consuelos que proporciona la amistad. El monarca que pretende ser justo debe armarse doblemente contra las seducciones de sus privados , y temer que su afecto hácia ellos no le haga pecar contra la justicia universal que debe á todos. Del pueblo es de quien debe ambicionar la amistad ; al pueblo es al que debe oír para saber la verdad ; sobre el pueblo debe fundar su propia seguridad ; y en el bienestar del pueblo debe establecer su propia grandeza , su gloria , y su felicidad : á los que le proporcionan estos bienes y ventajas , es á quien el príncipe debe mirar como á sus amigos. Theopompo decia que *un gran rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad , que hace justicia á sus vasallos , y que observa las leyes*.

Cualquiera que sea la forma de gobierno que adopte una nación , los deberes y los intereses de sus gefes serán siempre unos mismos. La política y la moral exigen que , en un gobierno aristocrático , un necio orgullo , un vano espíritu de cuerpo , una terca y obstinada adhesion á prerogativas injustas , no le hagan jamas hollar

los derechos de la patria. Nada mas incómodo y molesto en las aristocracias, ni mas insopor- table á los pueblos, que la vanidad pueril de los nobles, y de los magistrados ó soberanos colectivos. Estos han de distinguirse en la de- cencia y gravedad de sus costumbres, en su probidad, su afabilidad, su modestia y su equi- dad, cualidades mucho mas capaces de hacerles queridos y respetados, que no una gravedad insociable que los hará odiosos y aborrecibles á sus conciudadanos, y que nunca debe tener lugar en los gobiernos republicanos.

Dejen, pues, los gefes de la aristocracia á los esclavos favorecidos del despotismo la va- nagloria de distinguirse por su altanería y su insolencia, y distinganse ellos por su bondad, su moderacion y su integridad. La arrogancia y el orgullo deben ser desterrados de los paises donde se goza de alguna libertad. La aristocracia debe hacer mucho aprecio del pueblo, y no mirarle con los mismos ojos que la monarquía, que solo distingue á susnobles, ó que el des- potismo, que desprecia igualmente al vil rebaño que destruye y aniquila.

En una palabra, todo gobierno republicano supone una cierta igualdad entre los ciudadanos igualmente sujetos á las leyes. Los magistrados en él son gefes, sin dejar por esto de ser ciu- dadanos; de donde se sigue que sus modales altaneros son mas chocantes y mas importunos al pueblo que bajo la monarquía, acostumbrada

á sufrir y tolerar la insolencia y el desprecio de los grandes, y de cuantos gozan de algun poder. En todo estado bien constituido, ningun ciudadano tiene derecho de ser insolente. Esos aristócratas tan zelosos de su autoridad, y tan desconfiados, se aborrian de muchos dispen- dios, molestias y disgustos, si se dignaran re- cordar de que son ciudadanos y no déspotas ó tiranos; que la vanidad solo es buena para hacerse abominables; y que esta produce de continuo enemigos y descontentos, cuya cólera revienta á veces en fatales y terribles revoluciones (1).

De esta verdad hallamos pruebas en la histo- ria de la mayor parte de las aristocracias antiguas, las cuales por lo comun degeneraron en verdaderas tiranías. La historia romana nos ofrece un senado orgulloso, avaro, zeloso de sus prerogativas usurpadas, perpetuamente que- joso de la plebe, á la cual se arrogaba el de- recho de abatir, de vejar con usuras, de oprimir de mil modos, y de enviarla á morir en guerras estrangeras cuando le era molesta. Bien pronto

(1) La excesiva emulacion del poder, dice Tito-Livio, y la terca obstacion de no decaer en lo mas minimo de su gran- deza, en uno de los órdenes de una republica, produce muchas veces grandes é inútiles disputas, funestas al mismo orden. *Nimia unius ordinis reipublice, in sua dignitate sibi retinenda, nullique alii communicande sollicitudo, magnas sæpè, easque inútiles, et ipsimet illi ordini exiliales contentiones parit.*

« El pueblo, dice Plutarco, mira siempre como el mayor honor el no ser despreciado de los grandes ». Vida de Nicias.

la division entre los gefes de esta república siempre armada produjo facciones crueles, y se encendieron espantosas guerras civiles; los ciudadanos se armaron los unos contra los otros; y por último, tras las sangrientas disputas y contiendas de Mario y de Sylla, el ambicioso César, apoyado en la faccion del pueblo, se elevó sobre las ruinas del estado, estableció el despotismo de uno solo en lugar del despotismo de los magistrados, y dejó al gobierno abandonado á una larga serie de monstruos, que únicamente parece que se disputaron quien cometeria mayores crímenes y mas grandes infamias. La nobleza romana vino á ser sobre todo el objeto de la crueldad de los Catigulas y de los Neronos: mientras que estos monstruos acariciaban al pueblo, ó le divertian con espectáculos, hacian correr la noble sangre de Senadores y de patricios, cuyo linage causaba recelo á su tiránica ambicion. En una palabra, el orgullo de un senado discordante puso fin á la república mas poderosa que hubo jamas en el mundo. *Los grandes, dice Solon, destruyen las ciudades; y la imprudencia del pueblo las precipita en la esclavitud.*

Las democracias ó gobiernos populares no perecen comunmente tan pronto sino por la injusticia, el desenfreno, los zelos y la envidia del pueblo, que con el poder se hace insolente. Un populacho arrogante, lisonjeado por sus demagogos, es ordinariamente el mas cruel de los tiranos; así sacrifica la virtud misma á su

envidia, á su capricho y al bárbaro placer de hacer sentir su poder á los ciudadanos que deberia querer y respetar; y comete el crimen sin remordimientos, porque no reflexiona, y porque ademas la vergüenza desaparece entre la multitud de los culpados. La ingratitud de los Atenienses con Aristides, Cimón y Phocion, hace que ninguno se compadezca ni lamente de un pueblo vano y perverso en la pérdida entera y absoluta de su libertad, que ni apreció ni supo usar (1). Sócrates dice, segun Platon, que la democracia *es el imperio de los malvados sobre los buenos. La multitud, cuando ejerce la autoridad, es mas cruel aun que los tiranos.* A un déspota le contienen á veces el temor, la vergüenza y los remordimientos; mas un pueblo tirano, enfurecido y agitado de sus pasiones, no conoce ni miedo ni pudor.

(1) La ingratitud de los Atenienses para con Pericles, en pretender que diese cuenta de su administracion, hizo que este hombre célebre suscitase la guerra del Peloponeso, que fue causa de la destruccion de todas las repúblicas de Grecia. Temistocles decia á los Atenienses ¡ó miserables! ¿por que os fatigais en recibir beneficios de unas mismas personas? Plutarco observa con mucha razon que en las revoluciones de la democracia el mas perverso es regularmente el que prospera, y el que se eleva al mas alto grado. Plutarco, Vida de Nicias. ®

la division entre los gefes de esta república siempre armada produjo facciones crueles, y se encendieron espantosas guerras civiles; los ciudadanos se armaron los unos contra los otros; y por último, tras las sangrientas disputas y contiendas de Mario y de Sylla, el ambicioso César, apoyado en la faccion del pueblo, se elevó sobre las ruinas del estado, estableció el despotismo de uno solo en lugar del despotismo de los magistrados, y dejó al gobierno abandonado á una larga serie de monstruos, que únicamente parece que se disputaron quien cometeria mayores crímenes y mas grandes infamias. La nobleza romana vino á ser sobre todo el objeto de la crueldad de los Catigulas y de los Neronos: mientras que estos monstruos acariciaban al pueblo, ó le divertian con espectáculos, hacian correr la noble sangre de Senadores y de patricios, cuyo linage causaba recelo á su tiránica ambicion. En una palabra, el orgullo de un senado discorde puso fin á la república mas poderosa que hubo jamas en el mundo. *Los grandes, dice Solon, destruyen las ciudades; y la imprudencia del pueblo las precipita en la esclavitud.*

Las democracias ó gobiernos populares no perecen comunmente tan pronto sino por la injusticia, el desenfreno, los zelos y la envidia del pueblo, que con el poder se hace insolente. Un populacho arrogante, lisonjeado por sus demagogos, es ordinariamente el mas cruel de los tiranos; así sacrifica la virtud misma á su

envidia, á su capricho y al bárbaro placer de hacer sentir su poder á los ciudadanos que deberia querer y respetar; y comete el crimen sin remordimientos, porque no reflexiona, y porque ademas la vergüenza desaparece entre la multitud de los culpados. La ingratitud de los Atenienses con Aristides, Cimón y Phocion, hace que ninguno se compadezca ni lamente de un pueblo vano y perverso en la pérdida entera y absoluta de su libertad, que ni apreció ni supo usar (1). Sócrates dice, segun Platon, que la democracia *es el imperio de los malvados sobre los buenos. La multitud, cuando ejerce la autoridad, es mas cruel aun que los tiranos.* A un déspota le contienen á veces el temor, la vergüenza y los remordimientos; mas un pueblo tirano, enfurecido y agitado de sus pasiones, no conoce ni miedo ni pudor.

(1) La ingratitud de los Atenienses para con Pericles, en pretender que diese cuenta de su administracion, hizo que este hombre célebre suscitase la guerra del Peloponeso, que fue causa de la destruccion de todas las repúblicas de Grecia. Temistocles decia á los Atenienses ¡ó miserables! ¿por que os fatigais en recibir beneficios de unas mismas personas? Plutarco observa con mucha razon que en las revoluciones de la democracia el mas perverso es regularmente el que prospera, y el que se eleva al mas alto grado. Plutarco, Vida de Nicias. ®

CAPITULO III.

Deberes de los súbditos.

Tono gobierno justo ejerce, como se ha visto, una autoridad legítima, á la que un ciudadano virtuoso está obligado á obedecer, mas el gobierno injusto ejerce un poder usurpado. Bajo el despotismo y la tiranía no hay autoridad, no hay mas que usurpacion y ladroncio público: la sociedad se ve forzada á sufrir el yugo que le imponen el crimen y la violencia; su misma opresion le impide proporcionar á los ciudadanos los bienes y ventajas que se obligó á asegurarles en el pacto social: un mal gobierno aniquila este pacto, é impidiendo á la sociedad el cumplimiento de las obligaciones que ha contraido con sus miembros los exonera á estos de las que han contraido con ella.

Para que la sociedad tenga derecho de exigir el buen afecto de sus miembros, debe mostrar un grande y tierno interes por todos, ella no se obliga á que todos los ciudadanos sean igualmente felices y poderosos; pero sí á protegerlos con igualdad, á preservarlos de la injusticia, á darles la seguridad necesaria para sus empresas y trabajos, y á recompensarlos con proporcion á los servicios que la hagan. Con estas condiciones los ciudadanos pueden amar

su patria, interesarse en su bien, y contribuir fielmente á su conservacion y felicidad? Mas cual será el amor de la patria en un gobierno tiránico? Exigirle de un esclavo, sería evidentemente pretender que un preso amase su prision y sus cadenas. El amor de la patria, en un pais sujeto á la tiranía, solo consiste en una aficion servil á los tiranos, de quienes el esclavo espera recibir los despojos de sus conciudadanos: en una constitucion como esta, el hombre verdaderamente afecto á su pais es reputado por rebelde, por un mal ciudadano, por un enemigo de la autoridad (1).

Los hombres, gobernados casi de continuo por vanas ideas y palabras, imaginan que todo lo que lleva la señal ó el sello del poder debe ser ciegamente obedecido: y no ven que la autoridad legítima (esto es la que reconocida legalmente por la sociedad contribuye al bien de ella) es la única que tiene derecho de hacerse obedecer: no ven tampoco que la autoridad que es injusta pierde todo derecho de obligar á los hombres, reunidos para gozar de las ventajas de la equidad, y de la proteccion de las leyes. Ninguno, dice Ciceron, debe obedecer á los que no tienen derecho de mandar. La tiranía

(1) *Aquella ciudad, dice Plutaro, está bien gobernada... en que los que no son oprimidos ni ultrajados aborrecen y persiguen tan rigurosamente al que ha cometido una opresion ó ultraje, como la misma persona ofendida y ultrajada.*

es detestada por todo buen ciudadano, sus órdenes solo pueden ser ejecutadas por los esclavos corrompidos, que procuran aprovecharse de las desgracias de su patria. Un sórdido interes y un temor vil, mas no el cariño y el aprecio, pueden ser los móviles de la obediencia forzada del ciudadano, que necesariamente ha de aborrecer en su interior una autoridad dañosa, bajo la cual está condenado á llorar su destino. Los Griegos, segun Plutarco, miraban el Gobierno despótico de los Persas como indigno de mandar á los hombres.

En fuerza de estas reflexiones tan sencillas no debemos admirarnos de que la mayor parte de las naciones estén llenas de ciudadanos indiferentes á la suerte de la patria, faltos de toda idea de bien público, y únicamente ocupados en sus intereses personales, que nunca se refieren á los de la sociedad en que viven: los intereses de esta nada efectivamente tienen de comun con los de la mayor parte de los miembros que la componen. No se encuentran leyes algunas que establezcan una justicia exacta entre los ciudadanos: y las naciones se dividen en opresores y oprimidos. Las preocupaciones injustas, las vanidades despreciables, los inicuos privilegios ponen en perpetua discordia las diferentes clases del estado; un fatal espíritu de cuerpo usurpa las veces del espíritu público y del patriotismo. Los ricos y los grandes se arrogan el derecho de vejar á los pobres y á los pequeños; el noble

desprecia al plebeyo; el militar solo reconoce la fuerza, y únicamente obedece á la voz del déspota que le paga. El magistrado solo piensa en las prerogativas de su cargo, y cuida poco de los derechos de sus conciudadanos; el sacerdote solo se ocupa en las inmunidades de su estado. Así los intereses discordantes de los hombres se oponen de continuo al interes general, y destruyen lastimosamente la armonia social. El despotismo se vale astutamente de estas divisiones continuas para sojuzgar la justicia y las leyes; fomenta las discordias, hace que sus hecuburas se aprovechen de las calamidades de la patria; y ofuscados con unos favores engañosos, aquellos mismos que debieran mostrarse los mejores ciudadanos, solo aspiran á obtener el crédito y poder de oprimir y dañar; ellos trabajan y se afanan por aumentar y fortalecer la autoridad fatal bajo quien la nacion entera será tarde ó temprano opresa é infeliz. Los pobres y los débiles, abrumados perpetuamente de la injusticia de los poderosos y grandes, á los cuales ven únicamente prosperar, se hacen sus enemigos, y se vengán con crímenes de la parcialidad del gobierno, que se muestra solamente pródigo y bienhechor con los felices de la tierra, y olvida á los desdichados.

Es necesario repetirlo: todos los ciudadanos de un estado están igualmente interesados en que reine en él la equidad. No hay un solo

hombre que, siendo racional, no deba temblar al ver oprimido por la violencia al mas infimo de sus conciudadanos. La opresion despues de haber hecho sentir sus efectos á las ínfimas clases del pueblo, los hace tambien experimentar por último á las clases mas elevadas. Los cuerpos mas poderosos, si la discordia los desune entre sí, solo pueden oponer una débil barrera á la tiranía, que corre sin detenerse al logro de sus fines. Todos los cuerpos, todas las familias, todos los ciudadanos tienen un solo interes, que es el de verse gobernados por leyes justas y equitativas; mas estas no son tales sino cuando protegen igualmente al grande y al pequeño, al rico y al pobre. El buen ciudadano es aquel que dentro de su esfera contribuye de buena fe al interes general, porque reconoce que su interes personal no puede separarse de aquel sin peligro y daño de sí propio: verdad que haremos conocer recorriendo los deberes de todas las clases en que se hallan divididos los ciudadanos de un estado.

Un gobierno merece el renombre de bueno cuando es justo para con todo el mundo; este es el que puede formar buenos ciudadanos; este solo tiene derecho de esperar de parte de sus súbditos la aficion, el cariño, la fidelidad, los sacrificios generosos; en una palabra, el puntual cumplimiento de los deberes de la vida social. La autoridad legitima es únicamente la que puede ser amada, obedecida y respetada;

ella sola inspira á los hombres el dulce amor de la patria, el cual no es otra cosa que el amor de su seguridad y de su prosperidad.

Todo el mundo tiene en la boca este adagio: *Aquella es mi patria donde me va bien* (1); de donde resulta claramente que no es patria donde se vive bajo la opresion, sin esperauza de ver uno terminar sus trabajos. El ciudadano debe soportar con paciencia los inconvenientes inevitables de la vida social, y participar con sus conciudadanos de las calamidades pasageras que estos experimentan; mas tambien él puede renunciar su sociedad, luego que ve y siente que esta le niega constantemente las ventajas que debia prometerse. No es patria aquella donde no hay justicia, buena fe, concordia ni virtud. Sacrificar sus intereses, sus bienes y su vida por los tiranos, es sacrificarse no por su patria, sino por sus mas crueles enemigos. *El buen ciudadano, dice Ciceron, es aquel que no puede tolerar en su patria un poder que pretende hacerse superior á las leyes* (2).

El ciudadano solamente debe obedecer á las leyes; y estas leyes, como hemos visto, no pueden tener otro objeto que la conservacion, la seguridad, el bienestar, la union y el reposo de la sociedad. El que obedece ciegamente á los caprichos de un despoia, no es ciudadano, sino esclavo. No hay ciudadano bajo el despo-

(1) *Ubi bene, ibi patria.*

(2) *Bonus civis est, qui non potest pati eam in sua civitate potentiam quæ supra leges esse velit.*

tismo, ni ciudad para los esclavos (1). La patria para estos no es mas que una dilatada prision guardada por satélites, bajo el rigor de un carcelero cruel é insensible. Estos satélites son unos mercenarios, cuya obediencia es una verdadera traicion. *Nada*, dice Ciceron, *es mas contrario á la equidad, que los hombres armados y reunidos, nada mas opuesto á la justicia que la violencia* (2). La verdadera ciudad, la verdadera patria, la verdadera sociedad es aquella donde cada uno goza de sus derechos sostenidos por la ley. Donde el hombre es mas fuerte y poderoso que la ley, la justicia se ve obligada á callar, y la sociedad no tarda en disolverse. Pausanias, rey de Esparta, decia que *es necesario que las leyes sean reinas y señoras de los hombres, y no los hombres de las leyes*. Solon decia tambien que *para que dure un imperio, es menester que el magistrado obedezca á las leyes, y el pueblo á los magistrados*. En fin, Platon dice que *los mejores principes son aquellos que con mas fidelidad obedecen á las leyes*. Donde quiera que, añade, *la ley es la que manda y los magistrados los que la obedecen, allí se ven prosperar las ciudades, y abundar todos los bienes que pueden conceder los dioses; en vez de que donde el magistrado manda y la ley calla y obedece, no puede esperarse sino ruina y desolacion*.

(1) *Servorum nulla est civitas*. Publ. Syri Sentent.

(2) *Nihil est equitati tam contrarium atque infestum, quàm convocati armatique homines; nihil juri tan inimicum, quàm vis*. Cicero, pro Cecina.

Mas, para poder arreglar la conducta de los soberanos y de los súbditos, las leyes deben ser justas y conformes al bien público, al bien de la sociedad, á las necesidades, y á las circunstancias particulares. Las leyes, que no tuviesen por objeto sino los intereses personales del soberano, ó de sus favoritos, serian injustas y contrarias al bienestar de todos. Las leyes tiránicas no pueden ser respetadas, como que son hechas por hombres que no tienen derecho de mandar. El bien público y la equidad natural son la medida invariable de la obediencia que el ciudadano debe á las leyes. Todo el que tiene ideas verdaderas de justicia, puede fácilmente distinguir las leyes que debe obedecer, de aquellas á las cuales no podria sujetarse sin ofender su conciencia, y hacerse culpable con la sociedad. Ningun hombre que tenga alguna idea de la justicia, ó algun sentimiento de honor, se valdrá de una ley forjada por la tiranía que autorice á ciertos ciudadanos para robar á otros. Ningun hombre, á no estar enteramente ofuscado de un vil y sórdido interés, creará que el soberano pueda conferirle el derecho de enriquecerse á costa y con daño de su patria. Todo hombre de bien renunciará antes á la fortuna, á la grandeza y al crédito, que relener un empleo que no puede desempeñar á gusto del príncipe sino haciendo infelices á sus conciudadanos.

La justicia seria enteramente desterrada de la

tierra, si las órdenes de los príncipes fueran leyes contra las cuales no fuese licito y permitido resistir y reclamar. El corte ano que decia que *él no llegaba á comprender como era posible resistir á la voluntad de su señor* (1), hablaba como un esclavo criado con las máximas del despotismo oriental, segun las cuales el Sultan es un dios, á cuyos caprichos es un delito oponerse, aun cuando sean los mas contrarios á la razon. Sin embargo, con oprobio de personas que ocupan las clases mas distinguidas en muchas naciones ilustradas, estos principios odiosos y destructores son la regla de la conducta de muchos grandes, y de la mayor parte de los nobles y de los militares. Pero aun es mas, y es que esta misma doctrina ha sido con frecuencia predicada por algunos ministros de un Dios origen y manantial de toda justicia y de toda moral.

¿Que sería de las naciones, si, desgraciadamente inficionadas de estas ideas funestas, los magistrados no tuviesen valor para oponerse á la colera del soberano, rehusando suscribir á sus arbitrarias voluntades? ¿Que llegarían á ser los pueblos, si la justicia dependiera de los caprichos variables de un sultan, de un visir, de una favorita, erigidos en leyes por un poder absoluto? ¿En que se fundaría la autoridad del monarca mismo, si abusando de ella pudiese

(1) *Journal Hist. de la Révolut. opérée par le Chancelier de Maupeou. Tom. 2.*

destruir la equidad que es la base de su trono, y la que constituye la seguridad de los reyes y de los súbditos?

Así que los viles aduladores que pretenden que el príncipe nunca debe retroceder, ni encontrar resistencia alguna á sus voluntades supremas, no solamente son unos malos ciudadanos, sino tambien enemigos del príncipe. ¿No será ciertamente servir con fidelidad al soberano, el no obedecerle ciegamente cuando sus órdenes son contrarias á sus mismos intereses? Los insensatos son los únicos que pueden prestarse á las extravagancias de un imprudente que se empeña en destruir su heredad; resistir cuerdamente á este, es impedirle que se dañe á sí mismo; obedecerle, es hacerse cómplice de su locura y de su ruina.

Todo príncipe que se rebela contra las leyes justas, incita á sus súbditos á que se rebelen contra él. Todos los que le escitan ó le sostienen en sus empresas temerarias, son malos ciudadanos, aduladores infames, que á un mismo tiempo venden traidoramente á su patria y á su gefe. Los que adoptan las máximas de una obediencia ciega y pasiva á las leyes impuestas por el despotismo delirante son ó estúpidos que desconocen sus verdaderos intereses, ó esclavos que merecen sufrir por toda su vida el peso y la dureza de sus hierros.

Si uno asintiese á las nociones vagas de algunos políticos, llegaría á creer que todos los

súbditos de un estado, cambiados en autómatos; debían una obediencia ciega é implícita á todo lo que fuese ley, ó que tuviese la sancion de la autoridad soberana; mas esta autoridad ¿es siempre justa, infalible, exenta de pasiones, é incapaz de estraviarse? La tiranía, que no es mas que el gobierno de la injusticia sostenido por la fuerza ¿tiene caso derecho de fabricar leyes contrarias á la equidad, y estará todo ciudadano obligado á someterse á ellas sin murmurar siquiera? Si estos principios fuesen verdaderos la sociedad no seria mas que un monton de victimas obligadas á dejarse robar, y á presentar su cuello al cuchillo de los ciudadanos obedientes, que el tirano cuidadosamente elegiria para que fuesen sus verdugos.

Distingamos, pues, las leyes que deben ser respetadas y obedecidas por los ciudadanos virtuosos, de las leyes injustas y destructoras que la tiranía, la violencia, la sinrazon y la rutina, la cual nunca razona, han podido establecer. *La justicia*, dice un doctor célebre, *tiene derecho para romper los injustos vinculos* (1). No es el ciudadano el que tiene derecho de juzgar de las leyes de su pais; es la justicia, de la que todo hombre sensato es capaz de formar y adquirir ideas firmes y seguras. Las leyes son respetables cuando son justas; ellas deben ser revocadas luego que son contrarias al bien pú-

(1) *Injusta vincula rumpit justitia.* San Agustin.

blico.

blico. *Las leyes*, dice Locke, *son hechas para los hombres, y no los hombres para las leyes.* Los mayores males de las naciones provienen de las leyes visiblemente injustas, ante las cuales la violencia hace prosternar á los pueblos, y que las obedezcan ciegamente. *Las leyes*, dice Montaigne, *conservan su crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes* (1).

El respeto debido á las leyes solo puede fundarse en la equidad de las mismas leyes, á las cuales, por su mismo interes, todo ciudadano debe obedecer, y mantenerlas. *Las leyes*, decia Demonax, *son inútiles para los buenos, porque los hombres de bien no las necesitan, y tambien para los malos, porque estos no son mejores con ellas.* Sócrates, que llevó hasta el fanatismo la sumision á las leyes de un pueblo ingrato y vano, y que quiso ser mártir de ellas, fue injusto con ese mismo pueblo; si él hubiese salido de su prision, habria escusado á los Atenenses un crimen que los ha cubierto de una infamia eterna.

La moral no tendria principios algunos constantes y seguros, si todas las leyes, muchas de ellas insensatas y criminales, debieran ser mas respetadas que la voz de la naturaleza ilustrada por la razon. Si se estiende la vista por todos los paises de la tierra, se sorprende uno al ver que los mayores delitos han sido no solo aprobados por las leyes, sino prescritos por ellas.

(1) *Essais*, lib. 3. cap. 13.

Tomo II.

D

En todos los estados despóticos no se ve por lo comun sino caprichos de tiranos consagrados con el nombre de leyes. ¡Pueblos hay que han creído lícito el parricidio (1)! Los Cartagineses estaban precisados á sacrificar sus hijos á su dios sanguinario. Los Egipcios, que pasan por tan sabios y tan civilizados, aprobaron el hurto. Entre los Escitas eran degollados millares de hombres y de mugeres para honrar los funerales de los principes. ¿Como es que semejantes leyes no han sido desobedecidas ó abolidas? *Los hombres*, pregunta Ciceron, ¿pueden hacer bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno?

Se nos dirá, quizá, que estas leyes solo han tenido lugar entre los pueblos bárbaros que no tenían idea alguna de moral. Mas los pueblos modernos ¿nos ofrecen leyes mas justas y mas sabias? La equidad, la razon, la humanidad ¿no se ven indignamente violadas por las leyes de sangre establecidas en muchos paises contra los que no profesan la religion del príncipe? ¿Se hallará una sombra siquiera de justicia en la mayor parte de las leyes fiscales, cuyo único objeto es fomentar las extravagancias de los soberanos, despojando á los pueblos de lo mas preciso? Se hallará acaso en esas leyes feudales

(1) Eliano, lib. 4. cap. 1, nos dice que en Cerdeña los hijos se hallaban obligados á quitar la vida á sus padres llegados que eran á la decrepitud. Los Derbikes, mataban igualmente á todos los que pasaban de la edad de setenta años.

impuestas por los nobles armados á las naciones sobrecogidas del temor y del miedo?.... Mas es forzoso detenerse, porque nunca seria acabar si se intentase hacer la enumeracion de las leyes inicuas, de las cuales los pueblos son forzadas ó voluntarias víctimas.

¿Que ideas claras y verdaderas de equidad natural podrian sacar los pueblos de ese agredado confuso de costumbres y de leyes injustas, contrarias á la razon, caprichosas, oscuras é inconciliables, como son las que forman en casi todos los paises la jurisprudencia y la regla de los hombres? ¿Que nociones puede uno formarse de la justicia, cuando la ve perpetuamente destruida y despedazada con formalidades engañosas? ¿Que recursos pueden hallar los ciudadanos en una jurisprudencia capciosa, que solo parece favorecer la mala fe, los empréstitos, y contratos fraudulentos, las mayores picardías, y los artificios mas á propósito para desterrar la probidad de los tratos y de las obligaciones recíprocas de los ciudadanos? ¿Que confianza puede tenerse, ni que proteccion encontrarse en leyes que dan lugar á trampas y enredos interminables, que arruinan á los pleiteantes, engordan á los curiales, y facilitan á los gobiernos el cargar impuestos y derechos sobre las disensiones y pleitos eternos de sus súbditos? En la mayor parte de las naciones, el estudio de las leyes las cuales debieran ser sencillas y al alcance de todos, es un estudio penoso que

produce una ciencia mezquina, reservada únicamente á ciertos hombres que saben aprovecharse de su oscuridad para engañar y quitar el pellejo á los desgraciados que caen en sus manos. En una palabra, las leyes destinadas á guiar las naciones, solamente sirven para descarriarlas, y hacer que ignoren y desconozcan los principios mas evidentes de la equidad (1).

Las leyes, que no deben ser otra cosa que las reglas de la moral promulgadas por la autoridad, han de ser claras, precisas y al alcance de todo el mundo. Mas por lo comun, no son sino unos lazos ó redes tendidas á la sencillez, unas cadenas pesadas y molestas, con que el poder y la fuerza han oprimido siempre la humana debilidad. Semejantes leyes corrompen visiblemente las costumbres; autorizan al pícaro

(1) Para convencerse de lo absurdo, y aun de lo perverso de la jurisprudencia romana, y sobre todo de las leyes de Justiniano, las cuales sirven todavía de base á la legislación europea, no hay mas que leer la obra intitulada: *Traité des loix civiles*, par M. P. de T., publicada en el Haya en 1774; y se verá que propiamente hablando las naciones no tienen aun una legislación verdadera, esto es, verdaderamente conforme al bien de la sociedad. Por una negligencia ó una impericia muy funesta, los legisladores modernos han considerado mas fácil y breve el adoptar las leyes antiguas, malamente corregidas ó modificadas, que no el hacer unas nuevas, mas justas, mas morales y mas análogas á la posición actual de los pueblos. Los Francos, los Godos, los Lombardos, los Saxones, unos bandidos ignorantes y estúpidos, alimentados y putridos con la matanza y la sangre; eran ellos capaces de dar unas leyes sensatas á los pueblos vencidos, ó de rectificar las que estos mismos pueblos tenían?

hábil y astuto para vivir sin pudor en la sociedad; y en suma, solo producen transgresores. Los hombres generalmente aborrecen las leyes, porque solamente encuentran en ellas continuos obstáculos al ejercicio de su libertad y de sus derechos naturales, que les impiden satisfacer sus necesidades, y contentar sus mas legítimos deseos. Por confesion de los mismos jurisconsultos, nada es mas injusto, y de consiguiente mas contrario á la moral que el derecho, si se observara al rigor de la letra (1). El hombre que solamente es justo segun las leyes, puede muy bien carecer de toda virtud social: auxiliado de estas leyes, un hijo osará contender con su mismo padre; los esposos se difamarán recíprocamente; los parientes se robarán unos á otros; los deudores arruinarán á sus acreedores; los exatores de las rentas públicas se apropiarán la sustancia del pobre; los jueces sacrificarán sin remordimientos al inocente; y todos estos hombres malos y perversos se presentarán no obstante erguidos y soberbios en medio de sus conciudadanos.

Ningun clima, ningun gobierno, ningun poder tiene el derecho de hacerse superior al imperio universal que la justicia debe ejercer sobre los hombres; sin embargo ninguna legislación parece que ha consultado los intereses de los pueblos: pudiera decirse que el género humano

(1) *Summum jus, summa injuria.*

entero no existe ni vive sobre la tierra sino para un pequeño número de individuos privilegiados, los cuales se ocupan muy poco ó nada en proporcionarle la felicidad que debe prometerse en cambio de su obediencia y sumision (1).

Una legislación verdaderamente sagrada seria aquella que consultara los intereses de todos, y no los intereses de algunos gefes ó de los favorecidos de estos. Las leyes útiles y justas son aquellas que mantienen á cada ciudadano en el goce de sus derechos, y le preservan de la malignidad de los otros. Las naciones no tendrán una legislación respetable y fielmente obedecida sino cuando esta se conforme á la naturaleza del hombre en sociedad, esto es, guiada por la moral, cuyos preceptos la legislación debe hacer inviolables; entonces la ley debe ser religiosamente observada; entonces sus infractores deben ser castigados como enemigos de la patria, y como hijos rebeldes suyos.

La reforma de las leyes se ha mirado y mira como una empresa tan difícil que sobrepaja las fuerzas del entendimiento humano. Mas digamos con Quintiliano: (2) *¿Porque no se atreverá uno á decir que la posteridad llegará á descubrir cosas mejores y mas perfectas que las anteriores? Esta dificultad, ó esta pretendida imposibilidad*

(1) *Humanum paucis vivit genus.* Lucan. Pharsal. lib. 5.

(2) *Ego non audeam dicere, aliquid in hac quæ perpetua æternitate inveniri posse eo quod fuerit perfectius?*

Quintilian, lib. 12. cap. 1.

no proviene de la cosa en sí misma, sino de las preocupaciones de los hombres, de la negligencia, ó de la mala voluntad de los que los gobiernan. Los soberanos justos se hacen superiores á la opinion de los pueblos; si estos se asustan de las novedades y reformas, es porque una esperiencia fatal los enseña que con ellas solo consiguen regularmente redoblar sus miserias. En todas partes los pueblos están mal; pero temen siempre estar peor. El príncipe que con su virtud se gane la confianza de sus súbditos, disipará estos temores, y sustituirá cuando quiera leyes justas y claras á las oscuras y contrarias á la razon, á las cuales las naciones solo se atienen maquinalmente y por rutina. Un soberano ilustrado desenvuelve y ejercita la razon del pueblo, y nada es mas fácil que el gobernar súbditos racionales; así como nada mas difícil que contener y refrenar á hombres ignorantes y embrutecidos. Una buena legislación se logrará fácilmente, si esta armare á la moral de la suprema autoridad; y será fácilmente obedecida, cuando todos los ciudadanos vean y reconozcan el gran interes que tienen en conformarse á ella. La moral nada puede sin el socorro de las leyes, y las leyes nada pueden sin las buenas costumbres (1).

(1) *Quid vana, sine moribus, leges proficiunt?* Horat. od. 24. lib. 3. vers. 35. Aristóteles habia dicho antes que él: *la ley no tiene otra fuerza para hacerse obedecer, que la que le presta el hábito; y el hábito es el que forma las costumbres.* Arist. Polit. lib. 2. cap. 8.

Así pues, no perdamos las esperanzas de que llegue un día, en el que los hombres sean gobernados por leyes mas sabias, mas conformes á su naturaleza, y mas capaces de hacerlos virtuosos y felices. Un buen rey, como otro Hércules, puede ahuyentar de sus estados los monstruos, los vicios y las preocupaciones que se oponen igualmente á la felicidad de los soberanos y de los súbditos. Los pueblos serán felices cuando los reyes sean sabios. (1) *Las naciones y los hombres, dice Platon, no se verán libres de sus males hasta que, por un favor del cielo, reunidos el soberano poder y la filosofia en un mismo hombre, logren que la virtud triunfe del vicio.*

CAPITULO IV.

Deberes de los Grandes.

SE llaman grandes las personas elevadas sobre sus conciudadanos por su poder, sus empleos, su nacimiento y sus riquezas. En un estado bien constituido, esto es, donde la justicia fuese fielmente observada, los ciudadanos mas virtuosos, los mas útiles, los mas ilustrados, serian los mas grandes ó los mas distinguidos;

(1) *Plato tum denique fore beatas republicas putavit; si aut docti, aut sapientes homines eas regere cupissent, aut qui regerent omne suum studium in doctrinâ et sapientiâ collocassent.*

Plutarco, vida de Numa, y Cicer. ad Q. fratrem.

el poder solo se hallaria en manos de los mas capaces de ejercerle en beneficio de la sociedad. Las dignidades, los empleos, los honores, las señales de consideracion pública solamente serian concedidas á los que las hubiesen merecido con sus talentos y su conducta, las riquezas y las recompensas serian únicamente para los que supiesen hacer de ellas un uso provechoso á sus conciudadanos. De donde se infiere claramente que la virtud sola da justos y legitimos derechos á la grandeza.

Si como se ha hecho ver, toda autoridad que se ejerce sobre los hombres, no puede fundarse sino sobre las ventajas que ella les proporciona; si toda superioridad, toda distincion, toda preeminencia sobre nuestros semejantes, para que sean reconocidas por ellos, suponen unas dotes y cualidades superiores, unos talentos apreciables, y un mérito poco comun, es forzoso convenir en que los que carecen de estas cualidades entran en el número de la multitud, y que el poder ejercido por hombres indignos de él, y la autoridad de que se hallan revestidos, son unas verdaderas usurpaciones, á las cuales la violencia solamente puede hacer que los hombres se sometan.

El amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace desear elevarse sobre sus iguales, y causa en él la envidia y los zelos de todo lo que le hace sentir su propia inferioridad; mas si el hombre tiene sentimientos de

Así pues, no perdamos las esperanzas de que llegue un día, en el que los hombres sean gobernados por leyes mas sabias, mas conformes á su naturaleza, y mas capaces de hacerlos virtuosos y felices. Un buen rey, como otro Hércules, puede ahuyentar de sus estados los monstruos, los vicios y las preocupaciones que se oponen igualmente á la felicidad de los soberanos y de los súbditos. Los pueblos serán felices cuando los reyes sean sabios. (1) *Las naciones y los hombres, dice Platon, no se verán libres de sus males hasta que, por un favor del cielo, reunidos el soberano poder y la filosofia en un mismo hombre, logren que la virtud triunfe del vicio.*

CAPITULO IV.

Deberes de los Grandes.

SE llaman grandes las personas elevadas sobre sus conciudadanos por su poder, sus empleos, su nacimiento y sus riquezas. En un estado bien constituido, esto es, donde la justicia fuese fielmente observada, los ciudadanos mas virtuosos, los mas útiles, los mas ilustrados, serian los mas grandes ó los mas distinguidos;

(1) *Plato tum denique fore beatas republicas putavit; si aut docti, aut sapientes homines eas regere cupissent, aut qui regerent omne suum studium in doctrinâ et sapientiâ collocassent.*

Plutarco, vida de Numa, y Cicer. ad Q. fratrem.

el poder solo se hallaria en manos de los mas capaces de ejercerle en beneficio de la sociedad. Las dignidades, los empleos, los honores, las señales de consideracion pública solamente serian concedidas á los que las hubiesen merecido con sus talentos y su conducta, las riquezas y las recompensas serian únicamente para los que supiesen hacer de ellas un uso provechoso á sus conciudadanos. De donde se infiere claramente que la virtud sola da justos y legitimos derechos á la grandeza.

Si como se ha hecho ver, toda autoridad que se ejerce sobre los hombres, no puede fundarse sino sobre las ventajas que ella les proporciona; si toda superioridad, toda distincion, toda preeminencia sobre nuestros semejantes, para que sean reconocidas por ellos, suponen unas dotes y cualidades superiores, unos talentos apreciables, y un mérito poco comun, es forzoso convenir en que los que carecen de estas cualidades entran en el número de la multitud, y que el poder ejercido por hombres indignos de él, y la autoridad de que se hallan revestidos, son unas verdaderas usurpaciones, á las cuales la violencia solamente puede hacer que los hombres se sometan.

El amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace desear elevarse sobre sus iguales, y causa en él la envidia y los zelos de todo lo que le hace sentir su propia inferioridad; mas si el hombre tiene sentimientos de

equidad, estos zelos desaparecen al ver que aquellos que le son preferidos, ó se distinguen de él, poseen talentos y cualidades apreciables, de las cuales él mismo puede aprovecharse. Así el mérito y la virtud calman la envidia de los hombres, y les obligan á reconocer la superioridad de los que se aventajan á ellos en sus legítimos honores, y en una elevacion bien merecida; entonces los hombres consienten en manifestarles señales evidentes y ciertas de sumision y de respeto, superiores á las que manifiestan á sus demas conciudadanos.

Aunque la equidad natural prescribe que sean respetados y conservados los derechos de todos los ciudadanos fuertes ó débiles, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, quiere sin embargo tambien, por la utilidad general, que aquellos que producen mayores bienes y ventajas, sean recompensados con señales particulares de estimacion y de aprecio, y con las deferencias que merecen sus servicios á la sociedad. Este es el origen natural y legítimo de los diversos estados ó clases, en que se hallan divididos los ciudadanos de un mismo pais: esta desigualdad es justa, porque se dirige al bienestar de todos; es laudable, porque se funda en el reconocimiento de la sociedad á los beneficios y servicios que recibe; y es útil, porque se vale del interes personal para escitar á los hombres á obrar el bien, como un medio de obtener la superioridad á que todo hombre anhela,

Con las pruebas de un verdadero mérito se adquiere justa y legítimamente el derecho de elevarse sobre los demas; todo otro camino seria inicuo, no consentido por la sociedad, contrario á sus verdaderos intereses, y mirado por ella como una usurpacion manifiesta. Aun en los gobiernos mas despóticos, los empleos, el poder y las dignidades conferidas á los ciudadanos incapaces ó perversos, causan odios y resentimientos á los demas ciudadanos; el temor únicamente puede impedir que se manifieste su ira, y él solo arranca con la fuerza una sumision á que resiste el corazon: la virtud consigue sinceros homenajes, recibéndolos con un placer puro; mientras que el vicio siempre inquieto y receloso, sabe muy bien lo que valen los respetos que se le tributan.

La verdadera grandeza del hombre y su verdadera dignidad consisten en hacer bien á los hombres, en mostrarles afecto, en servirlos, en derramar sobre ellos favores y beneficios, por los cuales consienten y reconocen su poder y superioridad. De aquí se sigue que los grandes, si quieren hacerse dignos del cariño verdadero y de los respetos voluntarios de sus conciudadanos, deben evitar en su conducta el orgullo, los modales altaneros, un tono imperioso, y en una palabra, todo lo que pueda humillar á los hombres, haciéndoles sentir su flaqueza é inferioridad. La dulzura, la afabilidad, una tierna compasion, un profundo respeto

á los desgraciados, un sincero deseo de servir, son las cualidades con que los grandes debieran siempre distinguirse. La grandeza que solo se muestra en su dureza, su arrogancia y su desden, irrita los corazones de todos; los beneficios que de ella arranca la importunidad, son mirados como insultos, que producen ingratos.

¿Hay nada mas pueril y mas bajo que la vanidad tiránica de algunos grandes, que únicamente parece que desean el poder para hacerse enemigos? Parece que dicen á todo el mundo, *respeladme, porque sino yo puedo estermi-
naros.*

El poder ¿tiene nada de halagüeño, cuando solo sirve para aterrorizar y atraerse las maldiciones de los hombres? La grandeza inaccesible no es buena para nada; la grandeza sin piedad es una ferocidad verdadera; un ministro cruel hace que caiga sobre su señor una parte del odio con que es mirado de todos. ¿Cuántas sublevaciones no han producido los modales altaneros de algunos favoritos incapaces de reprimir su orgullo! ¿Cuántas sangrientas guerras han tenido por causa primera la insolencia de algun ministro altivo y soberbio, cuya temeridad ha hecho correr la sangre de las naciones! (1) ¿Que agitaciones de terror y de espanto

(1) El orgullo insolente del Marques de Louvois para con un Holandés distinguido fue, segun dicen, la principal causa del odio de los Holandeses á Luis XIV, y de los disgustos y pesares que estos causaron á este Principe durante la guerra de sucesion de España.

no debieran sentir todos los ministros de los reyes, cuando se ven en la forzosa necesidad de aconsejarles la mas justa guerra, principalmente si reflexionan todos sus horrores! ¿No debieran temblar al proponer un impuesto desolador, ó un edicto cruel, cuyos efectos trascenderán por siglos á los confines mas remotos del imperio!

Mas el poder y la grandeza ordinariamente ensoberbecen el corazon del hombre, le embriagan, y le causan una especie de delirio (1). Pudiera muy bien decirse que los grandes solo pretenden hacerse terribles, y cuidan muy poco de hacerse amables. En la clase elevada en que la fortuna los coloca, no creen que están enlazados con sus conciudadanos, con su patria, ni con su nacion. Estas falsas ideas son las que hacen tan frecuentemente odiosa á la grandeza, y suscitan enemigos al poder. La educacion que se da comunmente á los que su nacimiento destina á los grandes empleos, es casi tan descuidada como la de los príncipes, á quienes deben representar algun dia: prescindiendo de las luces que estos empleos requieren, las personas llamadas á tomar parte en los cuidados de la administracion, debieran principalmente aprender á conocer á los hombres, y á descubrir lo que ellos son, á fin de saber lo que

(1) *Fortuna nimiam quem fovet, stultum facit.*

Publius Syrus.

les deben, y el modo de moverlos mas eficaz y poderosamente en beneficio de sus propios intereses. La educacion de los grandes debiera enseñarles sobre todo la moral, como el arte de hacerse amar de los hombres, de conocerlos, y de unir sus intereses á los nuestros.

Pero en casi todos los paises, no es el mérito ni la virtud quienes abren el camino á las dignidades, sino el favor, la cabala y la intriga. No parece sino que la voluntad del príncipe, ó la proteccion de sus favoritos bastan para hacer que descendan sobre un hombre todos los dones necesarios para bien administrar un estado. ¿Es acaso en medio de los infinitos y complicados negocios, y en medio de las intrigas y asechanzas, donde un ministro aprenderá su ejercicio? Para mantenerse en el goce de su empleo, forzosamente ha de olvidar y desatender sus negocios; se fiará del trabajo de otros; falto de luces y conocimientos, su confianza quedará frustrada á cada paso; y esta solo podrá concederla á hombres mal elegidos, y á hechuras suyas, que habiéndose hecho lugar en su ánimo con adulaciones y bajezas, contribuirán con su impericia, sus necesidades, sus vicios y sus traiciones mismas, á la ruina y caída de sus protectores.

Del mismo modo que las riquezas, todo el mundo desea el poder y la grandeza, sin sacar partido de estos bienes para su propia felicidad.

De que sirve el poder, si con él no se con-

sigue el cariño, la benevolencia, y la sincera consideracion de los hombres sobre quien se ejerce? ¿Como es que, caidos en la desgracia un válido ó un ministro, se ven enteramente abandonados de todos? Esto consiste en que ellos no han usado de su poder para obligar á nadie, ó porque solo han servido y hecho bien á los ingratos, derramando sus beneficios y sus gracias en hombres sin mérito ni virtud.

El mérito ha de ser buscado, porque raras veces se presenta en la corte de los reyes: la virtud, por lo comun tímida, no se atreve en ella á darse á conocer; y ademas poca entrada ó lugar tendria. El mérito se aprecia á sí propio, y no consiente deshonorarse con intrigas y bajezas. Por el contrario, el vicio atrevido y desvergonzado se manifiesta con descaro en un país, donde conoce los medios de prosperar. Los ministros intrigantes y perversos necesitan instrumentos que se presten á todos sus pensamientos y deseos; la probidad perturba y molesta á los malvados; el mérito oscurece y arredra á la medianía; los grandes talentos alarman é intimidan á los incapaces, y no tienen la docilidad que se requiere para agradar á los hombres injustos; esclavos de la adulacion, los hombres constituidos en dignidad están casi siempre rodeados de un sinnúmero de bribones unidos contra la virtud, y de traidores prontos á sacrificar á sus mismos protectores á cualquiera que les prometa alguna ventaja porque vendan

su confianza, ó porque los abandonen. La serpiente, que camina arrastrando, se eleva á unas alturas inaccesibles á los animales mas ligeros; mas su veneno se hace mas sutil y activo con los esfuerzos y fatigas que le cuesta la subida.

La moral, siendo la única ciencia que enseña á conocer á los hombres, á descubrir los móviles de sus acciones, y á juzgar de ellos, es útil á los ministros, á las personas constituidas en dignidad, y á los poderosos de la tierra. La virtud, aunque menospreciada, desatendida y vilipendiada comunmente, por la grandeza, ¿tiene sin embargo algo de real y verdadero? Si, ciertamente: solo en el corazon del hombre de bien puede encontrarse una sincera aficion, una verdadera amistad, un verdadero reconocimiento; en vano seria buscar estas cualidades en las viles almas de esos sicofantas que acompañan de continuo á los ministros y á los grandes; estos siembran casi siempre en una tierra ingrata, que nunca producirá sino espinas y abrojos. Un ministro se ve de continuo acometido por las intrigas de aquellos á quienes sus favores han puesto en estado de que puedan dañarle con mas seguridad.

Mas el poder ciega al hombre; el ministro, el válido, el cortesano, engañados de su amor propio, se vanaglorian de que su poder no se acabará jamas, los ejemplos de las frecuentes desgracias que ellos mismos han presenciado,

no pueden desengañar á unos personajes tan vanos que presumen que la fortuna hará escepcion de ellos, ó que su talento superior y sus ardidés les sacarán libres de los escollos en que otros han perecido. Esta ilusion hace sin duda que tantos ministros en su privenza trabajen incesantemente en apoyar los esfuerzos de un despotismo destructor, en echar por tierra el poder de las leyes, en destruir la libertad pública, y en esclavizar á su misma patria: estos imprudentes no ven que estas leyes y esta libertad que ellos destruyen, y estas barreras que echan por tierra, no podrán protegerlos á ellos mismos en el dia de su afliccion (1).

(1) La historia, tanto antigua como moderna, nos presenta abundantes y terribles ejemplos de los reveses que la fortuna ha dado en todos tiempos á los ministros y á los favoritos. ¿Que cosa mas espantosa que la caída de los *Sejan*, de los *Rafin*, de los *Marigní*, de los condestable de *Lainez*, de los *Strafford*, etc., etc., etc. Poco hace que una nacion oprimida por largo tiempo vió con los mayores transportes de alegría la merecida desgracia de dos ministros tiranos (el Canciller de *Maupeou*, y el Abate *Terray*). El primero, despues de haber destruido insolentemente las leyes y los tribunales de su país, y dispersado cruelmente á los magistrados, se vió él tambien desterrado y conducido á un retiro, desde donde oía los gritos y la algazara de todo un pueblo aplaudiendo su caída. El segundo, despues de haber esprimido con la mayor impiedad las ultimas gotas de la sangre de sus conciudadanos, á pesar de la dureza de su corazon insensible, se vió condenado á consumirse de vergüenza y confusion por la bajeza con que él mismo se hizo el verdugo de su nacion. Compárese la suerte de estos viles instrumentos de la tiranía con la de que, en medio de su desgracia, gozaba poco antes un ministro noble, generoso y benéfico (el duque de *Choiseul*) á quien las intrigas de

Los ministros debieran vivir desconfiados de los favores siempre falaces de un déspota, el cual, regularmente falto de equidad, de luces y de reconocimiento, solo sigue sus caprichos, y es guiado en sus cariños y en su odio por los impulsos de los que momentáneamente se apoderan de su débil alma. Los servicios mas fieles y mas señalados, son bien pronto dados al olvido por los tiranos estúpidos, incapaces de apreciarlos, porque ellos mismos no son realmente sino esclavos y viles instrumentos de los que halagan sus pasiones momentáneas. No hay ministros, cuyo favor pueda contrapesar en el ánimo de su corrompido y vicioso amo, con el de una manceba, con el de un rufian, ó con el de un nuevo favorecido: los que sirven ó contribuyen á los placeres de un príncipe, le interesan mucho mas que no los que solo tienen el mérito de servir bien al estado. El buen ministro no está seguro del favor sino al lado de un soberano ilustrado y virtuoso.

Los ministros mismos tienen, pues, el mayor interes en que el príncipe sea virtuoso; así que, lejos de adular á los déspotas sometiendo á su arbitrariedad la patria, lejos de provocar contra los pueblos á estos leones desencadenados, de-

estos monstruos habian separado de la corte. Este en su retiro halló la calma, el contento interior de su espíritu y la constante y fiel amistad; al paso que los otros hallaron en él la vergüenza la impotente rabia, un general abandono y la execración de los hombres de bien.

Repetidos ejemplares antiguos, y bien recientes, confirman en nuestra España estas mismas verdades. T.

berian oponer la razon, la verdad, la justicia, y aun el terror á sus furiosos enojos; deberían tener siempre muy presente que sin leyes no hay grandezas, dignidad ni privilegios algunos seguros; que un gobierno injusto, siempre guiado del capricho, destruye en un momento cuanto se opone á sus locas fantasías; que á sus ojos, los hombres mas elevados, los mas hábiles, no son sino esclavos, que un débil soplo los reduce al polvo y á la nada. Entre los tiranos del Asia, el visir que mas ha contribuido á sostener ó ampliar la tiranía de su señor, se ve frecuentemente obligado á ofrecer humildemente su garganta al cordon que el ingrato le envia con sus mudos asesinos.

Todo favorito de un soberano debiera tener presente de continuo, que él es un ciudadano escogido para asistir con sus luces á otro ciudadano encargado por la nacion de la administracion general del estado; todo ministro debiera conocer que servir á un déspota en sus designios, es hacerse él mismo esclavo con toda su posteridad, es degradarse á sí propio, es arriesgarse sin defensa á los golpes de la tiranía, es renunciar al titulo de ciudadano por el de traidor. Todo ministro virtuoso debe renunciar su destino, cuando la perversidad ó la tiranía le ponen en la imposibilidad de ser útil á su patria: el ministro complaciente á los caprichos y vicios de una corte estragada, tan mal sirve á su amo como á su pais. Un depositario de

la autoridad, si es que no ha sofocado en su alma todo afecto de honor ó de vergüenza, no debe estar un momento indeciso en huir y renunciar de un poder que solo le atraeria el desprecio y el odio de sus contemporáneos, y la execracion de la posteridad; el crédito de un ministro de la tiranía, ademas de ser poco durable, es seguido de un oprobio eterno. El ejercicio de injusto, de cruel exactor y de verdugo de sus conciudadanos ¿ puede acaso ser glorioso y digno de la ambicion de un hombre de honor?

Por los ministros juzgan siempre los súbditos de sus soberanos, los aman ó los aborrecen, los estiman ó los desprecian. Por esto los príncipes tienen el mayor interes en no confiar el poder sino á hombres justos, moderados y virtuosos, que son los que harán amable y respetada la autoridad. El soberano puede muy bien engañarse acerca de los talentos del espíritu, pero con dificultad se engañará en las costumbres de la vida privada; él debe saber que un avaro, un sensual, un hombre entregado á las mugeres, un pródigo, un hombre duro y sin piedad, ó un ente ligero y vano, son incapaces de hacer amable y respetado el poder. La probidad, el amor del trabajo, la afabilidad, las buenas costumbres, son cualidades mucho mas importantes en un ministro, que no un talento superior, el cual es muy raro, ó que un entendimiento sublime, espuesto á estraviarse, y siempre temible

y perjudicial, cuando no está sujeto á la razon tranquila. Una preocupacion muy comun persuade á los soberanos como al vulgo, que el talento basta por si solo para llenar los grandes destinos; mas el talento se halla sujeto á fatales extravíos, cuando no está acompañado de la bondad de corazon. El talento y el entendimiento juntos con la justicia, la rectitud, la esperiencia y las buenas costumbres, constituyen un hombre de estado, un ministro querido y reverenciado; ellas forman un Sully, un Maurepas, un Turgot, un ministro verdaderamente ciudadano, que jamas separará los intereses del príncipe de los de sus vasallos.

No solo prestándose á la injusticia y á la tiranía un ministro se hace culpable con su patria, sino tambien descuidando sus deberes, y dando á la disipacion, á la intriga y á los placeres el precioso tiempo que debe á los negocios del estado. Todo hombre empleado pertenece al público y á sus conciudadanos; si es ligero, inaplicado é indolente, puede hacerse tan criminal como si fuera decididamente un perverso. ¿ Que de acriminaciones y remordimientos, si entra alguna vez en su interior, no sentirá al reflexionar que sus diversiones, su inadvertencia, su descuido hacen gemir á una multitud de ciudadanos pobres y miserables, los cuales, despues de haber servido bien al estado, se arruinan en solicitudes inútiles, viéndose reducidos al deplorable estado de hacer antesalas noche y

dia como unos mendigos? No es una verdadera crueldad el tener suspensos entre la esperanza y el temor á unos desgraciados, á quienes una pronta decision hubiera podido salvar de su ruina? Mas en el seno de la abundancia y de los placeres, los grandes no tienen idea alguna de las congojas de los pobres. Ellos arruinan de paso, y aun sin notarlo siquiera, á millares de infelices y desgraciados. El conocimiento y la sensacion de las penalidades mas comunes á los hombres; es posible que estén tan ignorados de los que pueden y deben consolarlos? En que agonias y martirio no debiera vivir un depositario de la autoridad, si pensase en que sus ligerezas y sus inadvertencias pueden causar la infelicidad de un sin número de familias virtuosas, y condenarlas á vivir eternamente en el llanto y la desesperacion?

No aconsejes á los príncipes, dice Solon, lo que les agrada, sino lo que les sea útil. Un ministro complaciente y adulador no hace mas que alimentar en el alma de su señor los vicios á que su señor, el estado y él mismo serán un día sacrificados. La veracidad debiera ser la primera virtud de un ministro fiel; destinado á ver mas de cerca que el príncipe las necesidades, los deseos y las desgracias de los pueblos, no puede menos de ser traidor á la patria y al príncipe, si engaña á este, y le oculta la verdad. El príncipe debe ser conmovido á piedad,

cuando sus súbditos padecen; debe temblar, cuando estos se hallan descontentos; él es quien debe por su estado conocer los males y las disposiciones de su pueblo; y á él le toca acallar sus lamentos y sus quejas. Todo ministro fiel debe ser el ojo de su soberano, y el órgano del pueblo. Esos cortesanos aduladores, que temen disgustar á los reyes ó afligirlos, son prevaricadores y traidores, porque; como un rey debe estar tranquilo, cuando su nacion es miserable?

Mas en los gobiernos imprudentes, vanos y corrompidos, la verdadera grandeza es totalmente desconocida. Tanto el déspota, como sus privados son unos niños, que contentos con gozar de algunas ventajas y de placeres vanos y pasajeros, no fijan su vista en lo venidero. Cada uno procura sacar partido de su poder efímero, y cuida poco ó nada en lo que serán algun dia él, el príncipe y el estado. Si es imposible que el poder absoluto forme buenos soberanos, no es menos difícil que este mismo poder forme ministros verdaderamente afectos á sus soberanos, y fieles á sus deberes.

Los ciudadanos mas poderosos, igualmente que los mas débiles, se hallan evidentemente interesados en que se observe la equidad: así encontrarán en las leyes auxilios contra la diversidad y la intriga que pretendieren oprimirlos. La grandeza, para ser estable, debe apoyarse en la justicia; si esta virtud reina en la sociedad,

ella sostiene á todos sus miembros , é impide que ninguno sea castigado sin causa , ó injustamente oprimido. Esta justicia universal y social es una muralla mucho mas segura contra la violencia , que no los vanos privilegios , los inútiles titulos , y las frívolas distinciones que el capricho da y quita á su antojo. La grandeza y el poder ¿ pueden apreciarse en algo , cuando dependen únicamente del capricho de un déspota , de una manceba ó de un visir? El ciudadano que vive en la oscuridad ¿ no vive mas seguro en el goce de sus derechos bajo un gobierno libre , que un ministro el mas acreditado bajo el imperio del despotismo , el cual no es otra cosa que un mar borrascoso perpetuamente agitado de vientos encontrados? Todo déspota es un niño que se complace en romper y destruir los juguetes que le divierten.

Si los ministros ó las personas revestidas del poder , hacen las veces de un soberano justo en las diferentes partes de la administracion , deben de consiguiente hacerle querido de los pueblos , ser justos como él , y hacer amable su autoridad. Uno de los principales deberes de un ministro , y de todo hombre constituido en dignidad , es ser accesible á todos , recibir bondadosa y benignamente las súplicas ó representaciones de los súbditos , y hacerles una justicia imparcial y pronta. Un ministro duro , seco é inaccesible ofende la reputacion de un soberano. El que es poco grave en sus modales,

y

y entregado á sus placeres , descuida con gran perjuicio sus negocios , y se hace inútil. Todo ministro público debe ser exacto y grave ; no es decir que use altanería , sino atencion , gravedad en las costumbres , y el decoro que conviene á un puesto respetable. El ministro que solo atiende á los que le rodean , será siempre engañado , y pasará por un ignorante , y á veces por injusto ó vicioso.

Una de las mayores desgracias que siguen á la grandeza y al poder , es la de verse obligados el grande y el poderoso á temer á su misma familia y á los mas queridos amigos , y tener que armarse contra los afectos de su mismo corazon. Sus relaciones con el estado deben siempre pesar y poder mas con él que no sus conexiones particulares : el hombre público no es dueño de sus mismos afectos ; ni debe recibir otras impresiones que las de la justicia y del interes del estado , del que dependen su honor y su gloria. Un ministro que solo es bueno para los suyos , es un hombre de un alma débil y pequeña. *Yo no puedo hacer lo que me pedis , porque sois muy amigo mio* , decia un sugeto digno de su empleo á un favorecido suyo que le pedia una cosa poco justa.

Un ministro pródigo , ó que nada sabe negar , no es un hombre benéfico , sino un débil , un administrador infiel , un prevaricador. Derramar los tesoros del estado para formar hechuras suyas , es hacerse culpable. Todo ministro

Tomo II.

E

que se conduce bien , no necesita ni de partidarios ni de cabalas ; la inocencia de su conducta le basta mientras se halla empleado ; y su conciencia debe ser su fortaleza y su apoyo , cuando deje de estarlo. Arrojar las riquezas del estado á cortesanos hambrientos , ó á grandes siempre codiciosos , es privar de lo necesario al infeliz y desgraciado , cuyas verdaderas necesidades deben ser preferidas á las necesidades imaginarias de la vanidad.

¡ Será posible que los hombres mas ricos bayan de absorberse enteramente las riquezas y las recompensas de las naciones ! No , ciertamente ; ellas están principalmente destinadas para pagar , reanimar y socorrer al mérito laborioso , la tímida pobreza , los talentos afligidos , los servicios hechos al estado. A la honradez desgraciada es á la que el hombre en dignidad debe alargar su benéfica mano. El rico y el grande tienen sobrados recursos para obtener lo que desean , que de ordinario es criminal é injusto. Solamente , por lo comun , para oprimir al inocente , para sofocar los clamores del infeliz , para despojar al ciudadano , para esclavizar al débil , los odiosos y aborrecibles cortesanos importunan á un ministro , pretendiendo de este modo hacerle cómplice en sus iniquidades. Bajo un gobierno injusto , los grandes se consideran desgraciados , si no gozan del horroroso y terrible privilegio de dañar á los otros , haciendo por lo comun consistir en esto su preeminencia.

Por una fatalidad harto comun , los hombres que mas debieran distinguirse en la elevacion de sus almas , muestran una pequeñez incomprendible ; y solo se muestran ocupados de vanidades , de fruslerías , y de juguetes , á los que sacrifican locamente su reposo , su fortuna , su propia seguridad , y la libertad de sus descendientes y de sus conciudadanos. ¡ No parece sino que la grandeza de alma y la razon no existen para los grandes , y que las personas elevadas sobre las demas no se distinguen realmente sino en su imprudencia y sus locuras !

Un extraño trastorno de ideas hace que los grandes , por la mayor parte , se figuren que no gozan del poder , si no pueden abusar de él : crédito , poder , privilegio , grandeza , se hacen sinónimos de licencia , corrupcion é impunidad. Los soberanos y sus subalternos anhelan únicamente hacerse temibles , y en nada procuran hacerse amables : solo desean el poder para destruir á cuantos los incomodan , sin cuidar de atraerse el afecto de nadie. En el concepto de la mayor parte de los grandes , ser poderoso , es ser temible , y por consecuencia aborrecido ; ser grande , es gozar del derecho de ser injusto , de dañar impunemente , de hacerse superior á las leyes , de oprimir al débil y al inocente , de menospreciar é insultar al ciudadano oscuro y desgraciado , y de hollar todo cuanto los hombres tienen de mas sagrado y respetable. Ser grande , á los ojos del vulgo imbécil , es ser

Es.



dueño de suntuosos palacios, de grandes posesiones á veces mal adquiridas, de trenes magníficos, de soberbios caballos, de una comitiva de criados insolentes, de trages costosos, y de cintas, diges y collares, que indican el favor del príncipe ó de sus ministros; ser grande, es á veces, no teniendo verdaderas riquezas, hacer un gran papel á costa de una multitud de acreedores, indignamente sacrificados á su vanidad. En fin, ser grande, es tener por su nacimiento el derecho de aumentar la tropa de los esclavos *titulados*, que van vil y cobardemente á hacer la corte á un déspota, ó á recibir los desaires y menosprecios de un ídolo, que apenas deja caer una mirada sobre la multitud envilecida que le rodea. ¡ En estas bajezas, ó en estos crímenes es en lo que los pueblos hacen consistir la grandeza de los ciudadanos que los oprimen! Cuanto mas injusto es un gobierno, tanto mas insolentes y fastuosos son los grandes; ellos se vengan con el pobre de las afrentas é injurias que sufren con frecuencia; y encubren y disfrazan su esclavitud y su verdadera pequeñez con el vano aparato de la magnificencia. Una corte muy brillante anuncia siempre una nacion pobre y miserable, y unos grandes que se arruinan por no parecerlo.

A los ojos de la razon, el poder y la grandeza no son bienes apetecibles sino cuando dan los medios de hacerse querido y apreciable. Ser verdaderamente grande, es mostrar una gran-

deza verdadera de alma; tener poder y crédito, es hallarse en estado de preservarse de toda injusticia, y de proteger á los otros; tener privilegios firmes y prerogativas seguras, es poseerlas en comun con los demas ciudadanos. Ser libre, es no temer á nadie, y no depender sino de las leyes sólidamente fundadas en la equidad. Tener valimiento, es poseer los medios de hacer bien á los hombres, y no el fatal poder de dañarlos; es gozar de la facultad de hacer felices, y no de la horrorosa licencia de insultar á los miserables; es ser el hombre dueño de sí mismo, y huir de ser esclavo; es encontrarse en disposicion de derramar beneficios sobre sus semejantes, y no de ejercer el arte infame de arruinarlos con estafas criminales y punibles. Ser noble, es pensar noblemente, es tener unos pensamientos mas elevados que el vulgo; ser *titulado*, es haber adquirido unos derechos incontestables á la estimacion de sus conciudadanos. Ser hombre de *calidad*, es tener las buenas calidades que le distinguan del comun de los mortales. ¿ Que serán, pues, los grandes que solo se distinguen de los demas hombres en vanos títulos y palabras, en sus vestidos, en sus diges, en meras exterioridades? ®

CAPITULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

SE llama *nobleza*, entre nosotros, la consideracion que se tiene en la opinion pública á los descendientes de aquellos que han servido bien á la patria. Reconociendo los servicios de sus antecesores, la sociedad los *distingue*, esto es, les muestra mas aprecio que á los demas. Esta consideracion y estas distinciones, concedidas en memoria de una utilidad pasada, fueron ideadas ciertamente para estimular á los descendientes á que sigan las huellas de sus predecesores, y á que, como ellos, se distinguan por sus talentos y su zelo. Todo ciudadano que contribuye á la felicidad pública, debe ser reputado *noble*, esto es, merece ser preferido á los que ningunas ventajas producen á sus asociados.

Segun este principio, toda sociedad, por su propio interes, debe manifestar una consideracion particular á los militares valientes y generosos, que á costa de su vida y de su fortuna la defienden contra sus enemigos. Una consideracion igual de distincion es debida á los magistrados encargados de mantener la justicia entre sus miembros, y de reprimir las pasiones que turbarian su reposo. El derecho

de hacer justicia á sus conciudadanos, es la funcion mas útil y mas noble que un ciudadano puede ejercer: si el soldado defiende su país contra los enemigos de fuera, el magistrado le defiende contra los enemigos abrigados en su seno, no menos peligrosos y temibles que los primeros. Si el militar consagra su vida á la defensa de la patria, el magistrado ofrece la suya y sacrifica sus días al mantenimiento de la justicia, sin la cual ninguna sociedad podria subsistir. *Debe destruirse*, dice Ciceron, *la opinion de los que se imaginan que las virtudes guerreras son mas apreciadas que las que tienen por objeto el interior del estado* (1).

Por la misma razon, las naciones deben conceder un lugar distinguido en su estimacion á todos los ciudadanos que con sus talentos y merecimientos les hacen servicios eminentes. La sociedad, so pena de ser injusta y desalentar á los miembros que podrian contribuir á su bienestar, debe proporcionar sabiamente su consideracion y sus recompensas á la estension de las ventajas que recibe. « Todos, dice Séneca, pueden aspirar á lo que constituye la verdadera nobleza del hombre, como son la recta razon, un alma justa, la sabiduría y la virtud ». Estas son las cualidades que una asociacion justa debe honrar y recompensar en sus miembros.

(1) *Mitius est opinio eorum qui arbitrantur res bellicas majores esse quam urbanas.* Ciceron, de Officiis, 1.

En toda nacion se halla establecida una suerte de *gerarquía* política, de la que el soberano es el gefe, porque él dirige las voluntades y los movimientos de los diferentes cuerpos del estado. Por consecuencia, el príncipe es el distribuidor de las gracias á nombre de la sociedad, y el dispensador de sus recompensas: encargado del agradecimiento público, juzga del mérito de los ciudadanos, y del grado de aprecio y estimacion que debe asignárseles: si el príncipe es justo, la sociedad aplaude su juicio y la fidelidad que muestra en pagar los servicios que se le hacen; pero si es injusto, la sociedad contradice sus dictámenes, como capaces de intimidar al mérito y los talentos necesarios á su felicidad, y rehusa sus respetos al que ve injustamente recompensado.

Cuando un príncipe ennoblece á un ciudadano, ó le da algun título honroso, declara á su nacion que este hombre, habiéndola servido, es digno de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos, y que tiene derechos fundados á su gratitud. Si el favor, la intriga ó la bajeza son las que le dan esta nueva distincion, la sociedad lejos de suscribir en tal caso á los honores concedidos, y de tributar al hombre á quien se dan, su estimacion y su agradecimiento, le castiga ridiculizándole, le desprecia, y reclama contra la decision del soberano ó sorprendido ó parcial. Ningun soberano, por absoluto que sea, puede sojuzgar

la opinion pública hasta el extremo de que considere y respete á un ciudadano que no es apreciable ni respetable por sí mismo.

Esta opinion respeta todavía menos una nobleza adquirida á costa de dinero, la cual solo supone en el que la logra riquezas, y no mérito ni talentos, que son únicamente los que merecen el reconocimiento público: este medio vil de obtener las distinciones, ha sido efecto de la avaricia de algunos príncipes que han sabido aprovecharse de la vanidad de sus súbditos opulentos, vendiéndoles bien caro el humo de que tanta estimacion han hecho; mas los soberanos se privaron así de un medio fácil de recompensar al verdadero mérito, dando á la riqueza una distincion, la cual, sabiamente economizada, hubiera sido muy útil para fomentar al mérito y los talentos. Con este vergonzoso tráfico la nobleza se vió prostituida á hombres nuevos, que sin haber hecho servicios algunos á la patria, lograron unos privilegios odiosos al resto de los ciudadanos.

Mas la opinion pública no puede nunca suscribir á este comercio vergonzoso y visiblemente contrario al bien de la sociedad, además de ser opuesto á las preocupaciones anteriores. Las naciones, poco dispuestas á reconocer las preeminencias de tantos nobles nuevos y sin mérito, reservaron su consideracion para una nobleza mas antigua, perpetuándola en la descendencia de los antiguos defensores de la

patria. Todo lo que tiene el caracter de la antigüedad, tenida siempre por muy sabia, impone veneracion á las naciones. De este modo, por una preocupacion confirmada hace muchos siglos, continuan respetando los pueblos á los descendientes de los antiguos guerreros, sin examinar los méritos de sus antepasados, y lo que es mas, sin atender á si estos descendientes han hecho servicios algunos efectivos á la patria. ¿Como un hombre puede honrarse á si propio con lo que no es suyo? ¿Y como pondrá su grandeza en el mérito que esté en otro?

Así las preocupaciones antiguas se opusieron á las nuevas distinciones introducidas en la sociedad; los pueblos estúpidos admiraron la nobleza antigua, únicamente porque sus padres la habian temido y respetado por largo tiempo. Una ciega rutina decide de la opinion de los hombres, los cuales raras veces pueden dar razon de sus modos de pensar y de obrar: y por una especie de contagio, heredan hasta las preocupaciones que mas los envilecen.

Si, puesta la balanza de la razon y de la justicia en la mano, se pesan en ellas las ideas que tiene la Europa de la nobleza antigua, reverenciada en sus últimos retoños, será forzoso reconocer que esta opinion nada tiene de sólido. Se hallará que estos antiguos guerreros, de que traen su origen los nobles del día, turbaron mas bien á la patria que no la sirvieron; ellos contribuyeron mas bien á esclavizarla que á

defenderla, libertarla, y hacerla feliz; si la defendieron fielmente contra los enemigos de afuera, la entregaron al mismo tiempo regularmente á los enemigos de adentro, sometiéndola al poder de tiranos.

Aun dando por ciertas la grandeza y la realidad de los servicios hechos á la patria por los antiguos héroes de las naciones, el agradecimiento de estas nunca hubiera debido estenderse hasta su mas remota posteridad. Si la equidad prohíbe castigar á los descendientes por los delitos de sus antecesores, esta misma equidad no puede exigir que se recompense sin fin ni término á los descendientes por las virtudes y talentos de sus abuelos. La virtud no se transmite con la sangre; el mérito es una cualidad personal: así que la razon y el interes público exigen que los honores, las distinciones y la nobleza, en vez de ser hereditarias, queden en manos de un gobierno justo, como medios para estimular á servir útilmente al estado, y para recompensar á los que verdaderamente contribuyan á su felicidad presente. ¿Es justo por ventura que un hombre, cuyo incierto linage ha estado por lo comun ocioso siglos enteros en medio de sus heredades, y sin hacer servicio alguno señalado á la patria, goce de consideracion y privilegios destinados á remunerar el valor guerrero? ¿Es justo que el hombre inútil sea honrado, distinguido, respetado y recompensado con inmensas prerogativas

en perjuicio del ciudadano laborioso, porque hace siete ú ocho siglos que uno de sus antepasados tomó las armas en defensa de su país? Posee enbuenhora este hombre las heredades ó posesiones concedidas en lo antiguo á sus padres; mas la equidad parece que exige que si pretende gozar de las distinciones y privilegios de la nobleza, trabaje él mismo por merecerlas, y no se ensoberbezca con las proezas de sus abuelos, que no ha procurado imitar. *La estimacion y el aprecio de un hombre*, dice Montaigne, *han de ser cordiales y voluntarios* (1).

La vanidad es el vicio de la nobleza: fundado en opiniones tan frívolas como hemos visto, el noble se figura que es en realidad un ente de un órden superior al resto de los ciudadanos: no parece sino que, formado de un barro mucho mas puro, nada tiene de comun con sus compatriotas. *La ilusion de la mayor parte de los nobles*, dice M.^r Nicole, *les hace creer que su nobleza es en ellos un caracter natural é indeleble*. Otro moralista habia dicho antes que él: *á la verdad, la nobleza es un don casual, y una cualidad de otro. ¿Que cosa mas necia que gloriarse de lo que no es suyo? ... Ahi ellos que por si mismos no tienen mas que esta nobleza, la hacen valer altamente, y siempre están hablando de ella: toda su gloria está en los sepulcros de sus antepasados. ... ¿De que le sirve á un ciego que sus padres hayan tenido buena*

(1) Essais, lib. 1. cap. 50.

vista? ... Ser descendiente de los que sirvieron bien al público es estar obligado á imitarlos (1). Podia añadir todavía que el mérito real ó pretendido de sus padres ningun derecho le daba al noble para despreciar á sus conciudadanos, y que una vanidad enfadosa haria olvidar este mérito, aun cuando hubiese sido mas real y verdadero de lo que denota la historia.

Seguramente, los anales de todas las naciones nos muestran en los antiguos nobles un cuerpo de guerreros turbulentos, siempre divididos entre sí por contiendas tan injustas como fútiles, y únicamente ocupados en atormentarse los unos á los otros, ó en hacer sentir cruelmente el peso de su autoridad á sus vasallos y á sus siervos. Vemos á estos furiosos continuamente en guerra, despedazando á las naciones con sangrientas pendencias. Los vemos imponer á sus súbditos unas obligaciones por lo comun tan ridículas como tiránicas, y formar de ellas sus derechos. Vemos, en estos desgraciados tiempos de turbaciones y de miserias, á los reyes debilitados hasta el punto de no poder reprimir las violencias de estos frenéticos, ocupados incesantemente en destruirse los unos á los otros, y que con desprecio de la autoridad soberana se rebelaban contra ella siempre que intentaba contenerlos. Homicidios, robos, saqueos é infamias son los títulos respetables que la nobleza nos presenta en la historia. En fin, esta

(1) *La Sagesse de Charron*, lib. 1. cap. 59.

nobleza, siempre delirante y discorde, y siempre separada de los intereses del resto de la nacion, se vió rendida y agobiada al fin bajo la fuerza poderosa y reunida de los príncipes ambiciosos, los cuales sujetaron á estos guerreros tan feroces, de tal modo y á tal punto que los redujeron á pedir y solicitar la única preeminencia de representar el papel de sus esclavos en la corte, y de hacerse los satélites y apoyos de los mas injustos tiranos contra la patria y sus conciudadanos. ¿Una servidumbre voluntaria puede ser compatible con la verdadera nobleza? *Todo el que entra libre, dice Sófoeles, en el palacio de los reyes, se transforma prontamente en esclavo.*

Tal fue, y tal debió ser necesariamente el término de los escesos continuos de una nobleza ignorante, turbulenta é imprudente, que jamas conoció sus verdaderos intereses. Una necia vanidad, y unos privilegios las mas veces injustos, obtenidos astutamente de los soberanos, hicieron siempre insociables á los nobles y á los grandes: ellos creyeron que no les convenia hacer causa comun con los *plebeyos*, ó las gentes del *estado llano*; despreciadas y arruinadas estas por ellos, la nacion no tuvo ya fuerzas que oponer al despotismo; este, por último, logró ir oprimiendo y sojuzgando todos los órdenes del estado (1). El espíritu de faccion, siempre

(1) Los grandes y los nobles Polacos arrancaron de Luis, Rey de Polonia y de Hungría, el privilegio de no ser juzgados por otros que por ellos mismos, con el fin de sustraerse de los

contrario al espíritu patriótico, causó la pérdida de los estados y el envilecimiento de la nobleza misma.

Por una preocupacion contraria á toda justicia, los hombres se figuran débiles y desgraciados, cuando no tienen la libertad de hacer mal á los que están bajo de ellos. El crédito, el poder y las prerogativas no son ordinariamente sino la facultad de oprimir á los mas débiles, y de hacerles sentir el peso de su autoridad. *Aun aquellos mismos, dice Juveual, que no quieren matar á ninguno, desean tener poder para ello (1).* Insensatos! pues no ven que el poder mas apetecible es el de hacerse amar, y no conocen que la fuerza injusta puede ser sojuzgada por una fuerza mayor! En fin, esos nobles, que cuentan entre sus privilegios el derecho infame de atormentar, de robar, y de hacer perecer á sus desventurados súbditos, no llegan á persuadirse que la anarquía y los desórdenes abren un au-

tribunales ordinarios: esto les proporcionó la impunidad en todo género de crímenes, é introdujo la anarquía, la cual, en nuestros dias, terminó con la ruina y desmembracion de este Reino.

Federico I, Rey de Dinamarca, con el designio de obtener auxilios y socorros de los nobles de su Reino, se vió precisado á concederles el derecho de ser dueños de los pueblos; confiríéndoles la autoridad de vida y muerte sobre sus vasallos, y la de poder condenarlos á la pérdida de sus bienes inmuebles, sin apelacion alguna á los tribunales ordinarios.

Mallet, Hist. de Danemarck, tom. 4. p. 10.

(1)..... *Qui nolunt occidere quemquam, Posse volunt.* Satyr. X. vers 96.

cho y libre camino al despotismo! Los pueblos oprimidos prefieren mas el tener un solo tirano, que no el obedecer á cincuenta, cuyas discor- dias entre sí hacen continua su infelicidad (1).

Tantos ejemplos memorables que comprueban estas tristes verdades ¿no debieran abrir los ojos de la nobleza, y demostrarle con la mayor claridad, que nada es mas contrario al bien de la sociedad, á la prosperidad nacional, y á la buena política y sana moral, que ese orgullo imbécil que la separa del cuerpo de las naciones? Todos los ciudadanos de un mismo estado, grandes ó pequeños, nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, siendo miembros de un mismo cuerpo ¿no deben amarse, sostenerse y trabajar de concierto en la felicidad pública? ¿Con que razon ni derecho el noble puede despreciar al labrador que le alimenta y enriquece, al artesano que le viste, al comerciante que le proporciona sus recreos, al literato que le instruye y entretiene, y al sabio que trabaja en su beneficio?

Mas por un efecto de sus preocupaciones, ordinariamente la nobleza desdeña la instruccion, y parece que se vanagloria de su ignorancia (2).

(1) La tiranía de los nobles obligó á los Daneses en 1660 á conferir al Rey el poder absoluto. La mala administracion del Senado de Suecia fue la causa en 1772 de la revolucion en este Reino.

(2) El tirano Licinio decia que la sabiduria era la peste de un Estado. Habiendo dicho un Rey de Castilla, que el estudio de las ciencias no convenia á un noble, Alfonso, Rey de Ara-

Destinado casi siempre á la guerra, la cual unas necias prevenciones le presentan como la sola ocupacion digna de la nobleza, el noble desprecia las ciencias, y raras veces procura la instruccion. Si el noble es de una familia ilustre y distinguida, ó favorecida del príncipe, está muy seguro de llegar á los grados mas elevados sin necesidad de tomarse el trabajo de cultivar sus talentos. Si el noble está ignorado de la corte, no se dedica al ejercicio de la guerra, sino que vive totalmente inútil y desocupado en las heredades ó posesiones de sus padres, donde regularmente ejerce una tiranía fatal á sus vasallos.

Los héroes y los grandes capitanes de la antigüedad, que en nada cedian á nuestros guerreros modernos por su valor y talentos militares, no desdeñaban instruirse en las escuelas de la filosofia. Los Epaminondas, los Pericles, los Alejandros no miraban la cultura del entendimiento como un ornato superfluo en un guerrero. Escipion, el vencedor de Cartago, vivia en la mas íntima y estrecha amistad con Terencio el liberto: este grande hombre cultivaba las letras y la filosofia; « y nunca estaba mas ocupado, segun Ciceron, que cuando parecia » que se hallaba en el mas profundo reposo. ®

No hay ciudadanos que mas necesiten del estudio y de las ciencias que los nobles y los

gon, al contárselo, exclamó diciendo que semejante dicho era propio de una bestia, y no de un hombre.

militares, que por lo comun entre nosotros hacen tanto alarde de su ignorancia. Esta, y la ociosidad fastidiosa en que por lo comun vive sepultada la nobleza moderna, son las causas de los vicios, de los excesos, y de las vilezas que con frecuencia la deshonoran. El militar no está en accion sino muy corto tiempo con respecto á la duracion de su vida; una vez cumplidas sus funciones, nada tiene que hacer; la paz le deja en una indolencia y pereza completas; así es que entonces se le ve, á costa de sus bienes, entregarse desenfrenadamente al juego, á la disolucion, á la galanteria, y á desórdenes de toda especie, haciendo para esto los gastos mas ruinosos: en fin, dispada toda su fortuna, se ve obligado á contraer deudas, á ser un petardista y un bribon, á *vivir de industria*, y quizá, quizá, á cometer acciones que causarían la mayor vergüenza á los mas ínfimos ciudadanos.

La ociosidad de los nobles y de los militares, su pasion al juego, su libertinage, y sobre todo su impetuosa vanidad, son tambien las causas de sus frecuentes disputas y contiendas, que muchas veces terminan en sangrientos duelos.

El honor, entre muchos de nuestros militares modernos, no es la justa estimacion de si mismo confirmada por los otros, la cual solamente puede fundarse en la conciencia de su propia dignidad, conciencia que la virtud inspira; sino que este fútil honor es el temor de verse despre-

ciado, porque saben que lo merecen. Un duelo no probará jamas que uno tenga razon ni honor; un duelo solamente prueba impaciencia, vanidad y atolondramiento, cualidades muy contrarias á la fortaleza, á la verdadera grandeza de alma, y á la humanidad. El hombre de honor es aquel que merece ser honrado. ¿Que tiene de honrosa una accion, obra de la flaqueza y crueldad? Los famosos capitanes de Grecia y de Roma, tan valientes y honrados como pueden serlo nuestros militares modernos, soportaban un insulto, y no pretendian lavarle con la sangre de sus ciudadanos (1).

(1) En los siglos bárbaros de la Europa, la religion y la politica ambas igualmente aprobaban los desafios, mirándose el resultado como un juicio del cielo encargado de manifestarse en contra del culpado. En vano despues las leyes religiosas y civiles han intentado abolir estos inhumanos y bárbaros usos. Hoy día, en toda la Europa, el hombre que riñe en un desafio se espone á morir en un cadalso, y el que relusa renir se halla deshonorado y temido por cobarde en la opinion de las gentes. Para prohibir enteramente los desafios, era necesario haber comenzado por rectificar la opinion nacional, declarando infame á cualquiera que cometiese semejante delito. La declaración de infamia y la degradacion de todo noble que hubiese reñido en un desafio, habrian causado mayor impresion que no el temor de la muerte, impotente para un militar. Fabio decía que *aquel que no puede sufrir una injuria, es mas cobarde que el que huye á la vista del enemigo*. Todo el mundo sabe el pasage de Temistocles, contra quien habiendo levantado el baston Euribiades en un consejo de guerra, Temistocles, tranquilo y superior á este ultrage, se contentó con decirle, *dame, pero escucha*. Los que pretenden que el espíritu militar se conserva por medio de los desafios, lean la historia griega y romana, y verán en ella que aquellos guerreros valientes y temibles á sus enemigos, no tenían la locura de asesinarse los unos á los otros por gestos ó palabras.

Si las distinciones destinadas á la nobleza tienen el mérito y la virtud por fundamento real ó supuesto; si esta nobleza hace una verdadera profesion del honor, los nobles tienen unas obligaciones mas fuertes que los otros de acreditar en la sociedad sus talentos y sus virtudes. *La virtud es la verdadera nobleza*, dice Juvenal (1). Asi que, un noble ignorante, un noble sin mérito y sin talentos, un noble vil y bajo, un noble infamado por sus disoluciones, sus vicios, sus deudas y sus picardías, en una palabra, un noble sin virtud es una contradiccion en los términos. Ciertamente, un plebeyo el mas oscuro, si es virtuoso y trabajador, es un ciudadano incomparablemente mucho mas apreciable que no el noble inútil ó malvado, que se figura autorizado á despreciarle: el que sirve bien á la patria nunca es villano ni plebeyo. *Muy pocos nobles hay sobre la tierra*, dice un Arabe.

No se ensorberzca, pues, la nobleza por los méritos y servicios de sus padres. Gima antes bien por su ceguedad y sus delitos, que tantas veces han destruido y hecho infeliz á la patria: espie con sus beneficios sus locuras, tan dañosas á sí mismos como á sus conciudadanos: avergiénzese de haber contribuido tan cruelmente á poner su patria bajo el yugo del

(1) *Nobilitas sola est atque única virtus.*

Satyr. 8. vers. 20.

despotismo que defiende, y de quien es esclava: renuncie á esta ignorancia, y á esas preocupaciones que no le permiten otra profesion y ejercicio en la sociedad que la de sacrificarse á los injustos caprichos de los conquistadores: estos no miran la nobleza entera siuo como un monton de víctimas destinadas á servir á su propia ambicion. Siempre engañada por la opinion transmitida á ella por sus antecesores, y mantenida por una política engañosa, esta nobleza se sacrifica y se arruina por solo un vano humo: en fin, seducida por la vanidad, un lujo ruinoso que multiplica sus necesidades, le obliga á renunciar á su libertad, y á postrarse vilmente á los pies de sus amos y señores, para que estos le den con que satisfacerlas. Bajo un gobierno arbitrario, el lujo es un medio muy poderoso para humillar y abatir á los nobles, y obligarles á que reciban y sufran el yugo. El honor y el despotismo serán siempre incompatibles.

No hay ciudadanos á quienes la instruccion, la virtud y los talentos sean mas necesarios que á los nobles y á los militares: destinados por el estado para reglar la suerte de las naciones, llamados á los consejos de los reyes, encargados del mando de los ejércitos y de la existencia de los imperios, ¡cuantos conocimientos no deben reunir! Mas, por una fatalidad harto comun, los hombres nacidos para dirigir á los otros suelen burlarse de la virtud, despreciar las

ciencias, y aborrecer la instruccion. El militar se figura que su profesion no le impone otro deber que el ser valiente y menospreciar la vida. ¿Pero como no ve que la guerra es un arte que supone esperiencia, reflexion, y á veces el mayor talento? El ser tan raros los grandes generales ¿no prueba claramente la dificultad de su ejercicio? No es en el seno de las ciudades corrompidas, no es á los pies de las belladas, no es en medio de las intrigas de la corte, no es en las antesalas de los ministros donde un capitan aprende á defender á su patria, á formar los campamentos, á disciplinar á los soldados, á desplegar los batallones. ¿Hay nada mas funesto al estado, ni mas criminal que la presuncion de aquellos generales que, faltos de luces y esperiencia, tienen la audacia de ponerse al frente de los ejércitos, cuyas operaciones decidirán quizá para siempre jamas de la suerte y destino de un imperio? ¿Como un general se atreve á levantar los ojos á la presencia de su rey y de sus conciudadanos, cuando sabe que su incapacidad es la verdadera causa de los infortunios de su país? ¿Su corazon no debiera despedazarse con los mas crueles remordimientos, al oír los gritos lamentables de tantas familias, á quienes su impericia ha sumergido para siempre en la pena y la afliccion? ¿Que de baldones y acriminaciones no se hará á sí propio al representarse en su imaginacion las legiones enteras pasadas á cuchillo por su oca y cruel vanidad?

No se diga, pues, que la ciencia es inútil á los guerreros, y que el valor les basta. Sin luces, el valor es un atolondramiento ó una ferocidad. El estudio, la reflexion, la ciencia, son de la mayor importancia tanto para los militares, como para el estado que defienden. La moral y la política, cubren de una eterna ignominia esa vergonzosa ignorancia, que es por lo comun el atributo del guerrero. El oficial no es regularmente mas instruido que el simple soldado. Seguir sin reflexion la rutina del servicio; pelear ciegamente cuando los gefes lo mandan; vegetar en la ociosidad de una guarnicion; consumirse en un fastidio eterno que solo varia y alterna con el desorden y la disolucion, tal es la vida maquinal y molesta, en que, de ordinario, se corrompe el militar hasta llegar á una vejez, que, lejos de grangearle respeto y consideraciones, le hace al extremo despreciable; he aquí regularmente lo que se llama servir (1). Por el descuido de no haber adquirido en la juventud los conocimientos que el estudio y la meditacion pueden solamente pro-

(1) Con la sola práctica sin la teoría, dice M. de Puysegur, por mas que se puedan montar las trincheras, no por esto se sabrá conducir un ataque al frente de una plaza, ni precavcionarse contra las salidas de ella; se encontrará uno muchas veces en el caso de formar sitio á una plaza, y tampoco sabrá hacerlo: del mismo modo podrá uno haberse hallado en los ejércitos de observacion, y habrá visto hacer todos los movimientos para cubrir un sitio, y no por eso sabrá dirigirlo. *Traité de l'art de la Guerre*, por M. de Puysegur.

ducir un oficial encanecido en su profesion, nunca es mas que un objeto molesto á sí mismo y á sus conciudadanos. Un militar sin cultura, por valiente que él fuere, siempre será inútil y despreciable en la paz.

A pesar de las preocupaciones de la mayor parte de los pueblos, que les hacen mirar la profesion de las armas como la mas elevada y distinguida, no hay ciertamente una situacion mas deplorable que la de un viejo militar sin fortuna y sin conocimientos: engañado las mas veces por un gobierno ingrato, en cuyo servicio locamente se ha destruido, se ve precisado por último á solicitar su retiro ó una moderada pension para subsistir: mas como los principes y sus ministros son por lo comun poco benéficos con los súbditos que ya se hallan inútiles, irritado nuestro héroe al ver su desgracia, lleva aburrido sus continuas y molestas quejas de corro en corro, é incómodo para todo el mundo, sus enfermedades le acaban poniendo término, en medio de la mayor miseria, á una vida que le hubiera sido mejor perderla en los combates. Las cualidades morales pueden solas merecer una consideracion que dure hasta el sepulcro.

Ademas de esto, el militar por lo comun falto de instruccion y de buenas costumbres, no trae á la sociedad civil otra moral que la que ha sacado de las guarniciones, de los campamentos y de los ejércitos; esta moral, poco delicada
en

en todo lo restante, funda el mérito en la ferocidad puntillosa, y en la rudeza habitual ó fatuidad, que ni favorecen á los militares, ni hacen su trato apreciable, sino temible y arriesgado.

Los deberes y las reglas que la moral, la razon y la sana politica imponen á los nobles y á los militares, los obligan á grangearse la estimacion pública, y á merecer los honores, los grados y las recompensas (siempre concedidas á nombre y á costa de la nacion) por sus servicios verdaderos, por sus ventajosos talentos, y por su aficion y cariño á su pais. Lejos por esto de tener el derecho de oprimir ó despreciar á sus conciudadanos, su alta clase, por el contrario, los pone en la necesidad de ser unos ejemplos de equidad, de moderacion, de verdadera fortaleza, de magnanimidad, de generosidad y de amor del bien público. Los militares y los nobles son los ciudadanos que, por todas razones, mas adictos y mas íntimamente apegados debieran estar á la patria. El mérito militar consiste en defender valerosamente las personas y las posesiones de todos contra los que tratasen de invadirlas. De aquí se infiere que el soldado es un traidor, y ademas un cobarde, si vende su vida al despotismo y la tiranía, que fueron y serán siempre los mas implacables enemigos de toda sociedad (1). Un

(1) No son hombres valientes y esforzados, dice Firmico, los que venden su sangre arriesgándose á la muerte por los

militar tan loco que se sacrifica á los caprichos de un tirano, no es mas que un gladiator mercenario. Un ciudadano que él mismo pone los hierros de la esclavitud á su patria, es un furioso que pega fuego á su propia casa, á riesgo de perecer él mismo con toda su descendencia. Que horrible y abominable herencia es dejar á sus hijos y descendientes el oprobio de la servidumbre (1)!

En obedecer ciegamente consiste toda la moral del soldado. Pero si esta moral conviene ciertamente y es necesaria en los campos y en los ejércitos, no se debe enseñar en las ciudades ó en la sociedad; porque esto seria transformar á los militares en insensibles máquinas, en viles instrumentos que, en manos de los tiranos y déspotas, destruirian las leyes y la libertad. La obediencia ciega y maquinal á los gefes injustos, es una traicion contra la patria, á la cual el militar debe defender contra sus enemigos: si esta obediencia es laudable y precisa en el simple soldado, incapaz siempre

caprichos de otro. *Non fortes qui ob aliena gratia voluntatem nundinantur, angustis factura ad mortis spectaculum vendunt.* Julius Firmicus, lib. 8. cap. 13.

¿No es, ciertamente, dice Antifanes, vivir asalariado de la muerte, el gozar su sustento con peligro de su vida?

(2) Un Lacedemonio respondió á Indarnes, oficial persa, que le persuadia á que se estableciese en Persia, *tu no conoces el precio de la libertad; porque el que le conoce, si es prudente, jamas le cambiaria por todo el reino de Persia.*

PLUTARCO, dichos notables de los Lacedemonios.

de razonar y de formarse ideas de justicia, ella es culpable y deshonrosa en los que le mandan; la educacion debiera haberles inspirado unos pensamientos mas nobles y mas generosos que á los autómatos cuyos movimientos dirigen. Mas la política de los tiranos cuida mucho de levantar siempre una muralla de bronce entre los nobles, los militares y sus demas súbditos. La nobleza militar, que forma una clase distinguida, se consagra servilmente á la voluntad de los príncipes mas malos, y engañada y seducida con vanos privilegios, pensiones y títulos aéreos, nada tiene de comun con los diferentes órdenes del estado. Todo militar se cree siempre dependiente del príncipe, y libre de todo vínculo con su nacion; y deja de ser ciudadano para ser un satélite, un mercenario, un esclavo. Las leyes, la libertad, la justicia, y con ellas la felicidad, son bien pronto desterradas de los estados, cuyos soberanos tienen á sus órdenes muchas tropas veteranas.

Hablar de patria, de moral, y de obligaciones á los que por lo comun han compuesto hasta aquí los ejércitos, era esponerse claramente á la risa y á la mofa. La vanidad, el atolondramiento, el libertinage, la pereza y el deseo de una licencia impune, estos eran los motivos ordinarios que llevaban comunmente á una juventud imprudente á la profesion de las armas: los militares de este modo de pensar se figuraban que la razon, la reflexion, la equidad y la vir-

tud no hablaban ni se habian hecho para ellos. La moral debe ser menos poderosa necesariamente con la soldadesca grosera, elegida y compuesta regularmente de holgazanes, vagamundos, gente sin hogar ni domicilio y muchas veces de malhechores que se han acogido á las armas para sustraerse de la miseria, ó de los castigos que tienen merecidos (1).

Un gobierno militar influye del modo mas sensible en las costumbres de las naciones; cada uno quiere parecerse á los que componen el cuerpo mas distinguido, y por consecuencia todos afectan los modos y maneras militares, siendo vanos, ligeros, sin atencion, y sin buenas costumbres.

No era así como se formaban los ejércitos valerosos de los Griegos y de los Romanos, cuyas hazañas y hechos memorables nos ha transmitido la historia. Sus generales eran hombres desinteresados, instruidos, guiados de la pasion de la gloria: los simples soldados no eran viles mercenarios, sino ciudadanos, labradores y propietarios, que tenian una patria á la que amaban, porque encerraba y protegía á sus mugeres, sus hijos y sus bienes; que peleaban valerosamente por la libertad,

(1) Xenofonte atribuye la decadencia de los Persas despues de Ciro, al modo con que entonces se formaban los ejércitos, los cuales no se componian sino de una vil canalla recogida, poco mas ó menos, del modo mismo con el que hasta hoy se han formado regularmente nuestros ejércitos.

y no en favor del despotismo; y que, acabada la guerra, volvian á sus hogares, donde gozaban de las alabanzas de sus conciudadanos por haberlos defendido con valentía y esfuerzo. La milicia romana, cuando fue mercenaria, decayó de su antiguo espíritu: los soldados ya no fueron sino los instrumentos aborrecibles de los ambiciosos que supieron comprarlos; ellos esclavizaron el estado á los tiranos, á los que tambien destruyeron á su antojo; y á fuerza de mortandades, de rapiñas y de indisciplina causaron la ruina del imperio, que hubieran debido defender mas bien contra sus indignos señores que contra los Germanos, los Partas ó los Dacios.

¡ Tal es la suerte que las tropas mercenarias preparan á las naciones! ¡ tales los destinos de los tiranos que se confian y entregan á una soldadesca inconstante y perversa! Esta, despues que ha echado por tierra la equidad, la libertad y las leyes, ensoberbecida con sus victorias se abalanza como una fiera contra el dueño mismo que ha desencadenado su furor. Los emperadores mas justos y mas sabios, los Probos, los Alejandro-Severos, fueron victimas de los furiosos soldados, que aborrecian de muerte la virtud de estos príncipes. En fin, tal es todavía en nuestros días la suerte que los genzaros rebeldes hacen experimentar á sus sultanes. Los déspotas mismos no pueden contar siempre con los esclavos que guardan

su persona. Las fieras suelen despedazar con frecuencia á los mismos que las guardan. La licencia y la corrupcion de los soldados, que los mismos príncipes favorecen, llegan á ser tan funestas á sus amos como á las naciones esclavizadas por ellos. Los instrumentos de la tiranía contribuyen y se emplean tarde ó temprano en la destruccion y ruina de los mismos tiranos.

Bajo los gobiernos introducidos por los pueblos bárbaros que repartieron entre sí las provincias del imperio romano, los generales, los grandes, los nobles y los militares, únicamente obligados á seguir á los reyes en la guerra, se hicieron poco á poco independientes de su autoridad en la paz: y fueron despues representantes, magistrados, y jueces de las naciones reducidas á la esclavitud con sus armas; Mas cual pudo ser la justicia que unos siervos infelices obtendrian de unos hombres brutales, ignorantes, alimentados con la sangre y la rapiña? ¿Que proteccion hallarian unos ciudadanos despreciados en unos nobles que no trataron jamas sino de sus intereses personales? Los reyes, muy débiles para reducir á la razon á sus indómitos vasallos, los dividieron entre sí, como se ha visto, y se aprovecharon de sus desavenencias y de su ignorancia para darles en los tribunales

por asesores á los llamados *clérigos* (1), jueces mas instruidos que los grandes, á quienes fueron sustituyendo lentamente para formar despues la magistratura que hoy existe en Europa.

Los representantes armados se hacen prontamente unos tiranos temibles al pueblo, y unos súbditos rebeldes al soberano. Esta nobleza militar, abusando de su poder, desprecia la justicia, y es incapaz de juzgar bien á los ciudadanos. Las naciones, para que las representen, necesitan hombres justos, integros, ilustrados, obedientes á las leyes, inaccesibles á las seducciones de las cortes, que obliguen al monarca á respetar los derechos de la sociedad y sobre todo que los respeten ellos mismos. Los representantes venales ó fáciles de seducir, son traidores que presto caerán en los hierros del despotismo, una vez que neciamente hayan caido en sus lazos.

De este modo, por falta de equidad, de razon y de ciencia, la principal nobleza, que en los tiempos antiguos iba casi al par de los monarcas, fue no solo echada al suelo y despojada de su poder, sino tambien privada de la prerogativa tan noble de representar y juzgar á los pueblos. ¿Su caida no debiera enseñar á todos los grandes, que ningun poder, por fuerte que pa-

(1) Se llamaba *clérigo*, en los siglos de ignorancia, á todo el que tenia alguna tintura de las letras, las cuales estaban entonces reservadas al clero.

rezca, puede sostenerse sin justicia y sin talento? Ningun orden del estado, ningun cuerpo puede separar sin riesgo sus intereses de los intereses generales de la nacion: en una palabra, la moral y los talentos son útiles y necesarios á la nobleza, y nada hay en ellos que merezca su desatencion y su desprecio. *El esclavo*, dice un poeta, *no tiene derecho á levantar la frente* (1).

La nobleza impone evidentemente á los que la poseen la obligacion de amar á la patria con mas ardor que todos los demas ciudadanos. Quanto mas se recibe de la sociedad, tanta mayor gratitud y zelo se la debe mostrar. Ninguno mas que el noble se halla interesado en la prosperidad de la nacion, en que están sus bienes y propiedades, y donde goza de la consideracion y de los honores que desea. Nada mas legitimo, ni mas bien fundado que el que los soberanos, en la distribucion de los empleos importantes elijan y prefieran á los sugetos mas distinguidos por su nacimiento.

Debe suponerse, ciertamente, que las personas bien nacidas han sido bien educadas, esto es, han recibido de sus padres principios de honor, pensamientos generosos, una noble ambicion, dotes y cualidades apreciables, y una razon y una alma cultivadas con el mayor esmero. Cuando semejantes disposiciones no se hallan en un noble, esto no es

(1) *Poetae greci minores, Theognidis carmina.*

mas que un hombre comun, capaz de dañar al señor á quien sirve, y á los súbditos sobre quienes ejerce su autoridad.

Mas, para ser justamente respetado, no es siempre necesario que el noble prodigue su sangre en las batallas, ó que ejerza empleos distinguidos; cuando, desnudo de ambicion, vive retirado en las posesiones y heredades de sus antepasados, sus bienes y opulencia le ponen en disposicion de hacer bien á los infelices que le rodean. Un señor benéfico y poderoso ¿no es ciertamente mas grande y mas feliz en sus estados que no esos grandes que se esponen á las borrascas de las cortes? Cuando el noble goza solamente de una mediana fortuna, su vida retirada le liberta de los aguijones y estímulos de la ambicion; ella le sustrae del espectáculo molesto y vergonzoso de aquellos personajes indignos que la injusticia eleva frecuentemente á los honores: sus necesidades son limitadas, porque no está infestado del contagio del lujo: él labra y fertiliza en paz sus campos: cultiva su entendimiento en los ratos ociosos: en fin, cria sus hijos de modo que pueden algun dia salir de su retiro, y merecer con sus talentos y virtudes la estimacion del mundo.

La desgracia no interesa ni conmueve cuando va acompañada de vanidad. El vástago virtuoso de una antigua familia oscurecida, es un objeto que enternece y lastima, recordándonos

la inestabilidad de la fortuna : un noble desdichado y modesto gana los corazones de un modo mas seguro que un hidalgo pobre y soberbio. Con demasiada frecuencia vemos que el orgullo y la altanería no se apartan de la nobleza aun en el seno mismo de la miseria. En cualquier posicion que el noble se halle , debe reconocerse ; esto es, debe respetarse á sí propio , nunca jamas envilecerse , y ser siempre zeloso de la estimacion de los demas. Estos sentimientos laudables , deberán nunca confundirse con una vanidad pusilánime é inquieta , con una vergonzosa indolencia y con un fútil temor de degradarse con el ejercicio de un trabajo honesto ó con el uso de las dotes del alma? Las preocupaciones bárbaras , que por desgracia subsisten todavía , hacen que en muchas naciones todo noble , por solo su nacimiento , tenga á menos ejercer ciertos empleos y ocupaciones honrosas ; que mire como vil la profesion del comerciante ; y que menosprecie á cuantos el destino no ha dado el nacimiento que á él : ningun talento , ninguna virtud le parecen comparables á la ventaja de haber nacido de padres nobles ; esta preocupacion lastimosa le hace muchas veces injusto , insociable y odioso á cuantos no han sido como él favorecidos por la casualidad. Es menester hallarse enteramente destituido de todo mérito personal , para dar tanto valor á un accidente fortuito.

Los hombres no son iguales por naturaleza , ni lo son tampoco por las leyes de la sociedad,

que para ser justas no deben igualar jamas el hombre inútil ó malvado al ciudadano virtuoso, El noble es respetado cuando obra noblemente , y no merece en manera alguna ser distinguido de la multitud , cuando sus cualidades y virtudes no acreditan y comprueban su origen. Sus conciudadanos tienen derecho para decirle : « Si » sois verdaderamente de la sangre de aquellos » generosos guerreros que en otro tiempo se » sacrificaron por la patria , probadnos vuestro » origen con acciones nobles , con un modo de » pensar digno de tales predecesores. Si des- » cendeis de los bienhechores de nuestros pa- » dres , no trateis á sus hijos con una altanería » insultante. Si quereis ser honrado , mereced » nuestra estimacion con virtudes , y con un » apego y afecto inviolables á las leyes sagradas » del honor. Si sois miembro del cuerpo mas » distinguido del estado , no os hagais cómplice » de los malvados , los cuales , despues de ha- » berlo todo destruido por vuestro medio , ani- » quilarán vuestros privilegios , y os reducirán » algun dia á la clase de esos plebeyos , que » tan cruel y locamente despreciais (1) ».

(1) Un noble aleman no se trata con un comerciante. Los habitantes del Indostan se dividen en clases ó tribus , de las cuales las superiores no solo desprecian á las inferiores , sino que las maltratan cruelmente. Un *Naire* ó noble del Malabar tiene derecho para matar á un *Puliet* ó pobre que le tocara por descuido. Los nobles *Chingules* tratan del mismo modo á los plebeyos , siendo así que ellos no se acercan al rey sino en cuatro patas , y se califican de *perros* , cuando le hablan de

Ofuscados hace mucho tiempo con frívolas distinciones, prerogativas pueriles y precarias, vanos títulos, y pretensos derechos, á veces infundados é injustos, los nobles se imaginaron unos entes de naturaleza distinta del resto de los hombres, y se avergonzaron de reunir sus intereses con los de los plebeyos, mirándolos como unos libertos de sus predecesores; por manera que autorizados de una jurisprudencia feudal y bárbara, ejercieron en los pueblos millares de vejaciones jurídicas. El derecho tan respetado de la caza hizo las tierras estériles; las campiñas fueron devastadas, y los labradores arruinados con los recreos y diversiones de los señores; la vida de los gamos, ciervos y demas animales de los bosques fue tenida en mas precio que la del hombre mismo (1); y bajo el pretesto de mantener la integridad de sus derechos, los grandes hicieron sufrir á sus vasallos las mas crueles injusticias. ¡ Es una bella diversion, ciertamente, y un placer muy noble y muy grande, trocar los campos estendidos y fértiles

si mismos. Un noble polaco puede matar impunemente á un plebeyo. En Europa un grande es á lo mas castigado con prision ó destierro por los asesinatos y por los mas enormes delitos, excepto en Inglaterra, donde las leyes no hacen distincion de personas en orden á esto.

(1) Las leyes inventadas para la conservacion de la caza son atroces en algunos países. Dicese que en Alemania los principes hacian atar á los cazadores furtivos sobre los ciervos, echando á estos despues libremente á los bosques, donde aquellos infelices eran despedazados por las fieras.

en selvas y desiertos, imposibilitando las cosechas, y haciendo derramar lágrimas á millares de familias desoladas!

La moral y la política claman á una contra estos abusos feroces y irritantes. Los grandes y los nobles ¿no pueden recrearse y divertirse sin aniquilar sus mismas posesiones, y sin afligir á los desgraciados, á quienes deberian proteger como padres? ¿Con que buena voluntad el labrador indignado mirará á su señor que no se presenta en sus campos sino para traer á ellos la escasez, el hambre y el desorden? Mas la humanidad enmudece con los orgullosos que no conocen la miseria; ellos se rien de las lágrimas de los infelices; y en ofensa de la debilidad hacen alarde de un poder que carece de límites y de castigo en sus excesos. Mas que digo! ellos castigarían al que tuviese la temeridad de quejarse humildemente del mal que se le hacia (1).

Si los principes, los nobles y los grandes, en el delirio á que sus placeres les reducen, son incapaces de escuchar la voz de la piedad, escuchen á lo menos la de su propio interes. Renuncien, pues, á unos derechos que dejan baldíos, heriales y despoblados sus territorios; que acobardan y aburren á los labradores, de

(1) Yo he visto á un poderoso amenazar con que le daría de palos y le metería en un calabozo á un aldeano, que sirviéndole de guia en el perseguiamiento de un ciervo, le habia hecho dar un pequeño rodeo para no atravesar un sembrado.

quienes necesitan para contentar y sostener su lujo y vanidad; y que hacen, en fin, á la grandeza y á la nobleza tan odiosas á los ciudadanos, cuyo cariño debieran codiciar, y cuyos trabajos debieran alentar y promover. ¿Es posible que solo haciendo mal crean los grandes que muestran su poder?

La equidad natural, cuyas leyes son mas santas que las convenciones locas de los hombres, reclama y anula los privilegios concedidos por la injusticia, sostenidos por la violencia y confirmados por la ignorancia y la rutina de los siglos. El pacto social exige que ninguna clase de ciudadanos se arroguen el derecho de afligir á los otros; y pone al débil bajo la salvaguardia del poderoso, y al labrador bajo la proteccion de su señor: el castillo del noble así como su corazon deben ser el asilo de sus súbditos oprimidos. Una nobleza virtuosa, ciudadana é ilustrada seria la protectora y el modelo de los pueblos; sus miembros bien unidos serian de derecho representantes de los pueblos, y formarian una fuerte muralla que jamas la tiranía podria romper y echar por tierra. Los nobles opresores, discordes sin luces y sin costumbres, destruyendo á los pueblos se destruyen tambien á sí propios.

La verdadera moral, siempre de acuerdo con la equidad y sana política, está muy lejos de abatir á la nobleza, sino que la pone á la vista sus obligaciones para con la sociedad, recordándole su origen verdadero y su institu-

cion natural. La justicia siempre de acuerdo con los intereses del estado, no puede proponerse introducir en las naciones una igualdad democrática, que presto degeneraria en confusion. Todos los imperios necesitan defensores animados del honor, ó á quienes la educacion haya inspirado unos elevados pensamientos; estos deben ser recompensados con honrosas distinciones, con respeto, y con los premios merecidos. Mas la justicia no puede aprobar el que la nobleza, cuando vive en la ociosidad, goce de privilegios gravosos al resto de los ciudadanos, y no sufra las cargas del estado, que por consecuencia recaen sobre la parte mas pobre y la mas laboriosa de las naciones. El noble que por este titulo es defensor de su pais; el grande que aconseja á sus reyes; el magistrado que consagra sus vigilias al mantenimiento de la justicia y del buen orden, son ciertamente unos ciudadanos distinguidos de los demas, y que no deben ser en manera alguna confundidos con el ciudadano oscuro que no hace los mismos servicios á la patria.

No demos, pues, oídos á las máximas de una filosofia mal contenta y envidiosa (1), que bajo el pretexto de restablecer la justicia y el reino de Astrea sobre la tierra, querria abolir distinciones y clases, para introducir en las naciones cultas una igualdad quimérica que no

(1) Véase el discurso *sur l'inégalité des conditions*, por J. J. Rousseau.

existió jamas ni aun en las tribus de los mas remotos salvages. Aun en estas tribus vagabundas, cuya pasion habitual es la guerra, (como por desgracia lo es aun todavía en la mayor parte de las naciones cultas), los hombres bravos y valientes ¿no son los mas distinguidos y los mejor recompensados? La razon no quiere que, en la cruel necesidad que pone tan frecuentemente en guerra á las naciones, se destruya y aniquile el espíritu militar, y que se usurpe al valor la consideracion que justamente le es debida. La verdadera moral prescribe únicamente á los nobles, á los militares, á los grandes y á todos los hombres constituidos en dignidad, que se distinguan en los talentos y buenas cualidades que convienen á su estado: ella les prohíbe rigorosamente que se degraden con una conducta servil, ó con vicios capaces de confundirlos con los esclavos ó con el mas vil populacho.

La palabra *nobleza* anuncia valor, grandeza de alma, y una voluntad firme y constante de mantener los derechos de la sociedad.

Una clase elevada indica una superioridad de virtudes, de talentos y de esperiencias, digna de respeto y de consideracion.

Los grandes empleos denotan el poder, la capacidad y el deseo de hacer bien, y la autoridad legitima á que los hombres deben sujetarse por su propio interes. *Nobleza, clase, grandeza*, son palabras vacías de significacion, si no pro-

ducen ventajas algunas al público, y merecen ser despreciadas y aborrecidas cuando solo se emplean en hacer mal: por tanto seria una injusticia el exigir únicamente en razon de las dignidades, del nacimiento ó los empleos, aquel respeto y aquel amor que solamente son debidos á las cualidades personales que estas palabras representan.

CONTINUACION DEL CAPITULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

HASTA aqui hemos hablado de los deberes de los nobles y de los militares con relacion á sus conciudadanos y á la patria en que han nacido, en cuya felicidad, segun se les demuestra, son tan interesados á lo menos como las otras clases del estado. Nos falta ahora esponer en pocas palabras sus deberes con relacion á aquellos contra quien su profesion los obliga á tomar las armas. Seria seguramente desconocer los principios mas evidentes de la razon ó de la moral, creer que el hombre no está obligado á nada respecto de su enemigo. Seria degradar al guerrero y suponer que no es hombre y sí fiero, el pensar que, habiendo nacido en medio de naciones cultas y civilizadas, pudiese ignorar las máximas humanas y justas que estas han establecido entre sí, y que subsisten en toda su fuerza aun en medio del tumulto de los com-

existió jamas ni aun en las tribus de los mas remotos salvages. Aun en estas tribus vagabundas, cuya pasion habitual es la guerra, (como por desgracia lo es aun todavía en la mayor parte de las naciones cultas), los hombres bravos y valientes ¿no son los mas distinguidos y los mejor recompensados? La razon no quiere que, en la cruel necesidad que pone tan frecuentemente en guerra á las naciones, se destruya y aniquile el espíritu militar, y que se usurpe al valor la consideracion que justamente le es debida. La verdadera moral prescribe únicamente á los nobles, á los militares, á los grandes y á todos los hombres constituidos en dignidad, que se distingan en los talentos y buenas cualidades que convienen á su estado: ella les prohíbe rigorosamente que se degraden con una conducta servil, ó con vicios capaces de confundirlos con los esclavos ó con el mas vil populacho.

La palabra *nobleza* anuncia valor, grandeza de alma, y una voluntad firme y constante de mantener los derechos de la sociedad.

Una clase elevada indica una superioridad de virtudes, de talentos y de esperiencias, digna de respeto y de consideracion.

Los grandes empleos denotan el poder, la capacidad y el deseo de hacer bien, y la autoridad legitima á que los hombres deben sujetarse por su propio interes. *Nobleza, clase, grandeza*, son palabras vacías de significacion, si no pro-

ducen ventajas algunas al público, y merecen ser despreciadas y aborrecidas cuando solo se emplean en hacer mal: por tanto seria una injusticia el exigir únicamente en razon de las dignidades, del nacimiento ó los empleos, aquel respeto y aquel amor que solamente son debidos á las cualidades personales que estas palabras representan.

CONTINUACION DEL CAPITULO V.

Deberes de los Nobles y de los Militares.

HASTA aqui hemos hablado de los deberes de los nobles y de los militares con relacion á sus conciudadanos y á la patria en que han nacido, en cuya felicidad, segun se les demuestra, son tan interesados á lo menos como las otras clases del estado. Nos falta ahora esponer en pocas palabras sus deberes con relacion á aquellos contra quien su profesion los obliga á tomar las armas. Seria seguramente desconocer los principios mas evidentes de la razon ó de la moral, creer que el hombre no está obligado á nada respecto de su enemigo. Seria degradar al guerrero y suponer que no es hombre y sí fiero, el pensar que, habiendo nacido en medio de naciones cultas y civilizadas, pudiese ignorar las máximas humanas y justas que estas han establecido entre sí, y que subsisten en toda su fuerza aun en medio del tumulto de los com-

bates. En fin, seria mirar al militar como á un vil autómató, como á un cruel verdugo, ó como á un salvage furioso, imaginar que no supiese hasta que punto debe usar del valor contra los enemigos de su patria.

Los salvages, estúpidos y faltos de razon, de prevision, y de virtud, son los que únicamente se persuaden que todo es lícito con los vencidos, y que no deben tener fin ni término su furor y su venganza. Insensatos! ¿no conocen que la fortuna de las armas es inconstante, y que el que hoy vence y usa cruelmente de su victoria, puede ser vencido mañana y caer en manos de un enemigo á quien con su crueldad tenga irritado? Estos ciegos y furiosos ¿no ven que sus continuas y bárbaras guerras han reducido casi enteramente sus naciones, antes numerosas, á unas miserables tribus, incapaces de poder defenderse contra un puñado de Europeos?

Hace ya mucho tiempo que la voz santa de la humanidad, la razon, y el interes bien entendido, han abolido en nuestro continente la ferocidad primitiva de sus incultos moradores. A proporcion que los pueblos se han ido instruyendo, han usado de mas moderacion en la guerra. Si algunos hechos modernos nos ofrecen ejemplos de atrocidad, estos son debidos á naciones que todavía no han sido curadas

enteramente de la ignorancia y del frenesí de sus salvages progenitores (1).

Gracias á los dogmas de la razon que han suavizado las costumbres de soberanos y guerreros, los hombres no se encarnizan ya tan cruelmente en su reciproca destruccion. El soldado oye la voz de la humanidad en el horror de la carnicería y de la mortandad, y en medio del ruido espantoso de las armas. Ya concede la vida el enemigo desarmado que le pide piedad; y quedaria sin honor si matase ó hiriese á un enemigo rendido á sus pies: hace prisioneros, y no esclavos como aquellos á quienes los bárbaros Romanos solo perdonaban la vida para hacérsela mucho mas insoponible que la muerte. Hoy en los ejércitos, los prisioneros hechos en la guerra son tratados con suavidad, preservados de todo insulto, y devueltos á su pais por medio del cange ó del rescate. En fin, las armas aunque tan estrepitosas de nuestros guerreros modernos, son mucho menos destructivas y asoladoras que las de los antiguos. Estos son los efectos que la moral ha produ-

(1) Los Croatas y los Panduros, pueblos estúpidos y bárbaros, cometieron crueldades inauditas durante la guerra que siguió á la muerte del emperador Carlos VI. Los Kalmukos y los Tartaros que servian á la Rusia no han obrado mejor en varias ocasiones. La destruccion del Palatinado, ordenada en el siglo pasado por Luis XIV, nos prueba que este principe tan alabado por los poetas, era un salvage tan cruel como Atila. Este acto de barbarie le hizo execrable á la Europa entera.

cido poco á poco en el corazon de los príncipes y soldados. Debemos esperar que los dueños y señores del mundo, desengañados mas y mas de su sangrienta y mortífera ambicion, llegarán á conocer los males que las mas felices guerras acarrean siempre á sus estados. Atentos, pues, á la razon, á la humanidad, á la justicia y á su interes bien entendido, prodigarán mucho menos la sangre de sus súbditos; no decretarán con tanta ligereza la destruccion de los pueblos; amantes de la paz, minorarán sus ejércitos escesivamente numerosos, que absorben inútilmente todas las rentas del estado; cuidarán de su administracion interior, de su legislacion y de sus buenas costumbres; y á la sombra de las leyes serán ciudadanos, en fin, el militar y el noble.

Prescindiendo de los deberes generales que el derecho de gentes, adoptado por las naciones cultas, impone al militar, hay otros que la moral prescribe, y que no puede omitir en la práctica sin hacerse infame y criminal. Su patria puede muy bien ordenarle que combata y destroce á los enemigos que se arman contra ella; mas no que ejerza una venganza tan injusta como inútil contra el ciudadano desarmado, el pacífico labrador, y los habitantes de los pueblos. ¿No son acaso bastantes las desolaciones, las mortandades y las violencias de toda especie que trae consigo la guerra, sin estender todovía mas sus horro-

ros efectos á los hombres que no han tomado las armas, y cuya desgracia y mala suerte es haber nacido en los dominios de otro soberano?

Si existe alguna idea de justicia, y algun afecto de piedad en los generales de los ejércitos y en los oficiales subalternos, no se querrán mostrar crueles con los infelices ciudadanos, cuya total ruina no puede contribuir en nada al buen éxito de sus armas, y que nada tienen de comun en las contiendas de los reyes. Así que una severa disciplina debe refrenar poderosamente la licencia, la codicia y la disolucion de una soldadesca casi siempre ignorante y bárbara. No se envilezcan, pues, con una sórdida avaricia los gefes verdaderamente nobles y desinteresados, en quienes el único móvil debe ser el honor. ¿Que cosa mas vergonzosa que la conducta vil y despreciable de aquellos generales de ejército, para quienes la guerra es un comercio, y que, humillándose al oficio cruel y bajo de tratantes y usureros, esprimen de las venas de los pueblos la poca sangre que la guerra les ha dejado!

Estos son los deberes que la moral y el honor prescriben á los militares; deberes que fueron generosamente observados por los Escipion, los Turenne, los Catinat; y deberes que serán cumplidos igualmente por todos aquellos que prefieran una gloria sólida á la pasion del oro, propia solamente de almas bajas. La avaricia es un vicio indigno de un

gran corazon. El valor militar se aniquila muy pronto en las naciones enervadas por el lujo, donde el militar por lo comun prefiere su enriquecimiento á su gloria. Los romanos pobres, pero inflamados del amor de su patria, sojuzgaron al mundo; despues, enriquecidos con los despojos de las naciones, la avaricia fomentó discordias entre ellos; y debilitados con el lujo, estos guerreros tan temibles vinieron á ser un rebaño de esclavos medrosos y oprimidos bajo el yugo de los mas cobardes y aborrecibles tiranos.

Una nacion esclavizada, en quien domina un sórdido interes, no sabe que es honor: el honor no es cualidad de esclavos, que ni pueden estimarse á sí mismos, ni aspirar á la estimacion de sus conciudadanos: la grandeza de alma, la nobleza de ánimo, el valor, serian cualidades inútiles, impropias y aun dañosas para aquellos que la opresion condena á la servilidad. ¿ Como un hombre á quien el temor envilece, podrá tener una alta idea de sí mismo, cuando todo le demuestra su dependencia y su debilidad? Un cortesano, cuya dignidad, fortuna, libertad y vida están á la discrecion de un déspota débil ó malvado, de un ministro perverso, ó de una caprichosa favorita, ¿ puede acaso tener la fuerza y la elevacion que inspira la seguridad? Un esclavo, únicamente cuidadoso de agradar á su señor, ¿ que interes podrá tener en granjearse la estimacion de un público que, caso

de que él mostrase algunas virtudes, solo le concederia una tácita y esteril aprobacion, ó condenaria en él estas mismas virtudes, como incompatibles con su estado?

El verdadero valor supone una energia y un vigor producido del amor de la patria, mas ¿ donde está la patria en un pais sojuzgado por el despotismo? El guerrero no tiene en él otro empleo que el defender al carcelero que le tiene cautivo. Tampoco puede haber ni verdadera nobleza, ni distinciones efectivas, ni clases, ni privilegios permanentes entre unos hombres igualmente sometidos todos á los caprichos del que manda. Algunos esclavos, distinguidos momentáneamente por el favor inconstante del dueño, se ensoberbecerán con esta autoridad no durable, y se tendrán por algo; pero la menor reflexion debe convencerlos de su nulidad y miseria, y hacerles conocer que la mano misma que los levanta y los sostiene, puede á su antojo reducirlos al polvo y á la nada. La nobleza que funda su soberbia en vanos titulos, en prerogativas imaginarias, en privilegios injustos, en fútiles demostraciones exteriores, nada tiene de real ni de sólido. La verdadera nobleza solo puede encontrarse en un gobierno que inspire afectos generosos, y en una patria que cuide de la libertad, de la justicia y de la seguridad de sus miembros. El noble, mas que ningun otro ciudadano, está interesado en la felicidad de su pais, y en el mantenimiento y

observancia de las leyes, que ponen todas las clases del estado á cubierto de la tiranía.

El hombre verdaderamente generoso (1), segun la fuerza de la palabra, es aquel que ha recibido de sus progenitores una alma tan grande, tan noble y tan esforzada que sacrifica los intereses pueriles y despreciables, y las ventajas inciertas y precarias á los intereses sólidos y permanentes que le unen y estrechan con su patria, al deseo de verse estimado de sus conciudadanos, y á la verdadera gloria, que consiste en el aprecio de los hombres de bien. *Del templo de la virtud*, dice Ciceron, se pasa al templo de la gloria.

¿ Que derechos pueden tener á la estimacion publica los nobles y los militares totalmente destituidos de grandeza de alma, de verdadero valor, y de principios generosos? ¿ Puede una nacion demostrar algun sincero respeto á los cortesanos ocupados en adular á un déspota que le destruye, ó á los militares cuyo oficio es tener á sus conciudadanos bajo el yugo de la opresion? No: los hombres de este carácter no pueden aspirar de modo alguno á la estimacion que constituye el verdadero honor; pueden, es cierto, deslumbrar con su fausto y orgullo; pueden, amedrentando, forzar á sus

(1) La palabra generoso nace de la palabra latina *genus* que significa raza ilustre ó linage: por esta razon se ha supuesto que un hombre bien nacido debe tener pensamientos mas nobles que los otros, y mostrarse capaz de mayores sacrificios por la patria.

conciudadanos

conciudadanos á que les den señales de un respeto y deferencia exterior; pero nunca conseguirán una verdadera gloria, ni los sinceros homenajes que codician, reservados únicamente á la generosidad, al patriotismo y á la virtud.

¿ Como la facultad de ofender y dañar podría dar derechos algunos á la estimacion de los hombres? Seria formarse ideas muy falsas del honor creerle compatible con el vicio, con los abusos del poder y con la perversidad. Sin embargo, en los desórdenes es en lo que muchos que se llaman nobles y militares no se avergüenzan de hacerle consistir. Se ven con mucha frecuencia hombres los mas culpables, los mas notados, y los mas dignos del desprecio de los hombres de bien, tenerse por *personas de honor*, y presentarse imprudentemente en todas las concurrencias; á sombra de un grado militar ó de un gran título los vemos despreciar la censura comun, y conseguir á veces de sus censores mismos una favorable acogida. Las mas viles picardías, las deudas mas fraudulentas y vergonzosas no hacen que sean eschuidos del trato de las gentes. Bajo los gobiernos injustos ó débiles, los grandes viven confiados en la impunidad; los crímenes mas públicos y notorios no los esponen al rigor de las leyes, porque se temeria que el castigo deshonrase á sus familias. ¿ Como si los crímenes no fuesen personales! ¿ ó como si estos mismos crímenes no

Tomo II,

G

fuesen en sí mas deshorosos que el cadalso (1)! En una palabra, la nobleza de nacimiento es un manto que cubre todas las iniquidades.

Cuando se observa esta desigualdad escandalosa entre súbditos que debieran gozar de un derecho igual á la justicia; no es claro que los principes injustos ó débiles abandonan al ciudadano oscuro y miserable á la discrecion de los grandes? He aqui como un mal gobierno, no satisfecho con oprimir á los pueblos, los sacrifica indignamente á los ultrages y atentados de una multitud de tiranos subalternos, los cuales, seguros de que nunca serán castigados, ejercen cruelmente su licenciosa autoridad sobre los inferiores. Los grandes se distinguen del pueblo, en que por lo comun son mas viciosos é insolentes que él, y en que desdeñan el buen concepto de sus conciudadanos, á quienes desprecian porque no pueden estos resistirles.

Si los soberanos conceden la impunidad á los que se dignan favorecer, el militar se la procura con su espada, dispuesta siempre contra quien osare manifestarle el desprecio que me-

(1) En 1763 el Lord Ferrers, de una casa enlazada con la familia real, fue ajusticiado publicamente en Londres por haber matado á un criado suyo: esto no le sirvió de impedimento alguno á su hermano para ocupar su plaza en la cámara de los pares de Inglaterra. En los demas reinos de Europa, los potentados y grandes nunca son castigados ejemplarmente, sino por causa de rebelion contra el soberano ó sus ministros; mas los delitos contra la nacion les son fácilmente perdonados.

recen sus vicios (1). En el trato del mundo, resulta un gran mal de la preocupacion bárbara que llama honor á la temeridad ó locura con que un bribon, un petardista, ó un hombre despreciable logra que no se le pueda justamente corregir, ó echar de la sociedad de las gentes. Semejantes sugetos tienen la osadía de reñir á estocadas con cualquiera, porque nada es mas comun que el ver al atolondramiento y la locura unidos á la perversidad y á la impudencia. Por otra parte, el hombre mas honrado y mas valiente puede muy bien ser víctima de la destreza de un atrevido, de un valenton, de un espadachin de profesion. Para evitar las disputas y los desafios, se hace preciso sufrir en el trato de las gentes á muchos hombres necios, perversos é insolentes, que por amenazar al instante con su estoque y tener esta fatal habilidad, no pueden ser excluidos de él, creyéndose estos

(1) El uso de llevar espada en las capitales, en tiempo de paz, y en medio de sus conciudadanos, es un resto de la barbarie gotica, el cual, visto los acaecimientos y los crímenes que produce, debiera ser abolido en toda nacion civilizada. Semejante uso era desconocido de los Griegos y de los Romanos, los cuales sin embargo no les cedian de manera alguna en valor á los descendientes de los Francos, de los Vándalos ó de los Visigodos. En algunos reinos de Europa, por un abuso muy peligroso, los lacayos ó cazadores, los cocineros, algunos artesanos, llevan espada, y por esto muchas veces se atreven á insultar á los ciudadanos desarmados y pacíficos, á quienes por mil razones debieran respetar. El lacayo ó cazador de un grande ó de un poderoso tiene la locura de creerse por esto superior á un vecino honrado.

por lo tanto unos hombres de honor y de respeto. Estas funestas preocupaciones hacen el trato de los militares tan desagradable como arriesgado.

Sin embargo, las luces de la razon, cundiendo poco á poco, han desterrado en parte estas ideas tan contrarias al placer y al reposo de la sociedad. Algunos cuerpos militares, mas sensatos ya, han llegado á conocer los ridiculos y perjudiciales que son estos pendencieros y gladiadores atrevidos, que antes eran mirados con una especie de admiracion y respeto. Un interes mas bien entendido ha hecho conocer por último que, para mostrar valor contra los enemigos de la patria, no es menester insultar, ofender y matar á sus conciudadanos. Segun que los hombres se vayan ilustrando, las costumbres se harán mas humanas y sociables.

Hay sin embargo militares que parece como que sienten no haber nacido en aquellos antiguos tiempos, en que los guerreros se asesinaban unos á otros con la mayor facilidad, y creen que estos frecuentes desafios son útiles á la conservacion del espíritu militar. Estos fanáticos sin duda se imaginan que un militar, para ser buen soldado, debe ser una fiera, un salvaje, un bruto incapaz de todo sentimiento de humanidad y de razon.

Efectivamente, al ver la conducta insensata de un gran número de los que siguen la profesion de las armas el atolondramiento y el des-

cuido que presiden á todas sus acciones, y el desprecio que hacen de todas las reglas de la equidad y de las buenas costumbres, pudiera creerse que la moral es enteramente incompatible con el ejercicio de la guerra, y que el militar nunca debe por su estado ni reflexionar, ni hacer el menor uso de su razon.

Una política tan falsa como injusta ha inspiado estas máximas tan perniciosas; y creyendo los déspotas que sus soldados serian de este modo mas obedientes y sumisos, los han tenido siempre en una profunda ignorancia, permitiéndoles la rapiña, la injusticia y la licencia en sus costumbres. ¡ Política muy perniciosa é imprudente, soltar las riendas á unos dementes, ciegameute arrastrados de todas sus pasiones! Los príncipes que siguen semejantes ideas, no advierten en verdad que estos satélites, á quienes consienten que sean injustos y feroces contra los ciudadanos desarmados, lo son despues contra su soberano mismo. ¿ Como contener los furoros de una milicia embrutecida, á quien, en tolerar que se muestre culpable, han enseñado á que lo sea?

Así que, no dando nunca oídos á las máximas de una política ciega y bárbara, todo príncipe racional, por su propia seguridad y por el bien de sus estados, debe reprimir la licencia del soldado; debe cuidar de las costumbres de sus gefes; debe estimularlos por medio de recompensas al estudio y la instruccion, y á que con-

sagren á este fin una parte del mucho tiempo desocupado y fastidioso, que en la paz les dejan sus cargos militares. De este modo el soberano se verá servido por hombres mas hábiles, mas espermentados y menos turbulentos; y las naciones tendrán en sus nobles y militares unos conciudadanos mas útiles, mas sociables, y mas dignos de ser queridos y respetados.

En general nada contribuye mas eficazmente á la corrupcion de las costumbres de una nacion, que el gobierno militar: el desórden, la licencia, y la disolucion que le acompañan en todas partes se comunican por su medio á todas las clases de la sociedad, fijando principalmente su domicilio en los pueblos de guarnicion. Aquí es donde se ve ocupado de continuo el militar en seducir á la inocencia, en tentar la virtud del sexo femenino, en vengarse de sus desprecios y repulsas con las mas horrosas calumnias; en una palabra, en ultrajar con la mayor insolencia su reputacion, y en turbar el reposo de las familias virtuosas (1). A estos desórdenes

(1) Hay muchas ciudades de guarnicion en las cuales los militares no son admitidos fácilmente en las casas de honor y distincion. Esto es nacido de la conducta imprudente de muchos oficiales, principalmente con las mugeres, cuya reputacion, por una necia vanidad, suelen injusta y falsamente ofender. ¿Hay cosa mas baja, ni mas indigna de un hombre de honor que esas listas ó catálogos infamatorios, y las mas veces calumniosos con que algunos militares tienen el desvergonzado atrevimiento de mancillar á un sexo respetable á todo hombre de bien, y cuyas faltas y flaquezas es un deber sagrado el ecartarlas?

hay que añadir la vanidad, el caracter frívolo, el atolondramiento, la fatuidad y la arrogancia, que constituyen por decirlo así, el distintivo de un gran número de militares, y que hacen su trato desagradable á las personas sensatas. En fin, el militar, casi siempre desocupado, tan lejos está de amar el trabajo, que antes bien se vanagloria de su ineptia y de su ociosidad, como honrosas en su estado, y desprecia, como á *pedantes*, á sus camaradas, que buscan en el estudio un medio de emplear útilmente su tiempo libre y desocupado.

Es preciso repetirlo; la ignorancia y la ociosidad serán siempre en los militares unos manantiales inagotables de desórdenes, de infelicidad y de fastidio. De estos males solo se preservarán cultivando y perfeccionando sus facultades intelectuales: por lo menos deben aprender en que consiste ese honor de que tanto se glorian, y de que muchas veces no tienen ni aun la noticia mas remota: deben no confundirle con la vanidad, la arrogancia, ó los vicios que tan odiosos y despreciables suelen hacerlos: por último, deben saber que la instruccion y las buenas costumbres no les son menos útiles y necesarias que á los demas ciudadanos.

Por una necia vanidad, que muchas veces se sustituye á la grandeza de alma ó á la nobleza de ánimo y al verdadero honor, un lujo ruinoso causa los mas espantosos males en los ejércitos, y destruye las fortunas de los que se consagra

á la defensa del estado. A este lujo destructor deben las familias nobles la indigencia y la oscuridad en que las vemos consumirse frecuentemente. A esta miseria ha de atribuirse la dependencia servil, en que el despotismo mantiene á una nobleza arruinada con sus locos dispendios. En una palabra, el lujo y la vanidad de los nobles y de los militares sirven para consolidar y hacer mas fuertes las cadenas que los tienen aprisionados bajo el poder de los tiranos.

Para todo hombre que piensa es un espectáculo digno de compasion el ver hasta que punto la opinion ha llegado á ofuscar á la nobleza, y á engañarla acerca de sus mas verdaderos intereses. Para lucir y ostentar en la guerra con gastos que exceden á sus fuerzas, un noble, ó un rico propietario; se adeuda, empeña sus haciendas, y se despoja de la fortuna que posee y que pudiera disfrutar; todo con el designio de complacer á una corte ingrata, á cuyos caprichos se sujeta por todo el resto de su vida. En cambio y recompensa de los bienes sólidos de que su loca vanidad le ha privado, acaso obtendrá un grado, una pension precaria ó alguna distincion pueril, si es que tiene favor; pero sino, será desatendido y menospreciado por aquellos mismos en cuyo obsequio ha tenido la necedad de arruinarse. En suma, á esperanzas quiméricas, á preocupaciones engañosas,

al acaso y á la fatalidad es á lo que muchos nobles y militares tienen la locura de sacrificar su fortuna, su reposo, su honor, su vida, y muchas veces la patria misma de quien se llaman defensores.

Una política menos astuta y mas bien entendida debería reprimir un lujo y una molicie incompatibles con el ejercicio de la guerra. ¿Cómo es que unos hombres verdaderamente valerosos no tienen fortaleza para despreciar estos vicios? Los príncipes justos y prudentes los desterrarán de sus ejércitos, introduciendo en su lugar la sencillez, la templanza, la frugalidad y la disciplina convenientes para fortalecer los cuerpos, y sustentar en los soldados el valor. ¿Qué espectáculo tan irritante para los infelices, es el ver los convites suntuosos de los generales que, para sostener su lujo y su vanidad, esterilizan y destruyen los campos en que se hallan, y quieren que naden en la abundancia un sinnúmero de criados ociosos, mientras que el soldado hambriento y estenuado carece ordinariamente aun de lo mas preciso!

¿Qué diremos de esos costosos placeres, de esos teatros, de esas frívolas diversiones, de esos juegos ruinosos, de esa multitud de prostitutas, y de las disoluciones continuas que el lujo y el hábito del vicio hacen indispensables á los militares corrompidos y enteramente afeeminados? Pudiera decirse que una horrorosa política se propone en sus máximas enflaquecer

y destruir los cuerpos, la fortuna y las costumbres de los que destina á la defensa del estado. ¡ Esta es la recompensa que el despotismo reserva comunmente á los insensatos que han tenido la imprudencia de sostener su injusto poderío ! Él los corrompe y arruina, y despues los abandona al arrepentimiento, á la miseria á las enfermedades y al desprecio. Por una ley constante de la naturaleza, de la cual ni el noble ni el militar están exentos, no hay desorden que no halle tarde ó temprano su castigo sobre la tierra. Los militares causan á veces la desgracia de las naciones, sin ser por esto mas afortunados y dichosos.

¡ Entrad, por fin, dentro de vosotros mismos, grandes, nobles y militares ! abrid los ojos sobre las vanas preocupaciones que os tienen ciegos hace tanto tiempo. Aprended á conocer mas bien el honor, á quien por vuestra clase y profesion estais mas íntimamente unidos que los otros. Fundadle en el derecho incontestable á la estimacion de vuestros conciudadanos, no en el nacimiento, efecto del acaso ; no en prerrogativas y privilegios contrarios á la equidad ; no en la privanza y el favor que en un solo momento pueden dejar de ser ; ni en una licencia que os deshonorra. Sed ciudadanos en las naciones que tantas veces vuestros progenitores han esclavizado y destruido. No favorezcáis al despotismo, no despreciéis las leyes, ni os mostreis enemigos de los magis-

trados que las custodian y sostienen ; antes bien, de concierto con estos, sed defensores de la patria, la cual no puede subsistir sin justicia, sin libertad y sin reglas permanentes. Sed columnas del trono ; pero cimentadle en el bien público, en quien todo os demuestra que vosotros propios estais interesados, y á quien el soberano es deudor de su seguridad. Este es el camino que conduce al honor. De este modo seréis verdaderamente estimados y distinguidos, y transmitiréis á la posteridad unos nombres amados y respetables.

CAPITULO VI.

Deberes de los Magistrados y de los Juristas.

CUANTO hemos dicho de los grandes y de los nobles puede muy bien aplicarse á los magistrados, á los jueces, y á los órganos de la ley, á quienes las naciones han asignado en todo tiempo una honrosa precedencia entre los ciudadanos. Unos hombres destinados á dispensar justicia á los otros, á obligarlos á cumplir las convenciones sociales, á reprimir sus pasiones, á castigar los delitos en nombre de la sociedad, deben mostrarse dignos del respeto del público en su equidad firme y constante, en su probidad no desmentida nunca, en su integridad, en el conocimiento profundo de las leyes confusas por lo comun y

y destruir los cuerpos, la fortuna y las costumbres de los que destina á la defensa del estado. ¡ Esta es la recompensa que el despotismo reserva comunmente á los insensatos que han tenido la imprudencia de sostener su injusto poderío ! Él los corrompe y arruina, y despues los abandona al arrepentimiento, á la miseria á las enfermedades y al desprecio. Por una ley constante de la naturaleza, de la cual ni el noble ni el militar están exentos, no hay desorden que no halle tarde ó temprano su castigo sobre la tierra. Los militares causan á veces la desgracia de las naciones, sin ser por esto mas afortunados y dichosos.

¡ Entrad, por fin, dentro de vosotros mismos, grandes, nobles y militares ! abrid los ojos sobre las vanas preocupaciones que os tienen ciegos hace tanto tiempo. Aprended á conocer mas bien el honor, á quien por vuestra clase y profesion estais mas íntimamente unidos que los otros. Fundadle en el derecho incontestable á la estimacion de vuestros conciudadanos, no en el nacimiento, efecto del acaso ; no en prerogativas y privilegios contrarios á la equidad ; no en la privanza y el favor que en un solo momento pueden dejar de ser ; ni en una licencia que os deshonorra. Sed ciudadanos en las naciones que tantas veces vuestros progenitores han esclavizado y destruido. No favorezcais al despotismo, no despreciéis las leyes, ni os mostreis enemigos de los magis-

trados que las custodian y sostienen ; antes bien, de concierto con estos, sed defensores de la patria, la cual no puede subsistir sin justicia, sin libertad y sin reglas permanentes. Sed columnas del trono ; pero cimentadle en el bien público, en quien todo os demuestra que vosotros propios estais interesados, y á quien el soberano es deudor de su seguridad. Este es el camino que conduce al honor. De este modo seréis verdaderamente estimados y distinguidos, y transmitiréis á la posteridad unos nombres amados y respetables.

CAPITULO VI.

Deberes de los Magistrados y de los Juristas.

CUANTO hemos dicho de los grandes y de los nobles puede muy bien aplicarse á los magistrados, á los jueces, y á los órganos de la ley, á quienes las naciones han asignado en todo tiempo una honrosa precedencia entre los ciudadanos. Unos hombres destinados á dispensar justicia á los otros, á obligarlos á cumplir las convenciones sociales, á reprimir sus pasiones, á castigar los delitos en nombre de la sociedad, deben mostrarse dignos del respeto del público en su equidad firme y constante, en su probidad no desmentida nunca, en su integridad, en el conocimiento profundo de las leyes confusas por lo comun y

numerosas que componen la jurisprudencia de todas las naciones. Destinada á censurar y contener los vicios, y á castigar los desarreglos de los otros, la magistratura prescribe á sus miembros una gran circunspeccion, una gravedad particular en las costumbres, y una conducta intacta y pura, enteramente exenta de los excesos que deben corregir.

Un magistrado inicuo, vendido al favor, y que se deja seducir de la importunidad, del crédito, de la riqueza ó de la autoridad, es un monstruo en el órden social, es un verdugo. El juez sin estudio y sin aplicacion es capaz con su ignorancia de trastornar el estado de las familias, y de aplicar á la inocencia la pena que merece el delito. *No hay diferencia*, dice un célebre magistrado, *entre un juez malvado y un juez ignorante.* (1) El magistrado que es dado á la disolucion, á la galanteria, á la disipacion y á los placeres, es indigno de su empleo; es merecedor del desprecio de sus conciudadanos, y debiera ser vergonzosamente escluido de una clase, que con sus costumbres desho nr ay envilece. Una censura muy severa

(1) *M. le Chancelier d'Aguesseau.* Otro magistrado se quejaba de la ignorancia de los senadores de su tiempo. *Plerumquã tamen*, dice Ciceron, *ad honores adipiscendos et ad rempublicam gerendam nudi veniunt et inermes, nullã cognitione rerum, nullã scientiã ornati.* Ciceron, de Legibus. El mismo orator dice en otra parte: *Senatorius ordo vitio careat; ceteris specimen sit: nec veniat quidem in eum ordinem quisquam vitii particeps.*

Cicero, de Legibus, cap. 12 et 13.

deberia, como entre los Romanos, purificar los tribunales de los individuos que los degradan. La magistratura es un estado que debe distinguirse entre todos en su circunspeccion, en la inocencia de su conducta, en la sabiduría de sus juicios, y en la penetracion y multitud de sus conocimientos; un magistrado sin aplicacion, frívolo y disipador es una contradiccion, á la cual sola una depravacion general ha podido acostumbrar la vista. El ministro de las leyes es el que mejor debe conocerlas; el protector de las costumbres debe tener unas costumbres puras; el que juzga á los otros, debe tener los juicios del público, que solo concede su estimacion al mérito personal.

¿ Como estimar á un magistrado que solamente mira su empleo como un título vano que no le impone obligaciones algunas? ¿ Como apreciar á un juez cuyos decretos son comunmente dictados por el vicio y la corrupcion? ¿ Que idea ha de formarse de un senador, ó consejero, tan necio y miserable que imita la vanidad, el lujo, el orgullo, la altivez y los desórdenes que se notan con indignacion en un atolondrado militar.

Muchas causas han contribuido al envilecimiento de la magistratura: la multiplicidad de las leyes, su continua contradiccion, y la oscuridad de ellas, han hecho fastidioso el estudio de la jurisprudencia, y aun imposible á la

mayor parte de los que debieran darse á él. ¿ Cuanta penetracion , cuantos trabajos , cuan continua aplicacion no son menester para recorrer y penetrar el laberinto que un enorme cúmulo de leyes ofrece á los que aspiran á instruirse en ellas ? Así nada es mas raro que un juez que sepa ó que pueda saber su profesion. La muchedumbre de los magistrados se deja llevar de la práctica , y de la ciega rutina que hace tiempo se hallan en posesion de juzgar y decidir de la suerte de los hombres. De la oscuridad de las leyes y de su multiplicidad resulta no solo la ignorancia de los jueces, sino tambien la impostura y la mala fe de una multitud de letrados que prenden diestramente en sus redes y lazos á los infelices ciudadanos para devorar sus bienes, y que sorprendiendo y engañando astutamente la justicia del magistrado , consiguen las mas veces que triunfen el fraude y la iniquidad. Una jurisprudencia tenebrosa y complicada , es un manantial de crímenes y de males en las naciones opulentas y civilizadas, mas infelices en esta parte que las naciones mas pobres y mas bárbaras.

La venalidad de los empleos de la magistratura , introducida por la codicia ó las falsas necesidades de algunos gobiernos , ha llenado los tribunales de sujetos en quienes la opulencia sustituye á la sabiduría , al mérito y á la virtud de que carecen. El derecho de

juzgar á los pueblos fue vendido á una multitud de hombres faltos de los conocimientos y cualidades necesarias para cumplir dignamente con oficio tan noble. Estos transmitieron este derecho á su descendencia , quien , segura de heredar los empleos y dignidades de sus padres , no creyó , por lo tanto , que necesitaba merecerlos.

Quando la eleccion de los jueces y magistrados fue obra de una corte comunmente viciosa , los pueblos no pudieron hallarse contentos con los magistrados que se les dieron. El estudio y el concurso de oposicion deberian ser solos los que adjudicasen á los mas beneméritos los empleos de la magistratura.

Los magistrados , ensoberbecidos con su poder , abusaron de él frecuentemente , é hicieron sentir de un modo incómodo el peso de su autoridad al resto de los ciudadanos ; estos no tuvieron sino unos débiles recursos contra las injusticias ó violencias de aquellos que estaban destinados á protegerlos. De este modo la magistratura formó en algunos estados una clase separada , la cual , aprovechándose del derecho de juzgar , se arrogó fácilmente el de dominar y oprimir : en vez de hacer amable y respetado su poder con su afabilidad , su moderacion y su justicia ; en vez de merecer el buen afecto de las diversas clases del estado con un zelo sincero en favor del bien general ; en vez de grangearse la veneracion pública ,

con su ciencia y su mérito, el magistrado, embriagado con su poder precario, solo quiso hacerse temible á sus conciudadanos.

Hinchada y engreida la magistratura con sus prerogativas, las cuales procuró siempre hacer mayores y sin límites, se lavió algunas veces esforzarse en formar, sin consentimiento de las naciones, una especie de aristocracia que se hizo sospechosa á los monarcas; bajo el pretexto de defender las leyes y los derechos de los pueblos, los magistrados pretendieron representar por sí á las naciones; mas estos designios, que una conducta equitativa, íntegra y mesurada hubiera tal vez hecho adoptar, desagradaron á la nobleza, zelosa de sus derechos y prerogativas, la cual, como hemos visto, se ha resentido siempre de la pérdida de un derecho de que su imprudencia la ha privado; por otra parte, las miras ambiciosas de los magistrados no fueron apoyadas por las demas clases del estado, perpetuamente discordes y contrarias. El despotismo entonces combatió, y sojuzgó fácilmente, á un cuerpo sin fuerza alguna, que con su arrogancia, su indiscrecion y su indiferencia al bien público, habia destruido y aniquilado el afecto de la consideracion del pueblo, sin los cuales ningun cuerpo puede sostenerse largo tiempo.

Para lograr la consistencia que solo presta la consideracion pública, son necesarias á los cuerpos, como á los individuos, la equidad,

las luces, el mérito y la virtud. Un cuerpo cuyos miembros están corrompidos y separados, no puede gozar sino de un poder precario. Todo cuerpo que se forma unos intereses distintos de los de su nacion ó de los intereses de los otros cuerpos, no puede resistir por mucho tiempo á la fuerza, los artificios y los lazos del despotismo, el cual procura incesantemente dividir y arruinar todo cuanto puede servir de obstáculo á sus locas fantasías.

El despotismo fue y será siempre enemigo de las formalidades y de las leyes, como que le incomodan y retardan en sus insensatos y precipitados designios. El déspota aborrece y desprecia al magistrado que, como defensor de las leyes de su pais, le recuerda de continuo la importuna idea de la equidad. No nos admiramos al ver que la etiqueta de algunas cortes monárquicas y despóticas haya establecido una muy grande diferencia entre la nobleza militar y la magistratura aun la mas elevada: el militar en semejantes cortes es por su profesion un esclavo del rey, consagrado enteramente á sus antojos y caprichos, cuando el magistrado es un defensor de los derechos del pueblo, y un ministro de la equidad, con quien un mal gobierno está en perpetua guerra.

Los déspotas, codiciosos de una autoridad ilimitada, tienen una antipatia natural con la verdad, con las formalidades, con las leyes y con sus intérpretes; la integridad de los magis-

trados desagrada á las cortes injustas; su noble resistencia es una rebelion á los ojos de un príncipe rodeado de cortesanos infames y serviles. Las mas humildes representaciones molestan y ofenden á los soberanos, á quienes la verdad no puede menos de arredrar y sorprender: las mas justas y legítimas quejas alarman á los ministros y privados, que por lo comun son los verdaderos autores de las calamidades nacionales, y tienen el mayor interes en que ningun clamor llegue á despertar al monarca adormecido con sus lisonjas. En una palabra, el príncipe y su corte solo ven en los magistrados fieles á sus deberes, unos censores incómodos, á quienes es preciso obligar al silencio, ó hacerlos cómplices en los desórdenes que intentan enmendar.

Las leyes son inútiles cuando hay en el estado una autoridad superior á la suya. Bajo un gobierno injusto, la justicia es solo una fantasma que sorprende é intimida á los débiles, pero que nada puede ni vale con los poderosos. La magistratura es un vano título que no da firmeza, poder, ni consideracion alguna real y verdadera. Los tribunales, precisados á prestarse á los caprichos del príncipe ó de sus validos, no pueden seguir principios algunos constantes, debiendo hacer que las leyes se humillen á los vicios y locuras de los grandes. El magistrado no es ya entonces sino un vil esclavo, forzado á cada paso á renunciar su

fortuna, ó á perder su libertad y aun su vida, si rehusa el sacrificar su honor y su conciencia á los caprichos variables del príncipe ó de sus agentes. Bajo tales gefes, el juez debe armarse de un corazon de bronce; debe declarar culpables y sacrificar las victimas mas inocentes que le designa el despotismo. Este nunca se engaña ni obra mal; se arroga la facultad de crear y establecer lo justo y lo injusto; desagradarle es un crimen imperdonable; obedecerle es el único deber y la única virtud.

En suma, el magistrado envilecido con la servidumbre, se convierte en un autómató á quien da movimiento el favor, la solitacion y el poder: ademas del menosprecio de sí mismo, se acarrea el odio y el desprecio de los buenos y vanamente busca en el fausto la opulencia y la disipacion el medio de acallar los remordimientos que siente. Los ministros de justicia se transforman en los mas injustos, en los mas crueles y despreciables de los hombres bajo la tiranía, cuya basa es la injusticia, y su apoyo la crueldad.

Para un hombre de espíritu y probidad ¿hay una situacion mas horrorosa que la de un magistrado justo, que violentado á prestar sus auxilios á la tiranía y á sus agentes, se ve precisado de continuo á inquietar las familias, y á vivir en un perpetuo trato con delatores, con espías, con calumniadores, en una palabra, con hombres infames, los únicos dispuestos á prestarse

á los designios de un gobierno violento y suspicaz? ¿Que débil y miserable es un gobierno cuando se sirve de semejantes instrumentos! ¿Un magistrado es un héroe cuando bajo el despolismo conserva su integridad y el amor de sus conciudadanos!

La magistratura solo es honrosa y respetable cuando, fiel á sus deberes, cumple noblemente con sus augustas funciones; y solo puede ser respetada y querida bajo un gobierno justo que le deja la libertad de conformarse á la razon, á las leyes, á su conciencia y á su honor.

Simplificando la jurisprudencia, haciéndola mas clara, entresacando y perfeccionando con prudencia esa multitud de leyes y de costumbres oscuras, injustas y contradictorias, bajo las cuales tantos pueblos gimen oprimidos, los magistrados no tendrán ya tanto trabajo en adquirir los conocimientos necesarios á su profesion. Unas leyes mas precisas y mas claras no necesitarán á cada línea de comento, explicacion é intérprete: las decisiones de los jueces serán mas constantes y menos arbitrarias: la razon y la equidad natural aniquilarán la hidra de esa capciosa sutileza en materia de pleitos que devora las naciones, que arruina las familias, y que tan frecuentemente triunfa de la justicia: en fin, una sabia reforma aliviaria á los pueblos de la carga insoportable de tantos jueces, de tantos tribunales, y de tantos curiales y ministros subalternos de justicia como los oprimen

y destruyen. Un buen gobierno ¿no debería apreciar mas el mandar y regir á unos súbditos pacíficos, virtuosos y justos, que no la despreciable ventaja de aprovecharse de sus pleitos y de sus contiendas? Un gobierno equitativo ¿debería tolerar esas densas nubes de hambrientas langostas que devoran impunemente la mies del ciudadano? La cruel administracion de la justicia, y las iniquidades sin número á que cualquiera se ve espuesto luego que reclama sus derechos ante los tribunales, son una de las mayores calamidades que oprimen y asolan todas las naciones.

Entretanto que se consigue esta reforma saludable, la cual, como hemos visto, solo puede ser efectuada por un gobierno instruido en sus verdaderos intereses, todo magistrado que aspire á su propia estimacion y á la del público, se atenderá fuertemente á la justicia, defenderá vigorosamente sus derechos, y sacrificará con generosidad su fortuna, su crédito, y un favor incierto á la satisfaccion permanente que sigue siempre á una conducta irreprochable: él renunciará su destino en el momento mismo que vea le es imposible desempeñarle con honor y justicia: él llevará á su retiro aquel contento interior que el hombre virtuoso debe preferir á todo: y aun en este mismo retiro, no carecerá de los aplausos y la gloria que, en medio de la mayor corrupcion de las costumbres, bajo los gobiernos los mas perversos, y en las

naciones mas frívolas é inconstantes , acompañan siempre á la virtud.

En la estimacion de sus conciudadanos , y no en el favor de una corte por lo comun injusta y tiránica, debe el magistrado constituir su gloria. La persecucion hizo siempre al hombre grande mas interesante y mas amado de los hombres de bien ; á la admiracion que excita el valor , se junta entonces la ternura de la compasion. ¡ Estos afectos excitaste en todos los corazones virtuosos y sensibles , ilustre *Malesherbes* (1) , cuando el poder odioso de un ministro cruel te privó de tu dignidad , de tu fortuna y de tu estado , obligándote á esconder en la soledad tus sublimes talentos , de los que te habías valido noblemente para lograr que llegasen hasta el trono el clamor de la libertad moribunda de tu patria !

¿ La Europa entera no tomó parte en tus trabajos y aflicciones , generoso *La Chalotais* , cuando , sin respetar tu edad , tus bárbaros enemigos tramaban tu ruina , y te preparaban el cadalso (2) ?

¿ El amor público no te acompañó en tu prision y en tus desgracias , jóven *Dupaty* , tu que ostentaste noblemente la firmeza de un

(1) Primer presidente del Tribunal de subsidios de Paris , el cual fue despojado de su cargo , y desterrado por el canceller de Maupeou en 1771. Este gran magistrado fue llamado *le dernier des Français* , el último frances.

(2) *M. Caradeuc de La Chalotais* , procurador general del parlamento de Bretaña.

senador consumado en la edad todavía de los placeres y de la frivolidad (1) ?

Hay ciertamente consuelos , recompensas , honores , y aun aplausos públicos para los magistrados generosos que son queridos y venerados aun en el seno mismo de las naciones sojuzgadas por el despotismo. Los esclavos mas débiles ó necios no pueden menos de admirar á sus defensores , y de verter á lo menos algunas lágrimas pasajeras por las desgracias que se han acarreado en defender la causa de la patria. No , todas las violencias de la tiranía no podrán jamas arrebatár á la verdadera grandeza de alma los homenages de los corazones sensibles y virtuosos. Todos los que con heroico valor sirvieren á los hombres , serán fielmente recompensados por ellos durante su vida misma.

Los magistrados verdaderamente nobles y grandes , los magistrados sinceramente abrasados del amor del bien público , y desprendidos de las pequenezes del amor propio , del interes particular , del espíritu de cuerpo , y de sus vanos privilegios , se grangearán el afecto de sus conciudadanos , cuyos intereses son unos mismos con los de los defensores de sus leyes. Una magistratura animada de este espíritu pa-

(1) *M. Mercier Dupaty* , abogado general del parlamento de Burdeos , el cual , á la edad de 25 años , á pesar de hallarse atacado de una peligrosa enfermedad , fue cruelmente aprisionado por el Cancellor de Maupeou en 1771 , y de allí conducido á un destierro.

tríotico, y segundada por los conformes designios y deseos de todos los buenos ciudadanos, sería una fortísima barrera contra el despotismo y la tiranía.

La justicia y la virtud son tan necesarias á las diferentes clases de un estado como á cada uno de sus individuos. El vicio, la arrogancia, y el orgullo dividen las diferentes clases de la sociedad, destruyen la armonía social, y no dejan á cada una la suficiente fuerza para resistir á la opresion. Una necia vanidad, un pueril apego á las vanas prerogativas, pretensiones frecuentemente injustas, quimeras, en fin, y devaneos, bastan á introducir la division y la discordia entre los ciudadanos que deberian sostenerse mutuamente: de aquí resulta que todos caen sucesivamente en los lazos del despotismo, viniendo este mismo, por último, á ser víctima de su propia vanidad.

Desde el monarca hasta el último de sus ciudadanos, no hay uno que no tenga el mayor interes en que se observe la equidad; todos deben ser justos, y hacer todo el bien que puedan dentro de su esfera; cada uno debe ser querido y respetado cuando cumple exactamente con los deberes de su estado. Por el suyo, el magistrado es ministro de la equidad, órgano de la ley y no su intérprete, defensor del débil, refugio del pobre, consolador de la viuda y del huérfano, protector del inocente, y terror del culpado por grande y opulento que sea. Todos

los

los ciudadanos necesitan ciertamente de la justicia; todos tienen un sagrado derecho á ella; mas la ley debe principalmente proteger y amparar al desgraciado, al pobre, al ciudadano sin auxilios; el corazon del juez debe con especialidad franquearse para el infeliz, este es el que mas necesita de la justicia; ¡y sin embargo este es al que por lo comun se le niega impia y cruelmente!

En fin, los magistrados zelosos, á quienes sus funciones diarias dan á conocer los inconvenientes de las leyes injustas, y de los usos perjudiciales introducidos por la barbarie ó la tiranía, deberian representar al legislador sus perniciosos efectos. Semejantes jueces, animados del amor de la humanidad, debieran sobre todo reclamar la derogacion de esas torturas verdaderamente salvages, con las cuales, sin ventajas de la sociedad, se multiplican las penalidades y congojas de las desgraciadas víctimas de la justicia: debieran hacer ademas que se mitigasen las leyes sangrientas que hacen la pena de muerte demasiado frecuente, imponiéndola á delitos que no merecen en manera alguna un castigo tan terrible, y por la cual se ven privadas las naciones de un gran número de hombres que pudieran servirles con sus trabajos y tareas. En una palabra, el magistrado mismo, cuando castiga los delitos, no debe mostrarse colérico y vengativo, ni olvidarse de que es hombre.

Tomo II.

H

En medio de la oscuridad, de la sinrazon, de las continuas contradicciones, y aun de la perversidad que reina en la jurisprudencia que sirve de regla á muchas naciones, es muy difícil que la sana moral, siempre conforme con la naturaleza, halle preceptos que pueda dar, y que sean adoptados por la mayor parte de los hombres cuya profesion es guiar, defender é ilustrar á los ciudadanos en sus contiendas juridicas y conducirlos por el terrible y espantoso laberinto de las fórmulas y procedimientos judiciales que, por lo comun, solo sirven para hacer inaccesible á los ciudadanos la llegada al templo de Temis. Esta moral envano hablaria á unos mercenarios siempre dispuestos á recibir y defender la causa del rico injusto, del opresor poderoso y del pleiteante de mala fe contra el pobre, el inocente y el débil. ¿Que conciencia, ó que desvergüenza no es menester que tengan esos directores engañosos y falaces, esos apoyos de la injusticia, que, por medio de horrosas connivencias y confabulaciones, de enredos criminales, de traiciones, de trampas, de elugios, y de fórmulas insidiosas, se vanaglorian muchas veces de los infames triunfos que consiguen sobre la justicia? ¿Hay un atentado mas detestable y digno de castigo que el de esos impudentes malvados que hacen profesion de engañar á sabiendas á los jueces haciéndoles pronunciar sentencias favorables á la iniquidad? A falta de leyes, ¿no debieran el

oprobio y la pública infamia cubrir á esos ladrones autorizados, que por mil medios sutiles y falaces hallan el secreto de arruinar con los procedimientos judiciales á las familias mas opulentas, y de absorber en gastos y dispendios mucho mas de lo que importan y valen los derechos ó reclamaciones de los demandantes en juicio? ¿Hay un ciudadano seguro en sus bienes y propiedades, cuando cae en las garras de estas aves de rapiña insaciables? En fin, ¿que proteccion puede esperar un hombre de bien de las leyes, no siendo estas regularmente sino unas redes y lazos tendidos á la inocencia, á la sencillez y á la buena fe de los hombres?

En muchas naciones es caminar un hombre á su ruina el defender su justa causa. Los modos de proceder ó enjuiciar, en casi todos los paises dan inestimables ventajas á los litigantes fraudulentos (1). La multiplicidad de las leyes, contradictorias las mas de ellas, hace que la jurisprudencia sea incierta, impenetrable y arbitraria aun para los que se dedican solamente á este estudio; ella hace que los jueces mas íntegros sean á veces sorprendidos y engañados por esos astutos practicones, que se jactan de

(1) Un célebre abogado decia que cuando una causa es evidentemente justa, lo mas acertado y prudente es avenirse y conformarse; mas cuando es dudosa, es menester pleitear. Generalmente se observa que los buenos abogados y curiales son los que menos gustan de pleitas.

triunfar y salir bien en las causas mas desesperadas. Generalmente, los letrados, en casi todos los pueblos, son uno de los mayores azotes que los atormentan. Los ministros de la justicia son los que comunmente mas la desprecian y la ultrajan.

Seria sin embargo una injusticia el comprender en la misma condenacion á todos los que profesan la jurisprudencia. Entre ellos se encuentran muchos hombres de bien, nobles y virtuosos, que se compadecen con dolor de la iniquidad de las leyes, de lo absurdo de las fórmulas y procedimientos judiciales, y de los enredos, trampas y ladronicios de sus indignos compañeros. La inocencia desamparada encuentra en ellos unos campeones generosos que la defienden contra el poder y la altivez. No pocas veces se ha libertado el pobre inocente de las asechanzas y atentados de la iniquidad y tiranía por el amparo de estos protectores valientes y desinteresados. No una vez sola los litigantes mas irritados y furiosos han depuesto sus odios enconosos con los pacíficos consejos de los jurisconsultos benéficos que los han preservado de la ruina. En una palabra, si entre los miembros subalternos de justicia se encuentran muchos entes despreciables por el tráfico vergonzoso que hacen de sus talentos, otros nos ofrecen ilustres ejemplos de virtud, de justicia y de generosidad. Aun mas: una clase de hombres á quienes la orgullosa grandeza

se cree con derecho de menospreciar, ha dado, en medio de los mayores peligros, señales y pruebas de un patriotismo, de una nobleza, de un valor, y de un honor sólido y verdadero, desconocidas de los vanos y orgullosos esclavos de que tanto abundan las cortes, y que sus flacos corazones no serian capaces de imitar. (1) Estos leones feroces é indómitos en la guerra, se transforman en la corte en mansos y humildes corderos.

No confundamos, pues, los ciudadanos respetables de quienes hablamos, con la turba inmensa y despreciable de aquellos para quienes el estudio de las leyes es un medio seguro de ejercer impunemente todo género de iniquidades. En medio de los riesgos á que nos esponen unas leyes confusas, y muchas de ellas injustas, es utilísimo que unos ciudadanos honrados y zelosos aclaren su caos oscuro, y nos indiquen los escollos en que de lo contrario daríamos á cada paso. ¡ Quienes mas apreciables que aquellos hombres moderados, cuya tranquilidad é ilustrada prudencia sosiegan y apaciguan las

(1) Los anales de la Francia transmitirán á la posteridad los nombres ilustres de los *La Chalotais*, de los *Lamoignon*, de los *Malesherbes*, magistrados tan distinguidos por sus talentos sublimes, como por su firmeza en la desgracia, y por el heroico valor que opusieron á los furiosos del despotismo. Estos mismos anales conservarán la memoria á las generaciones futuras del generoso *Target* (abogado del Parlamento de París) cuya grande alma resistió constantemente á las seducciones y á las amenazas de la tiranía.

pasiones y las quejas de una multitud de insensatos siempre dispuestos á pleitos y contiendas! ¿Hay un cargo mas noble y mas honroso que el de un abogado que por sus luces y su probidad merece la confianza del público; cuyo gabinete es un santuario respetable; y que se constituye el árbitro, juez y oráculo de sus conciudadanos? Por unos medios los mas licitos y honrosos, un jurisconsulto apreciable ¿no adquiere fácilmente y sin remordimientos una fortuna de que no tenga que avergonzarse?

Esta es, en general, la conducta que la moral prescribe á los que se dedican al estudio de las leyes, tan penoso por muchas causas y razones. A los gobiernos sabios, justos y virtuosos pertenece el formar una jurisprudencia mas clara que la actual, y mas conforme á la naturaleza y necesidad de las naciones. Este es el solo medio de hacer que huya y desaparezca esa raza famélica que devora impunemente la sustancia de los ciudadanos, y que destruye y borra de sus corazones las ideas mas naturales y sencillas de lo justo y de lo injusto. Tácito mira con razon la multiplicidad de las leyes como la señal cierta é infalible de un mal gobierno y de un pueblo corrompido (1).

(1) *In pessima autem republica plurimae leges.*

CAPITULO VII.

Deberes de los Ministros de la Religion.

No entra en el plan de esta Obra, únicamente destinada á explicar los principios de la moral natural, el examinar los fundamentos de las varias religiones que vemos establecidas en los diversos países del mundo. Cualesquiera que sean las ideas que los diferentes pueblos se formen de la divinidad, ó del motor invisible de la naturaleza, siempre fue á la bondad de este Ser á la que los hombres rindieron sus adoraciones y homenajes; ellos han debido suponer que este supremo Ser los amaba, que escuchaba sus ruegos, y que tenía el poder y la voluntad de hacerlos felices; de donde han debido concluir que el hombre estaba en obligacion de hacer bien á sus semejantes para conformarse con los designios de este Ser benéfico. Bajo este aspecto, la religion no puede ser otra cosa que la moral natural, ó los deberes del hombre confirmados por la autoridad conocida ó presumida del dueño y señor de la naturaleza y de los hombres, el cual no puede en manera alguna contrariar las leyes esenciales en que visiblemente estriban la conservacion y la felicidad del género humano.

Segun los principios de todas las religiones,

pasiones y las quejas de una multitud de insensatos siempre dispuestos á pleitos y contiendas! ¿Hay un cargo mas noble y mas honroso que el de un abogado que por sus luces y su probidad merece la confianza del público; cuyo gabinete es un santuario respetable; y que se constituye el árbitro, juez y oráculo de sus conciudadanos? Por unos medios los mas licitos y honrosos, un jurisconsulto apreciable ¿no adquiere fácilmente y sin remordimientos una fortuna de que no tenga que avergonzarse?

Esta es, en general, la conducta que la moral prescribe á los que se dedican al estudio de las leyes, tan penoso por muchas causas y razones. A los gobiernos sabios, justos y virtuosos pertenece el formar una jurisprudencia mas clara que la actual, y mas conforme á la naturaleza y necesidad de las naciones. Este es el solo medio de hacer que huya y desaparezca esa raza famélica que devora impunemente la sustancia de los ciudadanos, y que destruye y borra de sus corazones las ideas mas naturales y sencillas de lo justo y de lo injusto. Tácito mira con razon la multiplicidad de las leyes como la señal cierta é infalible de un mal gobierno y de un pueblo corrompido (1).

(1) *In pessima autem republica plurimae leges.*

CAPITULO VII.

Deberes de los Ministros de la Religion.

No entra en el plan de esta Obra, únicamente destinada á explicar los principios de la moral natural, el examinar los fundamentos de las varias religiones que vemos establecidas en los diversos países del mundo. Cualesquiera que sean las ideas que los diferentes pueblos se formen de la divinidad, ó del motor invisible de la naturaleza, siempre fue á la bondad de este Ser á la que los hombres rindieron sus adoraciones y homenajes; ellos han debido suponer que este supremo Ser los amaba, que escuchaba sus ruegos, y que tenía el poder y la voluntad de hacerlos felices; de donde han debido concluir que el hombre estaba en obligacion de hacer bien á sus semejantes para conformarse con los designios de este Ser benéfico. Bajo este aspecto, la religion no puede ser otra cosa que la moral natural, ó los deberes del hombre confirmados por la autoridad conocida ó presumida del dueño y señor de la naturaleza y de los hombres, el cual no puede en manera alguna contrariar las leyes esenciales en que visiblemente estriban la conservacion y la felicidad del género humano.

Segun los principios de todas las religiones,

las cualidades morales y las voluntades divinas deben servir de modelo y de regla á los hombres : todos los cultos que suponen una divinidad mala , cruel , injusta , vengativa , enemiga de los hombres , en una palabra , in-moral , no pueden ser mirados sino como supersticiones y mentiras inventadas por impostores interesados en turbar el reposo del género humano. Toda moral seria inconciliable con un sistema religioso que supusiese un Dios déspota ó caprichoso , á cuyos ojos fuesen las miserias de las naciones y los llantos de los mortales un espectáculo indiferente ó agradable. *El mismo Júpiter*, dice Plutarco , *no tiene derecho á ser injusto. Dios*, dice Ciceron , *dejaria de ser Dios , si desagradase ú ofendiese al hombre.* En otra parte este orator filósofo representa á Dios como *protector y amigo de la vida social* : esto mismo es lo que dice la Sabiduría eterna cuando declara que *sus mas caras delicias son estar con los hijos de los hombres* (1).

Esto supuesto , toda opinion , toda doctrina , todo culto que sean contrarios á la naturaleza del hombre racional y que vive en sociedad , deben ser desechados como opuestos á las intenciones del autor de la naturaleza humana : todo sistema religioso que indujere á violar la justicia , la beneficencia y la humanidad , ó á hollar las virtudes sociales , debe ser detestado

(1) Prover. cap. 8. vers. 31. — Cicero , de legibus , III.

como una blasfemia contra la divinidad : en fin , toda hipótesis , que á nombre suyo produjere y fomentare disensiones , odios , persecuciones y guerras entre los hombres , debe ser mirada como una mentira abominable.

Nosotros , pues , tenemos medios naturales para juzgar si una religion es buena ó mala , esto es , conforme ó contraria á las ideas que formamos de la divinidad. Segun estos principios incontestables , la religion mas conforme á la moral , á la naturaleza del hombre , á la conservacion , á la armonía y á la paz de las naciones , debe ser preferida á las contrarias opiniones , y proscritas estas con la mayor indignacion. La conformidad á los preceptos de la moral es lo que puede constituir la esclencia de una religion , y hacer que esta prevalezca constantemente sobre las muchas supersticiones que infestan á los hombres.

Así que la moral es , relativamente al mundo en que vivimos , la piedra de toque de la religion , y el objeto que mas interesa á la sociedad política. Si la teología regula y ordena los pensamientos y opiniones del hombre acerca de las sustancias celestes y sobrenaturales , la moral se limita á regular sus acciones , dirigiéndolas á su mayor bien sobre la tierra. Si la religion promete recompensas infalibles á la virtud , y amenaza al crimen con castigos rigurosos en otra vida , la moral promete en la vida presente recompensas sensibles á todo hombre

virtuoso ; y amenaza al perverso con castigos visibles y seguros ; y sus sentencias , confirmadas por la sociedad , reciben una nueva fuerza de la autoridad de las leyes. La sociedad no puede ni debe ocuparse en los pensamientos secretos de sus individuos , á que no alcanza ni penetra ; solo puede juzgarlos por sus acciones , segun su influjo en ella. Con tal que el ciudadano sea justo , pacífico , virtuoso , y cumpla fielmente sus deberes dentro de su esfera , ni la sociedad ni el gobierno pueden , sin una loca temeridad , escudriñar sus secretos pensamientos , ó arrogarse el derecho de arreglar sus opiniones verdaderas ó falsas , relativamente á las cosas que no son en manera alguna pertenecientes á la esperiencia ó á la razon. Todo hombre con riesgo suyo propio puede errar en materias á que no alcanzan sus sentidos ; mas la sociedad , ó la ley pueden justamente impedirle errar en su conducta , y castigarle cuando sus acciones perjudican á sus conciudadanos. En una palabra , es una tiranía tan cruel como insensata el castigar á un hombre porque no puede ver las cosas invisibles con los mismos ojos que sus tiranos , que solo le atormentan por su particular modo de pensar. Por otra parte , un Dios infinitamente justo , sabio y poderoso , que permite que los mortales yerren y se estravién en sus pensamientos y opiniones , no puede aprobar que se los atormente á causa de unos pensamientos y dictámenes que no per-

den de su voluntad. De donde se sigue que la religion de acuerdo con la moral , prohíbe el maltratar á los hombres por sus opiniones religiosas.

Sin embargo nada ha costado mas sangre y lágrimas á las naciones que el engaño que las persuade á que la sociedad está fuertemente interesada en regular las opiniones particulares de los ciudadanos sobre los dogmas abstractos de la religion. Esta idea , que no puede dimanar de una divinidad benéfica , ha dado causa á persecuciones , á castigos , á revoluciones , á mortandades horrosas , á abominables regicidios ; en una palabra , á crímenes espantosos y destructores. Ciertos sacerdotes ambiciosos han querido señorear al universo , sojugar á los soberanos , y establecer su imperio sobre los pensamientos mismos de los hombres. Los fanáticos é impostores que fomentaban y protegían su ambicion fueron osados á decir que un Dios de paz y de misericordias queria que su causa fuese defendida á sangre y fuego ; y creciendo mas su demencia , se atrevieron á creer y afirmar , que Dios se complacia en ver humear la sangre humana , y que pedía que fuesen pasados á cuchillo todos cuantos no tuviesen ideas exactas y precisas de su esencia impenetrable !

Unas opiniones tan crueles , y tan contrarias á las nociones de la divinidad han irritado mucha veces á los filósofos ilustrados , y á

hombres de rectas costumbres, convirtiéndolos en enemigos de un Dios que se les ofrecía bajo apariencias tan odiosas y horribles: ofendidos de los excesos que veían cometer en nombre suyo, á veces han repugnado y contradicho toda religion como incompatible con los principios de la moral, y han mirado á sus ministros como á unos impostores, tiranos y perturbadores de la tranquilidad, y como á unos perversos coligados para esclavizar al género humano.

Pero sea cual fuese en este caso la duda ó la incredulidad; sean cuales fueren las opiniones de los hombres acerca de la divinidad, de la religion y de sus ministros, estas opiniones no cambian ni alteran en nada las que deben formarse de la moral. Esta tiene la razon y la esperiencia por base, y se funda en el testimonio de nuestros sentidos, bien sea que esta moral haya recibido la sancion de la divinidad, ó bien que no esté revestida de esta autoridad sobrenatural, ella obliga igualmente á todas las criaturas sociables ó que viven en sociedad. El infiel, el que no creyere en una religion revelada ó en una moral espresamente confirmada por la voluntad divina, no podrá menos sin embargo de admitir una moral humana, cuya realidad está manifestada con las esperiencias innegables, y confirmada con el dictámen constante de todos los siglos y de todos los entes racionales: aun aquel que negase la existencia de un Dios remunerador de la virtud y vengador del crimen,

no pudiendo negar la existencia de los hombres, forzosamente ha de conocer y confesar que estos hombres aman todo lo que es útil á ellos, y que aprecian la virtud, al paso que detestan el vicio y castigan el crimen. Aun cuando, como hemos dicho en otra parte, (1) los desig-nios y las miras de un hombre no se estiendan mas allá de su vida presente, siempre estará obligado á conocer que, para vivir feliz y tranquilo en este mundo, no puede menos de respetar y obedecer las leyes que la naturaleza le impone, así á él como á todos los entes necesarios á su felicidad reciproca. Siempre que se conforma con estas leyes tan claras y evidentes, tiene un indubitable derecho á la estimacion y á los beneficios de la sociedad, sean cuales fueren por otra parte sus nociones verdaderas ó falsas acerca de la religion. Ademas, hombres muy piadosos han creído que todos aquellos que siguiesen la sabiduría ó la razon, podian ser mirados, en cierto modo, como muy religiosos *aunque fuesen ateos* (2).

Estos principios nos facilitan el juicio que debemos formar de la doctrina y las acciones de los ministros de la religion. Nosotros los tendremos por órganos de la divinidad, por intérpretes del autor de la naturaleza, cuando nos hablen el lenguaje de la naturaleza, el

(1) Véase el discurso preliminar de esta obra.

(2) Este es el dictámen de San Justino mártir. Véase su apologia.

cual no puede jamas ser contrario al bien de la sociedad (1). Por el contrario, nosotros miraremos como á órganos de algun genio maléfico y perverso, como á uos embusteros, á todos aquellos cuyos preceptos nos incitasen al mal, ó cuyos designios fuesen visiblemente hacer á los hombres infelices ó malvados. En fin, aplaudiremos la conducta y las costumbres de los que fuesen virtuosos, sociables y útiles al estado, y nos compadeceremos de los errores y extravíos de los que por sus acciones se hiciesen aborrecibles y despreciables á los ojos de los hombres sensatos.

El sacerdocio formó en todos los tiempos y naciones una elase muy distinguida: sus funciones sublimes le hicieron participar con los dioses de la veneracion de los mortales. Los sacerdotes fueron, como veremos luego (2), los primeros sabios, los primeros fundadores de las naciones; una larga prescripcion les dió y les conserva en todo país, el derecho de educar la juventud, de enseñar la moral á los hombres, y de dirigir sus conciencias y sus costumbres en esta vida para su felicidad en ella; en fin, estendiendo sus miras mas allá de la muerte, los ministros de la religion se proponen guiar al hombre á una felicidad mayor que la que goza en la tierra.

(1) *Nunquam aliud natura, aliud sapientia dicit.*
Juvenal. Satyr. 14. vers. 321.

(2) *Coy. IX. de la presente seccion.*

Limitados en nuestras investigaciones á solo tratar de los estímulos humanos y naturales que deben mover al hombre á obrar el bien en este mundo, no elevaremos nuestro pensamiento á una region que solo puede ser conocida por la fe, así que examinaremos únicamente los deberes que impone á los ministros de los altares la dignidad que ocupan en la sociedad.

El clero igualmente respetado por los soberanos y los pueblos, ocupa el primer puesto, ó constituye el orden mas distinguido en todas las naciones: en razon de los servicios que hace ó debe hacer, está regularmente dotado con liberalidad: sus gefes, sus miembros mas ilustres, gozan de propiedades que los ponen en estado de mostrarse con esplendor y magnificencia á los ojos de sus conciudadanos. Tantas señales de honor, tantas distinciones, y tan cuantiosos bienes imponen evidentemente, sobre todo á las primeras dignidades del clero, el deber indispensable de un eterno reconocimiento, y de su apego y amor á la patria que los colma de beneficios. So pena de incurrir en la mas odiosa ingratitud, los obispos y prelados, en las naciones europeas, deben distinguirse por su patriotismo y por su zelo en contribuir al mayor bien y conservacion de las sociedades, que con tanta generosidad contribuyen á su felicidad particular. Es claro, pues, que el sacerdote debe, mucho mas que otro alguno, mostrarse ciudadano, amar su país, defender su libertad,

promover sus intereses, fomentar la pública felicidad, sostener los derechos de todos, y en fin, oponerse con nobleza y energía á los progresos del despotismo, quien, despues de haber devorado las otras clases del estado, devorará tambien al clero cuando le convenga.

Ninguna clase en la sociedad es mas respetable que el clero á los ojos de los principes mismos, así que á los ministros de la religion toca dar á conocer á los reyes la verdad, que los cortesanos aduladores le ocultan de continuo. En vez de sosegar la conciencia de los tiranos con espiacones fáciles y aparentes, el sacerdote debería llenar de un terror santo y saludable las cobardes y crueles almas de estos monstruos que causan todas las desgracias de los pueblos.

Colocados en un lugar eminente, los sacerdotes deben, aun mas con sus ejemplos que con sus discursos, predicar á los ciudadanos la union, la concordia y la tolerancia con los estravíos y defectos de los hombres. Un sacerdote intolerante y cruel no puede ser ministro de un dios lleno de paciencia y de bondad. Un sacerdote que sacrifica hombres, es un sacerdote de Moloch y no de Jesucristo. Un sacerdote perseguidor, un fanático que predica la discordia, no son mas que embusteros y engañadores que hablan en nombre de ellos mismos, y cuya lengua mueve el interes, el delirio y el furor. El inquisidor que entrega un herege á las lla-

mas, es ciertamente un malvado, á quien el infame interes del tribunal que ocupa ha transformado en fiera.

Discípulos de un dios de paz, cuyo reino no es de este mundo, los sacerdotes de nuestros países no pueden, sin ofender á su divino maestro, rehusar sus tributos al César, ó creerse dispensados de contribuir á las cargas del estado bajo el pretesto de inmunidades y *derechos divinos*; mucho mas prohibido les está el resistir á las potestades, sublevar á los súbditos contra los soberanos, ejercer imperio alguno sobre los principes, quitarles sus coronas, y armar la mano parricida contra los reyes. Los sacerdotes reos de semejantes atentados darian á entender al universo que no creian en el Dios que predicaban á los demas hombres.

Imitadores de un Dios que nació pobre, sucesores de los apóstoles que fueron indigentes, los sacerdotes del cristianismo nada poseen suyo propio. Depositarios de las limosnas que los fieles han puesto en sus manos, nunca deben cerrarlas, cuando se trata de consolar y socorrer á la miseria. Un sacerdote avaro y cruel con los pobres, seria un administrador infiel, un ladrón, un asesino. Un sacerdote apegado á las riquezas, un sacerdote soberbio y orgulloso, ni son ni pueden ser discípulos de Jesus.

Ocupados en estudios penosos, ó entregados á la vida contemplativa, los sacerdotes tienen medios de amortiguar en sí mismos la ambicion.

la avaricia, la vanidad y las aficiones al lujo y á los placeres sensuales, de cuyos vicios son víctimas los demas hombres. La vida del sacerdote debe ser irreprochable; su estado debe preservarle del contagio del vicio; su oficio es mostrarnos en su persona al verdadero sabio y filósofo vanamente buscado en la antigüedad.

Abrasados, conmovidos con los ejemplos poderosos de la primitiva iglesia, los sacerdotes cristianos deben hacer que renazcan aquellos afortunados tiempos, en que los fieles estaban animados de un solo corazón y un solo espíritu. Las contiendas interminables y continuas serian unas escenas escandalosas, que resfriarian la confianza de los ciudadanos; estos en sus directores, deben hallar unos ángeles de paz, unos modelos de caridad, unos ejemplos vivos de todas las virtudes sociales.

Si, como no puede dudarse, las ciencias son de la mayor utilidad para los hombres, ¿cuán inestimables ventajas no pudieran conseguir en ellos tantos cenobitas ricamente dotados? ¿Quien se atreveria á quejarse de su ociosidad, y á ofenderse de la abundancia y opulencia de unos sabios que empleasen el tiempo que les concede su retiro en hacer descubrimientos provechosos, esperiencias interesantes, é investigaciones que facilitasen en todo género los progresos del entendimiento humano y los trabajos útiles de la sociedad?

En fin, los ministros de la religion, estando

en casi todas partes esclusivamente encargados de la educacion de la juventud; de cuanto no les serian deudoras las naciones, si cumpliesen exacta y cuidadosamente con la tarea importante y penosa de cultivar los talentos de los que un dia han de ser ciudadanos! El clero seria ciertamente el cuerpo mas útil, y el mas digno de la confianza y del aprecio de los pueblos, si desempeñase los oficios que le están encargados.

Estos son en pocas palabras los deberes que la vida social y el reconocimiento imponen á los ministros de la religion; si los cumplen fielmente, merecerán sin duda los bienes y la veneracion afectuosa de que gozan en el seno de la sociedad; y serán útiles y respetables aun á los ojos de los mismos que se resisten á sus dogmas religiosos. La conducta de muchos sacerdotes y pastores, tan poco arreglada á su doctrina, es una de las principales causas del disgusto con que muchas personas ilustradas miran á la religion: en vista del espíritu despótico, de la ambicion, de la codicia, de la intolerancia y de la inhumanidad de que los doctores y maestros de los pueblos se hacen culpables con frecuencia, muchas gentes repugnan y menosprecian á la religion, como incompatible con los principios mas evidentes de la sana moral. Todo hombre ó todo cuerpo, que se aleja del camino de la virtud, trabaja en su misma destruccion.

Un clero ignorante y vicioso predica alta-

mente la irreligion y la incredulidad. Un cuerpo tan vano y orgulloso que se desdena de hacer causa comun con los otros ciudadanos, no puede tener apoyo alguno sólido. Los sacerdotes ambiciosos y turbulentos desagradan y ofenden igualmente á los soberanos y á los súbditos. Los maestros y directores codiciosos y corrompidos pierden la confianza y el amor de los pueblos. Los doctores sin ciencia, y solo en el nombre, serán siempre despreciables á los ojos de las personas ilustradas. En fin, los sacerdotes favorecedores del despotismo y de la tiranía no dejarán algun día de ser ellos mismos oprimidos y sojuzgados por los déspotas y tiranos; y como Ulises en la cueva del Cíclope no tendrán mas ventaja que la de ser devorados los últimos (1).

(1) Los Jesuitas que, durante dos siglos, formaron una sociedad temible á todo el universo por su poder, su crédito, sus intrigas, y sus riquezas, fueron constantemente las trompetas de la intolerancia, los favorecedores de la ignorancia y los aduladores del despotismo. Un Jesuita, confesor de Luis XIV, sosegó su conciencia acerca de un impuesto que el Monarca mismo tenia por injusto y pesado, diciéndole *que era dueño y señor de los bienes de todos sus vasallos*. En castigo de una máxima tan odiosa hemos visto destruida la Compañía de los Jesuitas sin oposicion alguna en toda Europa, y ocupados sus bienes é inmensas riquezas por los Principes.

Neque enim laxa aequior ulla est.

Quam necis artifices arte perire sua. Ovid.

Esta doctrina Jesuitica fue resucitada en Francia, con motivo de la destruccion de los Parlamentos en 1771 por el abate *Du Bault*, cura párroco de *Epiais*, el cual vino espresamente á París de lo interior de su provincia para predicar que los Fran-

CAPITULO VIII.

Deberes de los ricos.

Las riquezas dan y deben dar á los que las poseen un lugar distinguido entre sus conciudadanos. El hombre rico es, por decirlo así, mas ciudadano que otro; su opulencia le pone en estado de dar á sus semejantes los socorros que no puede prestar el pobre; y está unido á la sociedad con mayor número de vínculos que le obligan á interesarse mucho mas en la suerte de ella, que no el pobre, el cual no teniendo nada, ó teniendo poco que perder, debe interesarse menos en las revoluciones que ocurrieren en su país. El que solamente vive de su trabajo y sudor, no tiene, propiamente hablando, patria determinada, puesto que se halla bien donde quiera que encuentra medios de subsistir; en vez de que el hombre opulento puede ser útil á muchas personas,

ceses eran esclavos, y que su Rey era dueño y señor de los bienes, de las personas y de la vida de sus súbditos. *Journal historique de la révolution opérée dans la Monarchie Française*, etc. tom. 2. pag. 47.

En general los gefes del clero de Francia mostraron la mas reprehensible alegría al tiempo que los procedimientos del mas horrible despotismo destruyeron y anularon los tribunales de su país. Como es que los ministros de la religion son casi siempre los enemigos de la libertad de las naciones, cuando en esta libertad son ellos mismos los mas interesados!

mente la irreligion y la incredulidad. Un cuerpo tan vano y orgulloso que se desdeña de hacer causa comun con los otros ciudadanos, no puede tener apoyo alguno sólido. Los sacerdotes ambiciosos y turbulentos desagradan y ofenden igualmente á los soberanos y á los súbditos. Los maestros y directores codiciosos y corrompidos pierden la confianza y el amor de los pueblos. Los doctores sin ciencia, y solo en el nombre, serán siempre despreciables á los ojos de las personas ilustradas. En fin, los sacerdotes favorecedores del despotismo y de la tiranía no dejarán algun día de ser ellos mismos oprimidos y sojuzgados por los déspotas y tiranos; y como Ulises en la cueva del Cíclope no tendrán mas ventaja que la de ser devorados los últimos (1).

(1) Los Jesuitas que, durante dos siglos, formaron una sociedad temible á todo el universo por su poder, su crédito, sus intrigas, y sus riquezas, fueron constantemente las trompetas de la intolerancia, los favorecedores de la ignorancia y los aduladores del despotismo. Un Jesuita, confesor de Luis XIV, sosegó su conciencia acerca de un impuesto que el Monarca mismo tenia por injusto y pesado, diciéndole *que era dueño y señor de los bienes de todos sus vasallos*. En castigo de una máxima tan odiosa hemos visto destruida la Compañía de los Jesuitas sin oposicion alguna en toda Europa, y ocupados sus bienes é inmensas riquezas por los Principes.

Neque enim laxa aequior ulla est.

Quam necis artifices arte perire sua. Ovid.

Esta doctrina Jesuítica fue resucitada en Francia, con motivo de la destruccion de los Parlamentos en 1771 por el abate *Du Bault*, cura párroco de *Epiais*, el cual vino espresamente á París de lo interior de su provincia para predicar que los Fran-

CAPITULO VIII.

Deberes de los ricos.

Las riquezas dan y deben dar á los que las poseen un lugar distinguido entre sus conciudadanos. El hombre rico es, por decirlo así, mas ciudadano que otro; su opulencia le pone en estado de dar á sus semejantes los socorros que no puede prestar el pobre; y está unido á la sociedad con mayor número de vínculos que le obligan á interesarse mucho mas en la suerte de ella, que no el pobre, el cual no teniendo nada, ó teniendo poco que perder, debe interesarse menos en las revoluciones que ocurrieren en su país. El que solamente vive de su trabajo y sudor, no tiene, propiamente hablando, patria determinada, puesto que se halla bien donde quiera que encuentra medios de subsistir; en vez de que el hombre opulento puede ser útil á muchas personas,

ceses eran esclavos, y que su Rey era dueño y señor de los bienes, de las personas y de la vida de sus súbditos. *Journal historique de la révolution opérée dans la Monarchie Française*, etc. tom. 2. pag. 47.

En general los gefes del clero de Francia mostraron la mas reprehensible alegría al tiempo que los procedimientos del mas horrible despotismo destruyeron y anularon los tribunales de su país. Como es que los ministros de la religion son casi siempre los enemigos de la libertad de las naciones, cuando en esta libertad son ellos mismos los mas interesados!

hallándose en disposicion de ayudar á su patria, á la cual se halla íntimamente unido en razon de sus haciendas y posesiones, cuya conservacion depende de la conservacion de la sociedad. Mientras que en el asedio de Corinto los habitantes rechazaban al enemigo por todos los medios posibles, Diógenes, burlándose de su inquietud y miedo, se divertía en rodar su tonel.

No nos admiremos de ver que en casi todos los países las leyes, los usos y las instituciones, por lo comun injustas y crueles para con los pobres, sean mas favorables á los ricos, y muestren una parcialidad visible con los que favorece la fortuna. Los grandes, los poderosos y los opulentos debieron comunmente ser preferidos á los pobres, los cuales son tenidos por menos útiles á la sociedad. Sin embargo, estas leyes y estos usos son evidentemente injustos en permitir á los felices de la tierra oprimir y arruinar á los débiles y miserables. La equidad, que suple y remedia la desigualdad de los hombres, ha debido enseñar á los ricos á que respeten la miseria del pobre; el rico no sería miserable, y faltándole estos socorros no se vería mucho mas infeliz y desgraciado que el pobre mismo?

Así la justicia, de acuerdo con la humanidad, con la compasion y con todas las virtudes sociales, enseña al hombre rico á ver en el pobre uno de sus asociados, necesario á su propia

felicidad, y de cuyos socorros debe hacerse merecedor, facilitándole en cambio de sus trabajos los medios de subsistir, de conservarse y de ser feliz en su estado. De este modo la vida social tiene á los hombres en una mutua dependencia. He aquí como los grandes necesitan de los pequeños, sin los cuales serian ellos bien pequeños y miserables. El opulento, para gozar de la abundancia, de los placeres y de las comodidades de la vida, necesita de los brazos y de la industria del pobre, á quien su miseria le hace laborioso, activo é industrioso. En una palabra, la menor reflexion nos persuade que en la sociedad todos los miembros estan reciprocamente enlazados con nudos indisolubles, que ninguno puede romper sin dañarse á sí propio; asimismo debemos conocer que ningun ciudadano tiene derecho de menospreciar á los otros, de abusar de su flaqueza ó de su indigencia, de tratarlos con altanería ó con dureza; la justicia, en fin, nos muestra que el rico está siempre y de continuo interesado en hacer bien, so pena de ser despreciado y aborrecido, si no cumple con su destino en la sociedad. El ciudadano, á quien la sociedad dispensa mas grande suma de felicidad, debe mucho mas á esta sociedad que no los desgraciados é infelices á quienes esta olvida ó desatiende.

Los ricos pueden ser comparados á los manantiales, rios y arroyos que distribuyen sus aguas á las tierras áridas, haciéndolas producir

plantas y frutos. El rico avaro se asemeja á los rios cuyas aguas se sumen y pierden en la tierra. El rico pródigo obra como los rios que saliendo de madre, se derraman por los campos sin fertilizarlos. En fin, siguiendo la comparacion, las riquezas mal adquiridas y locamente prodigadas son como los torrentes y avenidas que destruyen los terrenos por donde pasan, y al cabo dejan seca la madre que formaron con tanta violencia y estruendo.

Estas reflexiones nos sirven para determinar nuestro juicio y dictámen sobre lo que la mayor parte de los moralistas han dicho de las riquezas. Los mas de los sabios las han reprobado como unos obstáculos á la virtud, como unos medios de corrupcion, como el manantial inagotable de un sinnúmero de necesidades imaginarias que nos sumergen en el lujo, en los deleites y en la molicie; han dicho que endurecen el corazon, y nos hacen injustos; en suma, que nos alejan y distraen de la investigación de las verdades necesarias á la sólida felicidad de un ser inteligente. Este es, en general, el juicio que los antiguos filósofos han formado de la opulencia, considerándola como el mas peligroso escollo de la virtud. Oigamos por un momento á Séneca, el cual, en el seno mismo de las riquezas, se atrevé á satirizarlas.

« Desde que las riquezas, dice, (1) han

(1) Séneca, Epist. 115.

« sido

« sido apreciadas de los hombres, y se han
« hecho en cierto modo la medida de la
« consideracion pública, el gusto de las cosas
« verdaderamente honestas y laudables se ha
« perdido enteramente. Todos nos hemos con-
« vertido en unos mercaderes de tal modo
« corrompidos por el oro, que ya no pregun-
« tamos de que utilidad puede sernos una cosa,
« sino de que ganancia ó provecho; el amor
« de las riquezas nos hace alternativamente
« hombres de bien ó pícaros, segun que lo
« exige nuestro interes ó nuestra situacion....
« En fin, las costumbres han llegado de tal
« suerte á depravarse, que maldecimos la po-
« breza, y á nuestros ojos es infame y des-
« honrosa, digna del desprecio de los ricos
« y del aborrecimiento de los pobres ».

Platon decididamente asegura que *es imposible ser á un mismo tiempo rico y hombre de bien, y que no habiendo verdadera felicidad sin virtud, los ricos por lo tanto no pueden ser realmente felices* (1). Los moralistas nos pintan ademas las inquietudes que acompañan continuamente á la opulencia, y que emponzoñan su posesion tan deseada de los hombres, demostrando ademas que son el instrumento de todas las pasiones. Mas, como dice Bacon, *las riquezas son el bagage de la virtud; el bagage es necesario en un*

(1) Plato, de legibus, lib. 5. pag. 742. E. et 743. A. B. tom. 2. Edit. Henr. Stephani, ann. 1578.

ejércitos, aunque alguna vez suele retardar sus marchas, y hacer que se pierda la ocasion de alcanzar la victoria.

Para reducir estas opiniones á su justo valor, nosotros diremos que en sí mismas las riquezas no son nada, ni tienen mas valor que el que las den sus poseedores. Un lecho dorado no alivia al enfermo, ni los bienes cuantiosos hacen sabio á un necio. *La abundancia y la indigencia, dice Montaigne, dependen de la opinion de cada uno, y lo mismo las riquezas que la gloria y que la salud, no tienen mas precio ni valor que el que les atribuye quien la disfruta.* (1) En manos de un hombre sabio, humano y liberal, la opulencia es evidentemente el manantial de los mayores bienes y de un contento que se renueva tantas veces como las ocasiones de ejercitar las buenas disposiciones del corazon; y al hombre sensible, cuya alma se deleita en hacer felices, en ser útil á su patria, en esparcir sus beneficios sobre todo el género humano, no le causarían embarazo todas las riquezas del Perú ó Potosí, si todas fuesen suyas. Diremos que lo que ordinariamente hace molestas al hombre de bien y compasivo la pobreza y la medianía, es la imposibilidad en que le constituyen de satisfacer los deseos de su grande alma, la cual querría aliviar á todos los infelices y desgraciados que la suerte le ofrece,

(1) *Essais de Montaigne*, lib. 1. cap. 40. pág. 198. tom. 9. Edic. de 1745.

animar y fomentar los talentos útiles á sus conciudadanos, y enjugar las lágrimas de los que están oprimidos del infortunio y la miseria; en poder del hombre virtuoso y benéfico, los tesoros de Creso nunca servirían de obstáculo á su felicidad. « Si te aprovechases de las lecciones de la sabiduría, dice Plutarco, vivirás en todas partes sin disgusto, y serás feliz en tu estado: la riqueza te dará placer, porque tendrás mayores medios de hacer bien á muchos; la pobreza, porque te harás con menos inquietudes y sobresaltos; la gloria, porque te verás honrado; la oscuridad, porque serás menos envidiado. (1) Con la virtud, dice en otra parte, todo género de vida es agradable. Tu estarás contento con tu suerte, cuando hayas conocido bien en que consiste la rectitud y la bondad. »

Es preciso convenir en que raras veces las riquezas se encuentran en manos de personas de esta naturaleza; la opulencia casi nunca está unida á los grandes ingenios, ó á las grandes virtudes; (2) por lo comun la fortuna ciega se complace en colmar de dones á sus favorecidos, que no saben usar de ellos ni para su propia felicidad ni para la de los demás, en fin, hay muy pocas gentes á quienes anime un alma fuerte, capaz de sostener el peso de una

(1) Plutarco, *De virtute et vitio*.

(2) *Raras sermo census communis in illa fortuna*.

Juvenal, *Satyr. 8. vers 72.*

grande opulencia. (1) *El oro decía Chilon, es la piedra de toque del hombre.*

Mas esto no debe sorprendernos: las riquezas de la mayor parte de los hombres son ó el fruto de sus propios trabajos, de sus intrigas y de sus hajezas, ó bien las heredan de sus antepasados: en ambos casos es bastante difícil que las riquezas caigan en manos verdaderamente capaces de hacer de ellas un uso conforme á la razon. (2) Los que trabajan y se labran su fortuna, no tienen ni tiempo ni deseo de cultivar su alma y su entendimiento; únicamente ocupados en cuidar de sus negocios, ni tienen ni pueden tener idea alguna de las ventajas que les resultarian de la cultura de sus facultades intelectuales. Por otra parte, los hombres, cuando están

(1) *Infirmi est animi pati non posse divitias.* Séneca Epistol. 5.
— Plutarco observa sabiamente que así como no todos los temperamentos pueden resistir los efectos del vino, del mismo modo no todos los espíritus son capaces de una grande riqueza, sin embriagarse con ella y perder la razon.

Plutarco, vida de Luculo.

(2) *Dives aut iniquus, aut iniqui hæres.* S. Hieron. El rico es regularmente injusto, ó heredero del que lo ha sido. — Muchos malvados, dice el poeta Theognides, se hacen ricos, y muchos hombres de bien viven siempre pobres; mas nosotros no cambiariamos nuestra virtud por sus riquezas, porque la virtud siempre se posee, al paso que las riquezas mudan continuamente de dueño. *Poete Græci minores.*

A Sylla, que se vanagloriaba de su virtud, le dijo uno: Ah! como has de ser tú virtuoso, tú que no habiendo heredado de tu padre cosa alguna, te encuentras poseedor de tan inmensos bienes? Plutarco en la vida de Sylla. Un proverbio vulgar dice: *Nuestros padres á pulgadas, y nosotros á brazadas.*

dominados del deseo de las riquezas, son regularmente poco delicados encuanto á los medios de conseguirlas. *Toda ganancia dice Juvenal, gusta y complace, sea cual fuere su origen* (1).

Para lograr fortuna se necesita una conducta tan baja y rastrera, que los hombres de bien resisten y difícilmente se prestan á los medios que no cuestan nada á los que aspiran á enriquecerse á cualquier precio. En fin, nada es mas difícil que el adquirir grandes riquezas sin cometer grandes maldades. De aquí se deduce que la penosa ocupacion de labrarse uno á sí mismo su fortuna, es harto incompatible con la observancia escrupulosa de las reglas de la moral. La fortuna, si parece ciega en la distribucion de sus favores, es porque los hombres dignos de ellos no quieren comprarlos al precio que los vende. *Tan facil le es al sabio enriquecerse, decía Thales, como difícil que desee ser rico.*

« Solas las almas justas y buenas, dice Honero, pueden ser fácilmente curadas de sus enfermedades ». La moral inseparable siempre de las reglas inmutables de la equidad, no tiene preceptos capaces de reprimir á los hombres codiciosos, sin honor y sin probidad, que solo tratan de enriquecerse; sus lecciones parecerian ridiculas é importunas, si con noble osadía se dirigiesen á los juivuos cortesanos, á los

(1) *Lucri bonus est odor ex re quælibet.*

Juvenal, Satyr. 14. vers. 204.

cruels exactores , á esos infames publicanos que se ceban con la sangre de los puebllos , y sacian su sed con las lágrimas de los infelices. La equidad natural no seria escuchada de aquellos que están creídos que la voluntad de los príncipes hace justa la rapiña ó el robo , ni de esos hombres duros é inflexibles que fundan su interes en la desgracia de sus semejantes.

Tampoco prestarían oídos á los consejos y preceptos de la moral aquellos comerciantes , cuyas ganancias , aun las mas lícitas y permitidas por el uso y las leyes , no todas son igualmente conformes á la justicia y probidad : el mercader es regularmente juez y parte en su propia causa , y esto le hace inclinar la balanza al lado de su interes particular ; este interes le sugiere por lo comun mil sofismas que no tiene tiempo ni deseo de examinar con atencion. En suma , es menester mucha fortaleza y mucha virtud para que un comerciante no caiga en la tentacion de aprovecharse ya de las necesidades , ya de la ignorancia y sencillez de sus conciudadanos. En general , la moral , sea ó no atendida , dirá siempre á los hombres que sean justos , que repriman su codicia , que respeten la buena fe , que teman no llegue un dia en que se avergüezen de una fortuna adquirida á costa de la conciencia y de la probidad , porque en su posesion sufrirían el torcedor continuo de un remordimiento importuno ó los efectos de la indignacion pública , la deshonra y la afrenta.

Cuando la opulencia es fruto del trabajo de los antepasados , es todavia mas difícil que un heredero haya aprendido el arte de usar bien de ella. ¿ Como unos padres faltos de buenos principios , y destituidos de virtudes podrán inspirárselas á sus hijos ? La educacion de las personas opulentas no aspira comunmente á formar discípulos de corazon justo , sensible y benéfico : ademas que con dificultad consigue aficionarlos al estudio y á la reflexion. Los padres , ignorantes y poco afectos á la virtud siempre dejarán sus bienes á hijos que se les parezcan. Los avaros , los usureros , los estafadores , los monopolistas , los cortesanos , los que manejan las rentas públicas ¿ serán todos estos capaces de inspirar á sus descendientes pensamientos nobles y generosos , incompatibles con los medios de enriquecerse ? Ademas los padres codiciosos no saben ni aun enseñarles á conservar las riquezas que heredan ; así vemos constantemente que la opulencia mas enorme llega raras veces á una tercera generacion ; la locura de los hijos disipa en poco tiempo los tesoros acumulados por la injusticia de los padres. El hijo de un cort sano ó de un hombre de ánimo abatido , ¿ apreciará acaso la virtud ? Un padre fastoso y vano , sumergido en el lujo y la disolucion ¿ se dignará ocuparse en formar el alma de su hijo , mostrándole el modo de usar bien de los bienes que algun dia heredará ? Por último , el hijo de un hombre que nada en la

abundancia ¿ tendrá ni inclinacion ni deseo de adquirir por sí mismo la moderacion, la dulzura, las virtudes, los talentos y los conocimientos que le hagan un día feliz? Los hijos que nacen en el seno de la opulencia, no son por lo comun otra cosa que unos delirantes, que se les figura que todo les está permitido. *La hartura, dice Theógnides, produce la ferocidad.* (1)

Las fortunas enormes, las riquezas inmensas acumuladas en pocas manos, son indicios de un gobierno injusto, que procura poco la subsistencia y la felicidad del mayor número de sus súbditos. Cien familias con comodidad y medianía son mas útiles al estado que no un rico avaro ó mezquino, cuyos tesoros escondidos fomentarian la actividad de una provincia entera. Las riquezas bien repartidas producen el bien y la

(1) Plutareo observa, hablando de Sylla, que las riquezas produjeron en él un trastorno general, haciéndole feroz y cruel; y por esto dice este filósofo: « El dió motivo de condenar los grandes honores y las grandes riquezas, y de imputarlas que no permiten á los hombres el conservar sus primeras costumbres: sino que engendran en sus corazones la vanidad, el orgullo, la inhumanidad y la insolencia ». Plutareo, vida de Sylla. Los mas de los ricos se hacen aborrecer de los pobres, no solo por la envidia que excitan en ellos, sino aun mas por el mal que sin motivo alguno les causan, y por las incomodidades que les ocasionan. En las grandes ciudades sobre todo, el pueblo se ve de continuo impedido y embarazado en sus mas necesarios trabajos por los trenes y equipages de los grandes y ricos ociosos, que con la precipitacion que llevan siempre, huyendo del continuo fastidio que les ocupa, atropellan y echan por tierra impune y tranquilamente á cuantos infelices encuentran al paso.

felicidad de un estado; ellas aumentan la industria y conservan las costumbres, que la grande opulencia, lo mismo que la grande miseria, corrompen y destruyen. La inmensa fortuna embriaga al hombre, y le entorpece enteramente. *Los magníficos vestidos, dice Demófilo, son embarazosos al cuerpo, y las grandes riquezas al alma.* Por otra parte, una grande pobreza, como veremos muy pronto, estimula frecuentemente al crimen. No hay pais en donde se hallen ni tantos particulares ricos, ni tantos malhechores como en las naciones opulentas. Thales decia que « la república mejor ordenada es aquella en que ninguno es ni muy pobre ni muy rico ». El estado de medianía fue siempre el asilo de la probidad. El gobierno es muy imprudente y culpable, cuando inspira á sus súbditos una pasion desenfadada á las riquezas, y destruye en ellos de este modo todo pensamiento de honor y de virtud.

El filósofo Crates esclamaba: *O hombres! adonde os precipitais afanados por acumular riquezas, al mismo tiempo que descuidais la educacion de vuestros hijos á quienes debéis dejárselas! Nada modifica mas poderosamente á los hombres que la educacion, el ejemplo, la instruccion y las máximas de que los padres les dan los primeros impulsos. No es de admirar que se encuentren en las naciones infestadas del lujo, de la dissipacion y de la corrupcion de las costumbres,*

tantos ricos faltos enteramente de las dotes necesarias para hacerse felices por medio de las riquezas, y mucho menos dispuestos todavía á procurar el bien de los demas. El fausto, la ostentacion, la necesidad de *vivir segun su estado*, altamente ponderada por la vanidad, los enormes dispendios que cuestan los raros y esquisitos deleites, hacen que al hombre mas opulento no le quede nunca sobrante alguno: los mas cuantiosos bienes apenas le bastan para satisfacer todas las necesidades que su vanidad y el hastio de los placeres ordinarios crean en su imaginacion. No hay tesoros que sufraguen á los caprichos y estravagancias sin número que producen el lujo, la disipacion y el fastidio: las rentas de los reyes apenas podrán apagar la sed inestinguible de una fantasia caprichosa.

El fastidio, como ya hemos debido convencernos, es un verdugo que á nombre de la naturaleza castiga siempre y perpetuamente á los que no han aprendido á regular sus deseos, á vivir útilmente ocupados, y á usar con economía de sus placeres y recreos. ¿Porque vemos siempre á los grandes y á los ricos inquietos y agitados? Porque en el seno mismo de los honores, de la fortuna y de los placeres no gozan de nada; porque agotadas ya por ellos todas las diversiones y entretenimientos, seria menester que la naturaleza crease en su obsequio nuevos deleites, y nuevos sentidos. Opi para mesa, placeres sensuales, espectáculos,

gustos y placeres diferentes, nada los estimula ni interesa (1): nada los saca de su profundo sueño; en medio de las fiestas y diversiones mas bulliciosas el fastidio los asalta, y la imaginacion los atormenta persuadiéndoles que el placer se halla siempre donde ellos no se encuentran. De aquí esa agitacion, esa inquietud convulsiva que se advierte comunmente en los príncipes, los grandes y los ricos; parece que pasan su vida corriendo en busca de los placeres, sin gozar jamas de los que tienen á su vista: « El uno, dice Lucrecio, deja su magnifico palacio por distraerse del fastidio; mas pronto se arrepiente, porque ni es mas dichoso, ni está mas tranquilo fuera de él; el otro huye precipitadamente á sus haciendas de campo, como quien corre á apagar un incendio; mas apenas pone el pie en ellas cuando ya siente y padece un mortal fastidio..... y con la misma precipitacion vuelve á tomar el camino de la ciudad » (2).

Vivir útilmente ocupados, y hacer bien á sus

(1) *Ipsæ voluptates eorum trepide, et variis terroribus inquietæ sunt; subitoque, cum maximè exultantes, sollicita cogitatio: hæc quandiu?*

Séneca, de brev. vitæ, cap. 16.

(2) Lucrecio, lib. 3. — « Yo creia en otro tiempo, ó Panias! (dice Menandro por boca de un actor) que los que no se hallan necesitados á buscar la vida, gozaban de un dulce y tranquilo sueño, y que jamas esclamaban: ¡Cuan infeliz y desgraciado soy! Yo pensaba que solo el pobre dormia sin quietud en su lecho. Mas ahora veo que vosotros, que pasais por felices, no lo sois mas que nosotros ».

semejantes son los únicos medios de evitar el fastidio que atormenta á tantos ricos , para quienes no hay placeres en la tierra. Los placeres de los sentidos se agotan ; la satisfaccion pueril que puede dar la vanidad , desaparece cuando es habitual ; mas los placeres del alma se renuevan á cada momento , y el gusto inesplicable que resulta de la idea de la felicidad que por nuestra causa otros disfrutan , es un deleite libre de alteracion y fastidio. *Ocupaos en hacer felices para que lo seais* ; he aquí el mejor consejo que la moral puede dar á los ricos.

Aristóteles , hablando de las riquezas , dice que *unos no usan , y que otros abusan de ellas*. ¡ Cuan feliz sería el hombre rico , si supiera aprovecharse de las ventajas que la fortuna le concede ! ¿ Como el fastidio le asaltaría nunca , si con una alma tierna y sensible poseyese un entendimiento ilustrado ? Todo se cambiaria en placeres para el rico piadoso y benéfico. Enjugar las lágrimas del infeliz , ocurrir con socorros y consuelos á una familia afligida , reparar las injusticias del destino cuando este oprime al mérito desgraciado , recompensar liberalmente los servicios recibidos , desenterrar y dar á la luz pública los talentos sumidos en el abismo de la miseria , estimular el ingenio á útiles descubrimientos , saber gozar en secreto del placer de hacer felices sin descubrir al bienhechor , inspirar consuelo y alegría al corazón de un amigo angustiado , dar ocupacion y sub-

sistencia á la pobreza laboriosa con trabajos útiles á la patria , animar al desalentado labrador , merecer el tierno afecto y las bendiciones de los que le rodean ; hé aquí los medios seguros de disfrutar placeres durables y distintos , de calmar la envidia que causan siempre las riquezas , y aun de hacer perdonables los caminos y arbitrios con que las adquirieron tal vez los injustos predecesores. Los descendientes virtuosos pueden lograr que se dé al olvido el origen impuro de su opulencia : la indignacion y la envidia enmudecen á vista del buen uso que el hombre de bien sabe hacer de sus riquezas ; este se hace feliz en merecer la aprobacion y el aplauso de sus conciudadanos (1).

(1) La antigüedad nos presenta , en Plinio el jóven , un ejemplo interesante de lo que puede la opulencia compasiva y benéfica. Este grande hombre se muestra en sus cartas ocupado de continuo en favorecer á sus amigos y á cuantos le rodean : al uno le perdona sus deudas ; á otro le paga las que tiene : aumenta la dote de la hija de un amigo difunto , para que de este modo encuentre un casamiento ventajoso ; vende una posesion en menos de su valor para favorecer ocultamente á un sugeto á quien ama ; á otro amigo cuyo le pone en estado de vivir independiente y con reposo hasta el fin de sus dias ; funda una biblioteca en Como , su patria , y ademas una casa para asilo de huérfanos. En fin , él nos enseña con su ejemplo que una sabia economia , aun mas que su riqueza , le facilitó el medio de cumplir con su benéfico natural. Véanse las cartas de Plinio.

Iguales disposiciones hallamos en Gilias , ciudadano de Agrigento , el cual , segun Valerio Máximo , no se ocupó en toda su vida sino en usar de sus inmensas riquezas en favor de sus conciudadanos. El dotaba á las doncellas pobres : acudia al socorro de todos los infelices ; ejercia la hospitalidad indistintamente

En los campos es donde principalmente los ricos, lejanos de la pestilente atmósfera de las

con todos los extranjeros; traía toda especie de provisiones á su patria en tiempos de escasez; en una palabra, las riquezas de Gilias eran el patrimonio comen de todos los hombres, *Valerio Máximo, lib. 4. Cap. 8.*

Compárese la conducta de estos ricos con la de una multitud de millonarios estúpidos de nuestros días, que solo se ocupan en inventar locuras y caprichos para disipar su fortuna, ó en hallar medios de aumentarla. Los traficantes siempre codiciosos, los monopolistas cebados con las públicas calamidades, los ricos entregados á la disolucion, los hombres enteramente dados al lujo; nunca jamas se cuidan del bien público, en el cual no se creen de modo alguno interesados. ¿Que idea formará la posteridad de nuestro siglo, cuando sepa que en medio de París, de la capital de un reino opulento y poderoso, donde el lujo levanta todos los días monumentos tan costosos como inútiles, y entre tantas gentes que no saben que hacer de su dinero, no se encontraban personas tan generosas que contribuyesen á la reedificación de las escuelas de medicina, que bajo sus ruinas hacia ya mucho tiempo que estaban amenazando sepultar á los maestros y á los discípulos de una ciencia tan útil! El arte de curar ¿es posible que no interesase y que se tuviese en nada por aquellos mismos que mas sujetos están á enfermedades? Los teatros y coliseos ¿son acaso monumentos mas importantes que la estancia y morada de los que velan por la salud de todos los ciudadanos? ¿Que ignominia esta para una Capital, que sustentando en la abundancia y en el lujo legiones de laraantes, de cantoras y de bailarines, nada queria hacer en favor de los estudios largos y penosos de los sabios mas utiles á la sociedad! Al paso mismo que la Opera sacaba anualmente quinientos ó seiscientos mil francos de un público desocupado y ocioso, la facultad de medicina no poseia de rentas sino mil y ochocientos francos; sus profesores apenas tenían salario alguno; y el pobre se hallaba en la imposibilidad de solicitar el ser agregado á un cuerpo que hubiera honrado con su aplicacion y su mérito, si hubiese tenido proteccion? ¡O Atenienses! que niños sois aun!

ciudades, hallarán ocasiones de hacer un bueno y honroso uso de su opulencia, y de mostrarse ciudadanos. Mas, acostumbrados regularmente al aire corrompido de las grandes poblaciones, al torbellino de los placeres frívolos y á los vicios que para ellos se han convertido en necesidades, los ricos miran las capitales como á su verdadera patria y domicilio, y se imaginan que están desterrados en sus haciendas y posesiones, á menos de no llevar consigo los desórdenes, el bullicio y las funestas diversiones á que ya están habituados. Sin esto los rústicos placeres y la hermosura de la naturaleza les parecen insípidos; y es que los miseros ignoran el placer de hacer bien.

Sin embargo, estos placeres son mas sólidos y mas puros que no los que sacian su vanidad. ¿Puede ser comparada con ellos la fútil ventaja de llamar la atención del vulgo con trages, trenes, libreas, muebles y adornos costosos, y con todo el vano y despreciable aparato que tanto aprecia el lujo? El rico injusto ¿puede gloriarse de merecer la estimacion pública ostentando con insolencia á los ojos de sus pobres conciudadanos una magnificencia insultante? Temerosos de excitar la indignacion general, estos hombres que se sacian y ceban con la sustancia de los pueblos, ¿no harian mejor en ocultar del público una opulencia comprada con iniquidades y delitos? El amor propio de estos favorecidos de Pluto ¿puede acaso cegarlos

hasta el extremo de creer que una nacion oprimida porque ellos sean ricos, los perdonará la impudencia con que se atreven á ostentar el fruto de sus robos? No: los aplausos y rendimientos de los aduladores y de los gorristas que rodean su mesa, no les persuadirán jamas que tienen mérito; jamas acallarán las acriminaciones y remordimientos de una conciencia atribulada; su fausto y sus convites solo les darán envidiosos, mas no les grangearán amigos. Los convidados del que se ha enriquecido á costa del público, le ayudarán á consumir sus bienes; pero no le quedarán ni agradecidos ni obligados, porque miran los dispendios del rico como un deber, como una restitucion hecha á la sociedad, que á nombre de esta reciben los aduladores parásitos. El hombre vano y orgulloso no son amigos los que tiene, son lisonjeros mentirosos, dispuestos á volverle la espalda tan pronto como le falten las riquezas de que son partícipes (1).

Nos admiramos de que los grandes y los ricos se vean abandonados de todo el mundo luego que la fortuna los abandona á ellos; pero mas sería de admirar el que sus pretendidos amigos obrasen de otro modo. El rico ostentoso y pródigo lo es por su propia satisfaccion, no con

(1) Los viajeros dicen que hay mahometanos que tienen escrupulo de comer con los que se sospecha que han adquirido mal su fortuna. Un Califa de Bagdad se impuso á si mismo la ley de no comer ni vestirse sino del producto de su trabajo,

relacion á los otros; á su vanidad es á quien sacrifica su fortuna; porque le aplauden y celebran derrama su oro á manos llenas; y porque de este modo ejerce una especie de dominio en hombres abatidos é infames es por lo que él los convida á sus banquetes y festines; así que estos con razon consideran satisfechas sus obligaciones con él, si le pagan su necedad con el humo de sus inciensos. Efectivamente, este mismo hombre que tiene la locura de gastar en un convite sumas que bastarian para sacar de la miseria á una familia entera, es bien seguro que no tendria valor de hacer un gasto mucho menor, que fuese oculto é ignorado. Tambien lo es que este mismo hombre tan generoso al parecer, y tan noble y franco con los aduladores que le cercan, no les daría secretamente en dinero el importe de su convite.

Ni la benevolencia ni el deseo de hacer bien son los verdaderos móviles de la ostentacion, ni la causa de la ruina de los pródigos: una reconcentrada vanidad hace en ellos por lo comun las veces de bondad, de afecto, de amistad y aun de amor. Nada es mas frecuente que ver á un hombre rico arruinarse por una prostituta, á la cual, en el fondo de su corazon, no profesa amor alguno; él solo aspira á la gloria de desbancar á sus rivales, y de conseguir el triunfo de ellos á fuerza de dinero. Por otra parte, ¿como un hombre semejante podría gloriarse de poseer el corazon de una muger que

carece de sensibilidad con el uso continuo del deleite, y que está dispuesta siempre á preferir al amante que mas la dé?

Los gustos comunmente ruinosos que los ricos codician, raras veces son verdaderos y sinceros; por lo comun están fundados en la vanidad, la cual los persuade que así serán tenidos por hombres de un gusto raro y esquisito, por hombres no comunes, por hombres muy opulentos y felices. Con solo este fin un hombre rico, que en realidad carece de todo gusto, reúne á veces una inmensa coleccion de curiosidades que ignora, de libros que jamas leerá, de pinturas cuyos autores y mérito desconoce (1). Sin embargo es preciso convenir en que el fastidio tiene comunmente tanta parte como la vanidad en los gastos inútiles que deshacen y arruinan las mayores fortunas; él es sin duda el que hace pagar muy caro los objetos

(1) Así vemos frecuentemente que los artistas de lujo, los diamantistas, los sastres, los modistas, los revendedores de pinturas, etc., son por lo comun unas gentes poco delicadas en sus ganancias: acostumbrados á tratar con necios y descabezados, ellos suelen ser unos picaros engañadores. Por otra parte, con el trato de los grandes y poderosos adquieren el hábito de la fatuidad. Estas son las gentes que el lujo hace prosperar á costa y con perjuicio de los labradores y de los ciudadanos útiles! Júntense á estos las ramerás, las actrices, las encubridoras, las bailarinas y toda clase de viciosos y bribones, y he aquí el catálogo de las personas interesantes que la corrupcion de las costumbres hace prosperar y lucir: las que absorben las fortunas de los hombres mas opulentos, y las que obtienen muchas veces las recompensas del gobierno. *Mendici, nimæ, baltheones, hoc genus omne.* Horat. lib. 1. Satyr. 2. vers. 2.

que al instante disgustan, ó que á lo menos se miran como insípidos tan pronto como se poseen; al fastidio de los ricos se deben las producciones tan diferentes, tan variables, y algunas veces tan ridículas de la moda, que hacen perdonables al parecer todos los males que el lujo causa á las naciones.

Mas los consuelos pasajeros que da el lujo á las molestias y á la vanidad de algunos ricos ociosos, no deben ciertamente justificar los innumerables males que causa á los pobres, estos, á la parte mas numerosa de toda sociedad. El lujo solamente es ventajoso á sus mismos artifices; pero en cambio es dañosísimo á la clase verdaderamente útil y laboriosa de los ciudadanos. Lo que á un rico caprichoso le cuesta una obra magistral de pintura ó escultura, una soberbia tapicería, la talla y adorno de su palacio, un vestido bordado, una joya relumbrante é inútil, bastaria á veces para vivificar á muchas familias de honrados labradores, mucho mas necesarios al estado que no tantos artistas que solo sirven para recrear vanamente los sentidos. Enhorabuena, que el hombre de gusto admire las producciones sublimes de las artes, y haga justicia á los diversos talentos que recrean sus sentidos; mas el verdadero sabio, siempre sensible á las necesidades y aflicciones del mayor número, no podrá jamas preferir estas artes á las útiles y necesarias á la sociedad, que darian la subsistencia á millones

de infelices. Desmontar y hacer fértil una provincia para el bien de sus habitantes, secar pantanos y lagunas para dar salubridad al aire, cruzar canales que faciliten los transportes y riegos, son para un buen ciudadano objetos mas interesantes que los mas suntuosos palacios adornados con cuadros de *Rafael*, y con estatuas de *Miguel-Angel* en medio de los mas deliciosos jardines de *Le Nostre*.

Mas los ricos regularmente no están acostumbrados á ocuparse en hacer el bien que podrian al pueblo que desprecian; ellos prefieren el hacerle sentir el peso de su poder de un modo odioso y aborrecible; y lejos de disminuir la envidia de los pobres, hacen por irritarla con su conducta arrogante y tiránica. No parece sino que los hombres, á quienes la fortuna ha dado todos los medios de hacerse amables, solo se sirven de ellos para hacerse odiosos y aborrecibles. En vez de consolar y socorrer la miseria del pobre, los ricos solo parece que existen en la tierra para aumentar esta miseria: en vez de fertilizar los terrenos áridos y estériles, la opulencia y el poder se empeñan únicamente en destruirlos y asolarlos. ¿Puede ser el hombre feliz cuando no ve á su alrededor sino infelices y miserables? ¿Las riquezas pueden tener algo de lisonjero y halagüeño, cuando solo acarrear el odio y las maldiciones de los mismos de quienes pudieran conciliarlos la buena voluntad?

CAPITULO IX.

Deberes de los Pobres.

Con cuanta indignacion un corazon sensible mirará el lujo, al ver que endurece el alma de los príncipes, de los grandes, y de los ricos, forjándoles necesidades infinitas y siempre insaciables que les impiden consolar y socorrer las miserias de los pueblos, porque no les dejan sobrante alguno para hacerlo! ¿Con que ojos verá una sana política la aversion que el lujo inspira á los ricos hácia la vida campestre que sus riquezas debieran reanimar? ¿No es forzoso que gima al ver esas campiñas que en vez de ser auxiliadas con brazos que las cultiven, se hallan despobladas por solo aumentar el número inútil de los criados de la indolente opulencia? En fin, ¿todo hombre de bien no ha de llenarse de dolor y sentimiento al ver que tantos sirvientes, corrompidos con el ejemplo de sus amos, comunican á las últimas clases de la sociedad la corrupcion y los vicios que han adquirido en las ciudades?

En un estado corrompido, las influencias del lujo, funestas para los ricos de quienes trastorna el juicio, se dejan sentir de un modo mas cruel todavía á los pobres, y á los que

de infelices. Desmontar y hacer fértil una provincia para el bien de sus habitantes, secar pantanos y lagunas para dar salubridad al aire, cruzar canales que faciliten los transportes y riegos, son para un buen ciudadano objetos mas interesantes que los mas suntuosos palacios adornados con cuadros de *Rafael*, y con estatuas de *Miguel-Angel* en medio de los mas deliciosos jardines de *Le Nostre*.

Mas los ricos regularmente no están acostumbrados á ocuparse en hacer el bien que podrian al pueblo que desprecian; ellos prefieren el hacerle sentir el peso de su poder de un modo odioso y aborrecible; y lejos de disminuir la envidia de los pobres, hacen por irritarla con su conducta arrogante y tiránica. No parece sino que los hombres, á quienes la fortuna ha dado todos los medios de hacerse amables, solo se sirven de ellos para hacerse odiosos y aborrecibles. En vez de consolar y socorrer la miseria del pobre, los ricos solo parece que existen en la tierra para aumentar esta miseria: en vez de fertilizar los terrenos áridos y estériles, la opulencia y el poder se empeñan únicamente en destruirlos y asolarlos. ¿Puede ser el hombre feliz cuando no ve á su alrededor sino infelices y miserables? ¿Las riquezas pueden tener algo de lisonjero y halagüeño, cuando solo acarrear el odio y las maldiciones de los mismos de quienes pudieran conciliarlos la buena voluntad?

CAPITULO IX.

Deberes de los Pobres.

Con cuanta indignacion un corazon sensible mirará el lujo, al ver que endurece el alma de los príncipes, de los grandes, y de los ricos, forjándoles necesidades infinitas y siempre insaciables que les impiden consolar y socorrer las miserias de los pueblos, porque no les dejan sobrante alguno para hacerlo! ¿Con que ojos verá una sana política la aversion que el lujo inspira á los ricos hácia la vida campestre que sus riquezas debieran reanimar? ¿No es forzoso que gima al ver esas campiñas que en vez de ser auxiliadas con brazos que las cultiven, se hallan despobladas por solo aumentar el número inútil de los criados de la indolente opulencia? En fin, ¿todo hombre de bien no ha de llenarse de dolor y sentimiento al ver que tantos sirvientes, corrompidos con el ejemplo de sus amos, comunican á las últimas clases de la sociedad la corrupcion y los vicios que han adquirido en las ciudades?

En un estado corrompido, las influencias del lujo, funestas para los ricos de quienes trastorna el juicio, se dejan sentir de un modo mas cruel todavía á los pobres, y á los que

solo tienen una fortuna limitada : todos estos quieren imitar á lo lejos los modales , los dispendios y el fausto de los opulentos y grandes , cada cual se avergüenza de su pobreza , y procura ocultarla con el adorno y composura exterior : el pobre y el hombre de cortas facultades , llevados del torrente , se ven precisados á seguir el tono pomposo que los ricos , los grandes , y principalmente las mugeres , casi siempre frivolas y vanas , dan á la sociedad. Asi todo el mundo se cree obligado á excederse en gastos , so pena de no poder alternar con los que , en vez de ostentar su opulencia é inhumanidad , debieran mas bien consolar y socorrer al menesteroso ; este de consiguiente se ve en la precision de salir de su estado , pues que no le basta ser pobre para ser socorrido. De este modo el infeliz y miserable que se encuentra en la necesidad de recurrir á los grandes y poderosos , se halla en el duro aprieto , para no verse ultrajado y despedido por unos criados insolentes , de hacer gastos que no puede siempre que ha de presentarse á sus protectores , porque temería incomodarlos y ofenderlos , si en su exterior les manifestase su infortunio ; y en fin , se arruina por no verse menospreciado y desatendido , sin llegar nunca á conseguir socorro alguno , cuando en esta esperanza ha perdido lo poco que tenia.

¡ He aqui como los ricos incapaces de hacerse felices á sí mismos , lejos de prestar consuelo

alguno ó de contribuir al bienestar de los otros , les hacen contraer sus mismas enfermedades ! La epidemia de la Corte , estendiéndose á las ciudades , pronto trasciende á las aldeas y á los campos , llevando consigo la semilla de todos los vicios , de todos los desórdenes , y aun de todos los delitos. Asi es como la vanidad se propaga ; así el gusto de la ostentacion y del ornato , fatal á la inocencia , se apodera del corazon del pueblo ; así la indolencia y la pereza reemplazan el amor del trabajo ; así , en fin , las buenas costumbres se pierden en el ocio , y este llena la sociedad de ladrones , de foragidos , de malvados , de asesinos y de prostitutas , á quienes el terror de las leyes no puede reprimir en modo alguno. Un mal gobierno , que desanima al pobre y le envilece con indignas preocupaciones , le obliga á que se entregue al crimen , el cual no puede ser contenido sino á costa de muchas victimas. Esta severidad sin embargo no corrige á nadie : el que envilece á los hombres , los incita á osarlo y á emprenderlo todo ; el que los hace infelices y miserables , le quita á la muerte misma cuanto tiene de terrible para ellos. Haced feliz al pobre , libradle de la opresion , y le veréis como trabaja , como ama la vida , como teme pederla y vive contento con su suerte.

El despotismo ha multiplicado siempre los perezosos y holgazanes. El ejemplo y la opresion de los ricos y de los poderosos corrompen

la inocencia del pobre; este á causa de su miseria se ve precisado á prestarse á los vicios de aquellos de quienes necesita para subsistir. Con el dinero el hombre corrompido y disoluto facilmente consigue seducir á una jóven, la cual se prestará á sus designios estimulada del deseo del lujo: con el dinero hará á sus mismos padres cómplices de su deshonor: en fin, el oro, que de todo triunfa, hace que el necesitado se preste de continuo á los caprichos y á los delitos de los que se valen de él.

Por otra parte el pobre, abrumado de la idea de su propia debilidad y flaqueza, mira al hombre opulento como una criatura de una especie diferente de la suya, y exclusivamente feliz; así le imita en cuanto puede, se hace codicioso y vano como el rico; desea por consiguiente enriquecerse á fin de gozar de las preeminencias que juzga inseparables de las riquezas, pareciéndole mejores los mas pronto medios, sean cuales fueren (1). De este modo, el pobre disgustado del trabajo se hace á los principios vicioso, y despues criminal, buscando en el robo y la rapiña los medios de subsistir que le daria una honesta ocupacion.

La codicia de un gobierno tiránico, las es-

(1) *Nec plura venena
Miscuit, aut ferro grassatur sapias allum
Humana mentis vitium, quàm suava cupido
Invadit sensus.*

Juvenal, Satyr. 14, vers 175 et seq.

torsiones

torsiones de tantos hombres que quieren hacerse ricos de la noche á la mañana, y los funestos ejemplos de los ricos libertinos pueblan las sociedades de un sinnúmero de holgazanes, de vagamundos y de malecheros, incorregibles á pesar de toda la severidad de las leyes. El rigor de tantos impuestos, de tantas cargas y de tanta servidumbre aburre y distrae al labrador de un trabajo que se le hace insufrible; así es que no trabaja cuando ve que todas sus penalidades y sudores no le producen cosa alguna, ni le prestan medios de subsistir, y mas quiere ser ó mendigo ó ladron, que cultivar una tierra ingrata que la tiranía le obliga á detestar.

Nada manifiesta y acredita tanto la negligencia y la dureza de un gobierno como la mendicidad. En un estado bien constituido todo hombre sano y robusto debe estar útilmente ocupado: aquel cuya suerte infeliz y miserable ó cuyas enfermedades le impiden trabajar, tiene derecho á la humanidad de sus semejantes (1), y debiera ser socorrido y cuidado de sus conciudadanos, sin que le fuese permitido buscar su subsistencia por medio de una vida vagamunda, las mas veces viciosa y criminal. Por poco que se reflexione se conocerá que esos suntuosos hospitales, que una

(1) La honrosa pobreza, dice Helvecio, no tiene otro patrimonio que los tesoros de la virtuosa opulencia.

De l'Esprit, Disc. 2. cap. 6. pag. 31. edic. en 4.

Tomo II,

K

piedad mal entendida erige en medio de las ciudades, no producen regularmente otro efecto, á pesar de sus enormes dispendios, sino el de aumentar las miserias y desgracias de los pobres, y no el de su alivio y socorro. Una humanidad mas reflexiva daria á los enfermos socorros mayores y mas eficaces en sus propias casas, y economizaria los enormes gastos de una ruinosa administracion.

Una compasion imprudente multiplica tambien en el seno de las naciones una clase de infelices que se llaman *pobres vergonzantes*: no hay un abuso mayor que la beneficencia ejercitada con los pobres de esta naturaleza, los cuales regularmente no son otra cosa que unos holgazanes orgullosos. El pobre no debe avergonzarse de su miseria, puesto que con ella enternece los corazones sensibles, y merece los socorros señalados por la sociedad. El hombre que ha llegado á la indigencia, debe renunciar enteramente á su antigua vanidad, y conformarse con su estado humilde; el infeliz no interese ni compadece cuando es orgulloso. En fin, en vez de entregarse á las preocupaciones y quimeras de un perezoso orgullo, todo hombre pobre y desdichado debe buscar en un trabajo honesto el recurso contra su desgracia, cualquiera que haya sido su condicion ó clase anterior.

La humanidad, la justicia y el interes general de la sociedad claman á una á los soberanos

que no reduzcan á la miseria y mendicidad á tantos ciudadanos, y que ejerzan alguna compasion con los pueblos, cuyas tareas y felicidad perturban y trastornan tan cruelmente, reduciéndolos á la desesperacion. Lejos de la sana politica esas máximas horribles que persuaden á muchos príncipes que los pueblos deben estar sumidos en la miseria, para ser gobernados con mas facilidad. La opresion y la violencia no harán jamas sino viles y torpes esclavos, ó perversos resueltos y arrojados que se burlarán de las leyes y de los suplicios, con tal que puedan vengarse de las continuas injusticias que sufren. A los príncipes toca de justicia el consolar eficazmente á los infelices y atraerlos á la virtud, la cual la moral les predicará en vano, mientras que los mismos gobiernos los obliguen al crimen.

Acostumbrado desde su infancia el hombre del pueblo á trabajos penosos; no está su desgracia en que trabaje; lo está en que su trabajo es excesivo, y no le suministra medios de subsistir. La pobreza, se dice comunmente, es madre de la industria; pero tambien es madre del delito, si solo es recompensada con crueles y gravosos impuestos. Entonces, cambiándose en furor, es fatal y temible á la sociedad.

Una sabia administracion debe hacer de modo que el pobre esté ocupado; debe por el bien de la sociedad alentarle al trabajo, necesario á la conservacion de sus costumbres, á la propia

subsistencia y á su felicidad. No hay en política una máxima mas falsa y peligrosa que la que ordena favorecer la ociosidad del pueblo. El verdadero origen de la corrupcion de los Romanos provenia evidentemente de la pereza á que arrastraban al pueblo las distribuciones frecuentes de granos y los espectáculos continuos que le daban los ambiciosos que de este modo procuraban captarse su auxilio y favor ó adormecerle en su esclavitud. Bajo los tiranos que asolaron este imperio tan poderoso en lo antiguo, el pueblo ya depravado se mostraba indiferente á las crueldades que estos monstruos ejercian con los ciudadanos mas ilustres: su deseo y su ansia eran *pan y espectáculos* (1).

(1) *Panem et circenses.* Juvenal, Sát. 10. verso 81. Plutarco dice que Jerjes, queriendo castigar á los Babilonios por una revolucion, les obligó á dejar las armas, á danzar, cantar y entregarse á todo genero de disolucion. — « Numa repartió las tierras entre los ciudadanos pobres para que, sacados de la miseria, se viesen libres de la necesidad de obrar mal, y para que, dados á la vida campestre, se suavizasen sus costumbres, y cultivasen su entendimiento cultivando los campos ». Plutarco, vida de Numa. — Las turbulencias de Atenas, y las locuras y desórdenes que echaron por tierra esta república, deben atribuirse á las extravagancias y á la perversidad de los ciudadanos ociosos y los pobres llamados *Thetes*, cuyo ánimo se habia corrompido con la holgazaneria, con las adulaciones de los Oradores y con los continuos espectáculos. Los Atenieses, en general, tenían ingenio, destreza y gusto, mas poca ó ninguna virtud; por tanto cuidaban de oprimirla y castigarla siempre que ofendia sus enfermizas y envidiosos ojos.

Véase la Economía de Xenofonte.

Por esta cosa el mismo Neron fue un príncipe adorado en vida, y sentido en muerte.

Una política ilustrada debiera procurar que el mayor número de los ciudadanos poseyesen alguna propiedad territorial, aunque fuese corta; la propiedad, fijando al hombre en su heredad, le hace amar su país, estimarse á sí mismo, y temer la pérdida de los bienes que disfruta. No hay patria para el desgraciado que nada tiene. Mas en casi todos los países, los ricos y potentados todo lo han invadido; ellos se han apoderado de los campos para no cultivarlos, ó cultivarlos poco y malamente. Bosques sin término, jardines dilatados, montes espesos y sin fin ocupan terrenos que bastarian para emplear todos los brazos de cuantos ociosos y holgazanes llenan las ciudades y los pueblos. Si los ricos renunciasen en favor de los pobres necesitados las posesiones superfluas que poseen, y de las que no sacan provecho alguno, sus propias rentas se verian considerablemente aumentadas, la tierra seria mejor cultivada, los cosechas fueran mas abundantes; y los pobres, que tan incómodos y molestos son á la nacion, se harian unos ciudadanos tan útiles y felices quanto su estado lo permite. Gelon llevaba consigo á los Siracusanos á los campos, á fin de estimularlos así á la agricultura.

No nos engañemos, la pobreza no escluye

la felicidad ; (1) antes bien puede gozarla con mas seguridad , por medio de un trabajo moderado , que no la opulencia perpetuamente entorpecida ó incesantemente agitada con las necesidades continuas de su loca vanidad. La pobreza ocupada tiene buenas costumbres ; la pobreza teme disgustar y ofender ; la pobreza es compasiva ; el indigente es sensible á los males de sus semejantes , porque se considera espuesto á ellos : si el pobre carece de muchos deleites y placeres , tampoco siente el tedio y el fastidio propios del rico , que hastiado y sin fuerzas con nada se deleita , ni halla placeres algunos que le muevan. Los deseos del pobre son limitados como sus necesidades : contento con su subsistencia , no se afana por lo venidero ; y como es poco lo que posee , se encuentra libre de los sobresaltos é inquietudes que turban de continuo el reposo de la opulencia y de la grandeza , que tan envidiables sin embargo suelen parecerle : en fin , el que no recibe nada de la fortuna , nada puede temer de ella. « La « pobreza , dice Epicuro , es una cosa muy « estimable , con tal que viva tranquila y con- « tenta con su suerte : el hombre es rico luego « que ha lle,ado á familiarizarse con la escasez : « no es pobre el que tiene poco , sino aquel « que , teniendo mucho , desea todavía tener

(1) *Neque divitibus contingunt gaudia solis ?
Nec vixit malè , qui natus moriensque sefelit.*

Horat. Epist. XVII. lib. 1. vers. 9. 10.

« mas... ¿ Quieres ser rico ? añade el mismo ,
« pues no te afanes en aumentar tus bienes ,
« sino en disminuir tu codicia (1).

Del seno de la pobreza es de donde por lo comun salen la ciencia , el ingenio y los talentos. Homero , poeta inmortal de la Grecia , hizo inmortales á muchos héroes famosos cuyos nombres , á no ser por él , estarían sepultados en un eterno olvido. Virgilio , Horacio , Erasmo , nacieron en la oscuridad. A los grandes talentos de los hombres , que la necesidad misma ha creado , son deudores de su gloria los reyes , los conquistadores y los grandes generales. Las sociedades deben sus mayores descubrimientos al estudio y á las luces de los sabios , que por lo comun han vivido en pobreza y miseria ; á tales hombres , tan despreciados por los grandes orgullosos y por los ricos soberbios , deben estos todos sus bienes y placeres.

¿ Con que derecho los ricos y los grandes pueden despreciar al pobre ? Por el contrario , este debiera hallar en ellos unos bienhechores y unos apoyos contra la violencia y los rigores de la suerte ; en vez de ultrajarle con crueles desprecios , debieran mirarle como un individuo

(1) El camino mas pronto de enriquecerse , segun Séneca , es menospreciar las riquezas. *Brevissima ad divitias , per contemptum divitiarum , via est.* Séneca , Epist. 88. — El mismo dice en otra parte, *Si ad naturam visis , nunquam eris pauper ; si ad opiniones , nunquam eris dives.* Reprimiendo el lujo , un Rey podrá de repente enriquecer toda su Corte y consolar á todo su pueblo.

interesante por su misma miseria, necesario á su felicidad, y muchas veces superior á ellos por sus respetables talentos. Reflexionen los ricos y los grandes que la indigencia ó la medianía gozan acaso en su cabaña de una felicidad pura y no conocida de los mortales que habitan suntuosos palacios erigidos por el crimen. (1) El indigente dominado de la envidia, debe convencerse de que la inocencia ocupada es infinitamente mas feliz y dichosa que no la grandeza y la opulencia, rara vez capaces de limitar sus deseos.

El pobre, pues, debe consolarse y vivir resignado con su humilde fortuna; y siempre que trabaja útilmente en obsequio del rico tiene derecho á su piedad y beneficencia. Si él necesita de los ricos y de los grandes, es muy justo que les muestre la sumisión, la deferencia, los respetos y las consideraciones que estos pueden exigir en cambio de su asistencia y proteccion. El pobre debe esforzarse por grangear su benevolencia valiéndose de unos medios honestos y legitimos, de la dulzura, de la paciencia y de las demas virtudes necesarias á su clase; mas no con las bajezas é infamias que el vicio tiránico y despótico pretenda exigir de él. Cuando en los grandes halle

(1) *Licet sub paupere tecto,
Reges et regum vitâ præcurrere amicos.*

Horat, Epist. 10. lib. 1. vers. 32 et 33.

unos protectores de su flaqueza, y en los ricos unos consoladores de su miseria, debe el pobre pagarlos con su agradecimiento; pero jamas un débil temor ó una indigna complacencia han de hacerle sacrificar su honor y su conciencia. El honor del pobre, lo mismo que el del ciudadano mas ilustre, consiste en atenerse firmemente á la virtud. La probidad, la buena fe, la reetitud y la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, son prendas mas honrosas que la opulencia ó la grandeza, cuando en estas no se encuentran aquellas virtudes. Hay cosa alguna mas noble y respetable que la virtud que persiste firme y constante en medio de la miseria, y que rehuza salir de ella con aquellos medios injustos que los ricos y los grandes, sin necesidades algunas urgentes, no se avergüenzan de emplear y seguir? La pobreza noble y esforzada de un Aristides, ó de un Curio; no fue mas honrosa que la opulencia de un Craso ó de un Trimalcion?

Si la virtud es amable en cualquier estado que se encuentre, mucho mas venerable es todavia y mas interesante en la indigencia miserable. La probidad se halla mas comunmente en la medianía contenta con su suerte, que en la grandeza ambiciosa y siempre inquieta, que en la opulencia siempre codiciosa, y que en la profunda miseria tan fácil al delito ó al mal.

Seria casi imposible entrar en el pormenor

de los deberes que la moral impone á las diversas clases en que están distribuidas las naciones : así que se contenta con hacer presente á todas ellas que la probidad , la virtud y la integridad no solo son necesarias para ser cada uno respetable en su esfera , sino que ademas pueden ser útiles á su fortuna. Un mercader arreglado y de buena fe , que se ha grangeado la reputacion de no engañar á nadie , será preferido á todos sus concurrentes ; y las pequeñas ganancias que hará , acompañadas de una conducta prudente y económica , le producirán seguramente una riqueza que no le darian el fraude y el engaño : el que una vez ha sido evidentemente engañado , no se deja engañar la segunda. El artesano racional , atento y de buena conciencia es buscado con preferencia al que su negligencia , su disolucion y sus vicios hacen bribon y falto de palabra.

La moral es una misma para todos los hombres , grandes ó pequeños , nobles ó plebeyos , ricos ó pobres : sus lecciones están al alcance del Monarca y del labrador ; á todos les son igualmente útiles y necesarias ; y su práctica da iguales derechos á la estimacion pública. Un príncipe cuyas injusticias hacen infelices y miserables sus estados , ¿ es acaso mas apreciable que el labrador que los vivifica con su labranza y sus cosechas (1) ? Un ciudadano laborioso

(1) Los antiguos dedicaron á los inventores de la agricultura. Los Escitas decian que el arado les habia venido del cielo.

¿ no es preferible á tantos grandes inútiles á la patria que devoran ? Un honrado comerciante y un artesano industrioso ¿ merecen ser comparados con un señor injusto que se niega á pagar lo que les debe ? En fin el literato indigente y miserable , que consagra sus tareas y vigiliias á la instruccion ó al inocente recreo de sus conciudadanos ¿ no merece ser mas querido y respetado , que no el imbecil opulento que afecta despreciar los talentos ?

El hombre pobre , que vive de su trabajo y de su industria , no sea , pues , despreciado de esos hombres altivos y soberbios que le tienen por de una especie diferente á la suya. El ciudadano oscuro no gima ni se avergüence de su suerte , no se tenga por desgraciado , no se menosprecie á sí mismo cuando cumple honestamente con sus obligaciones en la sociedad. Contento con su estado , no envidie á los artesanos inquietos , á los grandes atormentados de deseos y perturbados de continuas agitaciones , ni á los ricos con nada satisfechos. La medianía , como constituida en un buen medio , logra del movimiento equilibrado de este mundo , sin experimentar sus vaivenes.

El labrador tan respetable en sí mismo como despreciable de los insensatos á quienes ali-

Entre los modernos , el labrador es un ente vil , excluido de todo privilegio , despreciado , y de continuo maltratado de los ricos y nobles , y por lo comun destruido y aniquilado por los Gobiernos.

menta, viste y enriquece, dése la enhorabuena de ignorar el sinnúmero de necesidades, de fruslerías y de tormentos que alligen noche y día á los favorecidos de la fortuna. El morador de los campos, en su pacífico albergue, conozca la felicidad de verse libre de los cuidados y pesadumbres que en las ciudades se introducen y asaltan á los cortesanos bajo sus artesonados y relucientes techos. No envidie ni cambie su cama de paja, en la que descansa tranquila y profundamente, por el lecho de pluma, donde el crímen agitado de continuo, en vano busca el sueño y el descanso. Sepa apreciar la salud y el vigor que le prestan su frugal y sencilla comida, comparando su robustez y sus fuerzas con la flaqueza y las enfermedades de esos desarreglados, cuyo apetito ya no se irrita con los más estimulantes manjares (1). Cuando, al ponerse el sol, entra en su morada, y halla dispuesta su simple comida de manos de su laboriosa consorte, rodeándole sus amantes hijos, que gozosos de su vuelta le festejan y acarician, ¿no debe preferir su suerte á la de tantos ricos, fugitivos siempre de su propia casa, donde solo hallan por lo comun mugeres insufribles é hijos desobedientes? Aprenda, pues,

(1) Virgilio ha pintado bien la felicidad del labrador en estos versos:

*Interea dulces pendent circum oscula nati;
Casta pudicitiam servat domus; ubera vaccae
Lactea demittunt, etc.*

Vigil. Georg. lib. 3. vers. 522.

el labrador á vivir contento con su estado; viva íntimamente persuadido de que el que alimenta y hace feliz á su patria, es más dichoso, mas libre y mas estimable que el grande envilecido, que el guerrero feroz, que el cortesano servil, y que el codicioso traficante, todos los cuales hambread y desolan la patria, sin lograr hacerse felices á sí mismos á pesar de todos los daños y males que causan á sus conciudadanos.

No hay duda que la felicidad existe aun para aquellos hombres que la opulencia y la grandeza miran como la escoria de la naturaleza humana, á los cuales por lo tanto se interesan muy poco en consolar y socorrer. Para los pobres existe tambien una moral, mejor acogida en sus sencillas almas, que no en los espíritus exaltados, incapaces de ser convencidos, ó que en los corazones empedernidos, á los cuales no hay cosa que pueda enternecer. Es mucho mas fácil dar á conocer las ventajas de la equidad en que su flaqueza espone á la opresion, que no á los príncipes, á los nobles y á los ricos, que fundan su felicidad y su gloria en la facultad de oprimir. Mas bien se consigue excitar afectos de humanidad y compasion en el que sufre y padece con frecuencia, que no en esos hombres á quienes su estado parece que les preserva de las miserias de la vida. En fin, cuesta mucho menos trabajo contener las pasiones húmidas del pobre, á quien sus mi-

serias no han conducido al crimen todavía, que no las pasiones indómitas y furiosas de los tiranos, para quienes á su parecer nada hay que temer sobre la tierra. La feliz ignorancia en que el pobre vive de mil objetos distintos que atormentan el corazón del rico, le exime de un sinnúmero de necesidades y deseos; y acostumbrado á todo género de privaciones, se abstiene de las cosas dañosas de que otras gentes no pueden privarse sin dolor.

Por esta razón los moralistas, que ordinariamente solo se proponen la instruccion de las clases mas florecientes y elevadas de la sociedad, no debieran desdeñar la de los hombres menos favorecidos del destino; proporcionando las lecciones de la moral al estado y á la capacidad del pobre, el sabio se haria merecedor de otra tanta gloria, y recogeria mayores frutos de este modo, que anunciando solamente á los poderosos de la tierra verdades ó infructuosas ó desagradables para ellos. Mas al pueblo se le mira por lo comun como á un vil rebaño, incapaz de reflexionar y de instruirse, y al cual se le debe mantener en el error y la ignorancia para mejor y mas impunemente oprimirle.

CAPITULO X.

Deberes de los Sabios, de los Literatos, de los Artistas.

EN todo tiempo, y en todos los países, los talentos del alma han merecido á los que los poseian el aprecio y la consideracion de sus conciudadanos, y han tenido entre ellos un lugar honroso y distinguido. En el origen de las naciones los hombres mas ilustrados, los mas instruidos, los mas experimentados adquirian tanto crédito y tal ascendiente sobre los pueblos, que estos recibieron con reconocimiento las leyes que les dictaron, mirándolos como oráculos y como á unos seres sobrenaturales. Los *Sacerdotes* en el Egipto, los *Magos* en la Persia, los *Bracmanes* en el Indostan, los *Caldeos* en la Asiria, los *Filósofos* entre los Griegos, fueron por sus luces unos personajes respetados igualmente de los soberanos y de los pueblos, á quienes eran útiles por sus conocimientos, por su ciencia y por sus descubrimientos, fruto de sus trabajos y de sus meditaciones. La historia los califica de inventores de la mitología, de la religión, del culto y de la legislación que se establecieron en la mayor parte de las naciones del mundo. Los primeros sabios fueron los primeros soberanos, *Aquellos*, dice el grande

serias no han conducido al crimen todavía, que no las pasiones indómitas y furiosas de los tiranos, para quienes á su parecer nada hay que temer sobre la tierra. La feliz ignorancia en que el pobre vive de mil objetos distintos que atormentan el corazón del rico, le exime de un sinnúmero de necesidades y deseos; y acostumbrado á todo género de privaciones, se abstiene de las cosas dañosas de que otras gentes no pueden privarse sin dolor.

Por esta razón los moralistas, que ordinariamente solo se proponen la instrucción de las clases mas florecientes y elevadas de la sociedad, no debieran desdeñar la de los hombres menos favorecidos del destino; proporcionando las lecciones de la moral al estado y á la capacidad del pobre, el sabio se haría merecedor de otra tanta gloria, y recogería mayores frutos de este modo, que anunciando solamente á los poderosos de la tierra verdades ó infructuosas ó desagradables para ellos. Mas al pueblo se le mira por lo comun como á un vil rebaño, incapaz de reflexionar y de instruirse, y al cual se le debe mantener en el error y la ignorancia para mejor y mas impunemente oprimirle.

CAPITULO X.

Deberes de los Sabios, de los Literatos, de los Artistas.

EN todo tiempo, y en todos los países, los talentos del alma han merecido á los que los poseían el aprecio y la consideracion de sus conciudadanos, y han tenido entre ellos un lugar honroso y distinguido. En el origen de las naciones los hombres mas ilustrados, los mas instruidos, los mas experimentados adquirian tanto crédito y tal ascendiente sobre los pueblos, que estos recibieron con reconocimiento las leyes que les dictaron, mirándolos como oráculos y como á unos seres sobrenaturales. Los *Sacerdotes* en el Egipto, los *Magos* en la Persia, los *Bracmanes* en el Indostan, los *Caldeos* en la Asiria, los *Filósofos* entre los Griegos, fueron por sus luces unos personajes respetados igualmente de los soberanos y de los pueblos, á quienes eran útiles por sus conocimientos, por su ciencia y por sus descubrimientos, fruto de sus trabajos y de sus meditaciones. La historia los califica de inventores de la mitología, de la religión, del culto y de la legislación que se establecieron en la mayor parte de las naciones del mundo. Los primeros sabios fueron los primeros soberanos, *Aquellos*, dice el grande

autor del espíritu de las leyes, que habian inventado las artes, hecho la guerra en defensa de los pueblos, reunido los hombres dispersos y errantes, ó que les habian adquirido y dado terrenos, obtenian de ellos el reino, y le transmitian á sus descendientes. Ellos eran reyes, sacerdotes y jueces ».

Así la consideracion pública no fué estéril ni mezquina para con estos hombres divinos y raros: los Sacerdotes, además del respeto público de que gozaban, fueron ricamente dotados por la gratitud nacional; y aun obtuvieron inmunidades, gracias y privilegios que les facilitaron el aplicarse tranquilamente á sus meditaciones, á sus cargos respetables, y á las investigaciones útiles y provechosas para la sociedad. Por consecuencia, estos personajes reverenciados, y dados á la contemplacion y á la esperiencia, pudieron hacer descubrimientos útiles ó curiosos, y los pueblos hubieron de tenerlos por entes de un órden superior, que tenian trato con el cielo. Las naciones debieron á estos primeros sabios la teología, la astronomía, la geometría, la medicina, la física, y un gran número de artes útiles ó agradables á la vida. Por informes é imperfectas que fuesen las primeras nociones de estos especuladores, ellas no obstante debieron parecer sublimes á unos salvages faltos de esperiencia; y para hacerlas mas respetables aun, se las

(1) Véase *L'esprit des lois*, lib. 1.

cubrió con el velo de las alegorías, enigmas y misterios, los cuales, solamente entendidos de los sacerdotes, sirvieron para perpetuar el poder y ascendiente de estos sobre los pueblos.

De esta manera, la ciencia, los talentos, la industria y el artificio elevaron á los sabios sobre los demas hombres; así los sacerdotes, que poseian esclusivamente los conocimientos interesantes á las naciones, fueron mirados como sus guías y directores; así eran tenidos por intérpretes de los dioses, y á su presencia se postraban los principes y los pueblos. Se ve, pues, que la utilidad social ha sido el origen primitivo de la veneracion que los hombres han mostrado en todos los siglos al sacerdocio, como tambien de los honores, de las riquezas y de los privilegios con que tan ampliamente ha sido recompensado.

Este es el verdadero origen de las ciencias y de las artes, que de siglo en siglo se han ido perfeccionando mas ó menos, y que el transcurso del tiempo puede enriquecer aun con nuevos descubrimientos. Los pueblos ignorantes fueron siempre curiosos, inquietos y supersticiosos; embelesados con el espectáculo de los astros, sus débiles ojos no descubrieron en ellos sino objetos de admiracion; los sacerdotes observadores ostentaron el secreto de leer en ellos sus destinos: esta curiosidad produjo la astronomía, la cual en los principios no fue sino la *astrologia judiciaria*, ciencia falaz

y engañosa, que los posteriores conocimientos han hecho justamente despreciable á las personas sensatas. Para el hombre inesperto todo es milagro; por consecuencia la medicina, la física, la química, la botánica, *etc.*, en su cuna fueron ciencias *mágicas*, fundadas en el supuesto trato de los sacerdotes con los dioses. El gusto de lo maravilloso, hijo de la ignorancia, produjo despues la poesía, la cual le adornó con sus gracias, contribuyó mas que todo á inflamar la imaginacion de los hombres respeto de los objetos á quienes quiso ella ofrecer su admiracion y respeto, y grabó, en fin, profundamente en los espíritus las nociones, los cuentos y las fábulas que les quiso inspirar.

La moral de los primeros maestros de los pueblos fue una ciencia tenebrosa; por no conocer suficientemente la naturaleza del hombre, y los motivos mas poderosos y eficaces para excitarle á la virtud y separarle del vicio, se recurrió á motivos sobrenaturales, y á ideas vagas de sus deberes; en vez de establecerlos sobre sus relaciones con los otros hombres, los fundaron sobre sus relaciones con las potencias ocultas, por quien se suponía gobernado el mundo, y cuya benevolencia ó cólera se atraian. Ademas se inventaron para los pueblos prácticas y ceremonias que se consideraron capaces de conmovier favorablemente á estas potencias sobrenaturales, ó de calmar sus venganzas.

No es de un mundo invisible y descono-

cido de donde han de sacarse los deberes de la moral universal del hombre, sino de las necesidades de su naturaleza, y de su propio corazon. No es menester buscar en el favor ó en la cólera de estas potestades invisibles los motivos que muevan al hombre á obrar el bien, ó que le desvien del mal, sino en el afecto y el odio de sus semejantes, presentes siempre á sus ojos. Las ceremonias y los ritos gentílicos no purifican el corazon del hombre; lo que suelen hacer solamente es adormecer su conciencia.

Mas á pesar de esto se creyó necesario y preciso gobernar y regir á los pueblos groseros y salvajes con la supersticion, ó porque así se les quiso engañar, ó porque se les miró como incapaces de obedecer á la razon. Por consecuencia, la ciencia de las costumbres, y la política, entre los primeros sabios ó sacerdotes, fueron apoyadas en las fábulas. Es de creer seguramente que las mitologías religiosas que se encuentran establecidas en los diferentes países de nuestro globo, no son otra cosa que la ciencia primitiva y grosera de la naturaleza y de los hombres, adornada por la poesía, consagrada por la religion, y envuelta en misterios, á fin de hacerla venerable á los ojos de los pueblos, amantes siempre mas de lo maravilloso que de principios simples y bien raciocinados. En todos tiempos se ha procurado sorprender, seducir y ofuscar á los hombres para

empeñarlos al cumplimiento de sus deberes. Una doctrina sencilla y racional no se habia encontrado aun; y como por otra parte esta doctrina no hubiera sido conforme á las miras políticas de los primeros preceptores de las naciones, de aquí es que estos trataron á sus discípulos como á unos niños, á quienes era menester engañar y persuadir con cuentos, con narraciones maravillosas, y con prodigios. La claridad y la sencillez son los últimos esfuerzos de la sabiduría, y solamente propias de los hombres en su madurez. « Los hombres, dice » Tácito, son siempre mas propensos á creer » lo que no entienden; y las cosas oscuras y » misteriosas tienen mas atractivo á sus ojos, » que las que son claras y fáciles de compren- » der ». Eurípides habia dicho antes que él, que *en las tinieblas hay una especie de magestad*. Lucrecio decia tambien que *las personas estúpidas solo admiran las cosas que se esconden bajo términos misteriosos* (1).

Así que los primeros conocimientos dados á las naciones salieron por lo comun de las nubes de la impostura. Por una fatalidad ordinaria, los hombres menos ignorantes que los otros engañan á estos primero, para esclavizarlos despues. Sobre esta política no sincera se fundó sin duda el espíritu misterioso de la antigüedad;

(1) *Omnia stolidi magis admirantur, amantque,
Inversis quæ sub verbis latitantia cernunt.*

Lucret. lib. 1. vers 642.

espíritu que durante muchos siglos fue corrompiendo los escritos de los filósofos mas célebres, los cuales por su estado y profesion hubieran debido ilustrar al género humano, mostrándole la verdad necesaria á su felicidad.

En fuerza de estos principios, los doctores y maestros de las naciones hicieron que bajasen del cielo sus preceptos y doctrina. *Brama* presentó á los habitantes del Indostan unos dogmas, leyes y prácticas que aseguró habia recibido del dueño y señor invisible del mundo. *Osiris*, despues de recibir del cielo el arte de la agricultura, se hizo Legislador, Soberano, y Dios tutelar del Egipto. *Zoroastro*, en nombre de *Oromáses*, ordenó el culto, las costumbres y los deberes de los Persas. Segun estas mismas ideas, *Orfeo* instruyó á los Griegos, y fundó los misterios de Eleusis; *Numa* dió sus leyes á los Romanos; *Mahoma* á los Arabes, etc...

Todos estos Legisladores, hallando á los pueblos groseros dominados de una fuerte passion por lo maravilloso, y de un grande respeto á los enigmas y misterios, se aprovecharon astutamente de tan favorables disposiciones para someterlos á su imperio (1). Un language obs-

(1) « El verdadero campo en que se dilata la impostura, dice » Montaigne, son las cosas desconocidas: por cuanto en primer lugar la misma estraneza da crédito y opinion, y ademas, » no estando sujetas á nuestros discursos ordinarios, nos quitan » los medios de combatirlas ». Lib. 1. Cap. 31. César habia dicho antes que él que, por un vicio comun de la naturaleza nosotros confiamos mas en las cosas invisibles, ocultas y des-

curo excita la curiosidad, y las nociones maravillosas admiran y agitan los espíritus. Semejante al trueno, una ciencia rodeada de nubes hace respetables á los que se jactan de poseerla; pero si es útil y ventajosa para estos, es inútil y dañosa á los progresos del entendimiento humano, puesto que le divierte sin provecho, y le mantiene en una perpetua infancia. Ya se ve que hablamos solamente de las ciencias naturales y de los conocimientos que no exceden el alcance de su comprension. Darnos sus ideas en nombre de la divinidad, es, ó hacernos perder todo el resorte del ingenio de que ella nos dotara, ó comprometer los altos respetos que la debemos, cuando está en clara y manifiesta oposicion con las luces y los dictados de la razon que dimanen de ella misma.

Del Egipto y de la Fenicia fue, pues, de donde evidentemente recibieron los Griegos su religion, sus primeras nociones sobre la naturaleza y sobre la moral, y en una palabra su *filosofia*. Pitágoras, como hemos dicho en otra parte, fue á buscar su ciencia mística á las escuelas de los sacerdotes Egipcios y de los sabios Caldeos. Platon, despues de él, sacó del mismo manantial la doctrina oculta y sublime que

conocidas, y que estas nos causan mas asombro. *Communi sita vitio natura, ut invisita, latitantibus atque incognitis rebus magis confidamus, vehementiusque extorreamur.* De bello civili, lib. 2. sec. 4.

difundió en su patria (1). La Grecia poco á poco se llenó de filósofos y pensadores que se hicieron célebres y respetables con sus sistemas y descubrimientos, adoptados en seguida por los Romanos: estos conquistadores los comunicaron á los pueblos sujetos á su imperio: y de manos de estos, los modernos han recibido los conocimientos que disfrutan, y que deben perfeccionar, simplificar, y hacer mas claros y mas útiles.

Tan respetables y honrosas, como hemos visto, han sido siempre las ciencias y el ingenio en todos los pueblos. Este ascendiente de la sabiduría se ha observado en todos los paises

(1) Platon sobrepuso en su estilo misterioso al de los sacerdotes de Egipto: así es que los reprende por haber hecho un mal irreparable á las ciencias inventando la escritura. Sin embargo la escritura es el único medio de esparcir y conservar los conocimientos humanos. Los salvajes viven en una continua infancia, porque los descubrimientos, las experiencias y las reflexiones de sus antepasados, por falta de escritura, son siempre inútiles y perdidas para ellos. Cada generacion, privada de los socorros de este arte, está obligada á comenzar de nuevo con nuevos trabajos y dispendios. Es menester hablar con claridad á los hombres para serles útiles verdaderamente. El sabio misterioso y reservado no es bueno sino para confundir y embrollar los entendimientos y retardar sus progresos; por lo tanto un hombre semejante no es bienhechor del género humano. La verdad es la que da toda su brillantez á las ciencias; el que menosprecia la verdad y la postpone á la frivolidad, no es mas que un necio charlatan. Un Griego, hablando de Pitágoras, dijo: *Pitágoras el encantador, que quiere y busca la vanagloria, y afecta un lenguaje grave y misterioso para hacer caer á los hombres en sus redes...*

Plutarco, vida de Numa.

de la tierra. Hace muchos siglos que *Confucio*, por los preceptos morales que se le atribuyen, gobierna todavía la China; su memoria es allí siempre grata; sus máximas han sido igualmente respetadas en aquel imperio como oráculos por los mismos tártaros feroces, que mas de una vez le han sojuzgado. Para obtener los empleos y dignidades es preciso haber estudiado los libros de este sabio, á quien se le tributa culto, y se le ha dado el sobrenombre de *Rey de las letras*. Estos homenajes, tributados por toda una nación á la memoria de este hombre célebre, prueban á lo menos que los Chinos, sin embargo de lo corrompidos que están, se consideran obligados á mostrar esteriormente su veneracion á los talentos y á la virtud, aun cuando ellos carezcan de estas dotes. A pesar de su respeto á los escritos atribuidos á *Confucio*, los Chinos son miserables y viciosos, porque viven bajo un gobierno despótico y bárbaro, que pone obstáculos invencibles á los progresos de la verdadera sabiduría, y hace que sean inútiles las lecciones de una moral mas sensata (1).

(1) Nosotros observaremos de paso que la moral de este famoso sabio, tal y como nos la han transmitido algunos misioneros de Europa, no puede darnos una idea alta y ventajosa de los conocimientos de los Chinos. Las obras atribuidas á *Confucio* y á su discípulo *Mentzio*, no encierran mas que máximas comunes y triviales, que en ningun modo pueden ser comparadas con las de los Griegos y los Romanos; ademas estos escritos, tan alabados por algunos modernos, favorecen el des-

Si

Si durante algunos siglos la ciencia fue despreciada en Europa, y estuvo como sumida en el olvido, este estado de envilecimiento debe atribuirse á la confusion y á los desórdenes que produjeron las revoluciones y las guerras continuas que agitaron las naciones. Entonces el entendimiento humano recayó en su primitiva ignorancia; los estúpidos y furiosos guerreros no conocieron otro mérito que el de saber pelear; los pueblos, totalmente privados de luces y de razon, vegetaron en un funesto embrutecimiento, acompañado de todos los males que traen consigo el error y las preocupaciones. Los hombres, llenos de vicios y torpezas, se corrompieron en el infortunio, porque les faltaron los socorros, los consuelos, los placeres y las comodidades que las ciencias y las artes ofrecen. Los feroces soldados no conocieron de ningun modo las ventajas inestimables que los talentos, el ingenio y la industria podian acarrear á la vida social. Las naciones estuvieron ciegas y mal morigeradas, porque sola la razon,

potismo, es decir, el mas injusto de los gobiernos; la tiranía paternal, la cual confunden con una autoridad razonable; la poligamia; el poder tiránico sobre las mugeres; en fin, ellos no tienen otro objeto que el de formar esclavos. Se ve, pues, que este sabio del Oriente, ó los que han adoptado sus máximas, no han llegado á conocer las primeras nociones de la verdadera moral y del derecho natural. Estremece y horroriza el pensar que la ley permita en la China á los padres el esponer y abandonar á sus hijos, los cuales se encuentran con frecuencia en las calles de Pekin rebentados por los carruages ó devorados por las bestias.

Tomo II.

L

fruto de la experiencia ó de la sabiduría , puede hacer á los hombres humanos y sociables.

En fin , las tinieblas de esta larga noche comenzaron á disiparse ; los soberanos , amigos de las letras , de las ciencias y de las artes , les alargaron una mano benéfica y protectora ; el entendimiento humano , libre ya de su pesado letargo , recobró su actividad ; los talentos fueron considerados , honrados y recompensados ; desde entonces se excitaron en todas las almas una viva fermentacion y una emulacion dichosa ; las costumbres se suavizaron ; la reflexion sucedió á la impetuosidad y al atolondramiento ; el estudio se hizo la ocupacion de muchos ciudadanos inflamados del deseo de la reputacion , de la gloria , y aun de la fortuna que ya lograban los talentos. Las letras llegaron á ser por lo menos un agradable recreo para muchas personas , que sin ellas vegetarian en una fatigosa ociosidad.

Aristóteles decia que « los sabios tenían « sobre los ignorantes las mismas ventajas que « los vivos sobre los muertos ; que la sabiduría « es un adorno en la prosperidad , y un refugio « en la adversidad. — La sabiduría , segun « Diógenes , sirve de freno á la juventud , de « consuelo á los viejos , de riqueza á los pobres , « y de ornato á los ricos. — Las ciencias y las « letras , dice Ciceron (1) , son el alimento de

(1) Ciceron , *Orat. pro Archia Poeta* , cap. 7. §. 16.

« la juventud , y el recreo de la vejez ; ellas « nos dan esplendor en la prosperidad , y son « un recurso y un consuelo en la desgracia : « ellas forman las delicias del gabinete , sin « causar en parte alguna ningun estorbo ni em- « barazo : por la noche nos acompañan ; y nos « siguen en los campos , en los viages , etc. ».

Este es el juicio que formaba de la sabiduría un hombre de estado al cual le fue confiado el gobierno del mas poderoso imperio del mundo : esto debiera causar rubor y vergüenza á tantos grandes y nobles que afectan despreciar á la sabiduría ; que la miran como inútil y peligrosa , y que se vanaglorian al parecer de una ignorancia que fue siempre el manantial del error y del vicio. La sabiduria solo puede desagradar á los impostores y á los tiranos (1).

¿ Habrá sido acaso por merecer los votos de semejantes hombres por lo que algunos literatos han empleado sus talentos y sus luces en declamar contra la utilidad de las ciencias ? Pero examinemos en pocas palabras las razones

(1) Calígula quiso destruir las obras de Homero. Un Emperador de la China hizo quemar todos los libros de sus Estados. Los malos príncipes se han declarado siempre enemigos de la sabiduria. Valentiniano y Licinio la llamaban veneno , y peste de un Imperio. El impostor Mahoma proscribió astutamente toda ciencia , temeroso de que ella destruyese sus imposturas. El gran Turco , dice *La Boétie* , está bien convencido que los libros y la doctrina dan mas que ninguna otra cosa á los hombres la proporcion de reconocer y odiar la tirania. Véase su *Discurso Sur la servitude volontaire* , impreso á continuacion de los *Essays* de Montaigne , de la edicion publicada por Coste.

en que un célebre detractor de las letras funda sus imputaciones contra ellas. *Las ciencias, segun M. Rousseau de Ginebra, son defectuosas en su origen, en su objeto y en sus efectos. En su origen; pues que la Astronomía nació de la superstición; la Elocuencia de la ambición, del odio, de la adulación y de la mentira; la Geometría de la avaricia; la Física de una vana curiosidad; y todas, hasta la moral misma, del orgullo de los hombres.*

En su objeto; porque no hay historia sin tiranos, sin guerras, sin conspiradores; no hay artes sin lujo; no hay ciencias sin el olvido de los deberes mas indispensables. Que de peligros, que de errores y extravíos no encuentran en la carrera de las ciencias los que buscan sinceramente la verdad! Su mismo criterio es tambien incierto.

En sus efectos: las ciencias son hijas y madres de la ociosidad; son inútiles á la felicidad; intentan y proponen mil paradojas que dan por el pie á los fundamentos de la fe, y destruyen la virtud. Ellas sofocan el sentimiento de nuestra libertad original, é introducen una falsa y engañosa política, que, aniquilando la confianza y la amistad, abre la puerta á mil vicios: ellas producen el lujo y el loco deseo de distinguirse, de donde nacen la depravacion de las costumbres, la corrupcion del gusto y la mollicie (1).

(1) Véase el Discurso de M. Rousseau, premiado por la academia de Dijon, sobre esta cuestion: *Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes contribuye á corregir y purificar las costumbres.*

Para responder una á una á todas estas acusaciones tan graves, nosotros diremos que la astronomía nació de un racional deseo de conocer los movimientos de los cuerpos celestes, de cuyo conocimiento necesitaban los hombres para ordenar los trabajos precisos á la vida, como la agricultura y la navegacion; y que si la astronomía nació ciertamente de la superstición, esta no es una ciencia real y apreciable. La elocuencia nació de la necesidad de excitar y mover las pasiones y los intereses de los hombres, para determinarlos por este medio á cosas útiles, ó persuadirlos la verdad, tan indispensable á su bienestar: si algunos impostores han abusado de ella para seducir y engañar, esto solamente prueba que las cosas mas útiles se convierten en las mas dañosas por el abuso que se hace de ellas. La física es efecto de una curiosidad laudable, que conduce el hombre á buscar en la naturaleza lo que puede contribuir á su propia felicidad; conocimiento sin el cual no podria conservarse ni vivir. La geometría no es fruto de la avaricia, sino de la necesidad de distinguir y poner límites á las posesiones de los hombres, sin cuya distincion todo seria desorden y confusion. La moral no es obra del orgullo, sino de la necesidad indispensable de saber como deben comportarse los hombres reunidos en sociedad.

La historia nos enseña hechos útiles á nuestra instruccion; y nos muestra tiranos, guerras,

revoluciones, conspiraciones y tumultos populares para inspirarnos horror, y estimularnos á buscar los medios de preservarnos de los males que tan frecuentemente han afligido al género humano. Las artes, es verdad, florecen en el seno del lujo; mas aquellas artes que no tienen por objeto una real y verdadera utilidad, no deben confundirse con las otras, sin las cuales la sociedad no podría subsistir. La sabiduría no produce el olvido de nuestros deberes; por el contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ellos; ella nos hace cumplir un deber, en el hecho mismo que nos constituye útiles á nuestros semejantes con las verdades ó las esperiencias que nos facilita comunicarles. No se pueden imputar como un crimen á las ciencias los peligros á que se arriesgan los que indagan la verdad; este es un crimen de la perversidad de los que hacen que la verdad sea dañosa á los que la predicán, ó de los que se esfuerzan en privar de ella al género humano. Los errores y extravíos que se encuentran en la carrera de las ciencias, no prueban en manera alguna que las ciencias mismas son malas ó falsas; prueban sí que los hombres están sujetos á estraviarse á veces por largo tiempo hasta encontrar la verdad, y á engañarse siempre que no parten de esperiencias seguras: estos falsos caminos ó extravíos hacen ver al sabio que debe desconfiar de sí mismo, y que á fuerza de caídas es como se aprende á caminar. El *criterio* de la verdad

es cierto cuando se emplea en objetos que pueden someterse á la esperiencia, dejando á un lado todos los que solo tienen por base á la imaginacion.

Las ciencias verdaderamente útiles no son madres ni hijas de la ociosidad; son hijas de las verdaderas necesidades del hombre, que le llevan en busca de lo que puede contribuir á su conservacion, y hacer su existencia feliz y agradable; ni son inútiles á la felicidad sino cuando se ocupan en vagas especulaciones y en objetos inaccesibles á la razon y á la esperiencia. Las paradojas que destruyen la virtud, son efecto del delirio, y tan malamente se llamarían estas ciencias como la embriaguez ó la locura. Las ciencias no sofocan ni ahogan el sentimiento de nuestra libertad; todo al contrario, la verdadera sabiduría nos conduce á ella, y nos hace amarla y desealarla en vista de las desgracias é infelicidades que acompañan siempre á la esclavitud. Las ciencias suponen reflexion, y la reflexion nos hace civiles é ilustrados, porque nos hace sociables, instruyéndonos en las atenciones y respetos á que están unos con otros obligados los hombres. La urbanidad en el trato de ningun modo excluye la sincera amistad y la confianza que principalmente debe establecer la ciencia de las costumbres. Las ciencias no abren la puerta á mil vicios (1); ocupando al hombre de una

(1) Epicuro decia al contrario que « la filosofía es el origen

manera útil ó agradable, ellas le separan y distraen de mil desórdenes, que son los recursos ordinarios de la ignorancia y la pereza. Las ciencias no producen el lujo; antes bien le deprimen y condenan; ellas exhortan á los hombres á preservarse de él; ellas impiden á los estudiosos el que piensen en las vanidades de que se ven atormentados perpetuamente los ociosos y los ignorantes. El deseo de distinguirse no es un loco deseo, sino muy natural y muy laudable, cuando el hombre logra distinguirse por medio de una conducta honesta y virtuosa, y unos talentos ventajosos al público: un loco deseo de distinguirse lo es, si, ciertamente el aspirar á ser tenido y reputado por hombre célebre, impugnando y combatiendo las nociones mas evidentes y racionales, las cuales nos hacen ver que la ignorancia es un mal, y

» y manantial de todas las virtudes, que nos enseñan que la
 » vida es desagradable, si la prudencia, la honestidad y la
 » justicia no dirigen todas nuestras acciones; mas, siguiendo
 » constantemente el camino que nos indican, nuestros dias se
 » pasan con cierta satisfaccíon, de la que es inseparable la
 » felicidad; porque estas virtudes y su práctica constituyen una
 » vida llena de tranquilidad y de placer. *Horum autem*
omnium initium, maximumque bonum prudentia est. Quocirca
ex philosophiæ bonis prudentia antecellit, ex quâ reliquæ vir-
tutes omnes oriuntur, docentes quod jucundo vivere possit nemo,
nisi prudenter et honestè justique vivat; nec contra prudenter
et honestè justique, quin et vivat jucunde. Virtutes enim ju-
cundæ vitæ conjunctæ sunt; jucundaque vitæ separari à vir-
tutibus nequit.

Diog. Laert. De vit. et dogmat. Philosoph. lib. 10, sec.
 132.

que la sabiduría es un bien muy apreciable, bajo cualquier aspecto que sea considerada.

Toda ciencia, como hemos dicho al principio, es un resultado de la esperiencia y de los hechos; las esperiencias mal hechas constituyen la falsa ciencia ó el error, cuyas consecuencias son tan funestas para el hombre. Las esperiencias constantes, reiteradas y hechas con reflexion, producen la verdadera ciencia, y nos dan á conocer la verdad, siempre útil y necesaria á los hombres. Pretender que la ciencia es inútil, es lo mismo que decir que los hombres, para conducirse en este mundo, no necesitan ni de la esperiencia, ni de la razon, ni de la verdad; esto no es reducir al hombre al estado salvaje ó al abstracto de la naturaleza, sino hacerle inferior á las bestias, las cuales tienen un cierto grado de esperiencia, de razon, de ciencia y de verdad, las suficientes para conservarse y satisfacer sus necesidades. Las necesidades del hombre, como que son mayores y mas multiplicadas que las de los brutos, requieren mayores esperiencias, conocimientos mas estensos, y un mayor número de verdades, sin las cuales seria mas desgraciado que las bestias. El hombre ignorante y estúpido carece de los recursos que lo que se llama *instinto* concede á los *castores*.

El medio de que un hombre sea superior á los otros está en que cultive mas que ellos su razon, y adquiera otros conocimientos mas

profundos y vastos. ¿Que prodigiosa diferencia no establecen la ciencia y el ingenio entre unos y otros hombres? Los pueblos mas ilustrados son los mas florecientes. La Europa da la ley á las demas partes del mundo por la superioridad de fuerzas que la comunica la sabiduría; entre las naciones que contiene, las mas poderosas, las mas activas, las mas industriosas, son aquellas que poseen mayores conocimientos. Un pais sumergido en la ignorancia es un reino de tinieblas, cuyos habitantes están en un profundo letargo.

El hombre nace en sociedad y continua viviendo en ella porque la sociedad le es agradable y necesaria; el hombre no ha sido destinado en manera alguna por su naturaleza para vivir en los bosques, privado de los socorros de sus semejantes: la vida social le forma, le modifica, le labra y le cultiva, porque disfruta en ella de sus propias esperiencias y de las de los demas; sus esperiencias desenvuelven su razon, y le ensenan á distinguir el bien del mal. Declamar contra la razon humana y la sabiduría es afirmar que el hombre no ha menester absolutamente distinguir lo que puede conservarle de lo que puede destruirle, lo que le es agradable de lo que le es perjudicial y molesto. El hombre *natural*, fabricado por el sofista elocuente á quien refutamos, seria una desgraciada criatura sin recursos algunos contra los males que le amenazan á cada paso. ; Y es

en la ignorancia y la estupidez donde han de buscarse los remedios contra la corrupcion que producen de continuo la inesperienza y el delirio (1)!

Una insensata tradicion persuade á casi todos los pueblos que sus groseros antepasados han debido gozar en aquellos tiempos de una felicidad desconocida de sus descendientes. De aqui la fábula de la *edad de oro*, que se refiere siempre al origen y nacimiento de las naciones, esto es, á una época en la cual los hombres, privados de todo conocimiento y recurso, é ignorando hasta la agricultura, vivian como las bestias, y se alimentaban con raices y bellotas. Es bien difícil de creer que estos hombres, tan faltos de medios para satisfacer sus necesidades naturales, fuesen ó mas sabios ó mas felices que nosotros: porque si desconocian el lujo, tambien carecian de todo; si no tenian pleitos ni tribunales, lidiaban y se mataban de continuo por cosas de poquisima monta.

La ignorancia de lo mejor, segun el dictámen de un antiguo, es la causa de todos los errores y defectos. La vida social, ilustrando al hombre, le facilita toda especie de socorros, y le descubre los motivos que le empeñan á reprimir

(1) Dacier (en su comparacion entre Pirro y Mario) dice con razon: « las Musas no son aborrecidas impunemente: Mario fue como las tierras fuertes que, estando ociosas y sin cultivo, producen mas yerbas malas que buenas ».

sus pasiones; cuanto mayores conocimientos adquiere, tanto mas conoce sus verdaderos intereses, siempre enlazados con los de sus semejantes; él no es perverso y malvado sino porque ignora ó ha perdido de vista el modo de conducirse con sus asociados. Los príncipes, los grandes y los ricos, si hacen tanto mal sobre la tierra, es porque son ignorantes. Algunas naciones son infelices y viciosas, no porque sean muy sabias, sino porque los que debieran hacerlas prudentes y juiciosas, no quieren ilustrarlas por sus fines particulares.

Montaigne, conforme en esto con los detractores de la sabiduría, dice que es menester embrutecernos para enseñarnos, y deslumbrarnos para dirigirnos (1). Este autor nos hace observar en la antigua Roma la mas grande ignorancia, y las mas altas virtudes: ¿mas cuales podian ser las virtudes de un pueblo injusto y bárbaro, cuyas crueles manos continuamente se bañaban en sangre? ¿de un pueblo que, bajo el pretesto de amor á la patria, se entregaba impunemente á toda clase de delitos? La moderacion de un Curio, la continencia de un Escipion, y algunas otras virtudes particulares ¿pueden contrapesar los horrores con que una república de bandidos affligió al universo, y los delitos que en seguida causaron su misma destruccion? Se nos dirá que Roma, cuando mas ilustrada, fue

(1) *Essais*, lib. 2, cap. 12, pág. 268.

mas perversa; mas á esto responderemos que las débiles armas de la filosofia romana no pudieron nunca reprimir con buen éxito los vicios introducidos por el lujo, ni ahuyentar la sombría ferocidad que siempre caracterizó al pueblo romano: esta filosofia, siempre feroz y repugnante, era incapaz de inspirarle otras costumbres mas suaves, mayormente bajo el imperio de los tiranos que acabaron de destruirlo todo (1).

No es, pues, de la ignorancia ó de la disolucion de la humana sociedad de donde debemos esperar la felicidad de los pueblos; sino, por el contrario, del acrecentamiento de sus luces, de su razon mas cultivada, de su experiencia y de su sabiduría, podemos prometernos la perfeccion de la vida social, y la reforma de tantas instituciones dañosas, de tan insensatos usos y costumbres, de las preocupaciones pueriles, y de las locas y necias vanidades que tanto se oponen á la felicidad de los hombres. Esta suspirada reforma solo puede ser obra del tiempo, el cual poco á poco cura á los hombres las locuras de su infancia, con-

(1) Es evidente que la filosofia entusiasta y fanática de los estoicos era la mejor y la mas conveniente á hombres que vivian bajo los Tiberios, los Nerones, los Domicianos, etc. Allí era necesario aprender á pasar sin nada y á sufrirlo todo (*abstine et sustine*). Era menester á fuerza de imaginacion, contrastar y resistir á los peligros que á todos rodeaban. Era preciso separarse de los otros y recogerse dentro de si mismo. Tal es la filosofia que conviene bajo todo mal gobierno.

duciéndolos á la madurez; los reiterados esfuerzos del entendimiento lograrán ir reprimiendo los errores y disipando las nebulas que han impedido hasta aquí á los soberanos y á los pueblos prestar una seria atención á los objetos que mas los interesan.

Algunos pensadores amilanados y melancólicos nos dirán quizá que es en vano prometerse ilustrar á todo un pueblo, y que la filosofía y los principios de la moral no están al alcance del vulgo. A esto diremos que para hacer á una nacion racional, no es necesario que todos los ciudadanos sean sabios ó profundos filósofos; basta que sea gobernada por hombres de bien. *Los pueblos, segun Platon, serán felices cuando sean gobernados por hombres prudentes y juiciosos.* Todas las ciencias son superiores á la capacidad del vulgo; mas sin embargo le son útiles; y los hombres mas groseros hacen diariamente uso de los principios y de las reglas cuyo descubrimiento es debido á los mas grandes esfuerzos del ingenio. Demócrito fue, segun dicen, el inventor de la bóveda; y sin embargo vemos todos los dias bóvedas construidas segun reglas por simples peones de albañil. Para inventar y discurrir se necesita ingenio; mas para aprovecharse de los mas difíciles descubrimientos basta solo el sentido comun. Los principios de la sabiduría son penosos de descubrir; pero todo gobierno bien intencionado puede hacer de ellos las mas útiles aplicaciones.

La sabiduría no es inútil al vulgo: los sabios, los literatos, los doctos, pueden ser considerados como unos ciudadanos que recogen y abastecen de ideas á los otros, que facilitan los trabajos, que combaten contra el error. El ingenio mas asombroso puede, ciertamente, errar y estraviarse; mas á los conocimientos reunidos de todos los hombres que meditan, pertenece el apreciar, corregir, y perfeccionar las ideas que cada uno ofrece al publico. Las verdades mas interesantes á la felicidad general son difíciles de encontrar, y no pueden ser sino el fruto tardío de las investigaciones de los hombres. Todo escritor publico debe ser claro, sincero y veraz; al público justo, imparcial é ilustrado corresponde juzgar sus ideas: los autores frívolos y necios confunden por lo comun un vano aplauso con la gloria, y solo consiguen la aprobacion de los que se les asemejan. A los hombres que piensan, á las personas justas, racionales y virtuosas son á las que un verdadero autor reconoce por jueces competentes. *La filosofía, dice Ciceron, solo admite un corto número de jueces, y rehusa como sospechosos los juicios de la multitud á quien es preciso que disguste* (1).

Un Filósofo debe escribir para los hombres de todos tiempos y de todas naciones: el que

(1) *Philosophia paucis est contenta iudicibus, multitudinem consulit ipsa iugiens, atque ipsi et suspecta et invisa.*

Tusculan. 2. cap. 1.

solo escribe para lograr los votos pasajeros del público, el favor de los grandes y los aplausos de los contemporáneos, se hace por lo regular esclavo de las opiniones reinantes, y á ellas sacrifica débilmente su razon, sus conocimientos y el interes del género humano. *Es menester denudedo*, dice Eveno, *para buscar la sabiduria*; y para anunciarla á los hombres es necesario tener nobleza, valor, y un caracter franco. La verdad es la que hace durables las producciones del entendimiento; para complacer y agradar á todos los siglos, se requiere un alma exenta de preocupaciones, cuya dominacion es variable y poco duradera. Aristóteles dice que *la mas necesaria de todas las ciencias es la de olvidar lo malo que una vez se aprendió*. En una palabra, para ilustrar á los hombres se necesita un alma fuerte y un corazon recto y penetrado del amor de la humanidad; son necesarias é indispensables libertad y virtud.

Ninguno, dice un antiguo, *ve lo que tú sabes, mas todos pueden ver lo que haces*. De aquí es que el literato debe regular sus costumbres antes de dar preceptos á los otros (1). El sabio cuyas costumbres son desarregladas es comparado

(1) Véanse en los característicos de Milord Shaftsbury, dos tratados, el *Soliloquio* y el *Aviso á un Autor*, que solo tienen por objeto formar el espíritu de los que quieren escribir. Diógenes comparaba los sabios sin costumbres á los instrumentos de musica, que no oyea ni entienden ellos mismos los aires ó canciones que se tocan con ellos.

muy bien á un ciego que tiene en su mano una grande hacha con la que alumbra á otros, sin ver él cosa alguna: *sabio y justo* debieran ser siempre sinónimos. ¿Puede uno, en realidad, gloriarse de ser verdaderamente sabio, cuando ignora los deberes que nos ligan con los demas hombres? *La ciencia*, dice Thales, *es tan dañosa para los que no saben aprovecharse de ella, como útil á los otros*. No basta conocer sus deberes, si con las acciones no se acredita este conocimiento. Pocas personas pueden juzgar de los talentos del alma; mas todo el mundo puede juzgar de la conducta. El sabio en sus escritos debe proponerse la gloria que producen las verdades útiles que ofrece á sus conciudadanos; mas no es bastante el instruirlos, sino que ademas es necesario hacerles amables los preceptos con el ejemplo, para de este modo hacer mas poderosas y convincentes las instrucciones que se les dieren.

El honor es un móvil necesario á los literatos. *Las Musas*, dice Hesiodo, *son hijas de Júpiter*; ellas, pues, no deben olvidar jamas la nobleza de su origen (1). Así que el literato debe respetarse á sí mismo en sus competidores. Nada es mas vil ni despreciable para las letras

(1) Este Poeta dice que *Mnema ó Mnemotina*, Diosa de la memoria, que reina en las alturas de Eleveria, es decir, cuyo imperio es noble y libre, tuvo de Júpiter á las nueve Musas. En esto se da á entender que las ciencias y las artes solo pueden nacer y prosperar en un pais libre. *Teogonia*, vers. 52 y siguientes.

que esas contiendas deshonrosas, que esos mortales y envenenados odios, que esa envidia baja y mordaz que con tanta frecuencia vemos reinar entre los que las cultivan. ¿Acaso no tiene la gloria premios y galardones para todos sus adoradores? La envidia; no es una pública confesion de flaqueza é inferioridad? Enbuenhora que los sabios se emulen entre sí; pero no sean jamas envidiosos ni mordaces (1): reflexionen sobre todo, que es degradarse salir á la palestra para recrear con sus mordaces sátiras é invectivas á un vulgo siempre dispuesto á deprimir á los hombres, cuya superioridad teme.

Nada perjudica tanto á las letras y á las ciencias como la arrogancia y el tono insultante y despreciador que toman á veces los que las profesan. La reflexion debe enseñarles que el desprecio y el orgullo son insoportables, y bastan por sí solos á destruir y aniquilar los afectos de gratitud y benevolencia que pueden excitar los grandes talentos.

El hombre verdaderamente ilustrado es justo, y da á cada uno lo que es suyo; muestra á la dignidad, al nacimiento y al poder los respetos y deferencias que la sociedad los tributa; honra á los grandes sin baja; se grangea su

(1) « El sabio, dice Epicuro, no envidia la sabiduria de otro ». *Non commotum iri, si alter altera dicatur fuisse sapientior.*

Diog. Laert. De vit. et dogm. Philosoph. lib. 10. sec. 121.

aprecio y estimacion por medio de una conducta prudente y juiciosa; no hace sentir á nadie su superioridad; y en fin, es indulgente con el ignorante y con el débil. La intolerancia y el orgullo son molestos é insufribles. Procurar hacerse amable, y temer llegar á ser aborrecible ó desagradable, es un deber que obliga igualmente á todos los miembros de la sociedad. No es gloria el ofender; como tampoco baja el consultar y deferir prudentemente al amor propio de los que pueden hacer mucho bien á las naciones.

Los hombres mas ilustrados debieran conocer mejor que nadie sus verdaderos intereses, y por consecuencia distinguirse en su sociabilidad, en su humanidad con todo el mundo, y en su estrecha union entre sí mismos. La discordia, comun entre los literatos, solo sirve para hacer despreciables á unos hombres, cuyo verdadero móvil ha de ser el deseo del aprecio, de la reputacion y de la gloria. El público, á veces injusto, imputa como un crimen á un cuerpo entero las faltas ó extravíos de algunos individuos; los vicios del filósofo hacen sospechosas sus lecciones; y no puede menos de ser tenido por charlatan ó hipócrita el que no practica los preceptos que da á los demas.

Los talentos son armas peligrosas en manos de un malvado, que se sirve de ellas para ofender á los otros y aun á sí mismo. Epicteto que-

ria, y con razon, que la filosofia estuviere reservada para los hombres de bien: al ver á un disoluto y corrompido que aspiraba á ella, que *intentas?* le dijo este filósofo; *procura limpiar tu pasija antes de hechar nada en ella.* Los mas grandes talentos se envilecen y se prostituyen cuando se hallan en hombres sin costumbres y sin conducta. Aristóteles decia que la ventaja que él habia sacado de la filosofia era el hacer, sin que se lo mandasen, lo que otros hacian por temor de las leyes. La conciencia del sabio es para él un freno mas poderoso que el terror.

« *Los hombres de bien, dice Horacio, se abstienen del mal por amor solo de la virtud* (1),
 « es decir por solo vivir contentos consigo mismos, y no perder el derecho de amarse y
 « ser amados de los otros ».

Los que se dedican á la instruccion de los otros, deben distinguirse en unas costumbres mas honestas, mas sociables y mas puras. El hábito de reflexionar, de entrar en su interior, de prever las consecuencias de las cosas, debiera hacer á los hombres mas virtuosos á proporcion que adquieren mayores luces y conocimientos. Que un fatuo ó un atolondrado, faltos siempre de reflexion, se hagan molestos y ridículos con su vanidad y sus impertinencias, nada tiene de admirable; mas la vanidad y las pequeñeces deben estar muy distantes de un hombre que ha de acreditarse con la elevacion

(1) *Oderunt peccare boni virtutis amore.* Horat. Epist. 16. lib. 1. vers. 52.

de su modo de pensar y la gravedad de sus costumbres. El estudio y la aplicacion deben enseñarnos á desconfiar de los impulsos de la imaginacion, y á resistir sus impetus fogosos; deben enseñarnos á raciocinar; deben inspirarnos otros afectos mas delicados, mas nobles y elevados que los de las almas vulgares. El hombre de talento, dotado de un tacto mas fino que los otros, debe conocer con mas prontitud sus deberes para con los hombres, ó lo que necesariamente ha de hacer para grangearse su estimacion y afecto. El verdadero sabio debe ser el mas sociable de los humanos.

Mas no creamos por esto que esta sociabilidad haya de arrastrar de continuo al literato á que busque la confusion del mundo, que le disgustaria del trabajo y de la meditacion. Sin ser pedante ni misántropo, el hombre dedicado al estudio debe tener dignidad y circunspeccion en sus costumbres, y preferir el silencio del retiro á las concurrencias bulliciosas y frivolas. El espectáculo del mundo, y su continuo y vario movimiento deben ser para él una distraccion pasagera, y no una ocupacion constante y seguida; el mundo le instruirá y enseñará útilmente, si de él sacare las ideas, los hechos, y las observaciones que sirvan de pasto y alimento á sus reflexiones. Es útil y aun necesario al filósofo, al moralista y al literato ver á los hombres muy de cerca y conocerlos bien, para dar á luz perfectas sus obras, asemejadas sus pinturas, y agradables sus preceptos, á fin de

que sean provechosos. El escritor que no conoce el mundo, no puede hablar del mundo oportunamente, y las pinturas que haga de él, serán ridiculas ó quiméricas. Mas el hombre de talento y experiencia á una mirada penetra los objetos, y los pinta con energía: el continuo fruto y comunicacion con hombres enervados y sin seso seria causa que sus cuadros perdiesen los matices de la verdad que los anima. Las obras cuyos autores solo se proponen complacer á los poderosos, á las mugeres y á un vulgo novelero, raras veces son dignas de la inmortalidad.

En general, los sabios y los literatos pierden mas que ganan en el trato demasiado frecuente con las gentes del mundo; porque si en él adquieren ciertas gracias de estilo, y lo que se llama *buen tono*, pierden por otra parte fuerza y profundidad, y sobre todo la verdad, que es demasiado austera para unos niños superficiales y volubles, que solo quieren que se les divierta y entretenga, pareciéndoles toda instruccion inútil y enfadosa. Para complacer á las gentes del mundo, el literato debe ser frívolo, chancero, superficial y no hablar nunca con razon.

Ademas, en el gran mundo es donde el literato que solo aspira á los vanos aplausos de una multitud indiscreta, contrae el hábito del fausto, de la pompa, de la soberbia, de la fatuidad, del libertinage y de todas las demas irregularidades opuestas á su clase: y así se hace co-

dicioso, intrigante, envidioso, adulator y pusilánime. Despues de haberle comunicado sus vicios y locuras, las gentes del mundo son las mismas que le acriminan con mayor acritud, y se burlan de él con toda la fuerza de la ridiculez.

De este modo los hombres destinados á instruir, se hacen despreciables por querer agradar y divertir, en vez de enseñar con utilidad. Así son las lecciones de la sabiduría infructuosas por falta de virtud de los que las proponen á los otros, cuando sus acciones no son conformes á ellas.

Por una preocupacion harto comun en el mundo, la mala conducta de los sabios recae sobre su doctrina; esta es desatendida y desechada cuando las costumbres del que la enseña no van acordes con ella. Hay mucha distancia, segun se dice comunmente, del corazón á los labios, ó del decir al hacer; un hombre puede discurrir bien, y obrar muy mal. « Las costumbres de los filósofos, dice Séneca, no son conformes con sus preceptos; pero si no viven como enseñan, enseñan como se ha de vivir ». Así que no vivamos con el hombre de perverso y mal corazón; leamos sus obras cuando en ellas encontremos instrucciones útiles; mas detestemos del hombre y de sus obras siempre que él y ellas sean malas y peligrosas. *Un hombre de buenas costumbres, dice Montaigne, puede tener opiniones falsas; y un mal-*

oado puede muy bien predicar las verdades mismas que no cree. La mas hermosa y bella armonia resulta de la conformidad entre los discursos y las acciones (1).

El verdadero literato, cuya conducta es verdaderamente sabia y prudente, gozará de una felicidad mayor que los demas hombres; pues, seguro siempre de hallar en sí mismo y en sus meditaciones los medios de ocuparse agradablemente, será poco sensible á las pasiones, á los caprichos y á las vanidades que atormentan á los entes frívolos de que está lleno el mundo; satisfecho con los tranquilos placeres de su retiro, y con las riquezas adquiridas por su aplicacion, se encuentra en estado de disfrutar á su arbitrio de los deleites y recreos que no conocen ni la grandeza ignorante y soberbia, ni la opulencia embrutecida y grosera. La ambicion, la codicia, la sensualidad, la disolucion, nada pueden contra aquel que vive contento consigo, y que, como Bias, lleva consigo sus riquezas. *A la verdad dice Epicuro, el sabio está sujeto á las pasiones, mas toda la impetuosidad de estas nada puede contra su virtud (2).*

Cultivar y adornar el espíritu, es adquirir con el estudio un grand fondo de ideas, las cuales el hombre puede contemplar á su voluntad cuando quisiere. El retiro, tan penoso

(1) *Essais*, lib. 2. cap. 3r.

(2) *Perturbationibus obnoxiium quidem fore: sed nullo inde ad sapientiam impedimento.*

Diog. Laert. De vit et dogm. Philosoph. 117. lib. 10.

para

para los hombres disipados, es delicioso al literato, el cual, semejante en esto al avaro, aumenta su tesoro á cada momento; el estruendo del mundo le fastidia y desagrada; el verdadero sabio pierde siempre en el trato con las personas que viven en él. Sus libros, sus reflexiones, la conversacion con sus iguales, bastan para hacer feliz al hombre estudioso; su continuo deleite es la contemplacion de las riquezas que diariamente va depositando en su cerebro; sin salir de su interior, considera el vario espectáculo de la naturaleza, el contraste de las pasiones y acciones de los hombres, el cuadro de las vicisitudes de este mundo, y las revoluciones continuas á que están espuestas las cosas humanas; y en fin posee bienes que ni la injusticia de la tiranía, ni los caprichos de la fortuna pueden nunca robarle. El estudio causa al hombre que piensa una dulce satisfaccion, comparable á la de una buena conciencia; satisfaccion que le mantiene siempre en estado de recogerse placidamente á su interior, sin necesidad de otros vanos recreos y diversiones, tan indispensables á las personas que no pueden tratar consigo mismas.

No creamos sin embargo las máximas exageradas de una filosofia salvaje que trata de prohibir al literato el aspirar al logro de su bienestar. No demos oídos á las declamaciones de los Cínicos, que prescriben al sabio la renuncia de las riquezas, bajo el pretexto de que son

Tomo II.

M

engañosas y perecederas. La hacienda adquirida con el saber y los talentos no puede ser vituperada (1); el hombre sensato debe evitar la indigencia que, poniéndole en una gran dependencia, le espondría frecuentemente al peligro de envilecerse con bajezas. La verdadera sabiduría no consiste en un soberbio desprecio de todo lo que los hombres aprecian y desean; consiste en no apegarse fuertemente á ello, y en conservar una constancia inalterable en medio de los rigores de la fortuna. La singularidad, el desaliño, la sociedad, la falta de atención y de urbanidad, la indecencia, no anuncian un filósofo, sino un fanático, un insensato, un alma débil engañada por su vanidad, ó un hipócrita que quiere engañar á los hombres con una simulada grandeza de alma.

Si la utilidad social es el fundamento de la consideracion debida á los talentos, el sabio debe aspirar á ser digno de la aprobacion y del respeto de sus conciudadanos por medio de trabajos realmente útiles y ventajosos á la sociedad. Instruyendo ó deleytando es como el literato puede hacerse amable, y lograr la reputacion que desea.

« Nada es mas dulce y halagüeno, dice Ciceron, « que instruir y formar los espíritus ». El hombre ilustrado y el hombre de talento ejercen en

(1) *Quæstum facturum, sed ex sapientia sola, si inopia laboro.*

Diog. Laert. ut supra, Sec. 127.

el mundo una autoridad que, como fundada en la verdad, es irresistible (1). Segun Plutarco, el filósofo Menedemo comparaba los literatos que se entregan á estudios inútiles ó frívolos á los amantes de Penélope, los cuales, no pudiendo lograr nada de ella, se envolvian con sus criadas. « Del mismo modo, decia él, los que no pueden conseguir la filosofía, se afanan por objetos fútiles é indignos de serle comparados ». En las naciones corrompidas y dominadas por el despotismo, el talento forzosamente ha de emplearse en objetos frívolos, y el ingenio en bagatelas. *La gloria*, dice Fedro, *es una verdadera locura, si creemos hallarla en las cosas inútiles* (2).

Las opiniones por lo comun perjudiciales y falsas, lo mismo que las malas costumbres, introducidas en la sociedad, contribuyen á veces á pervertir á los literatos inclinando sus talentos á objetos inútiles ó dañosos. Así que la depravacion pública produce las obras obscenas y torpes que dan á sus autores una infeliz celebridad, que los degrada á los ojos de los hombres de bien. ¿ No es un delito emplear los talentos en corromper á la juventud, y en propagar el vicio? ¿ Que acriminaciones y remor-

(1) El famoso Swift dice « que en un siglo á lo mas suelen aparecer cinco ó seis hombres de talento; pero que si reuniesen su poder, el mundo no podría resistirlos. »

The Adventurer, tom. 1 pag. 244.

(2) *Nisi utile est quod facimus, stulta est gloria.*

Phed. Fab. 17. lib. 3 vers. 12.

dimientos no debiera sentir un escritor, cuyas obras seductoras producen y fomentan las pasiones funestas que cunden y trascienden á la posteridad mas remota? ¡ Cuan odiosa y miserable es la inmortalidad que se adquiere con la perpetua corrupcion del corazon humano!

La moral y la equidad escluyen enteramente del número de los sabios y de los literatos á todos esos críticos insolentes, malvados y envidiosos, que declaran la guerra á los grandes talentos, que vituperan y denigran á los sabios distinguidos, y que los sacrifican á la mofa y la risa de un público envidioso y maligno, ofuscado y prevenido siempre contra el mérito. Los escritores de este horrible carácter deben ser mirados como unos declarados enemigos de las ciencias, de las letras y de los progresos del entendimiento humano. Ellos se hacen viles cómplices de la envidiosa ignorancia, de la inquieta impostura, y de la tiranía sospechosa, las cuales, para dominar impunemente en la tierra, querrian que reinase en ella una obscura y eterna noche (1). ¿ Hay una ocupacion mas infame que la de divertir al público á costa de los ciudadanos que le ilustran, que le sirven útilmente, y que merecen todo su reconocimiento? Para que la critica sea verdaderamente útil, debe ser justa, instructiva y urbana, sin que jamas le sea permitido el degenerar en sátira mordaz y ofensiva.

(1) . . . *Inmensi fruítur caligine mundi.* Stac. Thebaid.
lib. 3.

Las diversiones y entretenimientos que cause el literato, deben ser interesantes, y contribuir en todo y por todo á la felicidad pública: las que solo tienen por objeto distraer el molesto fastidio de algunos hombres frívolos, adular los vicios de las gentes del *buen tono*, promover la disolucion, patrocinar las malas costumbres, ofrecer incienso á la tiranía, no merecen mas que la indignacion y el desprecio. Para merecer una bien fundada estimacion, las diferentes clases de la república de las letras debieran, por diferentes caminos, dirigirse todas á la utilidad general: la consideracion y el aprecio de los literatos solamente pueden fundarse en la verdad y las ventajas que producen á los hombres.

La poesia, cuyo objeto es agradar con sus imágenes, en vez de pintarnos pasiones débiles y afeminadas, amores torpes y despreciables, debiera interesar la imaginacion de los hombres con la verdad, adornándola con atractivos y colores capaces de mover el corazon humano.

La tragedia, para ser útil, debe inspirar horror á los crímenes de los Reyes, cuyas desenfrenadas pasiones producen frecuentemente catástrofes crueles y terribles: debiera hacer temblar á los tiranos, y hacer á los ciudadanos amables la virtud y la libertad, sin las cuales ninguna sociedad puede ser feliz y floreciente.

La sátira, empleada tan frecuentemente para

sacrificar á la malignidad pública los ciudadanos mas dignos de compasion, debiera respetar siempre las personas, y avergonzar al vicio con sus desórdenes y extravíos. La sátira general es útil y laudable; mas la sátira personal es inhumana y punible.

La comedia, inventada para dar á conocer á los hombres lo ridículo de sus vicios, de sus defectos y de sus caprichos, jamas debiera excitar su risa á costa de la razon, de la decencia y de las costumbres, dignas siempre del mayor y mas santo respeto (1).

Los cuentos y novelas, que por lo comun solo sirven de criar y fomentar en la juventud de ambos sexos pasiones peligrosas, debieran por el contrario armarla contra las flaquezas que pueden influir en la felicidad ó desgracia de toda la vida.

La elocuencia, de la que frecuentemente se abusa para engañar y seducir, el hombre de bien debe usar de ella para persuadir la verdad, para inflamar los corazones de los hombres en zelo del bien público y amor de las virtudes, inspirarles horror al mal y enseñarles á que desprecien todo aquello que los separa del camino de la felicidad.

(1) A los autores que abusan de sus talentos, pudieran aplicárseles la maldicion de Demócrito. *¡ Ay de vosotros ! los que de las gracias recatadas y honestas, no habeis sabido hacer sinoviles prostitutas !* ¿ Cuantas piezas dramáticas vemos, que encierran lecciones las mas vivas de corrupcion, y sin embargo los gobiernos permiten que se representen á la juventud ?

Mas por desgracia, en un mundo dado á frivolidades, la sabiduría, la moral, la filosofía, y aun la virtud misma, son frecuentemente ridículas á los ojos de muchos presumidos de sabios: acostumbrados á confirmar á las gentes en sus locuras habituales, temen acaso que se acerque el reino de la razon. La conducta de estos pudiera muy bien compararse á la de las mugeres de mala vida que lloran y se afligen cuando los necios á quienes tenían entoutecidos comienzan á pensar y atender á sus negocios, renunciando á sus locuras y usando de una conducta mas sensata. Las naciones están inundadas de producciones que raras veces tienen por objeto los intereses del hombre. Los grandes talentos, arrasrados comunmente de su imaginacion, miran con desden los estudios profundos, frutos lentos de la meditacion. Nada suele oponerse tanto á los sólidos progresos del entendimiento como el ingenio desmedido y sin reglas; la razon está muchas veces reñida con los que pudieran mas bien patrocinar sus esfuerzos. Por otra parte, la republica de las letras se envilece tambien á los ojos del mundo con la conducta poco racional y prudente de algunos de sus miembros, que solo parece que se empeñan en persuadir al público que la ciencia y los talentos son incompatibles con la bondad de corazon y con la mesurada razon.

Del mismo modo que los estados libres, la

república de las letras comunmente está dividida en facciones que la debilitan, y que la esponen al desprecio de aquellos mismos de quienes mas debiera hacerse respetar. ¿ Que pueden ni deben pensar los grandes y las gentes del mundo al ver á los sabios y literatos torpemente ocupados en arruinarse y deprimirse los unos á los otros, y en contrariar los esfuerzos de la razon, cuando esta trata de desengañar á los hombres de sus locuras? Al mismo tiempo que el filósofo propusiere unos principios evidentes, un ingenio declamará contra la verdad como demasiado triste, contra la moral como en extremo lúgubre, y contra la sabiduría como excesivamente severa: otro exagerará la incertidumbre de nuestros conocimientos, y consolará á los necios é ignorantes, asegurándoles que los mayores talentos no saben mas que los regulares y comunes: otros, en fin, tratarán de ridiculos los mas útiles descubrimientos, mirando las obras mas profundas como producciones de una metafísica obscura y de algunos cerebros evaporados y huecos. Por último, las mas interesantes verdades quedarán sepultadas en el olvido, si no las visten y hermocean las gracias del estilo, y carecen de este oropel tan apreciable para el vulgo.

Los adornos del estilo no deben, ciertamente, desatenderse; las gracias de la diction son á propósito para hacer la verdad mas interesante: mas estos adornos son meros accidentes que no

deben prevalecer sobre la esencia de las cosas. El sabio que ha meditado profundamente, no siempre tiene el talento de escribir bien; así como el que posee este talento tan ponderado, no siempre se toma el trabajo penoso de reflexionar mucho. Sea como fuere, recibamos nosotros con gratitud y reconocimiento lo verdadero de cualquier modo que nos fuere presentado, y tengamos presente que el desprecio de la verdad es el caracter distintivo de los impostores, de los charlatanes, de los ignorantes, y principalmente de los tiranos enemigos del género humano, con quienes los literatos no deben consentir jamas ser confundidos. Los que de estos aborreciesen y deprimieren la verdad, son unos insensatos que destruyen los fundamentos de su propia gloria; esta solo puede sólidamente cimentarse sobre la utilidad y la verdad, á la cual tantos ciegos tienen la locura de vilipendiar.

Lloremos semejantes desórdenes, y no cesemos de repetir que los literatos deben distinguirse por su concordia y union en obsequio de los designios de la moral y de la sana filosofía, que no son ni pueden ser otros que el hacer á los hombres mejores. Los conocimientos y las luces nada son, si no contribuyen al bienestar de la sociedad; la gloria que producen es nada, cuando no proporcionan una felicidad duradera; las ciencias son despreciables si son infructuosas, y detestables si son contrarias á la verdadera

moral, que es de todas las ciencias la mas interesante (1). *La sensibilidad del alma*, dice Quintiliano, *es la que hace á los hombres discretos y elocuentes* (2). Un tierno interes por la humanidad debe animar á los sabios y literatos; ellos deben ilustrar al hombre, interesarle viva y eficazmente en su propia suerte, é inflamar su corazon de la virtud; porque la virtud sola puede librarle de los males de que es víctima, y hacerle poseer la felicidad que incesantemente desea. *El estudio mas interesante al hombre, segun Pope, es el hombre mismo.*

El amor de la gloria y el deseo de agradar y ser estimado de los hombres de bien, son y deben ser los grandes móviles de los literatos y de los sabios: imputarles á crimen el amar á la gloria y aspirar á la reputacion, es acusarlos de no obrar sin motivos. Nada es mas digno de alabanza que procurar hacerse respetable con aquellos talentos que son provechosos á todos. Mas el literato falta á su instituto, si deja de ser útil, y él no puede ser útil si no presenta á los hombres verdades dignas de interesarlos. Las pomposas bagatelas, las producciones agradables, las obras efimeras é insustanciales pueden tener unos aplausos momentáneos: una

(1)..... *Quod magis ad nos*

Pertinet, ac noscitur malum est.

Horat. Satir. 6. lib. 1. vers. 72 et 73.

(2) *Pectus est quod disertus facit, et vis mentis.*

Quintilian. Institut. Orator. lib. 10. cap. 7. n. 16. Edic. de Gesner.

reputacion facticia, conservada por medio de cabalas, de intrigas, de artificios, de complacencias y de bajezas, puede sostenerse por algun tiempo; mas la gloria sólida, la consideracion permanente, la inmortalidad, solo están reservadas á las obras de que el género humano, en todos tiempos, recoge frutos deliciosos. El hombre que en sus escritos solo se propone agradar á su siglo, ó que no piensa y consulta sino á su fortuna ó engrandecimiento personal, dificilmente transmitirá su nombre á la posteridad.

¡Hombres verdaderamente ilustres y respetables cuando trabajais para bien y felicidad de las naciones, sabios y literatos! que por caminos diferentes aspirais á la reputacion; reflexionad que ella no es otra cosa que el afecto y la estimacion pública, y que estos sentimientos solo son debidos á la verdad, á la utilidad y á la virtud! ¡Enseñad á los hombres á que respeten el noble cargo que con vuestros talentos ejercéis en la sociedad! ¡Respetaos á vosotros mismos: tened siempre presente vuestra dignidad: desterrad de vosotros la bajeza y la adulacion, que os envilecerian á los ojos de un publico zeloso de vuestras prerrogativas! Abjuraed esas querellas reciprocas y esas contiendas deshonorosas, que solo pueden recrear la malignidad de los que os envidian! Unidos estrechamente para combatir la ignorancia, los vicios y las locuras que asolan y

aflijen al mundo, y que tanto se oponen á la felicidad social! ; Mas quando ataqueis los caprichos y errores de los hombres, consultad con delicadeza su amor propio, para que vuestras lecciones sean eficaces: temed ofender y herir á los que deseais complacer y sanar!

Filósofos! vuestro sublime cargo es estudiar al hombre, descubrir los tortuosos senos de su corazon, y mostrarle la verdad, sin la cual no puede obtener la felicidad. Oradores! arrancad al hombre y libradle con vuestra elocuencia, robustecida por la filosofia, de sus errores y de sus inclinaciones viciosas; interesadle tiernameamente en su bien y felicidad, é inspirad á su corazon la compasion, la humanidad y el amor que debe á sus semejantes. Historiadores! emplead las investigaciones del sabio y los colores de la elocuencia en pintarnos con verdad y valentia el interesante cuadro de las vicisitudes humanas. Poetas! valeos de las luces de la sabiduria, de la fuerza de la elocuencia y de las lecciones de la historia para adornar la verdad de las gracias y adornos con que la imaginacion puede hermosearla! Abandonad esos cánticos vanos y peligrosos, que no han tenido casi siempre otro fin que hacer amable el vicio, é inspirar el menosprecio de la virtud! Sabios y eruditos! dejaos de remover, y escudriñar una antigüedad tenebrosa, para no hallar en ella sino cosas inútiles á las generaciones presentes! Profundos metafisicos! no os embosqueis en el os-

curo de una metafisica tortuosa, de que no puede resultar bien alguno á nuestra especie: emplead mas bien la suileza de vuestro entendimiento en objetos conformes á nuestra naturaleza, y que estén á nuestro alcance! Físicos! naturalistas! médicos! renunciad á vuestras vanas hipótesis; seguid solo la esperiencia, la cual os enriquecerá de hechos y observaciones, cuya reunion podrá formar un sistema seguro y verdaderamente útil al género humano. Jurisconsultos! abandonad ya los cenagosos senderos de la rutina; desembarazaos de los andadores y del imperio de la autoridad; buscad en la naturaleza misma del hombre leyes conformes á su ser; en ella encontraréis una jurisprudencia moral, justa, sencilla y fácil, de la que tanto necesitan los pueblos.

En fin, cualquiera que sea, ó sabios! el camino que vuestro talento emprendiere, proponed todos y cada uno la utilidad del hombre, el bien público, los intereses de la sociedad y la felicidad del univesso, á quien vuestras lecciones deben ser consagradas. Siendo uno mismo vuestro designio, ninguno desdeñe ó desprecie los trabajos de sus asociados. El campo de las letras no es bastante fértil y vasto para que cada uno de vosotros pueda coger en él laureles abundantes? cese pues, ¡ó útiles y respetables hombres! la discordia que tan perjudicial seria al logro de vuestros intentos: háganse vuestras nobles y generosas almas superiores á las bajezas de la envidia y á las pequeñeces de la vanidad; la jactancia y el charlatanismo son indignos de voso-

tros. Al público toca y pertenece el tributaros sus alabanzas. Recordaos que las ciencias y las letras deben hacer al hombre mas humano, mas apacible y mas sociable; y no olvideis jamas que vuestra modestia, circunspeccion, urbanidad y buenas costumbres son las únicas que pueden conseguir que el público reconozca y respete vuestros talentos, vuestros beneficios y vuestra superioridad. Observando estas máximas, mereceréis el amor, la estimacion y los votos de vuestros contemporáneos; y la utilidad de los trabajos que emprendiereis transmitirá vuestra gloria y alabanzas á la posteridad, que gozará como vosotros, de vuestras inmortales tareas.

La esperanza y el deseo de la inmortalidad, que muchos hombres han mirado como una vana quimera, como una locura, como un humo, son sin embargo unos motivos que en todo tiempo han estimulado poderosamente á los hombres de talento: estas pasiones se fundan en la idea que justamente se han formado de los derechos que sus trabajos les darán al aprecio y reconocimiento de las generaciones futuras. Asi que no llamemos una quimera lo que es un bien real para quien goza de él dentro de sí, en todos los momentos de su duracion. La buena conciencia produce al hombre de bien una felicidad muy verdadera y sólida, aunque él solo goce de ella en su imaginacion, mostrándole sus justos derechos al cariño y al aprecio de los demas hombres. La idea de la inmortalidad es una verdadera quimera para los que no tienen ni el valor ni el derecho de aspirar á ella.

El afecto y las alabanzas de la posteridad son unas deudas que ella satisface muchas veces á nombre de sus injustos padres: esta paga es segura é infalible para los que han producido grandes ventajas, grandes placeres y grandes verdades al género humano. Por un privilegio especial y esclusivo de los sabios y de los literatos, el escritor célebre y distinguido conserva sus derechos mas allá del sepulcro. Una obra verdaderamente útil ó agradable es un beneficio perpetuo que obliga á las generaciones mas remotas. La muerte, que por lo comun sumerge en un total olvido á tantos personajes soberbios, no destruye la memoria y las relaciones del hombre de talento con el género humano, ni minorá y aniquila nuestros deberes para con aquel que se ha dignado de instruirnos ó recrearnos. Oh! como seríamos injustos, ingratos é insensibles, si olvidásemos en su muerte á los que, cada día, nos procuran momentos felices y dichosos!

En el día de hoy subsiste todavía un comercio de afecto y gratitud entre nosotros y los sabios de la antigüedad. Con el mayor reconocimiento leemos las obras inmortales de los Homeros, de los Cicerones, de los Virgilio, de los Sénecas: y les pagamos con fidelidad el tributo que con tanta justicia se prometieron obtener de nosotros. Ademas del provecho y placer que sacamos de los escritos de estos ilustres difuntos, el interes actual y permanente de las naciones exige que rindamos nuestros

homenajes á los bienhechores del género humano. Alabar á los muertos es alentar y estimular á los vivos : aunque sus yertas cenizas sean insensibles á nuestros elogios presentes , ellos los gozaron en vida , y estos elogios sirven de siglo en siglo para conservar la llama del ingenio , y transmitirla á sus imitadores.

En fin , la idea de la inmortalidad ó del futuro reconocimiento consuela al hombre grande de la ingratitude , de la injusticia y de la envidia de sus contemporáneos. La conciencia de haber practicado el bien le indemniza de las alabanzas que le son negadas ; espera y se refiere al tiempo venidero , porque sabe que los hombres son siempre justos con sus bienhechores , cuya superioridad no temen ya.

Una vez esplicados los deberes de los hombres destinados por sus talentos á instruir con su doctrina á sus conciudadanos , la moral no puede omitir los deberes de los que ejercen las bellas artes , que , afectando el sentido exterior , se proponen por blanco en sus tareas , recrear y divertir al hombre , é inspirar en su imaginacion ideas placenteras y halagüeñas. Entre las letras y las producciones de las artes hay una grande y conocida afinidad : *la pintura* , dice Horacio , *es como la poesia*. Cuando nos representa acciones ; no hace el oficio de la historia ? Cuando las representa de un modo que nos interesan y mueven vivamente ; no imita á la oratoria , cuyo objeto es mover y avivar las pasiones ?

Lo mismo , pues , que los literatos , los artistas deben en sus diversos trabajos proponerse un fin moral ; conocer su poder é influencia ; respetarse los unos á los otros ; considerarse como unos ciudadanos destinados no solo á recrear sino á instruir ; formar otro designio mas noble y grande que el de adular la vanidad ó la depravacion de la opulencia ; estar poseidos de la noble y laudable ambicion de ser útiles á los hombres , y de contribuir á su mejoria y perfeccion. ; Porque un artista hábil , cuyas obras inspiran en nuestras almas ideas y pasiones , é imprimen en los corazones imágenes profundas y durables , no se ha de proponer el instruir al tiempo mismo que deleitar ?

Los grandes artistas entre los griegos fueron unos ciudadanos muy apreciados , y no eran tenidos por viles mercenarios : criados en las escuelas de la filosofia , admitidos al trato y conversacion con los sabios , reflexionaban acerca de sus artes , perfeccionaban sus talentos , y de este modo las elevaron á un grado de sublimidad , que es hoy la envidia y la emulacion de los artistas modernos : estos , privados por lo comun de las luces y conocimientos que da de sí una cuidadosa enseñanza , faltos de toda instruccion sólida y fundamental , ó poco dedicados á la meditacion , muy raros de ellos son capaces de dar á sus obras aquella noble sencillez , aquella energía , aquella vida y duracion que admiramos en las de los antiguos.

Para producir obras bellas , el artista debe ser instruido , debe haber reflexionado mucho sobre su arte , debe conocer los objetos que se propone imitar ; en suma , debe sentir los efectos que puede causar : sin estos conocimientos nunca será mas que un automato que trabaja á salga lo que salga , y , falto de principios , no podrá estar seguro de acertar ni de complacer.

El corazon del hombre es el blanco á quien el artista se dirige ; pero no por eso ha de tratar de depravarlo. Así , en vez de sacar sus argumentos de una mitología lasciva y criminal , en vez de representarnos de continuo los amores de una multitud de divinidades , de ninfas y de sátiros deshonestos , un pintor mas decente y moral nos traerá á la memoria aquellos rasgos de grandeza de alma , de bondad , de justicia , de amor á la patria , que en abundancia le ofrece la historia , presentándolos en el modo y situaciones mas interesantes. Las producciones de las artes serian unas vivas lecciones para nosotros , si solo nos presentasen objetos capaces de excitarnos á la virtud ; estos harian ciertamente mas honor al pincel del pintor , al cincel del escultor , y al buril del grabador , que no los desórdenes y torpezas consagradas por la religion impura de los griegos y de los romanos , ó que las vergonzosas desnudeces que , sin respeto alguno de las buenas costumbres , vemos expuestas frecuentemente á la vista , lo mismo

en los palacios que en las casas y en las calles. ¿ Cuanto no debieran avergonzarse y confundirse los artistas que solo emplean sus talentos en corromper las almas con imágenes obscenas y en hacer brotar en los corazones pasiones peligrosas ? ¿ Como es que , en las naciones cultas y civilizadas , donde las costumbres de la juventud debieran ser defendidas del vicio con la mayor vigilancia , se sufre y se permite que tantas causas concurran á corromperlas y envenenarlas ?

Mas en las naciones corrompidas , las buenas costumbres no entran en cuenta para nada ; los artistas , faltos por sí de educacion , de luces y de virtud , no pueden agradar á una multitud depravada sino presentándole objetos conformes á sus gustos malos y perversos.

En una sociedad que fuese sabiamente gobernada , todos los talentos se darian la mano para excitar y robustecer las cualidades ventajosas al público , y sofocar aquellas de que pudiesen resultar delitos y vicios. Entonces las artes serian verdaderamente apreciadas ; y se verian mas honradas transmitiendo á la posteridad el reconocimiento público á los grandes hombres , y á los verdaderos bienhechores de la patria , que no perpetuando los hechos y la memoria de tantos odiosos tiranos , de tantos pretendidos heroes , de tantos conquistadores detestables , dignos solo del mas eterno olvido.

Aprendan , pues , los artistas á ser unos ciudadanos útiles ; conozcan su dignidad ; únanse con los filósofos , los oradores y los célebres escritores ; mediten en la fuerza y los recursos del arte , y usen de él en beneficio del bien público. Acorde el músico con el poeta , en vez de corromper y afeminar las almas con los blandos acentos de una pasión enfadosamente repetida , haga resonar en los oídos de sus conciudadanos aquellos varoniles y enérgicos sonidos , aquella armonía , que en lo antiguo fue tan poderosa entre los griegos. Excite la música con sus modulaciones unas veces la fortaleza , el valor , la grandeza de alma ; inspire otras en los corazones el dulce consuelo , la piedad y la tranquilidad del ánimo : en fin , que unidas con las palabras convenientes al caso , las dé una espresion mas animada , y las haga capaces de producir afectos agradables y conformes al bien de la sociedad.

El arte del músico tiene una muy grande analogía con el del orador y el del poeta. Para hacer las palabras mas espresivas y mas fuertes , el músico debe estar poseído de los mismos afectos que quiere inspirar á los otros. De donde se infiere que la instruccion y la reflexion no le son á este menos esenciales que á los pintores y á los demas artistas de quienes hemos hablado. Componer una buena música es pintar al oído , y excitar en él las sensaciones que la experiencia y la reflexion han

mostrado capaces de producir afectos agradables y deseados del oyente. Un músico que no tiene conocimiento del hombre y de los medios de moverle , es una pura máquina , es un instrumento sonoro , no otra cosa.

No nos admiremos , pues , de que sean tan raros los grandes músicos. Muchos poseen las reglas de la música ; pero ignoran los medios de aplicarla filosóficamente. Muchos artistas , á fuerza de trabajo , han llegado á vencer las mayores dificultades y á grangearse así la admiracion del vulgo ; mas esta música puramente mecánica solo manifiesta ciertas disposiciones naturales ejercitadas con empeño y obstinacion ; pero no ingenio ni reflexion , y por lo tanto es incapaz de producir en las almas los grandes efectos que podrian esperarse del músico que ha conocido y meditado el gran poderío de su arte.

La danza se cuenta tambien comunmente en el número de las artes liberales. Indicada por la naturaleza de los fluidos de nuestro cuerpo cuyos movimientos son periódicos , la vemos adoptada y establecida en todos los pueblos de la tierra , tanto salvages como civilizados (1) : algunos la han consagrado ó divinizado uniéndola al culto religioso , al paso que otras reli-

(1) Erosilo , músico griego , observó que la pulsacion de las arterias habia dado origen al compas de la música. *Censorinus de die natali , cum notis Havercamp. pág. 57.*

giones la proscriben como un ejercicio contrario á las buenas costumbres.

Si consideramos la danza ó baile como un ejercicio corporal , es útil á la salud , hace al hombre mejor dispuesto , le enseña á moverse con mas agilidad y soltura , á sostenerse con mas firmeza , á andar con mas seguridad , y á mostrar gallardía en sus movimientos y ademanes , de un modo que manifieste una fina educacion , conforme á los usos y modales adoptados por la sociedad. Bajo este aspecto el baile no puede ser reprehensible: útil para nosotros mismos nos hace mas agradables á los otros.

Mas la sana moral no puede menos de condenar esos bailes que solo ofrecen á la vista actitudes indecentes , capaces de producir en el ánimo de ambos sexos pensamientos deshonestos y deseos desarreglados. Ya hemos visto en otra parte los peligros á que se espone frecuentemente la juventud en esas asambleas confusas , donde la inocencia , aturdida con el bullicio , naufraga muchas veces , y donde las pasiones criminales buscan y encuentran tantos medios de satisfacer sus deseos. Los bailes de este género son aventuras peligrosas , á las cuales los padres virtuosos temerán entregar una juventud inesperta ; y por lo menos conocerán que la razon no puede aprobarlos. Conforme en esto á las reglas de la moral mas severa , la moral de la naturaleza exhortará siempre á los hombres á que huyan de semejantes peligros.

Al ver la perversidad de costumbres que reina en muchas naciones , aun las gentes mas corrompidas han de convenir forzosamente en que el baile es un escollo contra el que la virtud viene á estrellarse á menudo.

De todo lo dicho en este capítulo debemos concluir que la sabiduría es útil y necesaria á las naciones ; que los que las instruyen son unos ciudadanos dignos de ser honrados , queridos y recompensados ; que los detractores de los conocimientos humanos , los opresores del ingenio , los que menosprecian las letras , todos son unos insensatos que desconocen tanto los bienes que ellas acarrearán á los hombres , como los peligros que trae consigo la ignorancia , la cual ha sido siempre el origen y manantial de las desgracias del mundo. Todo nos está demostrando que la meditacion , el estudio y la reflexion son necesarias no solamente en las ciencias y en las letras , siuo tambien en las artes ; y que los sabios , los literatos y los artistas no deben perder jamas de vista la moral y la virtud , cuyas lecciones deben inculcar cada uno á su modo para ser verdaderamente útiles. Acreciendo así de dia en dia el cúmulo de luces , de conocimientos y verdades , ellos podrán justamente gloriarse de contribuir á la felicidad de la vida social.

CAPITULO XI.

*Deberes de los Comerciantes, Fabricantes,
Artesanos y Labradores.*

TODA sociedad es una porcion de hombres unidos con el fin de concurrir cada uno segun sus fuerzas y estado á la conservacion y felicidad del cuerpo político de que son miembros. Todo el que trabaja útilmente en beneficio de sus conciudadanos, se hace por este mismo hecho un hombre público, á quien su patria debe proteger, honrar y favorecer con proporcion á las ventajas que el público saca de sus trabajos.

Esto supuesto, el comerciante es un miembro apreciable siempre que llena dignamente las obligaciones de su destino. El es quien desahoga y desembaraza su pais de los géneros y producciones supérfluas del cultivo y de las manufacturas de la industria, y el que le proporciona en cambio las cosas bien sean necesarias, bien agradables que no tiene, y de que necesita. De este modo el comerciante hace florecer la agricultura, que decaeria sin su auxilio: él es quien, en los tiempos de escasez, hace venir de paises estraños los comestibles de que han privado al suyo las malas estaciones. El comercio es quien da vida á todas las artes y oficios; él anima la industria, y de este modo ocupa y mantiene

mantiene un número prodigioso de hombres, que sin él serian por su indigencia una carga gravosa para las naciones. Cuantos brazos se ocupan de continuo en la navegacion, destinados á llevar las órdenes del comerciante á las estremidades de la tierra! Estas órdenes son siempre mas puntualmente ejecutadas que las del mas absoluto déspota. En los paises mas lejanos, millares de brazos se afanan y apresuran á satisfacer sus deseos; el oceano gime bajo el peso de las naves que, de los climas mas remotos, traen á sus piés las riquezas y la abundancia para sus conciudadanos. El escritorio del comerciante puede ser comparado al gabinete de un príncipe poderoso que pone á todo el universo en movimiento.

¡Este es, sin embargo, el ciudadano respetable á quien las preocupaciones góticas y bárbaras tienen el atrevimiento y la desvergüenza de infamar, en el seno mismo de las naciones que deben al comercio sus riquezas y esplendor! El pacífico comerciante es despreciable á los ojos del estúpido guerrero, sin ver que este hombre á quien menosprecia, le viste, le sustenta y mantiene su ejército. Una profesion tan útil; no es en sí misma mas honrosa que la punible y vergonzosa ociosidad en que se corrompen y consumen tantos nobles de aldea, que no tienen mas ocupacion que la caza y el triste placer de vejar y oprimir á los humildes plebeyos? ¿Hasta cuando la vanidad de los

hombres les hará despreciar á los mismos de quienes reciben todos los dias los mas importantes servicios? ¿Será posible que el aprecio y el respeto se queden reservados para los destructores de los hombres? ¿No debieran en justicia estenderse á cuantos se ocupan en su bienestar, en sus comodidades y en su felicidad?

La preocupacion que degrada y envilece al comercio, lo mismo que á las artes, trae su origen de los tiempos de barbarie y ferocidad, en que las sociedades en su infancia no conocian todavía las ventajas que podian sacarse de él. Aristóteles nos dice que en las antiguas repúblicas de Grecia, los mercaderes estaban escluidos de los empleos de la magistratura. A causa de una ignorancia igual, los antiguos Romanos, únicamente ocupados en la agricultura y en la guerra, menospreciaron á los mercaderes y artesanos; pero despues, el tiempo y las necesidades desengañaron poco á poco á los Griegos y á los Romanos de esta ridicula opinion, y las personas mas distinguidas no se avergonzaron de ejercer una profesion lucrosa en sí y ventajosa para la patria.

Cuando cien enjambres de naciones guerreras repartieron entre ellas el vasto imperio de los Romanos, la preocupacion, que siempre acompaña á la ignorancia, vino de nuevo á envilecer al comercio. La Europa estuvo sumergida por muchos siglos en espesas tinieblas y continuas

guerras. Los pueblos, avasallados de guerreros estúpidos y disolutos, no tuvieron unos con otros comunicacion alguna. El comercio, el cual no puede florecer sin libertad, fue esclusivamente atribuido á los usureros, que sin cesar estaban espuestos á la avaricia de una multitud de tiranos: de esta suerte cayó el comercio en manos despreciables; y hombres infelices, estimulados del atractivo de un logro desmedido, eran los únicos que podian emprenderle, á pesar de todos los peligros de que se veian rodeados. Este es, sin duda, el origen del injusto desprecio que los nobles orgullosos muestran todavía á una profesion que ya hoy merece la consideracion pública.

Entretanto algunas repúblicas, usando de su libertad, hicieron el comercio con buen éxito, y llegaron por medio de él á un grado de poder y de riqueza que estimuló y dió envidia á los otros pueblos. Venecia, Génova, Florencia enseñaron á toda la Europa los efectos que podia producir el comercio; los príncipes ya le favorecieron; un nuevo mundo fue descubierto, y sus riquezas irritaron la codicia de muchas naciones; la indiferencia con que hasta entonces habian mirado al comercio, se convirtió en un entusiasmo universal; y bien presto no tuvieron las guerras mas objeto que el de aumentar cada nacion el suyo con daño del comercio de otras.

He aquí como las pasiones y las locuras de

los hombres los llevan siempre á extremos contrarios. Todo fue sacrificado despues al furor del comercio; por él la agricultura se vió descuidada; los reinos se despoblaron para formar colonias en los países mas remotos; torrentes de riquezas inundaron la Europa, sin hacerla por esto mas dichosa; estas riquezas produjeron el lujo y todos los vicios que este trae consigo; y este mismo lujo trabajó sordamente en destruccion de los estados que una codicia sin límites habia escesivamente enriquecido.

El comercio, para ser útil, debe conocer reglas y término, y no perjudicar á otros ramos de la administracion. Nada es mas contrario al bien general que la pasion de enriquecerse cuando se cambia en epidemia. A veces vemos naciones dominadas de este delirio descuidar por él los objetos mas importantes; recibir su primer impulso de algunos mercaderes insaciables; arrojarse, por complacerlos, á guerras ruinosas é interminables; contraer deudas inmensas para sostenerlas; y gemir despues por largo tiempo los males que siempre causan los mas brillantes sucesos. Tal es, ó Bretones! la causa de vuestras desgracias y de la miseria que experimentais á pesar de las riquezas que de ambos mundos arriban sin interrupcion á vuestros puertos: entre vosotros unos cuantos negociantes deciden de la suerte del estado, y os hacen emprender continuas y temerarias guerras;

y mientras que ellos se enriquecen, los enormes impuestos abrumán á los demas ciudadanos, y la nacion apurada se halla en la mayor angustia. La opulencia de un cierto número de individuos no prueba en manera alguna la opulencia y la riqueza del estado. Los dorados y preciosos adornos de un palacio no le preservarán de su ruina.

El comerciante debiera amar la paz, y sacrificar por ella su propia codicia: él es un ciudadano malo y perverso si pospone la felicidad general á su propio interes. Un gobierno sabio, siempre guiado por la moral, debe refrenar la pasion de las riquezas, porque de lo contrario llega á ser ilimitada: no debe permitir que esta pasion se ejerza á costa del labrador y del propietario, cuyos trabajos debe promover y fomentar el comerciante. El interes del labrador constituye el verdadero interes del estado; al labrador ha de consultar el legislador con preferencia á la avaricia de algunos mercaderes opulentos, ó á los caprichos de algunos inaccesibles poderosos, que nunca forman la porcion mas numerosa de la sociedad. En fin, todo nos persuade que la codicia del hombre debe ser reprimida, porque si se le suelta la rienda, destruye las buenas costumbres y la virtud. Estas costumbres son mucho mas esenciales á la felicidad de una nacion que las riquezas, las cuales rara vez contribuyen á su fuerza real y

verdadera y á su bienestar permanente. Roma, pobre aun, triunfó de la opulenta Cartago.

La pasion desordenada de enriquecerse, cuando se ha hecho general en un pueblo, destruye en él por lo comun el principio del honor, y le inspira un espíritu *mercantil*, y un amor sórdido del logro, directamente opuesto á todo pensamiento noble y generoso. Poseido de este espíritu, el mercader de nada que le sea provechoso se avergüenza; para él en este caso no hay patria; y si se promete alguna ventaja, hará el comercio mas contrario á los intereses de la nacion; en fin, acostumbrado á mirar el dinero como á su único ídolo, le sacrificará su misma vida. La venalidad no es otra cosa que el tráfico vergonzoso de vender el hombre su honor, su virtud y su libertad á cualquiera que les imponga precio.

Así como todos los excesos, el comercio ilimitado es al fin castigo de sí mismo: aumentando en un pais la masa de las riquezas aumenta necesariamente el precio de todos los géneros, y por consecuencia los jornales de los obreros y oficiales. Ya entonces las mernancias y manufacturas nacionales pierden en concurrencia con las de los pueblos menos ricos que las dan mas baratas. Por otra parte, es propio de las riquezas reconcentrarse en manos de un corto número de hombres, que no sienten la carestía de los géneros y mercaderías; mas el oficial, el artesano, el trabajador, sufren y

padecen por esta carestía; y por lo comun perecen de hambre á las puertas del rico avaro, que nunca se enternece ni apiada de las necesidades y miserias del infeliz. El efecto ordinario de la riqueza es endurecer los corazones.

Así la política, siempre de acuerdo con la moral, debe refrenar la pasion de enriquecerse para que no llegue á ser un contagio funesto y perjudicial al estado. De su propio suelo es de donde los pueblos han de sacar principalmente sus riquezas; el comercio debe cambiar lo sobrante con lo que el terreno de su pais no produce. La tierra es el fundamento físico y moral de toda sociedad. El negociante es el agente y el proveedor del labrador y del propietario de la tierra; el fabricante labra y da un nuevo ser á las producciones del terreno. Todo el órden se trastorna, si los agentes se constituyen árbítrós y señores de aquellos á quienes deben servir: las costumbres se estragan cuando estos agentes los distraen de su trabajo con el lujo, con vanas fruslerías, ó fomentando en ellos necesidades imaginarias que no pueden satisfacer sino á costa de sus costumbres y de su reposo.

El comercio es útil sin la menor duda; la política debe favorecerle; la moral le aprueba; y los que se dedican á él son unos hombres útiles; mas el comercio debe tener sus límites, y no fundar su prosperidad en daño y ruina de otros ramos de la economía política. El comercio es

verdaderamente útil, cuando favorece la agricultura, hace florecer la industria, y aumenta la poblacion; pero si es contrario á estos objetos esenciales, su utilidad desaparece; y se transforma en una funesta locura, cuando es causa de guerras sangrientas y continuas; en fin, es un mortal veneno, cuando su único objeto es alimentar el lujo y la vanidad de los hombres. El comerciante que esporta los géneros sobrantes y superfluos de su país para traer á él trigo, vino, aceite, lanas ú otros artículos que le faltan, es un ciudadano muy útil, y merece el respeto y consideracion pública. El que solo trae á sus conciudadanos objetos capaces de fomentar sus pasiones, de irritar su vanidad, de excitar sus locuras y caprichos, es un hombre perjudicial. Casi todos los vanos objetos que la India suministra á la Europa, no tienen otro mérito que el que les da el capricho inconstante de las mugeres y la vanidad de algunos hombres necios siempre malcontentos de las manufacturas de su país. ¿Será posible que los Europeos no dejen nunca de sacrificar á estas vanidades inútiles tantos hombres y tantas sumas del oro en que idolatran (1)? Todas las fútiles riquezas que la Europa va á buscar á las estremidades del mundo ¿son

(1) Es bien seguro que el comercio de las Indias cuesta cada año cuarenta mil hombres á la Inglaterra. La sola mutacion del clima es causa de la muerte de la mayor parte de los Europeos.

acaso comparables con los tesoros que la agricultura podria sacar de su territorio, si esta estuviese auxiliada y protegida?

¿Y que diremos de este comercio afrentoso que consiste en el tráfico de sangre humana? Comprar y vender hombres para condenarlos á la mas dura esclavitud, es una barbarie que estremece y horroriza á la humanidad y á la justicia. Mas la avaricia es cruel á sangre fria; reduce el crimen á sistema, procura cubrirle con el pretesto de un grande interes nacional, y las naciones sedientas de riquezas admiten sus escusas.

Si todos los comerciantes se hiciesen reos de semejantes excesos, no solo serian despreciables, sino que ademas serian odiados de todos los corazones justos y virtuosos. Mas distingamos los indignos y malos comerciantes de los que son útiles á sí mismos y á la patria por medio de un comercio mas legítimo y justo. Estos, sin perjudicar á nadie, hacen comunes los bienes, las cosas agradables y los descubrimientos de todo el universo. En efecto, la navegacion y el comercio forman una sociedad, que se compone de todos los pueblos de nuestro globo, establecen correspondencias entre ellos, los hacen gozar recíprocamente de un sinnúmero de ventajas, y sirven principalmente para estender la esfera de los conocimientos humanos. Si algunas naciones han abusado cruelmente del comercio, y, para saciar su irritada avaricia,

han llevado la mortandad y los crímenes á los pueblos cuya amistad debieran haberse granjeado , no imputemos estos horrores al comercio , sino á la ignorancia y á la feroz supersticion , que en todos tiempos han cegado á los hombres , y los han hecho crueles sin remordimientos....

El verdadero negociante , el comerciante apreciable es un hombre justo. La probidad , la buena fe , el amor del orden y la escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones y contratos son sus cualidades distintivas. Una sabia y prudente economía arregla su conducta ; conducta que no puede imputársele á crimen , pues , con ella debe y puede preservar su riqueza y la de los otros de una infinidad de accidentes que no se pueden evitar ni prever : Si es un insensato el que arriesga locamente sus bienes , tambien es un bribon el que arriesga los bienes de los otros con empresas temerarias. Ademas el negociante que está ocupado en sus negocios , está por lo comun libre y exento de los caprichos , de las pasiones y de las vanidades que atormentan á los demas hombres. Todo comerciante instruido es un hombre de honor , racional y prudente : zeloso de conservar la estimacion de sus conciudadanos , procura que su reputacion se mantenga intacta , porque necesita de la pública confianza : sencillo en su porte y grave en sus costumbres , se abstiene de todo gasto frívolo , del fausto , y de

los vicios que le ocasionarian su ruina. El negociante que se abandona á las extravagancias del lujo , pierde al fin sus negocios y los de aquellos imprudentes que han confiado en él. Las bancarotas tan frecuentes , y por lo comun impunes , que se ven en las naciones mal regidas , anuncian una depravacion criminal y deshonorosa ; y no son mas que ladronicios que ejerce la traicion y la perfidia. El comerciante justo y experimentado no arriesga loca y temerariamente sus propios bienes , y mucho menos los de sus conciudadanos.

Así que no confundamos el verdadero negociante , el comerciante apreciable y prudente , con esos hombres viciosos ó ligeros que deshonoran una profesion respetable : distingámoste igualmente de la multitud despreciable de engañadores y embusteros codiciosos que , faltos de educacion , de conciencia y de honor , creen legítimos y permitidos todos los medios de ganar , abusan de la sencillez del público , y no forman escrupulo de apreciar las cosas en mas de lo que valen , y de engañar tanto en la calidad como en la cantidad de las mercancías. Los mercaderes de este modo de pensar son culpables ; ellos causan al comercio , una mala nota y un desprecio , que solo deben recaer sobre ellos mismos.

La sana moral forma el mismo juicio de esos monopolistas siempre dispuestos y ansiosos de aprovecharse de las calamidades de sus conciu-

dadanos , de las cuales , por lo comun , suelen ser ellos verdaderos autores. ¡ Es necesario tener unos corazones muy endurecidos para gozar tranquilamente y sin pudor de una hacienda adquirida á costa de calamidades públicas ! Envano la moral clama contra esos orgullosos exactores ó arrendatarios de las rentas públicas , que negocian con los déspotas para comprar la licencia de oprimir á la sociedad , y de cebarse con la sangre de las naciones : semejantes hombres son verdugos privilegiados , que debieran confundirse y avergonzarse del origen impuro de una opulencia fundada en la ruina de la felicidad general. Sin embargo hay paises en que este tráfico vergonzoso no es vil ni despreciable. Un administrador ó arrendatario de las rentas públicas , enriquecido con semejantes estorsiones , es tenido por un ciudadano mas útil al estado á quien oprime , que no el comerciante que le hace florecer y prosperar.

El verdadero negociante , lo mismo que el fabricante , son unos hombres benéficos , los cuales , enriqueciéndose á sí mismos , dan actividad y vida á toda la sociedad , y por lo tanto merecen su aprecio y protección : ellos dan que trabajar y con que vivir al pobre á quien los dependientes de la real hacienda desnudan y reducen á la mendicidad. ¡ Que innumerable multitud de artesanos de toda especie no ponen en movimiento las fábricas y el comercio ! De este modo se establece y estrecha una grande é

intima coherencia entre todos los miembros de la sociedad. El artesano que subsiste de su trabajo , contribuye sin cesar al aumento de la riqueza de los que le emplean , así como al logro y satisfaccion de las necesidades , de la comodidad , de los placeres , y aun de la vanidad de los mismos ricos ingratos que le desprecian , al tiempo mismo que se aprovechan de sus trabajos , sin los cuales no pueden en manera alguna subsistir.

Nada es mas injusto ni mas vil que el modo insultante con que la soberbia y altiva opulencia mira á los artesanos que de continuo trabajan y contribuyen á satisfacer las necesidades ó placeres á que ella por su propia debilidad nunca podria subvenir. Este mismo artesano , mirado con orgullo y desden , es sin embargo un hombre verdaderamente útil , dotado á veces de unos raros talentos , y cuando es fiel y puntual en su trabajo , es incomparablemente mas apreciable que los holgazanes y viciosos que le desprecian. El soberano fastuoso , que quiere erigir monumentos á su vanidad ¿ no necesita del albañil , del carpintero , del cerrajero , y de una multitud de trabajadores , sin los cuales no lograría sus deseos ? Estos diferentes artesanos ¿ no son ciertamente dignos de aprecio , de cariño y de benevolencia , cuando acreditan su celo y puntualidad en sus oficios ? El monarca y el noble ¿ no se ven precisados á recurrir al fabricante y al mercader para adornar sus pa-

lacios? Estos ponen en movimiento y actividad una multitud de hombres que, en el seno mismo de la indigencia, contribuyen á lamagnificencia de los monarcas.

Cuando la pobreza es activa y laboriosa, nunca debe ser despreciada ni envilecida. La pobreza industriosa y aplicada es regularmente honesta y virtuosa; y solo es digna del desprecio cuando se entrega á la ociosidad y á los vicios, cuyo ejemplo recibe frecuentemente de la opulencia. Las injusticias y la soberbia de las clases elevadas son las que con frecuencia reducen al artesano á la desesperacion y al crimen. ¿De cuantos delitos, robos y asesinatos no se hacen cómplices muchos grandes, que tienen la crueldad de retener el precio y los jornales del fabricante laborioso, del mercader que los abastece, y del artesano que ha trabajado fiel y puntualmente para ellos, y que en recompensa se ven condenados por su injusticia á perecer de hambre? ¿Y es posible que estos hombres desprecien así á unos honestos y virtuosos ciudadanos que tan bien les han servido? El oprobio y la ignominia; no debieran recaer mejor y con mas justicia sobre los crueles ingratos que causan la ruina y desesperacion de un gran número de hombres, haciéndoles inútiles ó dañosos á la sociedad? Un salteador de caminos roba y mata de un golpe al infeliz que tiene la desgracia de caer en sus manos, mas el ladrón que no paga el salario del pobre, causa una muerte lenta y cruel á él y á su familia entera.

Los injustos desprecios de los grandes se estienden, como hemos dicho en otra parte, hasta la primera de las artes, hasta la que es la base de la vida social: arrastrado de su locura el rico desprecia y desdeña al labrador, al cultivador, al que alimenta y mantiene á las naciones, á aquel sin cuyos trabajos no habría ni cosechas, ni ganados, ni manufacturas, ni comercio, ni artes algunas, aun las mas indispensables para la sociedad. Y será posible, que vosotros; ó ricos estúpidos, y vosotros grandes insensibles! nunca vengais en conocimiento de que á la agricultura es á quien debeis vuestras rentas, vuestras riquezas, vuestras comodidades, vuestros palacios y castillos, y ese lujo mismo cuya embriaguez os deslumbra y preocupa? Si, ese mismo aldeano cuyos toscos vestidos y modales os causan asco, ese mismo es el que cubre vuestras mesas de manjares sustanciosos y vinos delicados: de sus ovejas es la lana de vuestros vestidos: sus manos cultivan el lino de que necesitais: sin él no tendríais esos ricos encages tan preciosos y estimados de vuestra vanidad: ¡y sin embargo, teneis el atrevimiento y la injusticia de envilecerle y vituperarle!

La vida campestre y el trabajo preservan regularmente de los vicios y del contagio que infestan las ciudades: las injusticias, los duros modales y los desórdenes del rico son los que corrompen su corazón, y alteran la inocencia

de sus costumbres. Los grandes se quejan frecuentemente de la malicia de los aldeanos; pero los grandes y los ricos deben buscar en sí mismos la causa. Perpetuamente desdeñado, oprimido y abrumado de todo género de vejaciones, forzosamente el aldeano ha de aborrecer á su señor, que es con él un tirano incómodo y cruel. El infeliz, á quien un continuo y penoso trabajo apenas da para mal sustentarse ¿ podrá ver sin dolor y sin envidia nadar á la opulencia en la abundancia y la superfluidad, y raras veces compadecerse de la miseria del pobre? En fin, la educacion tan descuidada de las gentes del campo ¿ como ha de dárles fortaleza para resistir á los impulsos, á las tentaciones, y aun á las necesidades que tan frecuentemente los solicitan al mal? Los aldeanos no son ladrones, cazadores furtivos y bribones, sino porque la opulencia los desprecia, los maltrata, y rara vez les alarga una mano benéfica.

De este modo la falta de reconocimiento, de bondad y justicia en los ricos y poderosos de la tierra, destruye y aniquila la virtud de los aldeanos y jornaleros. Estos regularmente solo conocen á sus dueños por las vejaciones que sufren en su nombre. Si los soberbios señores se dejan ver de sus vasallos, es únicamente para deprimirlos, para arruinarlos, para fatigarlos con su lujo y su vanidad, y para hacerles sufrir los ultrages de sus insolentes criados. ¿ Será de admirar que con una conducta tan irritante, no

hallen los ricos en las gentes del campo sino envidiosos, rebeldes, y enemigos siempre prontos á tomar venganza de los males que se les hacen?

Todo en la sociedad está unido y enlazado entre sí: si los grandes se corrigiesen, se corregirian los pequeños. Abolidas esas leyes góticas, esos privilegios injustos, esas onerosas costumbres, los unos y los otros obrarán con virtud. Una buena educacion, sobre todo, debe enseñar á los ricos, á los nobles y á los poderosos, que deben hacerse amables de sus inferiores, que deben mostrarse reconocidos á los bienes que reciben de estos, y que no pueden cumplir con sus obligaciones, sino es mostrándose equitativos, humanos y benéficos.

Cuando los grandes del mundo estén imbuidos de esas máximas, dejarán entonces de menospreciar á unos ciudadanos cuya existencia es necesaria á su propia felicidad, y sin los cuales de nada gozarian. Ellos conocerán entonces lo que deben á los otros hombres. Conocerán que toda profesion de que la sociedad saca utilidades y ventajas, debe ser mas estimada que la que no produce bienes algunos apreciables. Todo les probará que todos aquellos que de distintos modos trabajan por su comodidad y sus placeres, tienen derecho á su benevolencia y afabilidad. Todo los convencerá de que nada es mas contrario al fin de la sociedad que su orgullo y su vanidad. Por último, todo les hará

ver que el vicio es solo el que deshonra y hace á los hombres despreciables, y que todo el que cumple fielmente con los deberes de su estado, es digno del respeto y consideracion de sus conciudadanos.

Cuando se conformen en sus obras á unos principios tan claramente demostrados, los nobles y opulentos encontrarán en sus inferiores prendas mas estimables, costumbres mas honestas, aficion mas sincera, y menos envidia y malignidad; en fin, lograrán de ellos el amor filial y la sumision voluntaria que no es obra del miedo. No hay hombres tan salvages que sean insensibles á la bondad. Por una propension natural los hombres se inclinan á querer á los que están acostumbrados á respetar. Los grandes tienen siempre la culpa en no ser amados de sus inferiores. Es acercándose de sus vasallos que un grande se haria su padre, seria respetado y obedecido, y conseguiria su tierno amor; amor que nunca pueden conseguir ni la altanería ni la fuerza.

Mas, por desgracia, hace mucho tiempo que las extravagancias y el lujo han arrastrado á las cortes y capitales, á los que su estado y opulencia destinaban á ser los protectores de las gentes del campo, y el apoyo de la agricultura: los vasallos llegan á ser estraños y desconocidos de sus señores; estos, deseando lucir su fausto en la corte y en las capitales, dejan vergonzosamente que perezcan los campos que su presencia

haría fértiles y abundantes. La vida campestre y su pacífica uniformidad se hacen odiosas á unos hombres que viven en el elemento del vicio. El labrador carece de amigos poderosos y de consoladores en sus trabajos. El colono tiene que tratar con agentes ó administradores que, para satisfacer las necesidades y caprichos del propietario, usan de tiranía y crueldad. El labrador descuida la cultura, ó la tierra se muestra escasa é infecunda al sudor que la riega: las aldeas despobladas y desiertas se transforman en tristes soledades; y por último, el señor mismo se encuentra adeudado, empobrecido y despreciado de los mismos que mas han contribuido en disipar sus bienes.

Tal es la suerte que por lo comun preparan el lujo y la vanidad á sus sectarios. En los campos es donde el noble seria verdaderamente respetable y poderoso: viviendo en sus posesiones conservaria su fortuna y sus buenas costumbres: se preservaria del aire contagioso que se respira en las cortes; y promoviendo el trabajo, hallaria los únicos medios seguros de aumentar su comodidad y la de los otros; placer mas sólido y mas inocente que el del vicio, al que siguen siempre la ruina y el arrepentimiento (1). De este modo tantos ricos, que

(1) La ley de Zoroastro enumera entre las mayores virtudes sembrar con pureza las simientas y plantar árboles. En efecto, practicar la virtud es ser útil al publico. Segun estos principios desmontar y limpiar los terrenos, secar pantanos y lagunas,

solo saben destruir y disipar sin provecho suyo ni de la sociedad, serian unos ciudadanos útiles, amados de sus vasallos, y dignos del mayor respeto.

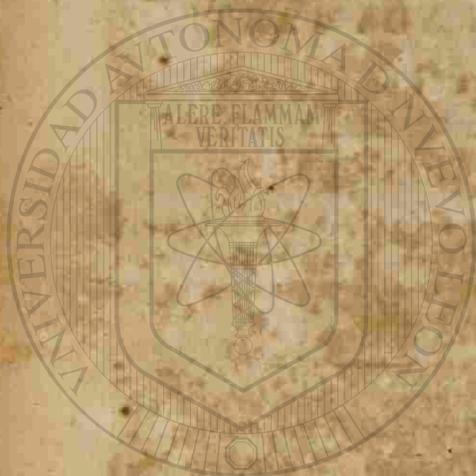
Cuanto hemos dicho en esta seccion confirma claramente que la política no puede nunca sin peligro separar sus máximas y preceptos de los de la moral. Los diferentes estados de las personas no son mas que los medios diferentes de servir á la patria; la profesion mas noble es la que mas útilmente la sirve. Luego que la administracion pública se aparta de estos principios, todo cae en desórden y confusion. Un pueblo sin probidad se constituye el azote de los otros, y el destructor de si mismo. Un soberano sin justicia es la ruina de su imperio, y nunca ejerce sino un poder precario. Los grandes, los nobles, los magistrados, los ministros de la religion, los ricos *etc.*, no pueden ser justamente respetados, sino encuan to se manifiestan vivamente interesados en la felicidad pública. Las ciencias y las letrás no merecen nuestro aprecio, sino cuando ilustran la sociedad acerca de lo que la interesa. El comercio no puede florecer sin la buena fe. En fin, la agricultura, necesaria á la sociedad, exige la proteccion y el auxilio de los ricos y

hacer caminos, establecer fábricas, *etc.* y, en una palabra, dar trabajo y manutencion á los hombres, son acciones mas virtuosas, que muchas prácticas que el vulgo tiene por virtudes: dar al pobre trabajo es la mejor de las limosnas.

de los poderosos; y á la sombra de esta proteccion es el apoyo de las buenas costumbres.

¿Que es, pues, lo que impide á los ciudadanos de las diferentes clases del estado que concurren fielmente al fin y objeto de la vida social? No otra cosa que la ignorancia, que impide que el hombre vea con claridad la estrecha union de su interes personal con el interes de todos los demas hombres. Una necia vanidad es, quien preocupando á los grandes con fútiles quimeras, les hace creer que, para ser felices, no necesitan de nadie: error fatal á que deben atribuirse esas disensiones, esos odios, esos desprecios reciprocos, y esa separacion de intereses que vemos dolorosamente reinar en casi todas las sociedades. La vanidad, pues, de los hombres es la que la moral debe combatir para obligarlos á la union y concordia, tan necesarias al poder, á la conservacion y á la felicidad de las naciones. Ningun hombre, ningun cuerpo, ningun órden del estado tiene derecho de apreciarse por sí mismo, ni puede ser apreciado, sino en razon de las ventajas reales y verdaderas que proporcione á la patria.

FIN DE LA SECCION CUARTA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DE ESTE TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA PARTE.

PRÁCTICA DE LA MORAL.

SECCION CUARTA.

MORAL DE LOS PUEBLOS, DE LOS SOBERANOS ;
DE LOS GRANDES, DE LOS RICOS, etc., ó
DEBERES DE LA VIDA PUBLICA, Y DE LOS
DIFERENTES ESTADOS.

C AP. I. <i>Del Derecho de Gentes, ó de la Moral de las Naciones, y de sus deberes recíprocos.</i>	Pág.	1.
CAP. II. <i>Deberes de los Soberanos.</i>		24.
CAP. III. <i>Deberes de los Subditos.</i>		58.
CAP. IV. <i>Deberes de los Grandes.</i>		76.
CAP. V. <i>Deberes de los Nobles y de los Militares.</i>		98.
CONTINUACION DEL CAP. V. <i>De los De- beres de los Nobles y de los Mili- tares.</i>		133.

37202

170

H723m

308 ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS.

CAP. VI. *Deberes de los Magistrados y de los Juristas*..... Pág. 151.

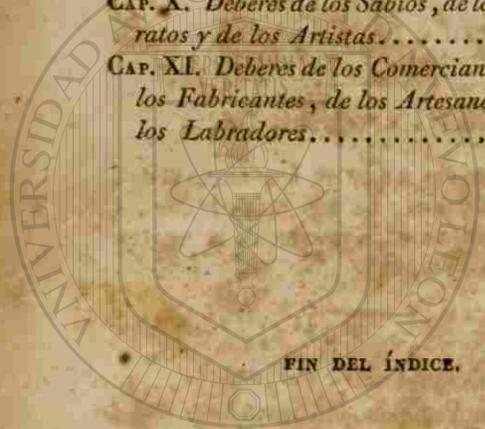
CAP. VII. *Deberes de los Ministros de la Religion*..... 171.

CAP. VIII. *Deberes de los Ricos*..... 185.

CAP. IX. *Deberes de los Pobres*..... 209.

CAP. X. *Deberes de los Sabios, de los Literatos y de los Artistas*..... 227.

CAP. XI. *Deberes de los Comerciantes, de los Fabricantes, de los Artesanos y de los Labradores*..... 284.



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

d'



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.

37202

NO. CLAS.

170

H723m

AUTOR

Holbach, Paul Heinrich Dietrich
Baron D', 1723-1789

TITULO La moral universal o.....

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

A.- 37202

"ALFONSO REYES"

170

H723m

Holbach, Paul Heinrich Dietrich, Baron d'
1723-1789

La moral universal o Los deberes.....

BIBLIOTECAS



NUEVO
LIOTEC